

Marco Tello

La realidad y la otra realidad

(microensayos)



La realidad y la otra realidad

(microensayos)

LA REALIDAD Y LA OTRA REALIDAD

© del texto: Marco Tello, 2025

© de esta edición: Universidad del Azuay. Casa Editora, 2025

ISBN: 978-9942-670-92-2

e- ISBN: 978-9942-670-93-9

Edición: Sharon Lillo Abad

Diseño y diagramación: Mateo Quizhpi Cordero

Corrección de estilo: Franklin Ordóñez Luna

Concepto y fotos de portada: Cristóbal Zapata,
con interiores de La Compañía de Jesús, Quito

Impresión: Printlab / Universidad del Azuay

Cuenca del Ecuador

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga
Rector

Genoveva Malo Toral
Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni
Vicerrectora de Investigaciones

Toa Tripaldi
Directora de la Casa Editora

La realidad y la otra realidad

(microensayos)

Marco Tello



**UNIVERSIDAD
DEL AZUAY**

Casa 
Editora

Contenido

Prólogo	14
I Palabras en contexto	19
Las dobladas	20
En la memoria del silencio	24
Español para los extranjeros	27
Conversación sobre los árabes	30
Reflexión sobre l@s maestr@s	33
El lenguaje y la vida	36
El valor de los verbos	41
Nuestro origen darwiniano	43
El pulgar y el dígito impudicus	45
Naturaleza, lengua y cultura	47
Al amparo de la academia	49
Interculturalidad	51
La tranquilidad hogareña	53
El desencanto de la palabrería	55
De errores y erratas	57
Encuentro con la vida real	59
Ortografía, tema cautivante	61
De la gerontocracia a la gerentocracia	63
El bono de retiro	65
El presente ilusorio	67
En torno de la usura	69
Un retrato familiar	71
Escala musical en la escritura	73
El encanto de la puntuación artística	75

Género y demandas sociales	77
Lenguaje e identidad	80
Reflexión sobre el gerundio	82
Promesa cumplida	85
Un muro invisible	87
Diálogo de sordos	89
Incorrecciones gramaticales	91
Expresión popular, lenguaje paralelo	93
Lo pronunciable, lo impronunciable	95
II Semblanzas	97
Presencia de Solano	98
Feminidad y poesía	100
Jorge Isaacs, autor y personaje	102
Los himnos ancestrales	104
Espejo: premonición y rebeldía	106
Retorno a la madre tierra	108
Martí: nuestro sueño de hombres libres	111
V centenario de la muerte de Alejandro VI	113
Dos centenarios	116
Jorge Enrique Adoum	119
Un poeta en el exilio	122
El mar siempre recomenzado	124
Don Quijote: a imagen y semejanza suya	126
Perfil de un personaje excepcional	128
Tomás Rendón, humanista cuencano	131
En el laberinto de la conciencia	133
Palacio, entrevista imaginaria	135

Una ventana al pasado	137
Semblanza de Alberto Andrade Arízaga	139
La furiosa manzanera	141
Lección de dignidad	144
Nicolás Crespo Jiménez, primer poeta cuencano	146
Benigno Malo, pensador contemporáneo	149
En la revolución como en la peste	154
Aprendiendo a escribir	156
Centenario de Miguel Moreno	158
Un testigo de la época	161
Pedagogía del amor	163
Libertad de pensar	165
Miguel Hernández y su bandera de ritmos	167
La madre patria lejana	171
Los primeros los hijos del suelo	173
La revolución inconclusa	176
Entre la crueldad y el valor	178
La miserable contingencia humana	180
Sarmiento: americano universal	182
Una cultura de ritmos ancestrales	184
El arte de preguntar	186
Más allá de la hoguera	189
Reconocimiento ciudadano	191
Dickens: un reino sin futuro	193
En la leyenda de un país brumoso	195
Merecido homenaje	197
Mandela: la fe en el ser humano	199

Fracaso del gran dictador	201
Gabriel García Márquez: pasión por la escritura	203
El azar y la voluntad de vivir	205
Roger Bacon: preanuncio de la modernidad	207
Zola: el fallo inapelable de la historia	209
Cortázar: perfil de lo invisible	211
Borges: el lenguaje infinito	213
Aproximación a Remigio Crespo Toral	215
Regalo de fin de año	219
El misterio de la creación artística	221
La lucha contra la corrupción	224
César Dávila Andrade	226
Jacinto Cordero Espinosa: la música interior	228
Poder y degradación humana	231
Da Vinci, maestro universal	233
Walt Whitman: entrevista imaginaria	235
La muerte presentida	237
Un personaje injustamente olvidado	240
Mujeres olvidadas	242
Origen de una poética cuencana	244
Cárdenas: la vida y la memoria	246
Saramago: su innegable don profético	248
La colina de menta de un lucero	250
Reencuentro con un maestro de verdad	252
Un eslabón generacional	254
III La realidad y la otra realidad	258
La libertad imaginaria	259

Palabras al viento	261
La mala memoria	263
El tango de la muerte	266
La corte de los milagros	269
Verdadera figura y magnitud de la tierra	273
Nuestra secreta identidad	275
Un espectáculo milenario	277
Imprecisiones enciclopédicas	280
Espectáculo y poder	282
Arte de perdurar	284
Herencia de degradación	286
Un enemigo invisible	288
El arte y la religión	290
Democracia universal	292
Un poema cinematográfico	294
Preguntas sin respuesta	296
Nada nuevo bajo el sol	298
El patrimonio: debate permanente	300
Los símbolos patrios	302
Nuestra primera independencia	304
Cuenca: Agosto, 1809	308
Piratería, historia siempre recomenzada	314
En la línea del tiempo	317
Nuevo tesoro editorial	322
Mucho que contar y cantar	324
Más allá de la pasión política	326
Barbarie: la historia y la ficción	328

El hombre del nuevo milenio	330
Un visitante inesperado	332
Mundos imaginarios	334
El grado cero del tiempo	336
Museo del horror	338
Vivar: claves de aproximación	340
La originalidad, difícil aspiración	342
Perros en el vecindario	344
El miedo colectivo	346
Una experiencia inhabitual	348
La llama que perdura	350
Un viejo reclamo epistolar	352
Un libro innombrable	354
Peligro de las abstracciones	357
La ambición humana	359
Sistematización de una locura	361
Una sociedad extraterrestre	363
Manipulaciones del poder	365
El fracaso de las revoluciones	367
Las revoluciones permanentes	369
Opción para el mañana	371
El corredor número 13	373
Entre la afrenta y la valoración social	375
Luchar contra la violencia	377
Reflexiones sobre el poder	379
Problema global: la indigencia humana	381
Sueño que se hizo realidad	383

Entre la ilusión y el desencanto	385
Un pasado anterior a otro pasado	387
Imágenes del mundo	389
En los talleres de un antiguo oficio	391
IV Vislumbres de otoño	393
I	394
II	396
III	397

A mi padre,
+ Francisco Tello Castro

Prólogo

Este es un libro delicioso, interesante, para leerse en varias tardes y gozar de artículos llenos de fina ironía, algunos; de copiosa información, otros, y todos escritos con dominio y amor a la lengua.

Ese amor a la lengua española, a los libros y a la lectura surgió desde la más tierna infancia de su autor, Marco Antonio Tello Espinoza, conocido escritor y maestro cuencano, miembro correspondiente de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, nacido el 18 de julio de 1944 en el cantón Sígsig, Azuay, donde su padre se desempeñaba como maestro rural.

Fue justamente su progenitor, como lo narraba él con delectación en alguna entrevista, quien cada tarde leía en voz alta a sus hijos, muchas veces hasta entrada la noche, por lo que era necesario hacerlo a la luz de una vela.

Me imagino a los niños reunidos, apretados entre sí para calentarse en esas tardes de la serranía, dejando volar su imaginación para seguir la historia, mientras la llama se mecía iluminando las páginas del libro y el rostro del padre y maestro.

Era su progenitor un amante de los libros. Lo era de tal modo que, en los traslados a otro pueblo, llevaba, a lomo de mula, junto con la ropa y bártulos de la casa, su biblioteca entera, cajones y cajones de libros, que ponía a disposición del pueblo al que era destinado. Alguien así, por supuesto, siembra en su familia el amor y la veneración por los libros.

Al leer esa historia uno no puede menos de pensar en lo que sentirían los vecinos de los pueblos azuayos de mediados del siglo pasado al ver acercarse las mulas con su paso bamboleante por las pesadas alforjas de libros recorriendo los ásperos caminos rurales. Allí, en esos cajones, llegaban historias de príncipes y santos, de héroes y malandrines, de amantes y traicioneros, de aventureros y magos, para el disfrute de niños y adultos. Miles de mundos que el maestro Tello les abría al hacerse cargo de una escuela.

La simiente de humanismo y cultura que ese padre sembró en su progenie, dio sus frutos. En Marco dejó una profunda huella para el resto de su vida: se graduó de bachiller en el colegio Benigno Malo

de Cuenca y, tras un par de años como tipógrafo de la imprenta de Daniel Toral León (¿qué puede haber más estupendo para quien ama los libros que trabajar en una imprenta?) enfilaría su formación universitaria, combinando educación y trabajo, en la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad de Cuenca, donde se recibió de licenciado en Humanidades y más tarde de profesor de Segunda Enseñanza en la especialidad de Literatura y Castellano.

Afortunado por trabajar en lo que le apasionaba, durante sus años de estudio fue primero profesor de alfabetización en la Dirección de Educación del Azuay, luego director de la editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, y director del Archivo Nacional de Historia, Sección del Azuay, entre 1970 y 1976.

Rápidamente su propio colegio le pidió que volviera a las aulas, esta vez como profesor de Idioma Nacional, cátedra que mantendría por 32 años, desde 1977 a 2009.

A la vez, fue invitado a prestar su contingente a la naciente Universidad del Azuay, a la que se incorporaría como profesor titular principal en 1979 e, igual que en el Benigno Malo, perduraría en la tarea de la enseñanza y la investigación durante 30 años, hasta jubilarse en 2009.

Ser profesor en simultáneo de adolescentes y de jóvenes adultos es un desafío, que Tello cumplió con alegría y vocación, pero con una dosis de esfuerzo personal que no sé si se aquilata bien.

Es que no fue maestro, porque no podía serlo, de manera adocenada, rutinaria, mediocre. Procuró siempre la excelencia y eso hizo que en noviembre de 2001 recibiera su título de Especialista en Docencia Universitaria, otorgado por la propia Universidad del Azuay.

Sin embargo, no fue suficiente: su vocación de investigador, su ansia de seguir formándose, su deleite por estudiar, le llevaron a buscar el máximo título de su carrera, ya no un título profesionalizante sino verdaderamente académico: el doctorado en Ciencias de la Educación. Lo obtiene en 2004, en la especialidad de Filología, en su alma mater, la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad de Cuenca.

A lo largo de sus años en la Universidad del Azuay también prestó servicios en la administración de la facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación, renunciando a las horas destinadas a leer y escribir, porque eso forma parte también de una carrera docente, por lo que fue decano entre 1988 y 1992. Adicionalmente, fue director de la revista *Coloquio* de esa institución por una década (1999—2009), revista a la que sigue ligado como miembro del Comité de Honor.

Pero si de revistas se trata, Tello ha sido uno de los puntales de la revista *Avance*. Fue uno de los fundadores en 1978, junto con su hermano Rolando, quien ha sido el director de la revista desde entonces, y un pequeño grupo de intelectuales, entre los que se destacan Eliécer Cárdenas, Román Carpio Vintimilla, Segundo Abad y Enrique Delgado Medina. La revista, un caso muy notable en el panorama nacional, tiene ya 45 años de existencia y allí ha mantenido Marco Tello su infaltable artículo mensual, de donde proviene un gran grupo de los que aparecen en este volumen.

Otros provienen del diario *El Tiempo*, del que fue columnista desde sus años universitarios hasta 2010; y también algunos de *Coloquio*.

A lo largo de estos años, Marco Tello ha escrito interesantes libros entre los que destaco *Olmedo, Magia y Fulguración de la Palabra* (Universidad de Cuenca y Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, 1980), *El Juego del Lenguaje* (edición del autor, 1986), *El Verbo: Teoría y Práctica de la Temporalidad* (Universidad de Cuenca, Universidad del Azuay y Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, 1988), *El Patrimonio Lírico de Cuenca, Un acercamiento generacional* (Universidad de Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, 2004) y el más reciente de todos, la antología tan bien recibida *Cuenca: dos siglos de poesía. Una mirada crítica* (Municipio de Cuenca, Universidad del Azuay, 2021)

Y así hemos llegado al presente libro, una recopilación de los artículos publicados a lo largo de su vida. El mérito principal es que se trata de artículos cuidadosamente seleccionados para que aparezcan en estas páginas no los coyunturales sino los de valor permanente, los que tienen vocación de perdurabilidad.

Eso le da gran atractivo al libro porque el lector que lo tenga en sus manos no encontrará desahogos de tiempo pretérito sino vibraciones actuales, reflexiones válidas, valoraciones atemporales, para producir una lectura agradable y provechosa.

La primera sección, *Palabras en contexto*, nos presenta 33 artículos todos dedicados a la exploración de la lengua, sus raíces, sus matices.

A veces en forma de cuento, algunos cargados de fina ironía o de expansivo humor, otros más oscuros, inquietantes, otros en forma de diálogo entre el maestro y sus alumnos o del marido con la mujer, en todas esas distintas y divertidas formas, nos va enseñando el uso correcto de la lengua, la validez de las formas de expresión o corrigiendo los errores que cometen los políticos o los presentadores de noticieros (que no noticieros, como nos explica puntualmente en uno de ellos).

Esa forma simpática de presentar los casos, escogidos entre decenas de artículos, sobre todo publicados en la revista *Avance*, los hace mucho más digeribles, menos presuntuosos y, por tanto, de más fácil aceptación.

La segunda sección, *Semblanzas*, es un salto cuántico: si ya las historietas de los casos ortográficos eran interesantes, casi todas las 69 semblanzas de personajes recogidas en esta parte del libro son verdaderas joyas de descripción, pintura psicológica y apreciación moral e intelectual.

Los personajes que desfilan son tanto figuras reales, históricas o contemporáneas, cuanto producto de la imaginación, pero todos se nos presentan vivos y palpitando en nuestra mente de lectores, con contornos precisos y vivaces, a pesar de, o tal vez precisamente por, la corta extensión de cada semblanza son como acuarelas, pintadas rápidamente, con un brochazo encima del otro, si es necesario, antes de que se seque la pintura, y en todo caso, translúcida y cercana, como es una acuarela.

Es aquí cuando aquilatamos la pluma de Marco Tello: una redacción que traza sus rasgos en un español no solo cuidado, sino creativo y brillante, con una solidez en la construcción de las frases, una adjetivación exquisita y unos giros narrativos sorprendentes.

Igual pasa con la tercera sección *La realidad y la otra realidad*, 59 cuadros sobre pasajes de la historia ecuatoriana y mundial, originales reseñas de libros, así como evocaciones y creaciones, cual pequeños cuentos, sobre aspectos de la literatura y de la historia.

En todas las secciones del libro planea un fino humor, un humor que no desdeña reírse de sí mismo, pero que también aplica la ironía a la política y al poder... Puede que el lector no siempre esté de acuerdo con el punto de vista del autor, pero siempre va a apreciar su originalidad, cuando no su tratamiento solvente del tema.

Ejemplos podría traer muchos, pero no es el objetivo de un prólogo, el cual, creo yo, debe invitar a leer el libro, no destriparlo antes de hora. Me temo que al poner ejemplos de algunos de estos artículos pueda revelar detalles de la trama, en este caso no de una novela, sino de artículos cortos algunos de los cuales son pequeños cuentos y obras de ficción. Es decir, no quiero caer en lo que en inglés se llama spoiler, palabreja sobre la que, tratándose de un libro de un maestro de la lengua, hay que decir que ya se ha castellanizado como espóiler.

La cuarta y última sección *Vislumbres de Otoño* es muy, muy corta: tres artículos apenas, encadenados entre sí, como un parlamento

dicho por alguien a un tú, que enhebran recuerdos del padre y de la madre. Podría ser el comienzo de una autobiografía o de una novela, pero se quedan allí, y concluyen con el único poema de toda la obra. Habrá lectores a los que les parecerá que todo se queda trunco. Otros se quedarán con el sabor de la nostalgia, esos vislumbres que una persona tiene en la plenitud otoñal de su vida.

Gonzalo Ortiz Crespo
De la Academia Ecuatoriana de la Lengua

Quito, 28 de marzo de 2024



I

Palabras en contexto



Las domblas

A finales del siglo XVIII se había avecindado en la ciudad un forastero, de cuya procedencia se ha perdido la memoria. Llegó con la familia en la mañana de un domingo, despertando la curiosidad del vecindario por la cantidad de bultos que se bajaban de las bestias de carga. Una vez domiciliado en una casa que miraba hacia el barranco, salía a caminar por los barrios para saludar con la gente que pronto se dejó ganar por la cordialidad del recién llegado. En ello anduvo varios días, al cabo de los cuales decidió probar fortuna, pues para ello había venido. Abrió las maletas y se tomó el tiempo necesario para instalar una botica a pocas cuadras de la iglesia principal.

El negocio no tardó en prospera hasta convertirse en la botica más renombrada de la región. Había días en que los clientes formaban dos y tres filas para ser atendidos de manera personal y afectuosa por don Francisco, el boticario. Familias de lugares lejanos cabalgaban un día entero a fin de asomarse frente al establecimiento, reconocible por el letrero que oscilaba encima de la puerta:

Botica de Don Francisco

El negocio marchaba viento en popa, gracias a la buena disposición y al arte casi adivinatorio con que don Blas Francisco —era el nombre completo— calmaba prodigiosamente muchas dolencias, lo cual no es ponderar si se considera que, en aquella época, el remedio eficaz contra los males del alma y del cuerpo eran un padrenuestro y tres avemarías.

Pero nada es completo, al menos en esta vida. No habían transcurrido treinta días para que el buen boticario se viera en el trance impensado de alternar el desempeño del oficio con una lucha sin cuartel contra el trato irrespetuoso por parte de la clientela, debido a un defecto arraigado en la ciudad desde quién sabe cuándo, consistente en la malhadada costumbre de esdrújulizar las palabras, de modo que

en lugar del “¡Buenos días, don Fran—CIS—co!”, se empezó a saludar, como entre dientes:

—¡Buenos días don FRÁN—cis—co! –entraba en la farmacia un viandante trasnochado.

—¡Buenas tardes don FRÁN—cis—co! –irrupía una tendera con el crío.

Vano había resultado regañar, rogar, amonestar. Lo más indignante era que hasta las personas cuyo árbol genealógico había venido en una de las carabelas de Colón descuidaron la forma correcta de saludar, contagiadas de aquel tratamiento que de gracioso había devenido en malévol. En algunas ocasiones, don Francisco reñía sin resultado. Tomaba a una campesina del brazo obligándola a golpear el pie con él sobre la sílaba correcta: Don Fran—CIS—co.

Pero todo fue inútil. Al cabo de pocos días, fue notando que más bien él se había dejado coger por la costumbre de marcar mal el acento cuando iba de la botica a la casa, rengueando cual si sufriera de lumbago: Don FRÁN—cis—co, Don FRÁN—cis— co. No había vuelta que dar. Vacilante, se detuvo una noche a la entrada de la casa, miró el cielo estrellado y se preguntó por vez primera en la vida acerca del destino, y si no sería mejor regresar a su tierra o echar mano del estoque y caer sobre el primero que lo saludara.

Pero antes de optar por una decisión tan crucial, recordó que el problema había empezado por el fracasado intento de frenar la incorrección entre el campesinado que acudía a la farmacia. Se necesitaba, pues, ejercitar la destreza con clientes menos rudos; pero resultó otra pérdida de tiempo. Por más que, antes de aplicarles un emplasto o de administrarles una pócima, les obligara a repetir, después de él, asentando el pie sobre la sílaba apropiada:

—Don Fran—CIS—co.

—Don FRÁN—cis—co –era la respuesta incorregible.

A la hora de ir a dormir, cuando subido a una silla apagaba la vela en el farol que por ordenanza municipal debía colgar delante de la casa, no faltaba una voz tenebrosa que saludaba en la penumbra:

—Buenas noches, don FRÁN—cis—co!

Con el pecho en sobresalto, estuvo otra vez a punto de perder el equilibrio, y habría ido a dar en los infiernos si no hubiera sido por la ayuda providencial de un tunante que logró sostenerlo cuando él ya ensayaba una pirueta con el pie en el aire.

—Don FRÁN—cis—co! –había exclamado el ángel custodio con los brazos tendidos hacia él, en actitud patética.

A pesar de haber tomado para el susto una infusión de toronjil, en casa del boticario alternaron las súplicas de la mujer y las voces angelicales de las dos hijas para que fuera a reposar, sin conseguir apaciguarlo. Las ventanas que daban a la calle dejaban adivinar la luz de las velas hasta el primer canto del gallo, señal inequívoca de que algo no habitual ocurría.

¿Qué habrá sucedido? Nadie lo supo. Lo único cierto es que al día siguiente, para sorpresa de los madrugadores, el letrero de la botica amaneció remplazado por otro que oscilaba igualmente visible sobre la puerta:

Botica de Don Blas

No resultó muy trabajoso, después de hacerles repetir “don BLAS” a unos cuantos clientes, borrar de la memoria colectiva el abominable nombre anterior. Pero el remedio resultó peor que la enfermedad, pues la tranquilidad fue momentánea en el hogar del boticario. Muy divertidos y comodones, los clientes se ahorraban ahora el esfuerzo de la breve pausa intermedia “don / Blas”, y cargaban la energía acentual sobre “don”, de cuya licencia resultaba: “DON—Blas”. Al ser impronunciable la “n” antes de “b”, la “n” se hizo “m”: DOM—blas, y todo lo echó a perder la manía articuladora de la clientela:

—¡Buenos días, DOM—blas!

—¡Buenas tardes, DOM—blas!

Otra tormenta se aproximaba. El domingo último, un par de criadas irrumpió en el local atestado de paisanos. Antes de pedir algo para el mareo de su ama, saludaron a dúo desde la puerta de entrada:

—¡Buenas tardes, don Domblas!

Los clientes intentaron disimular, pero la risa fue más contagiosa que la gripe y no tardó en reír todo el vecindario.

Aquella misma tarde, don Blas bajó el anuncio, cerró la botica antes de la hora acostumbrada y volvió a hacer maletas. Desde entonces, se encerró en la casa y nunca más se dejó ver. Pero su buen nombre ya se había vuelto apodo. Las bellas hijas tuvieron que resignarse a vivir encaustradas en el propio domicilio, pues no bien entreabrían la puerta, alguien desde la acera de enfrente alborotaba:

—¡Las domblas!

Aunque la tradición no relata el final del episodio, será mejor dejarlo a la especulación del lector, talvez imaginando al abatido

personaje liando bártulos para regresar a su tierra, resentido con una sociedad que al hablar lo hacía todo alegremente esdrújulo. Herencia andaluza o aborígen —Humberto Toscano alude al episodio, pero no lo aclara—, el cantado cuencano es un rasgo cultural que subsiste en el territorio que se extiende desde Alausí hasta los límites con la provincia de Loja, vasta zona de antigua ocupación cañari.

(Avance, No. 108, noviembre de 2000, p. 9)

En la memoria del silencio

La normatividad que rige el empleo del idioma parece incompatible con la fascinación que provoca la versatilidad de lo inmediato. Dos preguntas vienen a propósito del sistema normativo de la lengua: ¿No propuso García Márquez jubilar la ortografía? ¿Para qué sirve estudiar esta materia, si todo lo hace por nosotros el computador?

No es cierto que se haya otorgado pensión jubilar a la ortografía. En julio de 1999, la Real Academia Española, en colaboración con 21 Academias de la Lengua, incluida la de Filipinas y la de Norteamérica, editó el manual *Ortografía de la Lengua Española*, que recoge, con leves modificaciones, la regulación ortográfica, vigente desde el siglo XIX, a fin de asegurar la unidad idiomática en el orbe hispanohablante. Con igual propósito, la Real Academia Española y el Instituto Cervantes preparan el primer *Diccionario Normativo de Dudas*, inspirado en los trabajos formidables de Manuel Seco y de María Moliner y alimentado tanto de las consultas formuladas a la web de la RAE como de las propuestas de las Academias hispanoamericanas. Allí se despejarán muchas dudas que, desde luego, no perturban la tranquilidad del habitante de un país donde la corrupción, en todos los órdenes de la vida social, ha devenido en agudeza.

En segundo lugar, si apelamos al computador para enmendar los errores en la mera acentuación, descubriremos su limitada competencia cibernética. Si la máquina no resuelve algo en apariencia elemental, ¿podrá auxiliarnos en situaciones más complejas, cuyos procedimientos combinatorios dependen de la información que circula en el cerebro?

En consecuencia, solo el aprendizaje y la perseverante ejercitación, garantizarán la claridad, la propiedad, la eficacia del mensaje. Una confianza ciega en los recursos informáticos puede llevarnos a bajar la guardia ante cualquier escollo gramatical.

Esto no es infrecuente en los medios de comunicación, tomados generalmente como modelos de buen uso. Si abrimos al azar un periódico cualquiera; por ejemplo, un diario nacional, de los más reconocidos

en el país, correspondiente al 17 de septiembre, obtendremos más de una sorpresa:

“Renegociar la deuda no es asunto que deba tratarse al margen de una negociación del desarrollo del planeta. No es un problema de banqueros regateando bonos”, opina un articulista en la página 4A, con un gerundio que desluzca por su inapropiada función adjetiva.

Para probar si estas pesquisas no son obra de la casualidad, volvamos sobre el mismo Diario, esta vez del 21 de septiembre: “Es para servir al Ecuador que fueron elegidos” les recuerda una lectora a los políticos (p. 5 A). La preposición “para” debió encabezar también la subordinación. Un articulista, en la misma página, cae en la trampa del plural: “Cualesquiera que haya sido el arreglo de no agresión mutua, este fue roto por Fujimori cuando ordenó la desaparición del SIN”. “La Enciclopedia del Ecuador salió a la venta hace, aproximadamente, un mes, vendiendo hasta el momento más de seis mil ejemplares”, se informa en la p.5B, con un gerundio muy posterior a la acción del verbo principal.

La edición del día viernes 22 incluye el No. 19 de la colección “Láminas olímpicas”, en donde leemos algo que no se compadece con el anhelo olímpico: “A pesar de que para Sidney 2000 Ecuador no tiene representantes, han habido excelentes exponentes de lucha libre ecuatorianos –obviamente guardando las distancias– participando en el ámbito olímpico desde 1968”. “Estamos seguros que sabrán defender con capacidad y solvencia los principios universitarios” (9A), reza un comunicado suscrito por los representantes de los más altos organismos universitarios del país. El verbo haber es impersonal. Además, se está seguro de algo; en consecuencia, no debe privarse de la preposición a la subordinada sustantiva.

Aunque no sea para alegrarse, bueno es saber que estos desarreglos se dan, como se dice, entre las mejores familias. Quien haya leído *La Fiesta del Chivo* talvez descubra descuidos semejantes a los que se han deslizado en uno de nuestros mejores diarios nacionales:

“Pero, era con él que Trujillo tenía viejas cuentas (p. 122) “...era un grupo clandestino de profesionales y estudiantes jóvenes tratando de organizarse para actuar contra la tiranía...” (p.175). “...estaba convencido que el régimen era dictatorial y corrupto” (p.186). “En la familia estábamos seguros que nunca más volverías” (p.194).

Hasta Urania Cabral, abogada por la Universidad de Harvard, se expresa de este modo: “...No me parece un atenuante. Un agravante, más bien” (p.206). Atenuante y agravante, voces propias del lenguaje jurídico, son nombres femeninos.

“Fue gracias al padre Fortín que Salvador tuvo aquella conversación con Monseñor Lino Zanini...” (p. 238). “Fue el primer urólogo que consultó (...) cuando se dio cuenta que le costaba trabajo orinar” (p. 301). Menos trabajo habría costado no omitir las preposiciones.

No sabemos si alguno de estos descuidos gramaticales presenta *La Muerte del Chivo*, por Bernard Diederich, aunque deslices semejantes a los expuestos pueden registrarse en otras obras de Vargas Llosa.

Ahora bien, periodistas ecuatorianos y autores como Vargas Llosa ¿no escriben con ayuda de los mejores recursos tecnológicos? ¿Qué no ocurrirá en nosotros, simples mortales, torpemente esquivos al rigor que impone el dominio del idioma!

Algún día, el ordenador compondrá por nosotros un artículo, un poema, una novela; modelará por nosotros el mensaje con impecable fidelidad a la gramática y nos ofrecerá un menú con posibilidades expresivas para cada situación. Ese día bostezaremos aliviados de la ardua tarea de pensar, pues habremos sometido el asombro, la imaginación y el destino a la memoria del silicio. La globalización dispondrá entonces de un himno universal: ¡nuestro silencio!

(Coloquio, Año 2, Número7, noviembre de 2000, pp. 21–22)

Español para los extranjeros

David ha venido a la ciudad con el ánimo de perfeccionar su español. Confiesa que prefiere un buen curso de gramática a una temporada de sol en la playa. ¡Quién les entiende a estos extranjeros!

Lo curioso es que el visitante habla con fluidez la lengua española. Salvo por algunos detalles (el acento, la tendencia a variar el punto o el modo articulatorios y la manera de interrumpir la conversación con un sonoro “Oh”), pasaría en el medio como un muy buen hablante.

—Para perfeccionar tu español, te hubieran venido bien unas vacaciones en España —le observa su amigo, vivamente interesado en las inquietudes gramaticales del joven extranjero.

—¡Oh, España, no! —contesta abriendo los brazos—. Os vais, volveréis, esperad, coño por aquí, coño por allá. Ustedes, en cambio, emplean una expresión espontánea, cómo diré, coloquial.

—Me has dicho que seguiste cursos de español en México, en España, en Costa Rica, ¿por qué ahora has escogido Cuenca?

—Ustedes viven en una ciudad Patrimonio de la Humanidad. Supongo que lo es también por el buen nivel de habla española. Es lo que me ha comentado un amigo en los Estados Unidos. Y es verdad. Estoy muy satisfecho de la escuela a la que asisto en estas vacaciones.

—¿Cuánto tiempo te ha tomado dominar el español?

—¡Oh! Si lo dominara, no estaría aquí. ¿He dicho bien “estaría” o es mejor “estuviera”?

—“Estaría” va muy bien. El condicional es el futuro del pasado. “Estuviera” tampoco iría mal —agrega—. David le queda mirando un buen momento.

—Por eso he venido —dice—. Tengo problemas con los verbos, sobre todo con el subjuntivo. ¿He dicho bien “he venido” o debería preferir “vine”?

—“He venido” es más expresivo, puesto que tú aún estás aquí. El pretérito perfecto compuesto expresa una acción pasada que continúa hasta el presente.

—¡Oh! Sí, sí, claro –asiente—. Te he pedido que me expliques, perdón, que me explicaras sobre este aún, ¿está bien dicho explicaras?

—Sí, muy bien, “explicaras”, en subjuntivo.

—Decía que te he pedido que me explicaras sobre este “aún”, a veces lo veo con acento, a veces sin acento.

— ¿Podrías ayudarme con unos ejemplos?

—Tú “aún” estás aquí, expresa que todavía estás aquí. “Aun” tú estás aquí expresa que hasta tú estás aquí, ¿entiendes?

—¡Oh!, ¡qué problema! En inglés es más simple. Ustedes, con variar un acento, un tono, una forma, una terminación, ya dicen otra cosa que para nosotros resulta difícil de entender. Y esto es hermoso y divertido.

—Desde luego. Pero cuando tú hablas, yo comprendo todo lo que dices y, te repito, lo haces con mucha corrección.

—¡Oh!, no se trata de hacerse entender, compréndeme; se trata de expresarse con elegancia y, sobre todo, con perfección, no como hablan español los latinos que van allá, a mi país. ¿He dicho bien “allá” o será preferible “allí”?

—“Allá”, porque este adverbio expresa un lugar menos determinado que “allí” – responde, tratando de idear una razón para que al interlocutor no le desilusione la conversación.

—Si yo hubiera podido, habría venido mucho antes a esta bella ciudad, donde se puede platicar con gente tan instruida en el idioma. ¿He armado bien la frase al unir “hubiera podido” con “habría venido”?

—La has armado a la perfección. Pero hay también otro modo.

—¿Cuál? –David da un sorbo a su café—.

—Si yo hubiera podido, hubiera venido.

—Pero no me suenan bien esos dos “hubiera”—.

—Entonces tendrías otra opción: “Si yo hubiese podido, hubiera venido”.

—¡Oh! Si yo hubiera podido, hubiese venido.

—No; así, no.

—¿Por qué?, si me parece igual.

—Porque la forma “hubiese” es elegante en la prótasis, no en la apódosis.

—Oh, sí, sí, en la prótasis; es lo que ahora hemos practicado en la escuela –afirma, con aire casi triunfal. Vuelve a mirar el reloj. ¡Qué lástima! –exclama—. Es hora de ir a estudiar. ¿Será posible que mañana pudiéramos seguir, perdón, proseguir, esta conversación?

—¡Por supuesto! —lo despide, satisfecho de que el español conserve los encantos de lengua expresiva para los extranjeros.

(Avance, No. 118, septiembre de 2001, p.12)

Conversación sobre los árabes

—Más cerca están los árabes que los norteamericanos —explicas—; el idioma es el cordón umbilical que nos ata a la cultura.

Menea la cabeza el oyente, en señal de incredulidad.

—Mira, fue necesario que los árabes vivieran ocho siglos en España para que asientes el pie en esta *alfombra* o para que podamos soñar de noche sobre una *almohada*.

—¿Fue invención de ellos la alfombra?

—Más aún; modelaron la palabra y les resultó tan liviana que podían volar sobre ella.

—¿Sobre una alfombra?

—Sin ellos, tampoco tendríamos de una *alcoba* cuya *aldaba* permite a alguien llamarnos golpeando secretamente por la noche.

—¡Qué imaginación!

—Y si a la mañana nos asomamos al jardín —vocablo del francés— *ojalá* que no lo hallemos huérfano del perfume de *alhelies*, *azucenas*, *tulipanes*, *amapolas*.

—Por qué siempre dice usted *ojalá* que, y no solo *ojalá*.

—Porque *ojalá* significa “Dios quiera”

—¿Trajeron ellos los aromas que enumera?

—El aroma llegó por el Egeo; pero ellos nos legaron la blancura del *azahar* y el azul de la *alhucema*.

—¡Y el color de las orquídeas! El oyente ha asumido tu tono enfático y seguro.

—No. Orquídea proviene de un vocablo que entre los griegos designaba el testículo. Pero si elevamos la vista más allá de nuestro jardín y la paseamos por el huerto, divisaremos entre *los alfalfares*, *el toronjil*, *la alcachofa*, *la albahaca*, *el alcanfor*, *el ajonjolí*, *la zanahoria*...

—¡Qué encanto para la vista!

—Así es. Y también al paladar, porque en árabe nos sonríen las tajadas de *sandía*, el gusto *almibarado* del jugo de *naranja*, *el jarabe de limón*, el sabor aterciopelado del *albaricoque*...

—Siga, siga —propone el oyente, de veras asombrado.

—Por supuesto, no solamente olores, colores y sabores. Del árabe provienen los *alguaciles* y los *albañiles*; *el alferez*, *el adalid*, *el albacea*. Pero también del árabe han salido los *alcahuetes*.

—¡Los alcahuetes!

—Y nombres tan musicales como *Leonor*, *Zenaida*, y apellidos ilustres como los *Benalcázar*.

—Y podemos ir en pos de *alforjas* o de *alcancías* para guardar nuestros *ahorros*.

—¡Los ahorros!

—Y en pos de *alfeñiques* para endulzar la pena, y de *alpargatas* para huir de los acreedores; y que hallen los pobres un cuarto de *alquiler*, así fuera de *adobes*, para que no amanezcan sobre los *adoquines*.

—Pero nos han enseñado que el español procede del latín.

—El setenta por ciento del léxico de nuestra lengua, se afirma, procede efectivamente del latín; pero si queremos impedir, como los médicos, que el vulgo nos entienda, debemos apelar a los helenos.

¿A los helenos?

—Sí, a los griegos. Empecemos por gastritis y, sin saber para qué, iremos a parar donde el gastroenterólogo y, poco después, estaremos en el consultorio del otorrinolaringólogo, tal como quienes echan vivas a la democracia acaban en la demagogia y, con más *alharaca*, en la oligarquía y en la plutocracia.

—¡No entiendo!

—¿Acaso no somos libres de escoger, verbigracia, entre un oculista y un oftalmólogo?, ¿entre un dentista y un odontólogo?, aunque al cabo del tratamiento salgamos igualmente tuertos o desdentados, por culpa de los griegos. Ambos reís festivamente.

—¿No se corre igual riesgo con el árabe? —pregunta.

—No, a fe mía, salvo con los árabes falsos o conversos de nuestras *alcaldías* y de nuestras *aduanas*.

—Dígame si todas estas palabras que empiezan con al vienen del árabe.

—Muchas de ellas, ciertamente: *almirante*, *alacrán*, *alarido*, *alca-bala*, *almanaque*. Si algunas han caído en desuso, solo el nombre provoca *algazara*, como *albórbola*.

—¿Y almorranas?

—Vinieron de los griegos a través de los romanos.

—¿Y alondra?

—Provino de Roma, aunque —como otras aves— se alimentan de

alpiste, palabra latina musicalizada por los árabes para que la pudieran picotear todos los pájaros.

—¿Y alboroz?

—Esta sí, del árabe, igual que *algarabía*, *alcurnia*; *el ajedrez* y *el alfil*, palabras estas últimas que encantaron y, según se especula, apresuraron la sentencia contra Atahualpa; el álgebra, *el tambor*, vocablos que viajaron en las carabelas de Colón.

—¿Y qué otras palabras vinieron en los barcos españoles?

—*Julepe*, por ejemplo, legado de los persas a través de los árabes, aunque al parecer se fue de vuelta, huyendo de la turbulencia del Atlántico; *alcoholes*, *alambique*.

—¿Y coño?

—Pertenece a los romanos (con más propiedad, a las romanas).

—¿Y olé?

—Era la palabra con que talvez llamaban los árabes a Dios, devotamente, cuando creían que la *alfombra* de los sueños se acercaba a los *minaretas*.

(Avance, No.120, noviembre de 2001, p. 6)

Reflexión sobre l@s maestr@s

Carteles que pregonan eventos de diversa índole emplean con frecuencia @ para referirse a los dos sexos. Invitan a l@s alumn@s, ofrecen a l@s expert@s, convocan a l@s artist@s. El asunto reviste especial notoriedad cuando el ministerio del ramo anuncia oficialmente el programa Maestr@s.com

La escritura es un procedimiento maravilloso para reproducir el habla. Pueden abarrotar nuestros escritos mil estanterías con solo combinar linealmente veintisiete escasas letras. El poder intelectual del ser humano, capaz de crear y organizar los elementos para representar en el espacio el fluir temporal del pensamiento, es el resultado de un proceso evolutivo apasionante.

Se afirma que la escritura empezó por un registro de carácter ideográfico. Dibujos ajenos por completo a los sonidos del lenguaje remitían a ideas; tal vez a secuencias de ideas, si —como se presume— las pinturas más antiguas de la humanidad fueron textos cuyo código de lectura se habría extraviado en la penumbra de los tiempos. Hasta donde se sabe, los fenicios acertaron con los primeros trazos para encaminar la escritura hacia la notación fonética. Los griegos la perfeccionaron hasta ajustarla a la naturaleza de su idioma, de modo que la griega fue una escritura fonética porque había logrado absoluta correspondencia entre grafías y fonemas. Más tarde, los romanos acomodaron al latín los caracteres griegos, y ese proceso de adopción y adaptación lo heredó luego el español. Tal es la fuente de nuestros insomnios ortográficos.

La escritura española no es absolutamente fonética. Nunca logró emparejar del todo grafías y sonidos. Algunos fonemas necesitan ser transcritos por dos y hasta por tres grafías diferentes: girasol, jinete; cama, queja, kilo; otros, por letras dobles: calle, carril. Se da el caso de una sola letra para dos sonidos contiguos: éxito (égsito), extraño (ekstraño). En fin, en el colmo del desajuste de que hablaba Saussure, hay una letra que sin sustentación sonora persiste como mudo testimonio cultural: hoja, hija, prohibido. Todos estos fenómenos han llevado a plantear a muchos entendidos la necesidad de simplificar la ortografía.

De hecho, la pronunciación quedaría intacta al momento de articular este anuncio: “se prohíbe hacer milagros”, o este otro: “su ijo a aprobado oy con égsito el eksamen”.

Al presentar el asunto de esta manera, nos mantenemos todavía en el plano de la relación entre la pronunciación y la escritura. Las relaciones son siempre perfectibles. Con mucha probabilidad, la generación que en el futuro escribiera del modo que proponen los ejemplos últimos vería tan normal lo que hoy a nosotros repugna, porque ninguna de las supuestas modificaciones se habría apartado del sistema; más bien lo habrían depurado, pero echando por la borda el proceso cultural.

Muy temerario es, empero, querer implantar una forma artificiosa, una suerte de ideograma en la organización alfabética española, porque @ no responde a necesidades cibernéticas cuando se la emplea para involucrar a los dos sexos; al pasar a ser la representación gráfica de una idea, queda completamente fuera del sistema alfabético. Mal podría pedirle el profesor al estudiante que leyera esta secuencia: “La Unión Nacional de Educador@s convoca a sus afiliad@s a la reunión que llevarán a cabo esta tarde l@s maestr@s”. Con tanta @ tartamudeará cualquier lector. Siguiendo este camino, otros rasgos ideográficos intentarán contaminar el alfabeto si triunfan grupos que reclaman identidad sexual en un mundo globalizado, obsceno y promiscuo. Igualmente podrían exigir su puesto en la escritura otros grupos para ser designados en conjunto: jóvenes/viejos; blancos/negros/mestizos; indios/mulatos. Porque la diversidad sexual solo es una entre las que conforman el mosaico de opciones y complementariedades que organizan la cultura.

Se dirá que esta preocupación —cavernaria por haber empezado por el arte rupestre— está al margen del avance tecnológico y del actual estado de progreso en la sociedad. Pero han sido incesantes los milagros tecnológicos que obraron sobre las formas de comunicación y de expresión a partir de la revolución industrial, sin que ninguno de ellos haya influido más allá de ciertas modificaciones en el estilo, sobre todo en el lenguaje periodístico, Nadie propuso interferir en la secuencia lineal de la escritura con algún rasgo discreto del alfabeto morse. El más ferviente admirador de los portentos tecnológicos de finales del siglo XIX no habría ido muy lejos como autor de una novela telegráfica. En contraste, la ingenua y solitaria inclusión de @, equivale a introducir un virus en el interior de la escritura para asegurar la servidumbre mental a la omnipresencia tecnológica.

El empleo de @ para referirse a los dos sexos confiere una igualdad apenas ilusoria. Si llegare a ser la expresión de una nueva actitud mental ante la vida, le corresponderá una identidad articulatoria fijada por la sabia economía de la lengua.

Ojalá que algún día podamos articular un sonido que englobe a todas las parejas de contrarios y complementarios y logremos estamparlo en un nuevo sistema de escritura. Tal vez habríamos logrado entonces revolucionar la lengua; pero estaríamos para ese tiempo probablemente en cueros, de vuelta a los primeros árboles, como dicen que ya ocurre en el arte, según algunas opiniones en torno a concursos bienales.

Pero hasta tanto, es preciso abandonar la absurda confusión entre sexo y género gramatical, por culpa del empleo de @ en la escritura, recurso que lleva a otras novedades al estilo de que dos hijas y dos hijos no suman cuatro hijos en un hogar, sino cuatro hij@s. ¡Menudo consuelo matemático! Tampoco hay en este mundo niñas y niños desamparados, sino niñ@s desamparad@s. Por esta ruta, no vaya usted este domingo a casa de sus suegros, sino a la de sus suegr@s.

(Avance, No. 122, enero de 2002, p. 11)

El lenguaje y la vida

I

Desde la antigüedad, la duda ha estimulado el avance de la civilización, como si el descubrimiento de la verdad hubiera dependido del acierto en la perplejidad o en la disyuntiva. Así en la reflexión filosófica como en la ciencia, en el arte y la vida. Duda el sabio, el hombre de fe, el escéptico. Los simples mortales, hechos de vacilación e incertidumbre, recelamos de nuestras propias dudas.

Es lo que le ocurre al articulista dominical frente a la propiedad o impropiedad de las herramientas del oficio: las palabras. Asediado por la duda en el empleo del plural, ha debido acudir al *Diccionario Panhispánico de dudas*, de reciente circulación. Probablemente el lector experimente igual necesidad cuando, recién llegado a casa, le preguntan a boca de jarro por el plural de argot, boicot, complot, debut, déficit, fagot, mamut, robot, soviet, superávit, test y otros vocablos de sonido final extraño a la naturaleza del idioma. Tomado por sorpresa, experimentará la sensación del teniente que en el cuento de Palacio descubre en las medias rotas el origen secreto de su angustia.

En tal situación, el flamante *Diccionario* le ayudará a salir airoso de la situación. A excepción de test, dichas palabras solo agregan una "s" para formular el plural. Por cierta dificultad articulatoria y para evitar el doble sentido, el vocablo test permanecerá invariable en el plural, que en caso de necesidad se indicará por el artículo.

Pero, no bien se despeja una duda, otras aparecen a lo lejos, como para preguntar si se ha normado pensando en la pronunciación o en la escritura. Si el vocablo test resultaría impronunciable en plural, igualmente lo serían las palabras arriba registradas, como lo fueron en su tiempo carnets, cabarets, corsets, vocablos que ahora suenan muy juveniles, sueltos y armoniosos, como en la vida misma, luego de la venia académica: carnés, cabarés, corsés. Junto a ellos, resonarían fonéticamente mejor emparentados: casés, disqués, en lugar de casetes

y disquetes. Y si vermouh se ha transformado en vermú con su plural vermúes, no es justo negarle igual derecho a mamú para que haga armoniosamente mamúes.

(El Tiempo, domingo 5 de febrero de 2006)

II

La señora Bachelet será muy pronto la Presidenta de la República de Chile. Lo será por decisión popular, pero también por voluntad de la Academia de la Lengua. En el año 2001 aceptó expresamente la forma femenina para Jefa de Estado. Una dama que hubiera recibido aquella investidura un poco antes, habría debido conformarse con ser la Presidente, como si hubiera hurtado el puesto a los varones. Al preocuparse la Academia por incorporar a la vida oficial de la lengua los cambios que se operan en la vida real de la sociedad, el género va dejando de ser un concepto meramente gramatical para convertirse en un asunto de género, casi un asunto de Estado.

Pero el *Diccionario Panhispánico de Dudas*, entregado en 2005, guarda mayor cautela frente a otras palabras que designan ocupaciones reservadas mentalmente a los varones. Todavía se censura, verbigracia, el empleo de alcalde como sustantivo común en cuanto al género. Esto significa que a pesar de la igualdad en el derecho de elegir y de ser elegido, un varón seguirá siendo alcalde; la mujer, alcaldesa. Pero tal como van las cosas en lo tocante a la evolución social, tarde o temprano habrá pueblos que elijan una "alcalde", y, a lo mejor, una "alcalda", siguiendo el buen ejemplo de "gerenta".

Se acepta asimismo como válida la forma "concejala", debido al uso mayoritario entre los hablantes del español; y "cacica" término generalizado por Salvador Lara; pero no se recomiendan las designaciones femeninas en el rango militar; de modo que por hermosas que lucieran fuera de su uniforme, seguirán siendo "la teniente", "la sargento", aunque los rangos parezcan afectivos si los vocablos van precedidos del posesivo, al estilo militar: "mi generala", "mi tenienta", "mi sargenta", "mi conscripta".

En otras ocasiones, la norma se muestra más severa, taxativa: "No debe usarse la forma testiga para el femenino". En un acto legalmente solemnizado con la firma de dos damas que lo testifiquen, registrará el documento "dos testigos", no por machismo; quizás por el prurito

etimológico de cuidar al parentesco de “testigo” con el latino “testis”, voz masculina de la que provienen testigo y también testículo. Pero hay voces cuyo femenino parece de suyo disonante, repudiable: “la caba”, femenino de cabo, rango militar; “la pilota”, femenino de piloto. De tanto andar por esta senda de soterrada oposición genérica, día vendrá en que los varones rehúsen considerarse artistas, poetas, y exijan, con igual derecho, ser “artistos”, “poetos” o, si es otra la inclinación, “poetisos”. Pero, en todo caso, “socialistos”, “comunistos”, irán tarde o temprano donde el “oculisto”, el “dentisto” u otro “especialisto”.

(El Tiempo, domingo 12 de febrero de 2006)

III

Deben ser diferentes las reacciones de un lector ecuatoriano y las de un español ante la información deportiva que describe a la triunfadora que arriba a la meta con un culote rosado y unos mocasines oscuros. Venga en favor de la curiosidad la consulta al *Diccionario Panhispánico de dudas*, que ofrece esta definición: culote, del francés culotte, “calzón acolchado que usan los ciclistas”. De modo que es mejor emplear la imaginación en admirar la riqueza de la lengua española. En la brevedad de pocas líneas, vino “mocasín”, voz tomada por el idioma inglés de una lengua aborígen norteamericana antes de pasar al español. Y vino también el verbo arribar, que se vuelve más expresivo si se sabe que proviene del latín “ripa”, que significa orilla.

Ya que ha sido mentada la palabra verbo, nos detendremos un momento en esta parte de la oración, un tanto movediza y frágil, a tal punto que requiere del diccionario para despejar ciertas dudas. Como el orate ante el podenco del bonetero en el relato cervantino, la sola mención de la palabra verbo le trae mal presagio al articulista, al recordar la contestación escuchada en el contexto de una conversación sobre el mal uso del verbo:

—¡Verbo! —exclamó—. Esa palabra ya ni se menta.

—¡Mienta! —corrigió un comedido, exponiéndose a la burla.

Había razón para enfervorizarse al saber que “mentar” continuaba como verbo irregular, y debía ser conjugado igual que “acertar”, así

guarde parentesco formal con “mentir” en algunas personas gramaticales. Categórico es asimismo el *Diccionario* al censurar las formas “satisfació”, “satisfaciera”, “satisfacería”, no infrecuentes, sobre todo en el discurso público, en vez de la elegancia de “satisfizo”, “satisficiera”, conjugadas como formas compuestas del verbo “hacer” (hizo, hiciera, haría). Igual firmeza muestra el criterio académico ante los verbos emparentados con el sustantivo “línea”, que hacen “alineo”, no “alíneo” y peor “alinio”, como se escucha dentro y fuera de la arena política y deportiva.

Sin embargo, en cuanto a los verbos contradecir, desdecir, predecir, se ha vuelto a admitir como posibles tanto las formas regulares: contradeciré, desdeciré, predeciré, como las irregulares, en tanto compuestas de “decir”: contradiré, desdiré, prediré, que se consideraban ya desechadas en la vigésima segunda edición del *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia. Se admite, además, que los verbos licuar, adecuar, evacuar, sean conjugadas en hiato o en diptongo, permitiendo así que las personas más o menos cultas licuen, adecuen y evacuen; y las demás licúen, adecúen y evacúen libremente.

(*El Tiempo*, domingo 19 de febrero de 2006)

IV

Indiferentes al caos de este momento carnavalesco y loco, hemos mortificado al lector con el tema inagotable del lenguaje, que es la facultad que posee el ser humano de comunicarse, en este caso, mediante la palabra. Mientras la sociedad se convulsiona y se desangra, ¿importa si volca o vuelca un ómnibus? ¿Molesta que en la telenovela el personaje diga me amastes, me olvidastes? A nadie incomoda si en el bar se piden dos cafés o dos cafeses, como tampoco preocupa al espectador si el delantero pateó bien o patió mal la pelota.

En el habla coloquial, esas minucias morfológicas podrían resultar intrascendentes; no así en la expresión formal, digamos en el aula, en el discurso político, en los medios de comunicación, donde esos y otros tipos de deslices obran sobre el oyente común y van decantando su ya difusa seguridad idiomática. Aun si la permisividad académica

admite para numerosos casos formas cultas y vulgares, el habla formal ha de optar por las de mayor prestigio. En consecuencia, siempre tendrá sentido preocuparse por los problemas que aquejan a una “lengua en ebullición”, según llamaba a la nuestra Emilio Lorenzo, hace cuarenta años, al trazar el panorama del estado general de la lengua y prever algo de cuanto hemos puntualizado en estas últimas semanas.

Los locutores y los presentadores desempeñan en los medios de comunicación un papel similar al de los soldados del imperio romanos: difundir por el amplio mundo nuestro bello lenguaje; pero, a diferencia de ellos, evitando el riesgo de generalizar impropiedades ajenas al proceso evolutivo del idioma. Sin presumir de gramáticos, quienes mantienen estrecha relación con el público a través de la radiodifusión y de la pantalla, han de poner en práctica cuanto aprendieron en el curso de su formación. Cuando en las reformas educativas se insiste en el tema de democratizar la enseñanza, nunca se ha pensado en universalizar el lenguaje de la plebe, aunque provengamos de ella.

(El Tiempo, domingo 26 de febrero de 2006)

El valor de los verbos

Algunos lucen un arete en el lóbulo de la oreja. Visten pantalones nuevos recién envejecidos y enormes camisetas negras con una calavera somnolienta entre dos tibias cruzadas. No falta quien llama la atención por los cabellos cuidadosamente erizados. Este aspecto de ángeles rebeldes de veras intimida y da asidero para que se los vincule, por su gracioso atuendo, con las pandillas juveniles y otros grupos que mero-dean por los barrios periféricos.

Nacidos a finales del siglo anterior, los muchachitos andan entre los catorce, los quince años de edad. Los progenitores de muchos de ellos habían emigrado, dejando a la tierna prole al cuidado de los abuelos, la tía, el pariente cercano. Los apellidos revelan a las claras la presencia de una nueva fuerza social que accede a los establecimientos educativos fiscales. Los bebés de entonces, matan ahora el tiempo en las aulas del colegio; en los momentos libres —cada vez más libres— no aciertan en qué gastar la remesa que reciben, aunque el pasatiempo favorito son los juegos electrónicos. Por lo visto, algunos disponen en su vivienda de una habitación independiente abarrotada de recursos audiovisuales, que manipulan sin más control que el electrónico; de modo que, en lo tocante a información, en ciertos temas, se hallan más al día que sus maestros.

Aquel porte exterior, signo de inconformidad, los identifica en un mundo percibido como extraño, incomprensible; pero en su interior aceptan una tradición de obediencia y docilidad a los signos de un sistema impositivo representado en el aula por la figura del profesor; de esta suerte, no es raro observar a los diablillos persignándose con verdadera unción a la hora de rendir exámenes.

La extrañeza de su mundo se hacía notoria aun en el pequeño universo urbano. Conforme crecían y empezaban a invadir los espacios exclusivos de la juventud perteneciente a los estratos altos, bullangueros, la zona llamada rosa se mudaba de barrio. Pero al cabo de pocos años, se han disipado las barreras. Unidos por otros elementos integradores —la capacidad económica, ante todo—, los muchachos

armonizan y comparten aquellos espacios donde ya se los ve alborotar amigablemente.

En este contexto, se inscribe una experiencia practicada con alumnos del tercer año de colegio. El ejercicio, rescatado de entre los papeles empolvados del profesor, bien podría constituir una muestra de lo que se da en llamar carácter significativo del aprendizaje.

Pues bien, los alumnos han organizado un paseo anual a la playa. Al retorno, deben presentar el relato de sus experiencias, empleando la mayor cantidad de verbos conjugados.

—No olviden que describir es inseparable del arte de contar; de modo que también he de ver por sus ojos el paisaje —fue la recomendación.

—¿Y los que no nos vamos? —preguntó uno.

—Quien no vaya narrará por escrito cómo se divirtió el fin de semana.

Pasaron los días. En el momento de entregar los trabajos, uno de los alumnos se acerca nervioso, los cabellos cuidadosamente erizados, para explicar que él no había ido de paseo, pero que tampoco se había divertido el fin de semana por un motivo ajeno a su voluntad; pero que, en todo caso —se justifica—, trae el deber de contar lo que en verdad le había acontecido.

—Bueno, hijo, está bien —. El profesor le recibe el trabajo.

Poco después, al revisar las redacciones, encuentra y selecciona este relato de quien debe ahora andar por los veinte años—, cuyo mejor destino es transcribirlo con las formas verbales destacadas —como era obligatorio— sobre las cuales gravita la fuerza conmovedora del relato:

Cuando **entré**, toda la familia **estaba** reunida en casa y **escuché** decir a papá: me **voy** a trabajar en Estados Unidos. Apenas **hubo acabado** de decir esto, **vi** que todos **lloraban** amargamente; pero mis hermanos ya **habían sabido** y **trataban** de tranquilizarnos.

Papá **dijo**: me **voy** para buscar mejores días, y mi tía **dijo**: sí, es mejor que te **vayas** por el bien de todos, pues **hubieran tenido** muchos problemas para pagar las deudas. Después mi mamá **habló** y **dijo**: yo te **comprenderé** esposo mío, pero **vayámonos** al aeropuerto porque ya **tienes** que irte. Entonces todos con las maletas; **subimos** al carro y **llegamos** justo a tiempo. Él se **alejó** con tristeza y **abordó** el avión. Mi hermano mayor **alcanzó** a decir desde lejos: te **llamaré** cuando **hayas llegado**. El avión se **perdió** y yo me **quedé** pensando si no **habría sido** mejor que no **hubiera salido** de casa esta mañana.

(Avance, No. 177, agosto de 2006, p. 24)

Nuestro origen darwiniano

Quién sabe cuánto tiempo debió de transcurrir para que el ser humano convirtiera sus gritos de primitivo cazador en un discreto repertorio de sonidos que permitieran formular, ya sin alaridos, un número infinito de mensajes. Tampoco se sabe cuántos milenios pasaron hasta que lograra capturar esos sonidos en un sistema integrado, asimismo, por un limitado número de letras cuya combinación ha generado todos los mensajes que guardan, desde muy antiguo, las bibliotecas del mundo. Pensar en ello, provoca cierto escalofrío en el ánimo cuando alguien se decide a borrar una frase o a dar forma a la emoción en un poema.

Aquel proceso de afinamiento incesante del sistema de comunicación ha señalado el ritmo de la evolución material y espiritual de la humanidad. El carácter perfectible del sistema ha ido agrandando la diferencia entre el ser humano y las demás especies animales. Algunas de ellas disponen de señales evidentes para comunicarse entre sí —los monos, las abejas, los delfines—, pero ninguna ha tenido la facultad de elaborar un lenguaje; es decir, un código de signos y de reglas combinatorias siempre a la disposición para que el individuo ejerza la libertad de emplearlos de acuerdo con cada necesidad comunicativa o expresiva.

Se sabe que cierta clase de monos rugen, jadean, gruñen, ululan, gritan, chillan, según las circunstancias: están contentos, requieren ayuda, se acobardan, se alarman, se sienten en peligro o agachan la cabeza, derrotados. Así se han comportado desde cuando recibieron aquellas aptitudes biológicas para enfrentar los retos de un entorno hostil; así seguirán los monos por los siglos de los siglos, mientras los dejemos perdurar como especie.

¿No lo harían también así nuestros remotos antepasados? Mas, conforme fueron levantándose del suelo y caminando en dos, pudieron contemplar el firmamento, otear el horizonte y multiplicar las funciones de la cabeza y de las manos. La cabeza para pensar; las manos para obrar. Muchos siglos debieron transcurrir para que los primitivos padres de la humanidad pudieran sentarse a la sombra de un árbol y entablar una conversación.

Pero cada vez que miramos en la pantalla a los dirigentes de nuestra sociedad gesticulando y gritando hasta enronquecer, tenemos la impresión de haber retrocedido a aquellos albores de la especie, a un mundo anterior a la palabra, cuando el hombre aún no era el animal político, definido así por Aristóteles, sino el macho dominante que hacía honor a su origen darwiniano.

(El Tiempo, domingo 8 de abril de 2007)

El pulgar y el dígito impúdicos

Entre las relaciones que entablamos diariamente con los demás, hay unas, entrañables, que se establecen mediante la comunicación llamada no verbal; en ella entran en juego los movimientos corporales y también las formas de disponer y de percibir los espacios personales y sociales. La señora Eileen McEntee, experta en comunicación oral (dedicó al tema un manual de 750 páginas), ha difundido el nombre de kinésica para lo primero y de proxémica para lo segundo.

Pero llámense como se llamaren estas manifestaciones, lo cierto es que por la cara con que regresa el jefe al escritorio, la secretaria sabe si le ha ido bien o mal en el inodoro. La distancia que separa a los burócratas de los usuarios, en bancos, en oficinas públicas, es un signo inconfundible de jerarquía, de importancia. La amplitud que reina en ciertas áreas burocráticas cohibe al ciudadano común o le despierta una actitud sumisa, reverente, similar a la que provoca la nave desolada de una iglesia; para el aspirante a deudor, la distribución del espacio en la sala de la gerencia bancaria es una invitación subliminal a persignarse.

A diferencia de lo que ocurre en el ámbito de la comunicación verbal, no siempre es confiable la interpretación del significado en los innumerables movimientos faciales, manuales, digitales. Por ello, antes de dejarse arrebatar por la pasión, el pretendiente ha de asegurarse de que el guiño del ojo de su amiga no es el resultado de un tic involuntario, convulsivo. Abrir desmesuradamente la boca, con la frente contraída, puede expresar asombro, amenaza, terror; pero también pudiera ser el anuncio desesperado de una pepa de guaba en la garganta. Según se cree, el afirmar y el negar con la cabeza provienen, en su orden, de los actos infantiles de buscar y de rechazar el seno materno, aunque en otras culturas se afirme y se niegue al revés con la misma cabeza. De ello resulta que, fuera de un contexto social específico, es bastante arriesgado atribuir la emoción a un gesto, a un movimiento corporal.

Poseen un significado relativamente más estable y universal ciertos mensajes que se exteriorizan con las manos y, en particular, con los dedos. Al estar cargados de historia y, sobre todo, de una clara

voluntad expresiva, estos signos han tratado de ser decodificados y sistematizados, aunque algunos de ellos se resisten porque, asimismo, varían de un lugar a otro lugar. Por ejemplo, unir el pulgar y el índice para formar un círculo, manteniendo los otros dedos levantados hacia el espectador —como dicen que hacía Quintiliano hace dos mil años— expresa entre nosotros que “todo está OK, muy bien, perfecto”; pero en alguna región de Europa es una proposición groseramente impúdica.

Levantar el índice y el dedo medio para hacer la V de la victoria, al estilo de sir Winston Churchill, puede tornarse insultante con solo apegar la mano a la frente, con ademán taurino. Cerrar la mano con el pulgar hacia arriba es señal inequívoca de aprobación y aliento; pero agitarlo horizontalmente en la vía pública es pedir un aventón. ¿Es delito pedir un aventón a la autoridad? A pesar de su talante humilde, este dedo pulgar puede tener un comportamiento libertino y hasta provocador. No hay injuria mayor que cerrar el puño, dejando que el pulgar se abra paso hasta asomar entre el índice y el dedo medio. Es la higa, tan aborrecida, ante la cual los abuelos venerables no hubieran vacilado en buscar la asistencia de un padrino y batirse en duelo contra el ofensor.

Pero hay un dedo casi omnipotente, cuyo tamaño ha sido aprovechado para inicuas provocaciones. Es el tercer dedo, dedo cordial, que poco honor le hace a la delicadeza de su nombre. A quien dude de su eficacia comunicativa, le sería recomendable que solo imaginara por qué los romanos llamaban a este dedo “digitus impudicus”. Pero si la imaginación no bastara, podría usted salir a la calle en uno de estos días azules de verano, exhibir el dedo medio en toda su extensión, encogiendo los otros. Cundirá entonces el pánico por toda la ciudad. Ladrarán los perros, maullarán los gatos y se alborotarán las caravanas presidenciales. Al otro día, hasta podrá cobrar notoriedad en los periódicos y, quién sabe, aspirar a un puesto en la burocracia.

La prudencia aconseja, a quien no ande tras tanta gloria, que vaya por estas calles de Dios procurando no perder el control de los dedos traviosos. Para evitar malentendidos que pudieran traerle un mal momento, no hay consejo mejor, en este tiempo de celos, intolerancias y recelos, que andar con la vista baja, como quien hubiera hecho perder un tesoro, y llevar la diestra guardada en el bolsillo.

(Avance, No. 188, julio 2007, p. 16)

Naturaleza, lengua y cultura

Se intitula así el ensayo que acaba de ofrecernos Oswaldo Encalada Vásquez, editado por la Universidad del Azuay y la Corporación Editora Nacional. Es un trabajo de investigación documental que nos lleva a examinar con seriedad las raíces culturales a través del instrumento de observación quizá más confiable: la lengua.

Varios siglos transcurrieron desde el Descubrimiento para que América cobrara conciencia de su propia voz. Los primeros hombres que desembarcaron en las costas del Nuevo Mundo no hallaron mejor punto de comparación para estas tierras que la idea que traían del paraíso terrenal. Europa se conmocionó y ya no pudo desprenderse de su fascinación por los colores y las formas del remoto paisaje americano. De este modo, antes de encontrarse a sí misma, América estampó una profunda huella en la cultura europea y afinó los sentidos del hombre que escapaba de las densas tinieblas medievales.

Las narraciones que se difundieron acerca de los horrores de la conquista y la colonización obligaron a muchos pensadores europeos a revisar sus ideas sobre la condición y el destino de los seres humanos. La influencia de una América idealizada fue aún más lejos: Rubens copió el cuadro de Ticiano que representa a Adán y Eva en el Jardín del Edén —recuerda Pedro Henríquez Ureña—, pero puso entre los árboles un papagayo, detalle en el cual, al comparar el original con la copia, alguien ha observado cómo el arte renacentista se inclinó hacia el barroco —afirma el sabio maestro dominicano.

El Nuevo Mundo se fue convirtiendo en una fuente inagotable de mito y fantasía. Quizás la abigarrada exuberancia de la naturaleza americana sugería el horror que el arte europeo del siglo XVI sintió ante el vacío, como para apoyar las reflexiones de Pedro Henríquez Ureña. Parece que las claves de estas representaciones mentales hay que buscarlas en las relaciones a menudo secretas entre la vida y el lenguaje. En las frágiles carabelas de Colón que tocaron por primera vez tierra americana vino una lengua en cuyo repertorio no cabían los elementos de la nueva realidad. Esto hizo que, junto con los tesoros arrancados a

los templos, regresarán los barcos a España cargados de palabras que acariciaban el oído de los europeos: sabana, hamaca, piragua, maíz, papa, tabaco, cacao, tamal, alpaca, pampa, tomate... Pero si al español le resultaba difícil representar la realidad por medio de un sistema de organización semántica ajeno a la naturaleza del Nuevo Mundo, al habitante americano le acometía similar dificultad cuando quería trasladar a la lengua vernácula las voces y las primeras experiencias del contacto con esos seres —mitad monstruos, mitad hombres— descendidos de la inmensidad del cielo o salidos de la profundidad del océano. El primer comercio que lograron entablar los españoles con los aborígenes, antes del intercambio de abalorios, fue el de las palabras.

Por allí empieza el desciframiento de las claves con que Oswaldo Encalada Vásquez nos va aproximando, a través de la lengua, al choque y a la paulatina compenetración de dos culturas por completo diferentes. Dominante la una, y avasallada la otra, las expresiones de dominio y de sometimiento perviven aún en el lenguaje. Encalada Vásquez arranca su descripción lingüística analizando los procedimientos mediante los cuales la lengua española descubre América y la forma en que las lenguas americanas intentan descubrir el mundo de los conquistadores. Animales y plantas provenientes de ambos universos culturales desfilan por los primeros capítulos de la obra en busca de ser denominados según los hábitos de una u otra percepción sensorial. Con prolija información, aun para el detalle, están allí los nombres de los elementos nativos que configuraban el entorno: maíz, papaya, guanábana, quinua, caimito, papa, guaba, capulí; pero también los nombres de animales: cuchi, mishi, cuy, quinde o colibrí.

Especial interés cobran los capítulos dedicados a resaltar las relaciones entre la lengua y las prácticas sociales; se analizan para ello las fórmulas mediante las cuales se designa el territorio, los tipos humanos, las clases sociales y sus manifestaciones racistas, las formas de tratamiento, los alimentos, las bebidas. Profusamente documentado, este libro resulta ser tan sabio como entretenido: un deleite intelectual. La nueva forma de ir en pos de nuestras raíces solo podía ser el fruto de un apasionado espíritu humanista, como el de Oswaldo, consagrado con perseverancia y reconocida solvencia al estudio, a la investigación sobre la lengua y el habla de los ecuatorianos.

(Avance, No. 195, febrero 2008, p. 21)

Al amparo de la academia

Las palabras ofrecen buen esparcimiento a quien desee apartarse un instante del tedio cotidiano. Hace unas semanas, por ejemplo, en la página interior de un diario capitalino, leímos acerca de alguien que “andó” por tal o cual región. El lugar no viene al caso; pero sí el verbo “andó”. Dada la amplia circulación y la seriedad de ese medio de comunicación, releímos la frase, preocupados por no saber si se volvieron regulares los tiempos formalmente dependientes del pretérito perfecto simple del verbo “andar”. Como el medio, cauteloso y vigilante en lo que concierne al lenguaje, mantiene una columna periódica sobre temas de expresión, nos hemos quedado, sin decir esta boca es mía, pero preocupados por cuál de estas formas deberíamos optar: “Nos pidieron que “andáramos” con cuidado o que “anduviéramos” con cuidado”, versión esta última que era la estimada correcta.

Pero en el mismo diario, entre las buenas nuevas que trae cada día sobre el bello país, leímos el miércoles anterior una intitulada: “Hasta diciembre habrán 9 000 reos”. Como puede figurarse el lector, este verbo “habrán” vino a incrementar el desasosiego. Ahora había que conocer si se despojó del carácter impersonal el verbo “haber”, convirtiéndose en sujeto lo que antes parecía funcionar a la maravilla como complemento directo. Pero la fortuna se ha negado a coronar nuestras pesquisas, que deberían interesar también a los honorables congresistas, tan dados en lanzar desmesuras de esta guisa: “hubieron manos negras”, “habemos personas honorables”.

Conviene tomar en cuenta que los periódicos constituyen una valiosa fuente de información sobre el estado del habla de millones de usuarios del idioma, lo cual mueve a suponer que trabajar para la prensa escrita requiere de buena formación en el uso del lenguaje. Por lo general, el común de los lectores ve en los buenos periódicos un modelo de propiedad, gusto y corrección, ya que sus textos recogen también las peculiaridades idiomáticas de la comunidad que, a su vez, van enriqueciendo el sistema.

Basada precisamente en testimonios que han provenido desde diversos ámbitos, entre ellos los periódicos, la Academia ha admitido usos que habrían aceptado a regañadientes nuestros mayores, tan preocupados por conseguir que nos ejercitemos bien en el lenguaje que ellos estimaban correcto. Así, empleos tan lícitos hoy, como licúo, evacúo, hubieran resentido a sus oídos, pues antes solo se admitían licuo, evacuo, aunque este último vocablo se preste, en una de sus acepciones, para que el vulgo lo haga en hiato o en diptongo, según venga a su final, dificultoso o ligero, el proceso digestivo. Se hubieran resentido sus oídos, decimos, porque lo correcto en los verbos acabados en UAR se regía por una norma tan sencilla como la puesta de sol en verano: precedida la terminación UAR por “c” o “g”, el verbo diptongaba: averiguo, santiguo, fraguo y, por supuesto, licuo, evacuo. Si no precedían “c” o “g”, hacía en hiato: desvirtúo, gradúo, evalúo.

Cual madre generosa, la Academia se ha hecho cargo de admitir otros hábitos ya generalizados entre los hablantes. Verbos que en razón de su forma o de su significado eran considerados defectivos, es decir, no conjugables en determinados tiempos y personas, ahora se los puede conjugar lícitamente. Agredir y transgredir, que solo debían conjugarse en los tiempos y las personas en cuya terminación hubiera “i”, hoy es válido el empleo en todas las formas temporales. Al poner término a estas consideraciones, debemos necesariamente recordar que, en asuntos como los aquí mentados, aunque estuviéramos en desacuerdo, es siempre aconsejable manejarse al amparo de la Academia.

(Avance, No. 202, septiembre 2008, p. 9)

Interculturalidad

Hoy practicas el juego de la prefijación latina, útil para enriquecer el vocabulario. Las palabras van y vienen, flotan en el aula y dan vueltas alrededor del alfabeto.

—¡Presten atención! –pides—. Buscaremos tres vocablos con cada uno de estos prefijos. Empezaremos con “ab”, que significa privación, separación.

—Abstraer, abstener, abstinencia –responden al vuelo.

—¡Abortar! –interviene Juanito, el gracioso.

Tu tino pedagógico se anticipa a la mofa:

—¡Perfecto!. abortar viene de ab y oriri. Significa privar de nacimiento.

—Tres palabras con “ad” que indica dirección, proximidad —propones.

—Adjuntar, advenir, adyacente.

—¡Muy bien! Ahora con “ambi”, que quiere decir ambos.

—Ambidextro, ambivalente, ambiguo.

—¡Excelente! Con “bi”, que significa dos.

—Binomio, bicolor, bigamia.

—¡Exacto!, bigamia significa dos bodas. El prefijo que viene es “circum”, alrededor.

—Circunferencia, circunvolución, circunvolar.

—¡Qué bien!

—Circuncisión! –interviene Juanito con los ojos llameantes.

—¡Estupendo!, circuncisión quiere decir cortar alrededor.

—Tres palabras con el prefijo “con”, convertido a veces en “co”, en “com”, del latín cum, que da la idea de reunión, colaboración, agregación.

—Cooperar, coautor, condueño –surgieron los vocablos a velocidad del rayo.

¡Condón! —otra vez Juanito, dando bote en el asiento.

—No –acompañas la negación con la cabeza—. Esta palabra rinde homenaje al inventor del objeto de protección, un doctor inglés de apellido Condom.

Sin dar el brazo a torcer, afanado en mantener activada la motivación, explicas que algunos términos conservan la huella latina de “cum”, en la forma “com”.

—Por ejemplo... —dices, y esperas la pronta respuesta de los pupilos.

—¡Compañero! —nuevamente Juanito, ya convertido en experto.

—¡Preciso!, compañero es quien comparte el pan. En nuestro caso, el pan saber.

—¡Cumpadre! —irrumpe un alumno que concurre con la vestimenta de su comunidad; por tanto, exento de la urbanidad de quitarse el sombrero en clase.

No es tarea fácil dominar la explosión de algarabía; de Juanito, sobre todo. Pero logras mediar hábilmente antes de dar por terminada la práctica. Y aceptas que el final del ejercicio te ha brindado la oportunidad de verificar la permanencia del quichua y el español como idiomas oficiales.

(Avance, No. 204, noviembre de 2008, p. 9)

La tranquilidad hogareña

Cada cuadro posee su encanto; pero hay uno en especial que le lleva a creer que había hallado lo que buscaba tan afanosamente: un cuadro que hiciera juego con el ambiente remodelado de la sala.

—Algo hace falta aquí —había comentado hace pocos días el marido, midiendo con la vista el espacio vacío en la pared de fondo.

—Talvez una acuarela —comentó ella.

—Una pintura antigua —precisó él, ladeando la cabeza como si ya contemplara la obra de arte sobre el color rosa pálido que se iba ensombreciendo hacia los ángulos.

Como no se había vuelto a hablar del asunto, ella asumió la tarea de conseguir lo que hacía falta, de acuerdo con el criterio del marido, cuya pasión por la fotografía le daba autoridad en el manejo del espacio, de las luces y las sombras. De modo que la señora escuchaba con mucha atención las explicaciones del joven anticuario, quien ponderaba el mérito, la antigüedad, la delicadeza y perfección en la factura, mientras ella la contemplaba de cerca. Arqueando las cejas, retrocedía para mirar de más lejos, como suele hacer frente al espejo, pero aquí con la soltura que adoptan los marchantes. Inclina el cuerpo, giraba la cabeza, se sacaba las gafas y las volvía a equilibrar sobre la nariz para no dejar que la engañara el reflejo de la luz en los cristales.

No cabe duda; es lo que necesita. Dentro de un delicado marco de nogal, un poco empolvado hacia los bordes, una niña con la cabellera alborotada por el juego del pincel con el azar, miraba con ojos enormes, penetrantes, y sostenía un clavel que entreabría los pétalos hacia el espectador. A punto de parpadear, esa mirada conmovía como una gota de lluvia en la superficie de un estanque. La voz del vendedor la volvió a la realidad; pues valoraba, con gesto amable y convincente, el mínimo detalle: la sonrisa inocente, el fulgor en la pupila, la boca que dejaba ver cierta humedad en el centro de los labios. En la esquina inferior de la tela, se veía una firma reconocida por el arte de trasladar al lienzo el movimiento interior del personaje. Es lo que ambiciona. Sin dudar un segundo, ella conviene rápidamente en el precio, sale, va al banco y retorna con el dinero.

De vuelta a casa, no cabe en sí de gozo y se apresura a escoger el sitio para fijar el cuadro. Nada mejor que la mirada profunda de la niña presida las reuniones hogareñas desde el fondo de la sala. Si no obra así, ella tendría que soportar sesiones interminables; el cuadro daría vueltas por toda la casa hasta que se acomode al gusto del amante de la fotografía, a sabiendas de que lidiar con él era causa perdida. Si las desavenencias surgían de ordinario por asuntos baladíes como la posición de un florero, una gota descuidada sobre un mueble, era doble esperar la grande que se armaría si, antes de verla bien colocada, hallaba la pintura arrimada contra la pared. Pero no tiene tiempo para acabar de pensarlo ni de apaciguar los temores, porque el marido regresa en forma inesperada, antes de la hora habitual. Todo es entrar, ver el cuadro arrimado a la pared y a ella con el martillo en la mano, para que se le agranden los ojos y se le arrugue el entrecejo.

—Pero, ¿qué haces, hija? —pregunta a boca de jarro, llevando las manos al fondo de los bolsillos para no perder el equilibrio. Sin aguardar respuesta, se desata en mil responsos: que el precio desmedido, el mal gusto del clavel, el tamaño inadecuado; en fin, que el azul no combinaba con el rosa pálido de la pared ni con el color de los muebles. Y agrega su punto de vista de fotógrafo afirmando que él habría obtenido un retrato mucho mejor con los efectos de un simple juego de cámara. Antes de dar media vuelta y desaparecer, resume así su malhumor:

—No creo que vayas a hacer huecos en la pared recién pintada.

A la mujer se le desliza el martillo. No sabe si es el golpe de la herramienta, al caer, o el resentimiento, lo que la lleva a pensar en el joven anticuario que acaba de conocer.

Esto que ha perturbado la tranquilidad hogareña ocurre también con el nuevo cuadro del ordenamiento legal, mirado desde posiciones, intereses y gustos diferentes.

(Avance, No. 211, junio 2009, p. 17)

El desencanto de la palabrería

Ahora, cuando la bandera de la libertad cubre supuestamente a todos los hijos del suelo, resulta que por cualquier minucia podéis añorar la vida que antiguamente transcurría a la intemperie.

Es hora de poneros en movimiento para que no lleguéis tarde a la función vespertina.

—¡Date prisa! —urge ella, impaciente, autoritaria.

—Ya hija, me visto —respondes desde adentro.

—¡De prisa! —insiste mientras se arregla ante el espejo.

—Sabes que no hallo mi sweater, querida.

—¡Sweater!, —exclama—. ¿Qué dices?

—Mi sweater de franjas negras. Esa prenda cerrada y con mangas, que cubre el cuerpo del cuello a la cintura. ¿La has visto?

—¡La chompa!, tú dirás.

—No, hija. ¡Mi sweater! La chompa es una chaqueta corta ajustada a la cadera.

—¿Te refieres a la casaca que compramos en el puerto?

—Digo mi sweater, mujer, mi ¡swea—ter! La casaca es menos ceñida, tiene mangas que llegan hasta la muñeca y faldones hasta las corvas. ¿Comprendes?

—No sé a qué vienen las corvas para solo ponerte una chaqueta — replica conciliadora, para evitar que estalle la tormenta y os ahoguéis en un vaso de agua.

—¡Y dale con la chaqueta! Entiéndeme, esta es una vestimenta con mangas, abierta por delante, que cubre el tronco entero. ¡Yo busco mi sweater!, ¡maldición!

Es fácil imaginar la exasperación con que zapateas, alzando un puño de sindicalista.

—Francamente, no entiendo por qué tan alta costura para echarte un gabán y darte prisa.

—¿Un gabán? ¿Quieres que camine disfrazado de guardia patibulario, con un capote de mangas y capilla, llevándote del brazo como si fueras escopeta?

—Como tú quieras, mi amor; pero apresúrate. ¡Ponte la leva y vamos

Vuelve ella al tono imperativo, aunque de antemano sabe lo difícil que es doblegarte con palabras cuando te ha entrado el diablo.

—¿La leva, dices? Aquí se llama ¡a—me—ri—ca—na! Yo no iré sin mi sweater, ¿me oyes?

—Déjese usted de modas, amorcito —la voz se endulza con el diminutivo—. ¡Coja su levita y vamos!

—¡Levita! —irrupes en la sala, gesticulando—. ¿Te das cuenta de lo que hablas? No pensarás que voy a ir vestido de etiqueta, con una prenda más larga y amplia que un frac, y los faldones cruzados por delante. ¡Mil veces iría contigo de frac, no de levita!

—De frac, entonces, mi amor —susurra ella, sin darles importancia a las palabras. Eleva el rostro hacia ti, temerosa, y te echa los brazos al cuello, como en las telenovelas.

—Sí, de pingüino, con un traje que por delante llegue a la cintura y tenga por detrás los faldones alargados —le explicas con delicada ondulación de las manos.

—Como un pingüino, entonces —repite la mujer y te alarga los labios recién pintados. Los dos estalláis en franca risotada. Recobrada así la cordura, das media vuelta y luego retornas abotonándote el saco.

—¿Ya podemos irnos, mi rey? —pregunta entusiasmada.

—¡Vamos, mi reina! —respondes, transformado en un galán del celuloide.

Afuera cae el sol perezoso de la tarde que alarga vuestras sombras sobre el césped. Conforme cierras la puerta de calle y haces girar la llave, sientes un extraño desencanto mientras piensas:

“¡Cuán envidiable debió ser la libertad de nuestro primer padre Adán, quien no necesitó de tantas palabras para ir del brazo con Eva!”

Avance, No. 216, noviembre 2009, p. 9)

De errores y erratas

Un lector nos obliga a meternos en camisa de once varas en procura de respuesta a sus preguntas. Quiere saber si es correcta la frase “Se detuvieron a tres narcotraficantes”, que ha escuchado en Canal Uno, el jueves 15 de abril. Aunque la ha proferido un respetado periodista, debemos responder que la frase es incorrecta. Se trata de una oración cuyo carácter impersonal está manifiesto con claridad en la preposición “a”, que precede al complemento directo. Oración impersonal quiere decir que carece de sujeto, y el verbo no concuerda con el complemento directo. Es lo que dice la Academia (p. 3095), aunque trae ejemplos ocasionales de construcciones con el verbo en plural, tomadas de autores clásicos, incluido Cervantes, sin que ello sacralice el empleo.

Tampoco son correctas las frases formuladas de este modo: “Se esperan obtener los votos necesarios”. Aquí se ha empleado “esperan” como verbo auxiliar, sin advertir que posee un sujeto paciente: “obtener los votos necesarios”, donde el segmento “los votos necesarios” es complemento directo de “obtener”, no de “esperar”. Lo correcto es, entonces: “Se espera obtener los votos necesarios”, ya que la oración es pasiva refleja (el reflexivo “se” es la señal de pasividad). Un razonamiento similar decidirá si es correcto lo que se oye con frecuencia en declaraciones oficiales: “Se necesitan reunir 63 votos”.

Se podrá argüir que desarreglos hay hasta en textos de escritores consagrados. La hermosa novela *La guerra del fin del mundo* (Seix Barral, 1984), de Mario Vargas Llosa, trae construcciones similares a esta: “Gil estaba convencido que los bandidos...” (p. 30; y otras: 68, 115, 120, 137, 191, 215, 223, 322, 410, 425...). En todas ellas se omite la preposición “de”, que debe anteponerse a la subordinación sustantiva: “...estaba convencido de que...”

Otros deslices. En *La hoja roja*, de Miguel Delibes (Salvat, 1970), el laísmo es persistente; pero la incorrección desaparece del todo en *El hereje* (Destino, 2004). Consiste el laísmo en emplear el pronombre “la” en vez de “le” que corresponde al complemento indirecto: “la dolía el oído”, “la decía confidencialmente que no creía...”, “La puse

la papeleta en la mano”, “la contó alguna cosa”, “la preguntó que si era...”, “la dieron un calmante”, “la confesó que tenía”, “la propinó un empujón” (respectivamente, páginas 40, 76, 96, 137, 144, 157, 179). La *Nueva gramática de la lengua española* (2009) señala que el laísmo surgió en el siglo XIV en Castilla y que aún persiste en nuestros días en varias regiones españolas. Resulta entonces que el laísmo obedece en Delibes a una manera peculiar del habla vallisoletana. Pero si en *Cinco horas con Mario*, del mismo autor (Salvat, 1971), se lee en la página 34: “¿Quién ba a leer esas cosas...?”, es una errata; no el presente de ir (va), sino el imperfecto indicativo (iba), el espacio de cuya “i” ha quedado en blanco en la impresión.

Creemos que esta disquisición satisfará al lector cuyas preocupaciones han llevado a recordar conocimientos gramaticales que antaño se recibían en el colegio. Estén o no en este mundo, nuestros queridos profesores pueden estar seguros de no haber arado en el mar.

(*El Tiempo*, domingo 2 de mayo de 2010)

Encuentro con la vida real

La campana anuncia la hora del recreo. Mientras salen del aula, tres alumnos se acercan al profesor. Quieren saber si es correcto el plural “régimenes”, que han escuchado esa mañana en un noticiero de la televisión.

—Es cuestión elemental— afirmas—. Y para que resuelvan por propia cuenta el problema, les pides:

—Digan lentamente, marcando la sílaba acentuada: ré—gi—me—nes. Los chicos casi no alcanzan a pronunciar la última sílaba; les falta el aire, la lengua se les traba a la altura de la “n”.

—¡Vamos!, de corrido, en voz alta: “régimenes”.

Claro que pueden hacerlo, pero tortuosamente. Algo refrena en el interior de la boca el esfuerzo articulatorio.

—¡Bueno! Ahora digan “re—gí—me—nes”, asimismo enfatizando la acentuación.

El traslado del acento da fluidez a la palabra, sobre todo hacia el final, con una “n” ya liberada de tropiezos.

—Repítanlo –les propones—, porque esto es válido para todos los regímenes, ya monárquicos, ya dictatoriales, ya democráticos.

Así lo hicieron, entusiasmados, al unísono. Quien los hubiera oído se habría apiadado de ellos al pensar que ensayaban una consigna destinada a la protesta.

—Como les dije, es una cuestión elemental—. Tomas el volumen que reposa casualmente en la mesa. Es el nuevo manual *Ortografía de la lengua española* publicado hace un año por la Real Academia. Lo abres delante de ellos y al cabo de unos segundos te detienes al comienzo de la página 206.

—Escuchen con atención lo que la Academia dice al respecto: “La restricción de la posición del acento en español a las tres últimas sílabas, con la única excepción de las formas verbales con pronombres enclíticos, es lo que explica que determinados sustantivos esdrújulos en singular trasladen el acento, en el plural, a la sílaba siguiente, como ocurre en *régimen* y *espécimen*, cuyos plurales respectivos

son *regímenes* y *especímenes* (y no *régimenes* y *espécimenes*, que sobrepasarían el límite señalado)".

—Por ello —recalcas, cerrando el libro—, si un vocablo sobrepasa dicho límite, resulta casi impronunciable. Ustedes lo han comprobado en la vida real.

Mientras los muchachos curiosean el volumen, continúas:

—Las únicas palabras llamadas sobresdrújulas son los verbos seguidos de pronombres personales átonos, que por su brevedad refuerzan el tono imperativo, como cuando yo digo: ¡*devuélvanmelo!*

— ¿Por qué dicen "régimenes", sin mayor dificultad, algunos locutores?

—Porque aspiran a ser legisladores —sonríes. Y les traes a este propósito una anécdota algo cursilona.

Era hora del almuerzo. En los platos brillaban los mejillones. Las valvas entreabiertas, ligeramente curvas, tentaban al paladar. "¡Cuidado con comerse los carapachos!", les advirtió la mamá a sus hijos ya crecidos. "¡Vaya, mujer!, si tus hijos son capaces de comerse los carapachos, déjales que se los coman", intervino el padre, entre irónico y festivo, en defensa del sentido común y de la libertad.

Los estudiantes ríen, quizás de compromiso, y luego de dar las gracias corren al recreo.

Al salir del aula, te sientes inspirado por una súbita revelación. Tú, que nunca has escrito un párrafo que valga la pena, acabas de interpretar a Sábato frente a los alumnos. En efecto, el escritor recientemente fallecido detestaba a los profesores de gramática; pero evocaba con afecto singular a Pedro Henríquez Ureña porque de él había aprendido en la juventud que las normas gramaticales distanciadas de la vida real no sirven para nada, salvo para ser violadas. Y lo que Sábato recordaba de las normas gramaticales podía ser aplicable hoy a los demás preceptos, empezando por los religiosos y los constitucionales.

(*Avance*, No. 238, septiembre 2011, p. 7)

Ortografía, tema cautivante

“Entre todas las cosas que por experiencia los ombres hallaron, o por revelación divina nos fueron demostradas, para polir y adornar la vida umana, ninguna otra fue tan necessaria , ni que mayores provechos nos acarreasse, que la invención de las letras”, exponía Nebrija en 1492 en su *Gramática de la lengua castellana* (edición de Antonio Quilis, 1980, p. 107). Más adelante afirmaba:

“La causa de la invención de las letras primeramente fue para nuestra memoria, y después, para que por ellas pudiésemos hablar con los absentes y los que están por venir”.

En cuanto a la necesidad de las grafías dobles explicaba que después de la “c” ponemos “h” porque:

“...así es propria de nuestra lengua que ni judíos , ni moros, ni griegos ni latinos, la conocen por suia; nos otros escrivimos la con ch, las cuales letras, como diximos en el capítulo passado, tienen otro son mui diverso del que nos otros les damos”.

Y anotaba que las imprecisiones obedecen a que tomamos las letras del latín que las tomó de los griegos y estos de los fenicios, y por tanto admitía (p. 131) el uso, “de doblada l en algunas diciones, como en estas: villa, silla, porque ia aquella l doblada no vale por l, sino por otra letra de las que faltan de nuestra lengua”.

Como vemos, la primera gramática de nuestro idioma ya teorizaba sabiamente y proponía soluciones para vencer las dificultades que aún nos desvelan, en particular cuando enfrentamos ciertas dudas relativas a la escritura; puesto que toda la vastedad de la cultura cabe en la combinación de las 27 letras de que ahora consta nuestro alfabeto (no de las 29 que perduraron a lo largo de casi dos siglos). El reciente manual de la Academia, *Ortografía de la lengua española* (2010), retoma aquellos problemas y los actualiza. Además, retoma la idea de Nebrija al afirmar que la escritura: “posibilita la comunicación a distancia y permite que lo escrito se conserve y perdure...”. Fiel a este propósito, la Academia describe, expone, fija normas, formula recomendaciones respaldadas en una reflexión teórica de más de cinco siglos en pos de

ajustar el sistema de escritura al sistema fonológico.

¿Es esto posible? Por ejemplo, ¿pueden suprimirse los dígrafos ch, ll del alfabeto, sin que estos hayan desaparecido del sistema gráfico como representaciones de fonemas? ¡Vaya que puede hacérselo! Lo prueba el hecho de que la supresión como letras independientes ya consta desde hace diez años en la vigesimosegunda edición del DRAE, sin que haya generado conflictos, salvo quizás al lector extranjero, quien, al no hallar el registro de “ll” y “ch” en el abecedario, de manera independiente, podría pronunciar *cabal—lo* y no caballo, *co—cino* y no cochino, puesto que la h no corresponde a fonema alguno.

Pero el nuevo manual ortográfico es un modelo de claridad; no solamente es exhaustivo, coherente, sistemático, sino que logra sortear con una calidad argumentativa convincente la aridez atribuible a los asuntos ortográficos; la sencillez fluye a lo largo de sus 700 y más páginas con un estilo elegante y preciso. Así expuesta, la materia se torna cautivante. Aun si está en desacuerdo con alguna modificación, el atento lector quedará agradecido por la calidad de los razonamientos de orden fonético, fonológico, etimológico, morfológico y sintáctico en que se inscriben las reformas y las innovaciones ortográficas, la mayoría de ellas ya consagradas en el pequeño manual de 1999.

Hace cerca de cien años, Saussure atribuía los desajustes entre pronunciación y escritura a que la lengua evoluciona sin cesar, mientras que la escritura tiende a quedar inmutable; de tal modo que la grafía deja de corresponder a lo que debe representar. Durante cierto tiempo —decía— se modifica el signo para conformarlo a los cambios de pronunciación, pero luego se renuncia a seguir. Cita el caso del francés, cuya escritura se había inmovilizado en el siglo XIV. No es difícil imaginar el caos que se armaría entre los franceses —como para pedir la intervención humanitaria de la OTAN— el momento en que se ajustara la escritura a la pronunciación, de modo que Rousseau pasara a ser Rusó; Saussure, Sosir; y se escribiera Degol el apellido del General De Gaulle.

Pero algo de esto podría ocurrir en los dominios de habla española si la Academia no se adelantara a refrenar de cuando en cuando a los reformadores a ultranza, quienes preferirían leer y escribir: ombres, umana, suia, escrivimos, istoria, governaron, onra, etc. Si un día se llegara a escribir así, perdida la visión diacrónica, se habría hecho progresar supuestamente de modo inimaginable a nuestra escritura; aunque en realidad solo se habría conseguido volver a escribir como lo hacía Nebrija hace 519 años.

(Avance, No. 239, octubre 2011, p. 7)

De la gerontocracia a la gerentocracia

Parecidos por su extensión silábica, los vocablos de este comentario son diferentes, aunque ambos proceden de una noble cuna; griega, el primero; latina, el segundo.

El término gerontocracia designaba a un gobierno ejercido por los ancianos, en la antigua Esparta. Fue un sistema que cohesionó a los espartanos elevándolos políticamente sobre los demás pueblos griegos. En aquel esquema de gobierno, atribuido a Licurgo —un mítico legislador—, desempeñaba un papel de primer orden el Consejo de Ancianos. Lo conformaban 28 personas, todas mayores de sesenta años, elegidas por votación en la Asamblea del Pueblo. El desempeño tenía carácter vitalicio; de modo que es fácil imaginar el mérito que poseían los elegidos para estar a la altura de la función que les era asignada por el pueblo.

A lo largo de la historia, en cada sociedad ha variado la actitud frente a los ancianos, desde la veneración hasta el menosprecio y el repudio. Ha habido pueblos en donde la vejez constituía un atributo digno de respeto, pues las personas mayores eran fuente de consulta por ser depositarias y transmisoras del saber comunitario; sobre todo, del saber hacer. Otras culturas, en cambio, han considerado la ancianidad como una condena infligida por la divinidad, puesto que los dioses premiaban con la muerte en plena juventud a quien ellos amaban.

Quizás sea pertinente examinar si no formamos parte del bando de esas otras culturas, a despecho de los supuestos refinamientos de la sensibilidad social. En un mundo seducido por la oferta tecnológica, pulsar una tecla, presionar un botón de control, no requieren el concurso de los mayores. Esto se torna más comprensible si se reconoce que los sistemas disponibles para congelar la memoria colectiva no demandan la profundidad del saber ni la amplitud de la experiencia. El diccionario mantiene viva la palabra gerontocracia por un resabio cultural que atrae otras voces que entablan entre sí un estrecho parentesco:

gerontología, gerontólogo, geriatría, geriatra (del griego *geras*, vejez; *iatrós*, médico), vocablos suficientes para designar cuanto atañe a la vejez y, en lo posible, para retardar el servicio de pompas fúnebres.

El segundo término, *gerentocracia*, aún escapa al interés del diccionario; pero sería útil anticiparse a su vigencia en el esquema de la nueva sociedad bolivariana. Se podría empezar proponiéndolo como un neologismo que designa a un sistema de gobierno que proviene del latín *gerens* –*entis*, del verbo *gerere* (dirigir, administrar), del cual procede esta palabra mágica, actual y seductora: gerente. Nadie mejor que un gerente para dirigir y administrar los negocios privados y públicos; es decir, para gerenciar.

Desde luego, el verbo *gerenciar* aún tarda en ocupar las páginas del diccionario académico (vigésima segunda edición, 2001); pero se trata de una palabra que ya luce con argentina dignidad en el *Gran Diccionario de los Argentinos*, acompañada de otras voces indispensables para mejorar la eficacia en la gestión pública y privada. Vienen esos nuevos vocablos ilustrados con variedad de ejemplos de la vida cotidiana: “Tuvimos que acatar esa decisión porque era una disposición gerencial”; “El gerenciador del club cordobés dijo que no iba a hacer declaraciones”; “El gerenciamiento del departamento de marketing”, etc.

Estimulado por la apertura lexicográfica de los hermanos argentinos, no merecerá punto final este comentario sin antes sugerir la palabra *gerentocracia* para designar a un sistema de gobierno conducido por jóvenes gerentes encargados de dirigir la empresa pública y privada; esto es, gerentes en los ministerios, gerentes en las casas de salud, gerentes en los manicomios y en los cementerios, de la misma manera con que un régimen político dirigido por ancianos se llamó gerontocracia. De esta suerte, el *gerentócrata*, especializado en alta *gerentología*, remplazará al antiguo *gerontócrata* espartano, y los nuevos médicos *gerentólogos* atenderán la salud de la *gerentocracia*, que rima a la maravilla con la burocracia.

(Avance, No. 241, diciembre 2011, p.7)

El bono de retiro

Acompañando a esta pareja en su paseo crepuscular, notaremos la importancia de la trivialidad en el drama cotidiano.

—¡Pero hombre! —exclama ella, deteniéndolo.

Como suele ocurrir en la trinchera cuando el sargento ordena al soldado que baje la cabeza, la prevención llega demasiado tarde, pues él ya tiene untada la punta del zapato. A diferencia de quienes a su edad todavía piensan en el futuro, se muestra resignado, un poco sordo y adiposo.

—¡Ve en qué pisas! —le recrimina.

Él permanece imperturbable, indulgente a las rabietas de la señora, quien anda en la mejor edad del refunfuño.

—¡Y cierra la boca, que se te va a caer la dentadura!

Sin darse por enterado, el hombre percibe la tormenta, aunque no medie justificación, pues acababa de sellar con ella una paz que se prometía duradera; pero nunca se sabe, tratándose de la mujer.

—¡Tú siempre en las nubes, hombre!

Por cierto, la discordia resurgió el viernes. Él había regresado triunfante, antes de la hora rutinaria, sin pensar que ella le fulminaría con ese mirar oblicuo del torero, que precede a la estocada:

—No te quedes allí con la boca abierta, que se te va a caer la dentadura.

Recobrado el aliento, él dio vueltas imaginarias en el trabajo, sin atreverse a soltar el asunto.

—¡No te enredes, hombre, para lo más de decir que ya llegas jubilado!

Él movió afirmativamente la cabeza como un pelele.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—¡Nada! —alcanzó a contestar—. Era verdad. Se acomodó los pelos que imaginaba conservar en la cabeza. Hurgó en el bolsillo lateral, extrajo el bono de retiro y lo exhibió con cierto aire de dignidad:

—¡Mira! —dijo, exhibiéndolo con altivez.

Ella agarró el papel; lo extendió a la luz de la ventana, lo leyó y permaneció una eternidad sin recobrar el habla, lo que preanunciaba otra tormenta.

—¡Doce mil dó—la—res! —silabeó por fin, paseando los ojos por el cielo raso.

Él la observó cruzado de brazos, a lo gerente bancario. Intentó aproximarse para el abrazo reconciliador; pero ella se adelantó:

—¿Crees que esto te da derecho a mirarme así, con pujos de trompetista? ¿No que ibas a esperar el aumento del gobierno? ¿No que ibas a pensar en el futuro?

Eso había sucedido el viernes anterior; de modo que, habiendo celebrado el armisticio, tiene razón para creer que ella estaría apaciguada. Decide recordárselo, pero antes de mover los labios pierde la estabilidad.

La mujer trata de sostenerlo, haciendo de bastidor; pero en lo que dura el ¡ay!, afloja a su presa e intenta atrapar algo en el aire:

—¡Te dije que cerraras la boca!—, es lo último que escucha en el momento de caer.

Superado el sobresalto, repara en la dentadura que le sonríe debajo de la rejilla. Sesenta y cinco años de existencia dan suficiente coraje para sortear la adversidad si la situación demanda una decisión heroica. Se le vienen a la mente César y sus tropas pasando el Rubicón, recuerda a Francisco Pizarro trazando con la espada la línea entre la indigencia y la fortuna. De bruces sobre la rejilla, se decide a forcejear, y continúa forcejeando, aun después de descubrir que la rejilla está soldada al piso mejor que él a la realidad.

(Avance, No. 246, mayo 2012, p. 7)

El presente ilusorio

Tras un arduo lidiar con el insomnio, vas reconociendo al personaje que ya te ha visitado en otros sueños.

—Te buscaba —dice, navegando en las sombras— porque me has conmovido con la orfandad de tu pretérito (alude a una frase estampada en este mismo lugar hace meses).

—¿Esa forma temporal —preguntas— que expresa una acción anterior a otra acción pasada, con una inmediatez reforzada por el adverbio? Quería explicar que esa forma se vacía de sentido si carece de una referencia a otra acción pasada.

—Sí. Te referías al pretérito anterior, un tiempo verbal de esmerada precisión.

—Una forma desusada hoy, inhabitual aun en la expresión literaria.

—¿Crees que también las formas verbales envejecen? —inquire.

Ante la enigmática presencia, te invade la sensación de que estas palabras te brotan solas de la boca:

—La pregunta sobre el envejecimiento de los vocablos —afirmas con nerviosa seguridad— ya fue planteada hace 478 años en el Diálogo de la lengua de don Juan de Valdés. Las palabras que no resisten el peso de los siglos son pronto remplazadas. Es el caso del pretérito anterior. El cambio, inherente a la condición humana, afecta a todas las manifestaciones culturales. Hace unos años, en “El informe de Brodie”, Borges observaba que las máquinas de escribir echaban a perder el arte de la caligrafía.

—Es verdad —asiente el fantasma—; pero fue siempre ocasional el empleo del pretérito anterior, aun en la lengua literaria. En el Lazarillo de Tormes (1554), no se halla más de un par de veces: “...y después que los huéspedes y vecinos le hubieron rogado que perdiese el enojo y se fuese a dormir, se fue...” (p. 87). “... puso la cruz encima la lumbre y, ya que hubo acabado la missa y echada la bendición, tomóla...” (p. 95).

Medio siglo después —prosigue, en tono magistral—, el Quijote lo empleó parcamente. Además del adverbio inicial, Cervantes lo antepone también al verbo principal: “... y apenas le hubo limpiado,

cuando le conoció:...” (*Don Quijote de la Mancha*, RAE, 2005, p. 56). “... aún no hubo andado una pequeña legua cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta” (p. 137). “Mas apenas hubo salido de la venta, cuando le vino al cura un pensamiento:” (p. 258). “Apenas hubo oído esto el moro, cuando con una increíble presteza se arrojó...” (p. 431). “...apenas hubo oído dos versos que el que cantaba iba persiguiendo, cuando le tomó un temblor...” (p. 447). “... no se hubo movido tanto cuando se desviaron los juntos pies...” (p. 456).

—El arte de traducir —interrumpes, fingiendo seguridad— tampoco ha desdeñado aquella precisión. Así, en “Satiricón”, de Petronio: “Pero en cuanto nos hubimos atracado con la cena que había dispuesto la diligencia de Gitón, nuestro portal retumbó...” (Salvat, 16, 17). “Cuando hubo dicho estas palabras, comenzó este cuento:” (70). “En cuanto Trimalción, por no ser menos, hubo imitado unas trompetas, se volvió...” (73). “Cuando hubimos dado cuenta de las tapas preparadas, dijo Trimalción...” (87). Y en Poe: “Tan pronto hube visto esta carta llegué a la conclusión de que...” (“La carta robada”, Salvat, 123).

Sigues durmiendo fascinado y procuras retener aquello que al pertenecer al presente ilusorio de los sueños se desvanecería irremisiblemente con ellos.

—Ya que empezaste mencionando a Borges —el visitante entra en las sombras—, no recuerdo haber hallado un solo pretérito anterior en lo que hasta hoy he leído de su obra narrativa.

—Talvez no cabe en el espacio borgiano, concebido como el punto en que convergen todos los demás puntos del cosmos —atinas a responder.

—No cabe en una temporalidad regida por la idea de un presente que para él es un simulacro de otros presentes anteriores —es lo último que dice, ya en las tinieblas.

El sol juega en la ventana cuando abres los ojos con la extraña impresión de que retornas de algún presente anterior a adonde —según has leído en Borges— lleva la zona cerebral que sueña, cada vez que la otra zona del cerebro duerme.

(*Avance*, No. 258, mayo 2013, p. 7)

En torno de la usura

Hay una plausible campaña oficial contra la usura, término relacionado, en el contexto de esta nota, al interés superior al legal que se lleva el prestamista. Es una vieja modalidad de mutuo consentimiento entre el que oferta el capital y el que lo requiere, relación que ha generado cuantiosas ganancias a costa del empobrecimiento de quienes acaban devorados por las deudas. Este modo de acumular el capital aprovechándose de la necesidad ajena ha sido una práctica recurrente, operada en forma clandestina.

En buena hora, para tranquilidad de los afectados, que este abuso haya pasado al ámbito de la responsabilidad penal. Por supuesto, la campaña debe acompañarse de la preocupación por las condiciones sociales que han permitido aquella explotación, aunque no ha de olvidarse que desde tiempo inmemorial el acceso al crédito fue facilitado silenciosamente por el usurero, en competencia desleal con las instituciones financieras.

La palabra usura proviene de la unión del nombre latino usus (uso) con el sufijo “ura”, que acompaña a muchos vocablos para significar resultado, acción de, proceso; más o menos como ocurre en cultura (“cultus” –cultivado— y “ura”). Podría entenderse, pues, la usura como el provecho o resultado del uso, en este caso, del dinero. Usurero, usurario, usurar, usurear, son vocablos agrupados alrededor de la usura o préstamo con interés desproporcionado, abusivo e ilegal.

En relación con lo anterior, cabe anotar que se generalizó el vocablo “agrado”, muy utilizado para nombrar la actitud de quien acudía donde el usurero. No era prudente llegar donde el prestamista sin el agrado, ni volver sin él en pos de diferir el plazo convenido para cancelar el crédito. *El Diccionario de la Real Academia* registra esta acepción como un ecuatorianismo. Susana Cordero de Espinosa menciona (*Diccionario del Uso Correcto del Español en el Ecuador* (2004) el empleo del vocablo en diminutivo: “No olvides traerle un agradito”. El diminutivo forma parte de la manera de ser del hablante regional, especialmente en los sectores populares. *El Diccionario de Americanismos*

de la Asociación de Academias de la Lengua Española (2010) también consigna la acepción de *agrado* como ecuatorianismo: "Obsequio que da un indígena a un hombre blanco o a un mestizo que ostenta un cargo de poder, con el fin de ganarse su voluntad y tratar de agradar". Hoy, la palabra se va tornando infrecuente, tal vez porque haya otras formas relativas a las relaciones crediticias que escapan al control del mundo ahora pulcro, esplendoroso, aséptico, asaz catedralicio, de los sistemas financieros.

Pero otro vocablo, sinónimo de usura, ha prevalecido no solo en la memoria sino en la práctica social. Se trata de la palabra "chulco". Sin embargo, el concepto ha de precisarse. En el libro *El Quechua y el Cañari*, Octavio Cordero Palacios registra la palabra *chulcu* como proveniente de la lengua cañari: planta oxalidácea (en la 2a edición, Universidad de Cuenca, 1981, hay un error en la denominación científica). En *Léxico de Vulgarismos Azuayos* (1957), Alfonso Cordero Palacios trae "chullco" como cañarismo para designar la planta oxalidácea *Oxalis Flegans*. Dice que la usan mucho nuestros plateros para limpiar objetos de plata, y también describe con tal término un guisado que se compone principalmente de queso y huevos.

Pero más adelante consigna "chullquero" como cañarismo para nombrar a quien presta cantidades de dinero a intereses ilegales. Carlos Joaquín Córdova, en cambio, se pregunta si *chulco* es un *quichuismo*. Como dato de interés, en el *Diccionario Comprehensivo de la Lengua Española*, Eduardo Cárdenas trae la palabra *chulco* como *bolivianismo* que nombra al hijo menor. Oswaldo Encalada Vásquez, en *Diccionario de Toponimia Ecuatoriana*, apunta el término no solo empleado para la planta sino para dos quebradas y un río en diversos lugares del Ecuador. Por fin, el mentado *Diccionario de Americanismos* define *chulco* como *ecuatorianismo* para el préstamo de dinero al que se aplica una tasa de interés mayor al establecido por las instituciones financieras oficiales.

Ahora bien, ¿cuál es la relación de *chulco* —originariamente una planta— con el préstamo de dinero a intereses ilegales? De lo expuesto, se puede aventurar una explicación provisional: el arte con que el orfebre aplicaba aquella hierba para dar lustre al objeto de plata, al *chulquero* le valía para dar brillo a sus caudales.

(Avance, No. 266, enero 2014, p. 7)

Un retrato familiar

La familia te aguarda frente el fotógrafo, pero tardas en asomar. Desde la sala te oyen alborotar en busca de algo.

Sí, buscas una pieza que anudada alrededor del cuello deja caer los extremos por delante de la pechera. Hace un instante la tenías en la punta de la lengua. La forma serpentea en tu mente, ensanchada hacia la base, con las franjas de colores vivos y el alma de fina seda hilvanada en los bordes. Piensas que el vocablo es huidizo porque proviene del croata, detalle erudito que no prospera porque allí está, a la vista, con el nudo corredizo a tu medida.

—¡La corbata! —celebras triunfante, pero continúas divagando, ajeno al llamado familiar.

En el retrato, tu victoria quedó captada para el álbum, como si no te importara que hubiera huido del envejecimiento una palabra ni que volara sin dejar otro registro que los bordes de aquello que nombraba, lo cual equivalía a que el objeto designado no existiera.

Pero habías mantenido en secreto esa experiencia desde cuando notaste que empezaba a desvanecerse delante de las visitas el nombre de la planta que ostentaba su primera flor de pétalos rojizos guarnecidos de plata, en una maceta colocada a la ventana: *Es una... una or... una or...*", tartamudeabas.

Así va hilvanándose una breve historia, digna de figurar en lo que los expertos llaman síndrome de Korsokoff.

—Una orquídea —la palabra aletea en tu imaginación.

—Una orquídea —repites, con alegría de antiguo escolar.

Un día y otro día te tocó lidiar con la palabra, siempre cortada en mitad del trayecto: *una...*, *una or...* Sin embargo, te esfuerzas en reprimir cierta aversión hacia la planta que se ha convertido en mensajera sigilosa del olvido: *una or...*, *una or...* De todas maneras, ensayas una y otra vez la pronunciación con la esperanza de que la sílaba inicial atraiga, cual la miel a la abeja, a las sílabas contiguas.

—¡Una orquídea! —exclamas sin titubear, de sopetón, a la hora de girar sobre los goznes la puerta para salir al paseo matutino

recomendado por el médico. Pero, al regresar, adviertes desde la entrada que los pétalos de la flor lucen con un fulgor extraño, bañados por el sol de agosto. ¡Oh, la or..., la or...!, vacilas, con apagada emoción, demorando en nombrarla por completo

A la hora de la siesta, mientras cabeceas, sueñas en un tronco en cuya horcajadura se acuna una planta con el tallo rendido a la levedad de la flor de nombre impronunciado. Con el rostro aún contraído por la ensoñación, ves materializada aquella misma flor, pero velado el nombre por la densa bruma de la desmemoria.

Solo te falta probar un procedimiento que te ayude a salir de tan inconfesable afección. Se trata de un simple ejercicio de asociación, leído en un manual antiguo. Siguiendo la indicación, barajas con plena lucidez las posibilidades de entablar asociaciones con el nombre de la planta esquiva y juguetona. De un lado, *orca*, monstruo de los mares del norte, que es mejor no recordar; de otro, *horca*, vocablo intimidante, pero más familiar para servir de clave nemotécnica.

El recurso funciona a la perfección hasta que el vocablo vino acompañado de otra asociación mental. Mirando por la ventana, crees ver a lo lejos dos palos atravesados por otro, horizontal, del que oscila una cuerda. No es para reírse; al contrario, te exaspera imaginar que la sombra de Saddam da el último brinco en el aire, condenado por los miles de muertos que enterró y también por los miles de muertos que enterraron en su nombre los invasores victoriosos.

Descubres así que las palabras contraen terribles solidaridades de forma y de sentido hasta tornarse mensajeras sigilosas del recuerdo, más o menos como habías leído en un poema de Mario Benedetti. Cesas de luchar contra el olvido y pides que coloquen en remplazo una begonia.

Y ahora, en tu cumpleaños, acabas de entrar a la sala, triunfante, el preciso momento en que la familia te aguarda frente al fotógrafo. La nueva planta luce esbelta, alegre a la ventana, con las hojas acorazonadas y las flores de color de rosa.

(*Avance*, No. 274, septiembre 2014, p. 7)

Escala musical en la escritura

En la época actual, la intercomunicación ha trascendido los límites del tiempo y el espacio, de modo que parecería estéril ocuparnos de los signos de puntuación, sin correr el riesgo de ahogarnos en un vaso de agua.

El tema ha cobrado singular interés debido a una discusión legal en la que entró en juego el punto y coma empleado en el título de una información periodística: "Gente pide agua; Correa sube el IVA". Desde luego, el tema de la puntuación desvelaba, quizá más de la cuenta, a profesores que hoy ocupamos la antesala del descanso eterno.

Pero el hecho concreto del que partimos exige el replanteamiento del problema. Si la tecnología de la comunicación ha decantado la vigencia de ciertas normas y ha facilitado el ejercicio de la escritura hasta el punto de que un estudiante puede confiar la redacción del mensaje menos a la actividad mental que a sus destrezas digitales, surge una pregunta: ¿Conservan vigencia signos que en la escritura representan variaciones de la entonación que, a su vez, corresponden a variaciones de la intención significativa?

Parece que sí. No se ha de creer que preferir un signo a otro en la escritura es suficiente para que el sentido fluya como miel sobre hojuelas. La escritura es la representación espacial de un fenómeno que se da en el tiempo; en consecuencia, las dos dimensiones se corresponden a modo de vivencias simultáneas, solidarias. Textos bien escritos; es decir, bien puntuados, conservan el testimonio de la aventura humana a lo largo de la historia. En un área más restringida como es el ámbito legal, un signo de puntuación puede ocasionar interpretaciones diferentes y aún contradictorias que vuelven interminables los litigios judiciales.

Hay razones de orden fonológico que llevan a que el texto escrito sea una representación gráfica de la expresión oral, lo que quiere decir que se puntúa conforme se piensa y se entona; y, a la inversa, se entona conforme se puntúa. En años no distantes, cuando la vida real no se reducía a cifras, a fórmulas, a siglas, la ejercitación en este campo resultaba muy útil para la formación en el manejo del lenguaje.

Fisiológicamente, resulta imposible que un ser humano hable sin parar; se ve obligado a detener la respiración, a hacer pausas intermitentes para que el aire aspirado oxigene la sangre y le permita proseguir en una nueva secuencia espiratoria. Esto hace que la unidad oracional tienda a fragmentarse, en la expresión oral, en varias unidades de entonación, cada una de las cuales, si es necesario, exige una determinada puntuación en la escritura. En consecuencia, los signos operan sobre el texto escrito en la forma en que las notas musicales lo hacen sobre el pentagrama. Las inflexiones de la voz al final de cada segmento oracional han de puntuarse según la intención del pensar o del hablar. La escritura es un acto legítimo del habla, según la teoría lingüística saussureana.

¿Cómo opera lo que atrevidamente hemos llamado escala musical de la escritura? Restrinjámonos a cuanto concierne al punto, al punto y coma y a los dos puntos. Si la voz desciende hasta el tono más grave, ha de aceptar el oyente que el hablante ha expresado una idea con autonomía y sentido completo; es decir, una oración. Ese descenso ha de marcarse por el punto. Pero mientras la voz no imprima tal descenso, la oración estará inconclusa, oscilando el tono de sus segmentos en un registro más o menos grave, más o menos agudo, permitiendo que en el interior se aloje, en la representación escrita, la discreta variedad de signos, según las exigencias expresivas.

Un tono grave, pero no tanto como el que marca el descenso oracional, le corresponde al punto y coma, objeto central que ha motivado la presente preocupación. Separa lo que los gramáticos llaman proposiciones. Desciende también a un nivel casi similar el tono que ha de representarse por dos puntos, lo cual obra para que los dos signos puedan a menudo estimarse conmutables, a riesgo de irrespetar la voluntad del hablante.

Pero aquí viene en ayuda el criterio semántico. Por lo general, los dos puntos corresponden, en el habla, a una relación de causa o de consecuencia entre las proposiciones. En el caso del título que comentamos, si la segunda proposición (Correa sube el IVA) hubiera sido pensada como una absurda consecuencia de la primera (La gente pide agua), se habría escrito: "Gente pide agua: Correa sube el IVA". Pero no ha quedado escrito así. Al haber optado por el punto y coma, el redactor estableció una clara desvinculación semántica, aunque no sintáctica, entre las dos proposiciones. No hay otra explicación gramatical.

(Avance, No.295, junio 2016, p. 7)

El encanto de la puntuación artística

Mucho se preocupaba Gabriel García Márquez por estar bien informado y ser prolijo a la hora de pintar los detalles con que daba forma al relato. Esta vez volvemos a él por tres razones.

En más de una oportunidad se acordó de los ecuatorianos en los grandes simposios internacionales. Lo hizo el 8 de diciembre de 1982, en la ceremonia de entrega del Premio Nobel de Literatura, cuando desarrolló el tema de la soledad de América Latina. Entre las excen-tricidades animadoras del realismo mágico, apuntó el caso de Gabriel García Moreno. Gobernó la República del Ecuador como monarca ab-soluto durante dieciséis años —recordó— y su cadáver fue velado con su uniforme de gala y su coraza de condecoraciones, sentado en la silla presidencial.

Mucho antes de que la República alcanzara fama por el mane-jo de los recursos petroleros, el escritor colombiano nos expuso a la admiración del mundo ponderando nuestra copiosa riqueza lexical. Memorable fue el discurso del 7 de abril de 1997, con ocasión del I Congreso Internacional de la Lengua Española. Allí aseguró ante re-nombrados Académicos de Número que el Ecuador poseía ciento cin-co vocablos para designar el órgano sexual masculino. Si el patriotismo le condujera a comprobar esta cifra, probablemente usted descubrirá que le sobran los dedos de la mano. Pero fue una lástima que el pro-lífico narrador no viviera lo suficiente para ensalzarnos también por nuestro aporte invaluable a la estabilidad de la democracia universal: los golpes de pecho, recurso infalible contra los golpes de Estado.

En segundo término, el mentado discurso de 1997 propuso también una cruzada para simplificar la gramática, liberándola de la camisa de fuerza de la normativa, y para jubilar la ortografía; ideas que no prosperaron. Quizás fue a causa de que el autor no halló otra alternativa que apegarse a la corrección gramatical y permanecer fiel a las normas ortográficas a fin de conservar la altura que había ganado al plasmar con tan buen éxito y talento su vocación literaria. Así trabajó el resto de su obra narrativa, por lo menos media docena de libros, escritos a partir de aquella fecha.

Para ilustrar esta estimación, sería suficiente examinar a vuelo de pluma uno de los relatos últimos publicado en vida del escritor, *Memoria de mis putas tristes*, (2004). ¿En dónde quedó aquello de devolver al presente subjuntivo el esplendor de sus esdrújulas, si él escribió, olvidando la propuesta: “Hagamos una apuesta” y no “Hágamos una apuesta”? Y ¿qué del dequeísmo parasitario?, si se expresó con absoluta corrección, evitando el dequeísmo: “Me di cuenta de que no había cambiado de índole”, a diferencia de “Ella dijo que los sabios lo saben todo”, como corresponde a la subordinada sustantiva de complemento directo. En fin, es indudable que el escritor respetó la ortografía, la morfología y la sintaxis; vigiló con esmero el uso verbal y sus formas temporales; se regocijó en los secretos expresivos del gerundio.

En tercer lugar, muy propio del estilo de García Márquez es el manejo fascinante de la puntuación, un toque personal liberado de la camisa de fuerza de los preceptos académicos. Sin duda, puede ponderarse como ejemplo acabado de la puntuación artística. Tal como el buen anfitrión retira los obstáculos para que el visitante ingrese y admire la belleza interior de la estancia, el escritor se atiene a la puntuación absolutamente indispensable para seducirle al lector. Es lo que impulsa al texto narrativo que corre aguas abajo ligero y espontáneo: “El año de mis noventa años quise regalarme una noche de amor loco con una adolescente virgen. Me acordé de Rosa Cabarcas, la dueña de una casa clandestina que solía avisar a sus buenos clientes cuando tenía una novedad disponible”. El ávido lector no puede detenerse en este punto; impelido por un poder extraño se ve obligado a seguir el curso de una aventura que desde el primer respiro ha empezado a ser también la suya.

No obstante, la propuesta de 1997 sí ha logrado prosperar entre los ecuatorianos, tomada muy al pie de la letra por la nueva generación. Lo advertirá quien fije la atención en la manera presurosa de hablar ante las cámaras, sin verbos impersonales ni irregularidades verbales; sin régimen verbal ni concordancia. Y quien fije la atención en el modo de expresarse por escrito en medios corruptos e incorruptos, compartirá la sensación, poco gozosa, de que nuestras verdaderas damas tristes resultan ser no las que añoraba en la vejez el personaje del novelista colombiano, sino la ortografía y la sintaxis.

(*Avance*, No. 300, noviembre 2016, p. 7)

Género y demandas sociales

Con frecuencia, se habla en los medios de comunicación acerca del género gramatical en cuanto a su relación con el sexo de las personas, aspecto que ya preocupaba a los griegos hace más de dos mil años. Hoy ha de aceptarse que género gramatical y género referido al sexo corresponden a realidades diferentes.

Si se escucha decir: *El soldado vive contento con la soldada*, no vive contento con su mujer, sino con el salario; *El cochero detuvo el carruaje delante de la cochera*, no lo detuvo delante de su mujer, sino frente al sitio reservado para guardar los coches. Y cuando *La costurera se refugió en el costurero*, no fue a refugiarse donde el marido, sino en el lugar destinado para el oficio.

En estas y en otras situaciones, abundarán las dudas si la lucha emprendida por la igualdad de sexos en el idioma generaliza **-a** para designar a la mujer que hoy se desempeña en situaciones tradicionalmente consideradas exclusivas del varón, sin tomar en cuenta que la distinción sexual está bien normada por el artículo o por el adjetivo (el soldado victorioso/la soldado victoriosa; el piloto sereno/la piloto serena; el nuevo cabo/la nueva cabo). De estos procedimientos se aprovecha la economía del sistema de la lengua para establecer también otras diferencias (de tamaño: bolso/bolsa; para diferenciar entre quien ejecuta un trabajo y el lugar donde se lo realiza; para designar realidades distintas por medio del artículo: el frente/la frente; el orden/ la orden; el cólera/la cólera).

Si bien en muchos sustantivos referidos al mundo animado la terminación **-o** designa el masculino, frente a la **-a** del femenino (gat—o/gat—a; niñ—o/ niñ—a), no faltan los masculinos que terminan en **a** (poeta, Papa, cura). En el caso de *poeta*, incómodas con la designación quizá discriminatoria de *poetisa*, las damas presionaron y consiguieron . una forma única, dejando la distinción sexual a cargo del artículo o del adjetivo: *el famoso poeta, la famosa poeta*. Esto se ubica a un paso de los sustantivos comunes, invariables en cuanto a la referencia al sexo, del cual se ocupa la oposición del artículo o del adjetivo: *el*

árbol esbelto; la rama dorada; A menudo se evita el doble sentido: *el miembro / la miembro del equipo;. el piloto / la piloto desvió el avión.* Son numerosos los términos con que se designan profesiones, estados, ocupaciones: el cónyuge/la cónyuge; el artista/la artista; el testigo/la testigo, el oculista/la oculista. Desde luego, en el lenguaje descuidado, que invade con frecuencia los medios y los círculos burocráticos, no es raro escuchar: *Soy miembro, soy testiga,* con agravio al decoro del lenguaje y a la norma gramatical.

Antonio de Nebrija ya notó en 1492 que el adjetivo se llama así porque siempre se arrima al sustantivo, idea actualizada por Bello cuando precisa que el género gramatical determina la forma del sustantivo de acuerdo con el adjetivo con que se construye: luz blanca, árbol alto; y que si todos los adjetivos fueran invariables (hombre cortés/mujer cortés; trabajador inútil/trabajadora inútil; hombre feliz/ mujer feliz), desaparecería el concepto de género gramatical.

El asunto sería menos engorroso si se hubiera extendido a todos los sustantivos la oposición sexual establecida por palabras diferentes (toro/vaca; yerno/nuera; macho/hembra), aunque esto hubiera obligado a duplicar las dos mil y más páginas que tiene el diccionario académico; o la oposición mediante vocablos invariables para los dos sexos (sapo, araña, culebra, rata, nombres epicenos). Aún así, es probable que el pueblo los vaya feminizando como adjetivos, al modo de *una mujer bien macha; una persona muy sapa.*

Es fácil imaginar el caos que advendría si los varones intentaran quebrantar el sistema exigiendo con igual derecho la terminación en **-o** referida a su sexo (poeto, persono, idioto, policío, telefonisto, ciclista, asambleísto, pianisto, belgo), como lo han conseguido de la Academia los varones dedicados a la confección de trajes (modisto, el hombre; modista, la mujer).

Bajo la presión de los cambios en la vida real de la sociedad, numerosos sustantivos referidos a ocupaciones que fueron privativas de los varones, aceptan hoy como correctas las formas femeninas (presidente/presidenta; juez/jueza; concejal/ concejala; cliente/clienta; socio/ socia.). De este modo, responde la Academia al ritmo acuciante de la transformación social.

Empero, es probable que no llegue a abolir el uso del masculino para designar a la especie (el hombre es mortal) o del plural masculino para involucrar a los dos sexos (los ecuatorianos somos tranquilos; los soldados son valientes), a fin de no estimular soluciones aberrantes

como @, suerte de ideograma porque no corresponde a fonema alguno (lo comentamos en un artículo anterior); ni los embrollos puestos en boga por los textos constitucionales de cuño bolivariano.

(Avance, No.307, junio 2017, p. 7)

Lenguaje e identidad

Cuando el tuteo ha sido remplazado por el tuiteo, resulta providencial para este comentario la revelación de que los tuits de Carondelet no los redacta el Presidente sino una ex ministra de gobierno, a quien se ha de reconvenir por este tuit recién difundido en las redes: “Los que critican y *denostan* el diálogo jamás podrán entender el valor de que una sociedad viva en paz”. Bonita la idea; pero denostar es un verbo cuyo modelo de conjugación es contar (cuentan, no contan).

La consecuencia es que se acoge el error y se lo generaliza. Lo repitió, casi de inmediato, un destacado participante en un programa de televisión: “...en las épocas de la partidocracia de la cual tanto *denostan*”. Sin consulta popular, un vocablo de abolengo (del latín “dehonestare”, quitar la honra) corre el riesgo de degradarse como verbo regular en el habla burocrática. ¿Cómo evitarlo? En este caso, la irregularidad ha de aplicarse al presente, tras buscar un nombre de la misma familia lexical que diptongue (*denuesto*: injuria grave). Sin embargo, ello no impide que otros verbos burlen el procedimiento, como lo hace “cornear”, pese a estar emparentado con cuerno. Esto ha obrado para que el lenguaje coloquial lo desvíe a “cuernear”, aquí y en la Argentina. El *Diccionario de Americanismos* lo registra como ecuatorianismo referido a la infidelidad conyugal, acepción aún no autorizada por la Academia.

Estas divagaciones llevan a reflexionar sobre un tema que constituye un lugar común, más allá del diálogo sostenido por la televisión con actores de la nueva comedia nacional. Se trata de recordar que la lengua y el habla constituyen la expresión de una cultura. La lengua es modelo para el ejercicio de la libertad porque nos permite decir cuánto queramos, a condición de que observemos las severas normas que la rigen. En Latinoamérica, hay naciones que han impregnado su propia cosmovisión en el español, mediante variaciones lexicales y formales (no sintácticas) que reflejan una manera de estar en el mundo, de percibir el gran horizonte de la realidad. Es el entusiasmo que contagia cuando una figura de dimensión universal, el papa Francisco, se dirige a cada nación en la propia lengua; pero a los bonaerenses, en el argentino fervoroso intuido por Borges.

Ojalá que algún día ocurriera algo similar en el habla ecuatoriana. Que estuviéramos en la posibilidad de componer un diccionario a la manera de *El gran diccionario de los argentinos*, en dieciocho pequeños volúmenes (gracias, Julio Carpio Vintimilla, por la generosidad de obsequiarnoslo). Aquello no ha sido posible aún, debido a la heterogeneidad cultural, a las vicisitudes políticas que han impedido aglutinarnos, forjarnos una identidad que nos cohesione, nos identifique y afiance en el lenguaje nuestro modo de ser como nación.

Hemos de aspirar, sin embargo, a que sobre la base de los aportes invaluable en materia de lenguaje (Honorato Vázquez, Alfonso Cordero Palacios, Octavio Cordero Palacios, Luis Cordero, Juan José Ramos, Humberto Toscano Mateus, Hernán Rodríguez Castelo, Carlos Joaquín Córdova, Susana Cordero de Espinosa, Oswaldo Encalada Vázquez), nuevas generaciones logren plasmar la identidad nacional en un gran Diccionario de los Ecuatorianos.

Hasta tanto, podríamos aproximarnos a un modo de ser ecuatoriano si por lo menos procuráramos detener la desfiguración del idioma. Nada se consigue con inventar palabras innecesarias o emplearlas inadecuadamente, al modo de las que se oyeron en el mentado programa de televisión: *aperturar* y *excogitar*, cuando se hablaba de aperturar un proceso y de revisar el modo de excogitar a los miembros del Consejo de Participación. En español, no existe aperturar; y el verbo excogitar no es sinónimo de escoger, pues pertenece a la familia del verbo latino *cogitare* que significa pensar, reflexionar.

Resulta más mortificante si a alguien que ejerce altas funciones en el poder del Estado se le escucha este solfeo: "Hubieron tres intervenciones de la oposición. Yo le puedo decir de que respondió de que nunca cuando habían denuncias infundadas o no...". Peor si quien trina posee más alto rango: "Detrás de mí hay un pueblo, detrás mío hay un trabajo"; o, si en un comunicado público, se lee que, en vez de ofrecer disculpas, "Odebrech pide disculpas a la sociedad ecuatoriana por los actos de corrupción", como si la corrupción con la misma lana se curara.

(Avance, No. 311, octubre 2017, p. 7)

Reflexión sobre el gerundio

En nuestro trato coloquial, es frecuente la repetición de un mismo gerundio, sin que entre uno y otro medie pausa alguna:

—Aquí pasando pasando, ¿y usted?

—Viviendo viviendo, gracias.

¡Manifestaciones espontáneas de un rico mundo interior! Las entiende sin tropiezo un interlocutor serrano. En *EL ESPAÑOL EN EL ECUADOR* (1953), Toscano dilucida el asunto al anotar que esta forma es coincidente con el uso del quichua en la región interandina para dar mayor fuerza intensiva a las acciones.

Otra manifestación del sustrato quichua está en el empleo de ciertos verbos como auxiliares del gerundio; entre ellos, mandar, dejar, poner, seguir, dar. En los ejemplos que vendrán, el gerundio no hace el oficio de adverbio, como exigía Bello, ni expresa una acción inmediatamente anterior o simultánea en relación con un verbo principal:

—Me mandaron sacando del cargo.

—No dejé apagando las luces.

—Alguien ha puesto rompiendo la puerta.

Las dos primeras frases resuenan familiares porque responden a una preocupación habitual, a un riesgo cotidiano; pero no así la tercera, bastante extraña, por no decir rústica, incompatible con la intención comunicativa.

Este no es el caso del verbo "ir" seguido de gerundio para expresar lo que don Rufino José Cuervo, en sus *Apuntaciones...* (1876), aconseja cuando se trata de una acción no concluida sino en avance paulatino. Desde luego, era un recurso usual en la poesía clásica española:

"Cuantos plazos la muerte me va dando" (Quevedo).

"del agua el pecho alzando, / turbadas entre sí, la van mirando" (Fray Luis de León).

"Y todos cuantos vagan, / de ti me van mil gracias refriendo" (San Juan de la Cruz).

La lírica ecuatoriana no es ajena a tal procedimiento. Para no sobreabundar, bastaría ir explorándolo en las estrofas del pentagrama nacional, muchas de ellas de autores renombrados:

"voy pagando la ofrenda / de tus pálidos besos" (Rosario de besos)

"o tal vez va rimando su tristeza y dolor" (Al morir de las tardes)

"porque aquí va dejando lo más querido" (Cenizas)

"como si fuera huyendo de mi propio destino" (Almas gemelas)

"y tu pasión va devorando mi alma" (Naufragio de amor)

"irse alejando mientras muere el día" (Emoción vespéral).

En cuanto a "mandar" y "dar" como auxiliares de un gerundio, los estudiosos coinciden en otorgarles filiación quichua. Lo hizo un eminente filólogo, Honorato Vázquez, en *Reparos...* (1934), con algunos ejemplos tomados a la manera quichua: dame trayendo, dame llevando, dame hablando. Lo hizo Toscano al hablar de un gerundio de cortesía o timidez e ir ofreciendo luego varios calcos del quichua: dar haciendo, mandar hablando. Asimismo, en *Sintaxis hispanoamericana* (1945; versión española, 1969), Charles E. Kany consigna el uso de "mandar" y "dar" más gerundio con frases extraídas de nuestra literatura indigenista: da trayendo, da viendo, da teniendo. En *El habla del Ecuador* (1995), C. J. Córdova califica a tal función auxiliar como extraña al español castizo. Casi todos los autores citados coinciden en que aquellas perífrasis atenúan la fuerza impositiva del imperativo: "dame pasando" en vez de "¡pásame!"; revelación de una forma de ser ancestral.

Algo añadiremos sobre la seducción con que el artista de la palabra engasta este recurso en la poesía:

"Así, avisa. Di. Da diciendo. Dios te pague" (Dávila Andrade).

Granizo Ribadeneira va demorando el final de sus premoniciones ("Muerte y caza de la madre") con esta conmovedora acumulación de gerundios:

"Amada, descendiendo
por tus aguas y tierras, sollozando,
me estoy como viviendo,

reclamos afilando
a mi vivo morir que va tardando”.

Como vemos, no hay novedad alguna en lo que la señora Manuela Picq ha deslizado en las redes:

“Sabías que ‘voy volviendo’ es una estructura gramatical Kichwa? (...) Los ecuatorianos hablan español en Kichwa. Y no lo saben. Ni lo quieren saber”.

Pero ocurre que hablamos también en latín (de allí, se afirma, proviene el 70% del léxico español, y, en parte, la morfología y la sintaxis). En ocasiones, lo hacemos en griego y, de vez en cuando, con el golpe de brisa de los vocablos árabes. Y no lo sabemos.

(Avance, No. 321, agosto 2018, p. 10)

Promesa cumplida

Andando la noche, empezaste a soñar que alguien avanzaba hacia el alba con un libro en la mano y te increpaba:

—Nunca pensé que anidara tanta ruindad en vuestra cabeza o, por mejor decir, dentro del alma.

—¿Acaso os he agraviado? —preguntas al visitante que, a juzgar por el atuendo, dibuja un perfil poco familiar en la penumbra, entre monje y verdugo.

—He leído cuanto habéis dado a la estampa sobre el gerundio. Con atrevido discurrir habéis apelado a normas de antigua concertación, atrayendo a tu favor a renombrados escritores; pero olvidasteis a quien fue entre los primeros en fortalecer con el gerundio la elegancia del idioma.

—Perdonadme, no sé quién sois para reconvenirme con pujo de autoridad nominadora.

—Si desconocíais mi obra, debíais cuando menos haber echado mano de usanzas comunes entre vosotros, escribidores, que lucráis del pensamiento ajeno.

—¡Pecador de mí! —respondes—. ¿En qué he pecado?

—Soy el anónimo autor de este librito, en 1554 publicado; pero en su estilo me hallo intemporal, omnipresente, debido a mi habilidad en el uso del gerundio, a que debe también su encanto esta historia.

—Entonces, aclaradme la desazón a que sepa yo en qué punto anduve en camisa de once varas.

—Dígame, buen hombre —prosigue el visitante, abriendo el libro— que aquí encontraréis bien empleadas todas las modalidades de gerundio que os han calentado la mollera.

—Perdonadme, Señor, pero yo me acogí al estilo del inmortal don Francisco de Quevedo.

—Veinte y seis años antes de que él viniera al mundo, había escrito yo mi obrilla, de la que pudiste entresacar la frase: “Dios ya va abriendo su mano”, con que demora la consolación del picarillo.

No atinando a debatir, te ovillas bajo las sábanas cual si no fueras tú sino el visitante quien soñaba y volvía a la carga con sin par vehemencia:

—Y, a fe mía, fray Luis de León andaba por los veinte y siete años de edad cuando el personaje de mi relato, ya asentado con un clérigo, anticipó una de las reglas de buen uso si el gerundio es referido a verbo de percepción sensible, como normáis ahora en el empeño de complicaros la vida: "...veo al que me mataba de hambre volviendo y revolviendo, contando y tornando a contar los panes".

Habiendo llegado a este punto, continuas sin mover un dedo, y el visitante aprovecha para aguzar la reprimenda, a buen seguro de que la escuchabas.

—Obligación era vuestra el saber que san Juan de la Cruz llevaba apenas doce años cumplidos cuando mi lazarillo honraba al triste de su padrastró: "...de que vi que con su venida mejoraba el comer, fuile queriendo...". Y un poco después, en Toledo, él y su tercer amo, el escudero, acertaban en el gerundio inmediatamente anterior al verbo principal: "...preguntando si tenía las manos limpias, la sacudimos y doblamos, y muy limpiamente soplando un poyo que allí estaba, la puso en él".

—Esto y mucho más tendréis para afrentarme, sin que, os aseguro, hubiera en mí malicia o animadversión alguna contra vuestra señoría.

—Bien pagado me estaré si, al cabo os fuereis habituando a la idea de lo poco de nuevo que hay bajo el sol en torno a estos problemas del gerundio.

—Puesto que vos lo decís, Señor, así debe de ser.

—No bien os levantéis del sueño, leed este librito: "El Lazarillo de Tormes".

En otro episodio, hallaréis que en el afán de aclarar que la culebra había sido él, escribí entre paréntesis ("o culebro, por mejor decir"), sin adivinar que mi broma preanunciaba el tema que cinco siglos después enfrenta a mujeres y varones por la igualdad del género también en el lenguaje.

—Tenéis razón en todo, mi Señor. Os juro y os rejuro que, en vuestro desagravio, no bien me despertare, transcribiré al pie de la letra cuanto de este sueño recordare.

(Avance, No. 322, septiembre 2018, p.7)

Un muro invisible

Hoy nos referiremos al uso y abuso de la palabra “*don*”, no relacionada con el vocablo proveniente del latín *donum*: regalo, habilidad (“la vida es don de Dios”, “un admirable don de gentes”); ni con el río apacible que después de bañar la región sudoriental de la estepa rusa desemboca en el mar Azov. Esta reflexión gira en torno a la palabra proveniente del latín “*dominus*” o, con mayor precisión según los etimólogos, del latín medieval *domnus*”, del que deriva *don*. Las voces latinas últimamente anotadas significan amo, dueño de casa, conceptos para los cuales hay un término alternativo, igualmente respetuoso, del latín *senior*: viejo, el más viejo, del cual viene *señor*. Quizás esto explique lo hilarante que resulta el trato de “mi señor” a un adolescente, así como de “mi joven” a un hombre de avanzada edad, como suele escucharse en tiendas y mercados.

En *Historia de la Lengua española* (1981), don Rafael Lapesa expuso el desvío formal y semántico experimentado por los modos de tratamiento en el Siglo de Oro. El pronombre tú, por ejemplo, fue quedando restringido para la intimidad familiar y para las gentes consideradas de rango inferior. El pronombre vos, en cambio, se imponía si el oyente era un sujeto de condición inferior, pues en su lugar se empleaba, para las personas de respeto, la locución *vuestra merced* que, al cabo de lentas mutaciones, se fue reduciendo a *usted*. Pero en el siglo XVII, *usted* se consideraba de uso ordinario entre criados y gentes de similar condición; no como ahora. La familia humana ha encontrado siempre en las palabras el recurso apropiado para levantar muros aparentemente invisibles. Así es y será, hasta que el ala del tiempo las toque y las derribe al suelo, si es lícito parafrasear al inefable Olmedo.

Tales palabras han seguido circulando entre la gente igual que las monedas y, en consecuencia, se han ido desgastando por los bordes. De modo que no pudo ser excepción el vocablo *dominus*; y así, tras sucesivos recortes, se convirtió en *don*, reservado en un principio para los varones de elevada jerarquía social. Ello no impidió, sin embargo, que sirviera expresivamente para realzar la intensidad de algún defecto o la

carencia de algo: “don ladrón”, “don nadie” (persona sin poder ni valía). Algo de cuanto se lleva dicho ha intuido con ingenio la copla popular:

Cuando tenía dinero
me llamaban don Tomás;
ahora que no lo tengo,
me llaman Tomás nomás.

Paulatinamente, debido acaso a la influencia del convivir democrático, que también ha obrado sobre la lengua y el lenguaje, *don* acabó por perder abolengo y prefirió acompañar con más decoro al nombre de varones admirados por los méritos, los saberes, los frutos del talento: don Miguel de Unamuno, don Gregorio Marañón, don Juan Montalvo. Es la forma de tratamiento que emplea para sus miembros la Academia de la Lengua. Ascendido de este modo a la esfera académica, *don* irá de seguro remplazando a los títulos, cada vez más vacuos y sofisticados, con que en la actualidad tendemos a distinguirnos unos de otros los simples mortales.

Mientras ello no acontezca, es razonable atenerse a lo que afirma la Academia cuando señala que *don* es una forma de tratamiento respetuoso que se antepone a los nombres de pila de los varones: don Julio, don Francisco, don Matías. Antes de concluir, apelaremos también al criterio de María Moliner. Con la autoridad que a ella le confiere el *Diccionario de uso del español* (Gredos, 1967), la monumental obra de su vida, previene sobre el mal hábito de anteponer *don* al apellido.

Y tiene razón, porque ese mal hábito provoca un efecto por demás despreciativo. Es el trato con que habitualmente llaman los empleadores a los maestros de obra: don Moreno, don Pérez, don Rivera. Sin embargo, es mayor el desagrado que suscita el uso de *don* si va privado de nombre y de apellido, a la manera de “diga mi don”, “en qué le ayudo, mi don”, tratamiento que, al generalizarse en el sector público, eleva otro muro, en apariencia invisible, entre el burócrata y el ciudadano común, reducido a *don nadie*.

(Avance, No. 334, septiembre 2019, p. 7)

Diálogo de sordos

Una dama con aspecto de letrada aparece en lo más profundo de tu sueño y te lanza a boca de jarro esta recriminación:

—¡Con que has vuelto sobre el verbo *aperturar*!

—Así es –contestas, y tratas de esquivarla—. Hallé por casualidad ese verbo, al cabo de tanta humareda, verbo al que calificué de *abogadil*.

—¡Mal hecho! –te increpa elevando el tono y agarrándote de la solapa.

—Bien sé que el adjetivo *abogadil* tiene matiz peyorativo, pero en el ejercicio de la abogacía se ha originado *aperturar* en vez de *abrir*, en sentido de iniciar una acción. ¿Con qué derecho crees incorrecto su empleo en el área judicial?

—He querido explicarlo y veo que no lo he conseguido. En otros ámbitos de la comunicación no ha prosperado el término, censurable porque no da nombre a un concepto nuevo, requisito indispensable para justificar la necesidad de un neologismo. A ningún agente policial se le habrá ocurrido exigirle al sospechoso que le *aperture* la puerta, ni a un odontólogo pedirle al cliente que "*aperture* la boca", ni....

—Estoy de acuerdo con lo último que no has dicho.

—Me temo que a tal engendro verbal se le intentará enjuagar el origen espurio apelando a que pertenece al antiguo linaje de *apertura*, que proviene del latín *apertus*, participio pasivo de *aperire* (abrir), seguido del sufijo *ura*, igual que en *abertura*.

—Se ve que tu aversión procede de la oscura resonancia.

—De ningún modo. Según los entendidos, el sufijo *ura* enriquece a varios nombres femeninos, a los que aporta el sentido de proceso o de resultado: *amargura*, *escritura*. Quizá por esta explicación salga yo bien librado del aprieto en que me pones.

—Por supuesto; pero no me has comprobado que *aperturar* sea verbo censurable.

—Si el sistema de la lengua es modelo de precisión, equilibrio, tanto como de oposiciones y contrastes, te propongo recordar que en

el idioma existe el vocablo “cerradura”, de menor prosapia, sin duda, porque proviene del latín vulgar y está prosaicamente emparentado con el sustantivo “cerrojo”. Si bien con cerradura se nombra el mecanismo que asegura una puerta u otro artilugio, también se refiere, en una acepción un tanto desusada, a la acción de cerrar.

—Adivino, buen hombre, tu maligna intención de irte por las ramas.

—¡Exacto! Es lo que haré, Sería razonable que de la acepción poco usada de cerradura derive en la praxis jurídica el verbo *cerradurar* como antónimo o, con más propiedad, como término recíproco de aperturar, del mismo modo que entreabrir posee al otro lado de la percepción sensorial el verbo entrecerrar, cuyo prefijo *entre* aporta, en ambos casos, el sentido de “no totalmente”, “a medias”.

—Comprendo. Tu razonamiento es claro; pero *cerradurar* sería un despropósito.

—Tanto como aperturar. De eso se trata, porque en materia de lenguaje, si se peca por un lado también se lo puede hacer por el otro.

Al verse acorralada, ella se muestra menos irascible; suelta la corbata y te pregunta:

—¿Ganaríamos algo con este doble artificio?

—Habría sido un diálogo de sordos si cuanto hemos platicado no contribuyera en estos tiempos aciagos a la tranquilidad pública, a la paz de la República. El establecimiento de relaciones de reciprocidad entre los términos *aperturar* y *cerradurar* permitirá a los jueces, a las juezas, a fiscales y fiscalas que *han aperturado* un juicio, apresurar el fallo para informar que ya lo *han cerradurado*, para tranquilidad de tantas ovejas descarriadas. No es justo que anden fuera del aprisco solo por falta de un verbo.

—Me has convencido, pequeño nigromante. ¡Caso *cerradurado*! *Anden por la sombrita señoras y señores, y que Dios los acompañe. Nos volveremos a ver en el próximo programa* –dijo antes de esfumarse.

(Avance, No. 336, noviembre 2019, p. 7)

Incorrecciones gramaticales

A menudo se oyen quejas sobre la calidad de los programas en la televisión ecuatoriana, debido a la trivialidad, la crónica roja, el escándalo. Con irrespeto a los derechos animales, suele escucharse que los programas son de a perro en cuanto a la calidad de los **noticieros**, nombre dado erróneamente a los **noticiarios** en Cuba, Venezuela y en otros países de la región, según anota la venerable Academia.

De seguro, el lector querrá saber el porqué del adverbio “erróneamente”. La palabra **noticiero** es adjetivo, aplicable a la persona, al espacio o al medio dedicados a difundir noticias. En su condición de adjetivo, posee variación de género: programa noticiero, jornada noticiera. **Noticiario**, en cambio, es sustantivo masculino, derivado de la palabra noticia mediante el sufijo **ario**, que añade la idea de conjunto. En general, designa a un programa que ofrece noticias del momento por la radio o por la televisión; entonces, es correcta la frase: “Esta mañana lo he escuchado en los noticiarios de la radio y de la televisión.

En este punto, consideramos que en el primer párrafo se deslizó también una imputación a todas luces injusta dirigida a los noticiarios, de los que se espera objetividad, veracidad, transparencia e imparcialidad. Pero lo frívolo o lo trascendente de los hechos no son atribuibles a los medios sino a la sociedad a la que pertenecen. Si no hubiera sido a través de ellos, vaya a saberse de qué modo nos hubiéramos enterado de que en el Ecuador es el Presidente de la República quien ejerce la presidencia. De seguro que esta información no constituiría noticia en otra parte del mundo moderno, afectado por la libertad informativa; tampoco lo sería la afirmación categórica, dada por la Presidenta del Consejo de la Judicatura, de que en su período “no se venden las notaría”, una aseveración curiosa que volverá a motivarle al Presidente para burlarse de ella, tal como pocos días atrás lo hizo al recordarle que en español no existe el verbo aperturar.

Por supuesto, a los habitantes de otras latitudes, no necesariamente marcianas, les resultará muy difícil imaginar cierto tipo de informaciones acerca de hechos insólitos que penden de la línea equinoccial que

nos da nombre y renombre. Por esa vía, se contaba hace poco de un hombre secuestrado que había permanecido una semana en cautiverio con los pies maniatados. Plausible delicadeza periodística la de omitir otros detalles a fin de no herir susceptibilidades al pensar que, llevados por la ignorancia, los secuestradores también lo habrían retenido con los ojos amordazados.

Aquellos hechos han desviado el cauce de este comentario, que debía ir en principio dirigido al mal empleo idiomático al confundir oraciones impersonales y pasivas reflejas en frases cotidianas al estilo de “en todas partes se cuecen habas”, En un tiempo anterior, cualquier escolar sabía por qué el viejo refrán dice “se cuecen habas y no “se cuece habas”.

Cualquier antiguo escolar, decimos, porque respondería afirmando que se trata de una oración pasiva refleja (reflexivo “se” más verbo en voz activa más sujeto paciente). Es igual a que se dijera: “habas son cocidas”. El ciudadano común ya demuestra su competencia lingüística cuando cuelga un aviso en el balcón: “Se arriendan dos departamentos”. Si el interesado demora en llamar, la mujer del propietario le contestará: “Lo lamento, ya se arrendaron”. Los niños se expresan muy bien cuando exclaman apesadumbrados: “Se acabaron las vacaciones”. Pero no es así de fácil para algunos personajes que nos iluminan desde la pantalla: “se comprobó varias irregularidades en el IESS”, “Se intensificará los controles en toda la ciudad”.

Aunque parecidas, hay otras oraciones que se construyen con “se” más verbo más complemento directo; es decir, carecen de sujeto, razón por la cual se denominan impersonales: “Muy pronto se encerrará a todos los corruptos”. Error cotidiano en los noticiarios es hacer que concuerde el verbo con el complemento directo: “Muy pronto se encerrarán a todos los corruptos”, incorrección gramatical que forma parte de la endémica corrupción que cada aspirante al gobierno promete erradicar.

(Avance, No. 339, febrero 2020, p. 7)

Expresión popular, lenguaje paralelo

Hacía calor en la sala. Adelante, se veía a la muchacha en medio de su tía denunciante y el abogado acusador. A prudencial distancia se habían sentado el defensor y el acusado. Algunos familiares y un grupo de jóvenes con aspecto de estudiantes cuchicheaban. Luego de las solemnidades de rigor, el Presidente del jurado dio inicio a la sesión:

—Se acusa a este hombre de haberle empujado con violencia a la señorita hacia el interior de la habitación y de haberla tirado al piso, dejando que los gritos fueran ahogados por el ruido de los cohetes.

—Así es, su señoría —asintió el de la acusación, mientras extraía un pañuelo y se enjugaba el sudor.

La tía, campesina vigorosa, de mediana edad, se puso de pie de un salto, echó hacia atrás el pañolón y levantó la mano pidiendo ser escuchada.

—Exageraciones, señor abogado —intervino el magistrado, ignorando a la reclamante—. Si nos remitimos a los hechos no se encuentra gravedad como para enjuiciarle penalmente al acusado y menos para condenarlo.

—Tiene la palabra el abogado de la acusación.

—Hay elementos de convicción suficientes para exigir justicia ante el crimen cometido en contra de esta joven —refutó con absoluta seguridad.

—Pero... —se oyó a la mujer, exaltada, agitando las dos manos.

—No entiendo a qué crimen se refiere quien me antecedió en el uso de la palabra.

El Presidente se ajustó los lentes bifocales para intentar mirarles bien a los dos litigantes, en tanto las manos de la tía remaban inútilmente en el aire.

—¡Me refiero al delito de violación!, señor Presidente.

Cundió por momentos un fuerte rumor en la sala. Los jóvenes

concurrentes se miraban las caras, intrigados por el curso que tomaba la imputación.

—¿Violación? —refutó indignado el defensor y se incorporó para continuar, machacando cada una de las palabras:

—Lo que ha afirmado la propia denunciante es que la sobrina había sido empujada con violencia hacia el interior de la habitación y tirada al piso, y que los gritos fueron ahogados por el ruido de los cohetes. Consta así en el documento.

—Señor Presidente! —gritó la tía, y esta vez logró que la escucharan.

—Sí — accedió por fin la autoridad, paseando la difusa mirada por encima de los jueces:

—Que hable la tía—ordenó— y diga lo que tenga que decir. ¡hable, señora!

—Gracias, su señoría —empezó con aplomo inesperado la mujer—. Yo tengo que aclarar que nunca he dicho que este señor le había empujado a mi sobrina con violencia y que la había tirado al piso.

—Entonces, señora, repita exactamente lo que dijo al presentar la denuncia.

—Yo no he dicho que este hombre le había tirado al piso a mi sobrina, sino que la había tirado en—el—pi—so —enfaticó, silabeando—, con perdón de vuestras señorías y de los jóvenes presentes que han de saber lo que digo.

—Habiendo escuchado a la demandante, el jurado se retirará para deliberar sobre el caso —se excusó el magistrado; pero no bien hubo terminado de anunciarlo resonó con más vehemencia la voz de la mujer:

—Tampoco he dicho, su señoría, que los gritos fueron ahogados, sino silenciados, porque el acto no se dio en una piscina; ni he dicho por el ruido de los cohetes, sino de los cuetes, por cuanto lo que sonaba no era el ruido de los cohetes que van a la luna, sino de la cuetería que esa noche reventaba en honor de Santa Rosalía.

—El proceso se ha convertido en puro litigio de palabras —comentó uno del jurado.

—Igual que en el juicio de Bill Clinton por lo de la Lewinsky — corroboró otro.

—Y veo que vamos a requerir la asistencia de la Real Academia —refunfuñó por lo bajo el Presidente, y abandonó la sala a paso lento.

(Avance, No. 340, marzo 2020, p. 7)

Lo pronunciable, lo impronunciable

Antes de la pandemia, hablábamos acerca del género; ahora lo volveremos a intentar sobre el número, aunque años atrás lo hayamos hecho. Resulta que personas de probada fluidez en el lenguaje oral, entrenadas en proferir por televisión, de un solo impulso espiratorio, los nombres más enrevesados que ahora abundan en el protagonismo político, farandulero, deportivo, desaciertan en el empleo del singular y el plural en vocablos que el virus va haciendo cotidianos.

Cada día se difunden en los noticiarios secuencias silábicas de difícil articulación, casi impracticables por el común de los hablantes. Series abigarradas de consonantes y vocales se emiten, sin titubeo, en combinación de sonidos hasta hoy no escuchados. Pero se relaja ese fluir ante el recelo de decir con claridad *carne* y su plural, *carnés*, según lo hacen en español los nombres terminados en “é”: *corsé/corsés* (del francés *corset*); *chimpancé/chimpancés*, *café/cafés* (no *cafeses*). Mientras unos porfían en el error de pronunciar *carnet* (francés, *carnet*), otros vacilan ante el plural, entre *carnets*, *carneses* y *carnetes*, cuando lo sencillo y correcto es *carnés*, hayan sido expedidos legal o ilegalmente.

Un problema similar afecta al plural de ciertos nombres incorporados al idioma desde la informática: *casete* (del francés *cassette*), *disquete* (del inglés *diskette*), para cuyos plurales ha de agregarse “s”: *casetes*, *disquetes*. De modo que no hay para qué fatigarle a la lengua con unos complicados y tortuosos *casetes* y *disquets* que al parecer se niegan a girar dentro de la boca. Es muy diferente el caso de *cabaré* —también del francés—, admitido con doble forma, a gusto de los usuarios de la lengua: la españolizada, *cabaré*, y la original francesa, *cabaret*. En consecuencia, es aconsejable no desechar esta doble posibilidad de elección, si se tiene que acudir a los plurales.

Otras dubitaciones se dan en términos que han ingresado al caudal léxico español directamente desde la antigua lengua madre: *superávit*, *déficit*, *hábitat*, *ultimátum*. Si los escolares de antaño aprendieron que tales términos eran invariables en el plural, que debía expresarse por el artículo o el adjetivo: *los déficit*, *los superávit*, etc.,

deben saber que hoy admiten el plural en “s”: hábitats, memorándums, ítems. Pese a no ser latinismos, se benefician de este procedimiento nombres originarios de otras lenguas, entre ellos: complot/complots; mamut/mamuts; cómic/cómics; esnob/ esnobs; chip/chips; récord/récords (viene por buen camino la adaptación récor / récores); pero no el anglicismo fan (acortamiento inglés de fanatic), cuyo plural debe hacer fanes (igual que can/ canes) para referirse a fieles seguidores de algo o aborregados alrededor de alguien.

Mas, si al pluralizar se juntan tres consonantes en el tramo final de una palabra, la situación puede tornarse embarazosa, porque es una combinación ajena a la cadencia musical de nuestra lengua, la cual se predispone a la defensa. Ocurre esto con el anglicismo test, muy en boga en español para designar una prueba que se aplica en diferentes áreas, más comúnmente —entre nosotros— en las evaluaciones médicas y educativas. Si se agrega “s” para formar el plural, se obtiene el grupo tests, impronunciable, por más que se lo ensaye mil veces. En cambio, si el hablante añade “es”, designará el plural de una palabra cuyo significado nada tiene que ver con las evaluaciones. La estrategia consiste, entonces, en dejar que el artículo o el adjetivo se hagan cargo del plural: los test, innumerables test.

Otra duda surge cuando se tiene que expresar la acción de aplicar un test, puesto que el hablante se tropieza de entrada con el verbo testar, cuyo significado originario es hacer el testamento, operación recomendable en este riesgoso instante de pandemia, pero que no viene al caso. A fin de evitar confusiones, en países de nuestra América, incluido el Ecuador, se ha generalizado el verbo testear para atender a la necesidad de nombrar, con la premura que imponen las circunstancias, la aplicación de test.

(Avance, No. 343, septiembre 2020, p. 7)



II

Semblanzas



Presencia de Solano

El periodismo del Azuay celebra hoy su fecha clásica. Es propicia la oportunidad para evocar la figura del fraile que iluminó la “dorada ruralidad de ayllu” que al decir de G. Humberto Mata constituía la época que había de recibir la crítica despiadada del franciscano.

Espíritu inconforme y subversivo; hasta ahora no hemos podido conjurar el hechizo de su verbo, templado en la misma fragua que selló la Independencia. Este embrujo nos ha llevado a falsear la verdadera imagen, cuyo periodismo debería entenderse como exteriorización de un espíritu crítico, de una vocación científica, profesada con disciplina y seriedad.

Observador apasionado de la realidad, sabía que las propias limitaciones incitaban a la búsqueda de la verdad. La misma duda que le impelía a observar el comportamiento de los insectos o a seguir en el cielo el curso de los cometas, le movía a reflexionar sobre la conducta de los hombres y los pueblos, siempre lúcido para la centelleante deducción y para las sentencias que pronto obtendrían clarividente precisión.

Quizás el periodismo de Solano habría que comprenderlo en íntima relación con la naturaleza y con la vida, lo que difícilmente iban a concebir sus contemporáneos, afectados por la sátira y la burla implacables de un fraile en trance de perenne provocación. Era el estado espiritual de quien buscaba la verdad en un mundo amurallado por la ignorancia y la superstición; un mundo que, como él mismo presentía, le había de preguntar como a Humboldt: ¿A qué viene usted a medir tierras que no son suyas?

La actitud combativa, plasmada a través del lenguaje periodístico, descansa sobre una sólida concepción de su responsabilidad frente al mundo y a los demás.

Esa responsabilidad le llevó a atesorar una asombrosa erudición, si se piensa que su época estuvo dominada por una formación que no excedía de conocimientos latinos y teológicos. Vivía en un medio que había dejado marchar casi inadvertidos a los académicos franceses, pero cuyas huellas orientaron los pasos del paciente religioso. Evocar

el periodismo de Solano nos acerca también al monje consagrado a la investigación. La crítica mordaz, los ataques incisivos y hasta los improprios estuvieron alentados por la misma sinceridad con que el fraile recogía agua del río Matadero para comprobar que es dañina porque contiene carbonato de sal y caparrosa verde, no por las virtudes misteriosas atribuidas por el vulgo. Con la paciencia con que disecaba un pájaro, desinflaba de fatuidad a sus pomposos adversarios.

Hemos dado a Solano dimensiones de leyenda, talvez para escapar de su mordacidad. Acometido de disentería y sufriendo horribles padecimientos de estómago, logró ser llamarada para alumbrar e incendiar. Aún nos quema: En América —decía— más se necesita de protección que de ciencia para ser periodista. Solano nunca hubiera pretendido llegar a ser lo que hoy se llama periodista profesional. Y sentimos el temor de que algún día el fraile se nos escape del monumento erigido para asegurar su permanencia entre nosotros.

(El Tiempo, miércoles 13 de enero de 1982)

Feminidad y poesía

En el pueblo de Melo, a orillas del Tacuarí, nació hace más de cien años Juana Fernández Morales (1895—1979). Como buena uruguaya, por su padre español descendía de un barco. Hija de la naturaleza, creció vital y pura, con un amor salvaje por la luz, por el agua, a la que adora tanto que dudaba si en otra vida no fue cisterna, fuente, río. Era una flor silvestre, toda encanto y perfume, símbolo viviente de lo eterno femenino. Un día llegó a Melo un comando militar. Con la tropa venía un oficial que no pudo resistir el sortilegio de unos ojos oscuros y de una cabellera destrenzada con olor a sol y a hierbabuena. Tuvo Juana por primera vez la certidumbre de su propia carne y comprendió que el salvaje amor de niña había hallado un nombre, Lucas Ibarbourou. Con él se casó y a él se consagró en cuerpo, en alma, en sombra, en hueso; fue desde entonces y para siempre Juana de Ibarbourou.

La vida cotidiana no atemperó su ardoroso amor; se desbordaba en ritmo, en canto, en júbilo. Le bastaba a la joven esposa transcribir las agitaciones de la sangre para que sugiera el verso con la espontaneidad del agua, del viento, del deseo. Samaritana solícita y piadosa, ofrece el cántaro vivo de su cuerpo para aplacar la sed del amado. Por ti —le confiesa—, crecí, fluí; en consecuencia, tálame, bébeme —le pide. Ceñida toda con un manto negro, desnuda por completo de brillos modernistas, —descíñeme, suplica, “bajo tu mirada surgiré como una / estatua vibrante sobre un plinto negro”. Era la afirmación gozosa de la vida. Ansiaba ser, más allá de la muerte, una llama infinita en las noches del amado.

Su ardiente amor no necesitó fingir, ni divagar ni entretenerse en la ensoñación concupiscente a lo Delmira Agustini, virgen cándida y pagana. El lector la encuentra bella, cabal en su poesía, a tal punto que puede restituir el espíritu a la carne estrofa por estrofa.

No lleva como la Mistral la mirada baja ni la boca angustiada; mira ella de frente, sensual, provocativa. Bajo la cabellera taciturna, es muy dueña del poder y de la gloria de ser la perfecta conjunción de mujer, madre y esposa. Su aliento vital y lírico circuló por las venas de todo el

Continente. El Uruguay entero estuvo enamorado de ella; en 1929, en una ceremonia presidida por Alfonso Reyes, fue declarada por Montevideo "Juana de América".

Más tarde, se entristece la voz, alcanza hondura reflexiva a la muerte del esposo, a quien seguirá amando con la sangre "desde la breve risa hasta el lamento". Si antes se desveló por la belleza física, en adelante dedicará sus cuidados al estilo, con la pasión amorosa de Quevedo, con el rigor transparente de Sor Juana.

Cien años después de su nacimiento, Juana de América aún nos desafía con sus grades ojos vivos. En un fin de siglo obscuro (el verdadero erotismo se lo reserva para el automóvil), ella proclama su feminidad y reivindica un derecho fundamental de la mujer, tal vez ya olvidado: amar y ser amada.

(El Tiempo, viernes 29 de noviembre de 1996)

Jorge Isaacs, autor y personaje

“Estremecido partí a galope por medio de la pampa solitaria, cuyo vasto horizonte ennegrecía la noche”. Son las palabras finales en *María*. El galope ha de durar veinte y ocho años, hasta el 17 de abril de 1895, fecha en la cual Jorge Isaacs muere víctima de las fiebres palúdicas. En la novela, Efraín, quien es el propio autor, no podía enloquecer ni caer fulminado sobre la tumba de la amada, como les hubiera ocurrido a otros héroes románticos. ¿Por qué? Porque el dolor individual empezaba a ser efímero frente a la inmensidad del horizonte hispanoamericano.

María es sin duda la obra más representativa de nuestro romanticismo, la más leída y releída, y acaso la de mayor perduración, no tanto por la nota sentimental, cuanto por la discreta armonía de la prosa. Don Miguel de Unamuno, cuando andaba por los cincuenta y ocho años, leyó y la encontró admirable. Escenas y escenarios son reales, con el encanto de lo confidencial y lo auténtico.

El arte mayor del novelista colombiano fue, sin embargo, crear un personaje tan real como *María* mediante trazos neblinosos que la tornan, paradójicamente, inasible. Idilio real sobre un paisaje real, la novela es también el testimonio de una sociedad inmovilizada en el tradicionalismo. La supremacía del blanco, la resignación del campesino y la docilidad del negro aseguran el equilibrio de la pirámide social.

¿No había llegado al Valle del Cauca la noticia de la Independencia, sellada años atrás? Habría llegado, sin duda, en su versión genuina: manumitir al esclavo no para otorgarle la libertad, sino para sujetarlo con lazo más firme a los nuevos amos, en la onda de pensamiento y acción de los libertadores. La obra y la vida de Jorge Isaacs entreabren, sin proponérselo, las puertas al realismo.

Después de *María*, el joven autor se encuentra en la cima de la fama, respaldado, a sus treinta años, por la recia formación humanista del romanticismo bogotano. Pero el patrimonio familiar ha declinado y él anda en apuros. Tampoco se suicida, como lo harán más tarde los poetas modernistas. A galope tendido, se lanza con brío juvenil a la aventura:

la política, la diplomacia, los negocios. Será gran orador, agricultor, minero, liberal radical, legislador y explorador científico. Tomará parte en asonadas y comandará valientes acciones guerrilleras. Será Jefe Civil y Militar de Antioquia un par de días. Cuando por fin decide rehacer la herencia de su padre, un judío converso que antes de establecerse en el Valle del Cauca había tentado fortuna en Jamaica, le sorprendió la muerte. Acababa de cumplir cincuenta y ocho años de edad.

Con su vida de judío errante, Isaacs entornó la puerta, sin proponérselo, a los personajes de una generación que advendrá, casi un siglo después: la del realismo mágico. No sin razón, Isaacs sigue tan vivo a los cien años de su muerte.

(El Tiempo, lunes, 6 de enero de 1997)

Los himnos ancestrales

Con ojos asombrados, hemos asistido a la pantalla al horror de las últimas guerras: Kabul, Chechenia, Sarajevo: imágenes privadas de historicidad para globalizar el pánico. La tecnología de la imagen superpone el presente sobre el pasado, lo fugaz sobre lo perdurable hasta extraernos la memoria colectiva. Pero recordar es vivir, tanto como vivir es recordar.

Hace más de cuatro siglos, era costumbre asar a la brasa a los señores indios —nuestros antepasados— hasta extraerles el secreto del oro. El que las escenas no nos lleguen en vivo sino a través del testimonio a menudo imposible del cronista, no apaga los alaridos ni mengua las crepitaciones. Por este solo hecho, los conquistadores tendrían bien ganado el infierno, si no fuera por la mediación de hombres como el fraile Bartolomé de las Casas o el soldado Juan de Betanzos.

En tanto los peninsulares violan, incendian, torturan sin tregua ni piedad, Betanzos toma como legítima mujer a la concubina del difunto marqués, fruto de la resignación y la lascivia. Pero Betanzos está perdidamente enamorado de ella y alcanza a ver en la pupila aún atormentada el esplendor admirable del Incario. Y comprende que es más importante rescatar para la humanidad la memoria y no el oro del vencido. Betanzos, un personaje para el *Manual del Perfecto Idiota Latinoamericano*.

Betanzos ha aprendido el quechua. En las brasas del amor va extrayendo los secretos del pueblo sometido y va trasladando al español la historia que brota entrecortada en labios de la esposa. Las frases conservan la frescura y la gracia del idioma originario, aseguran los investigadores.

Así surgió, en 1551, diez años después del asesinato de Pizarro, *Suma y Narración* de los Incas, en la ciudad del Cuzco, en el barrio de Carmenca, en donde el español Juan de Betanzos vivía cristianamente con la princesa Añas Yupanqui, hermana del último soberano del Incario.

Mientras los doctrineros arrojaban a la hoguera los nudos multicolores de los quipus y prohibían los antiguos cánticos, en una lucha demencial contra el demonio, Betanzos acercaba el oído y captaba el

rumor de las voces en las enormes piedras. Logró así recuperar los cantares primigenios. Estos, probablemente, no habían necesitado ser escritos porque iban desde su origen destinados al tiempo, a la vida, no a la adusta inmovilidad del signo en el espacio. Nada aseguraba mejor su conservación que la memoria del amauta.

Condenado al silencio el cantor, la escritura de los propios verdugos —nuestros antepasados— vino a salvar del fuego los himnos ancestrales. Hombres como Juan de Betanzos merecen sobrevivir porque detuvieron o, al menos, retardaron, en virtud del amor, el fin del mundo.

(El Tiempo, martes, 7 de enero de 1997)

Espejo: premonición y rebeldía

Indio cantero de Cajamarca, el abuelo; indio descalzo de pie y pierna, el padre; negra como la noche, la abuela: oscuro linaje del quiteño más luminoso de su siglo. Ocultó la condición indígena, no tras ubicarse en un orden social que aborrecía, sino en procura de autoridad para la idea. El talante español disimulaba enconos ancestrales. Muerto, los enemigos le devolvieron al registro de los indios, inhumándolo en la región difusa de los mitos.

Espejo es la culminación de un proceso que arranca entre nosotros de 1735, cuando los sabios franceses de la misión geodésica iniciaron a unos cuantos quiteños en la observación de la realidad. Paralelamente, los estudios filosóficos se distanciaban del medioevo, atraídos por la nueva visión del universo. Era un adolescente el futuro reformador cuando se introdujo el sistema copernicano, en 1760, en la Universidad de Quito.

Espejo, ávido lector de los clásicos y de los modernos, tenía sobre sus contemporáneos el privilegio de ser indio: tenacidad a toda prueba, arte de escabullirse para encontrar refugio entre los libros, incandescencia intermitente de un estilo que buscaba cauterizar heridas. Encumbrado por el talento y el saber en un alto sitio de observación, le dolía el atraso de la patria más que su soledad de indio ilustrado en el centro de la tiniebla. Se volvió agitador de la conciencia pública. Habitado a mirar con ambos ojos en la oscuridad, pudo ver la realidad desde todos los ángulos. Si hubiera sido pintor, se habría anticipado, de seguro, a la solución racionalista del cubismo. Desengañado en su anhelo de reforma, creyó que el fuego libertario había de preceder a la luz de la razón.

En ello andaba, espectro subversivo, antes de ir a la cárcel, cargado de grilletes e incomunicado hasta morir. Quince años después, los discípulos lanzaban el primer grito de la independencia hispanoamericana. Sin Espejo, el sol habría continuado girando alrededor de la tierra para los pacíficos habitantes de la Real Audiencia de Quito.

También fue fruto de la condición humana su vocación científica: junto a su padre experimentó el dolor y la agonía. En *Reflexiones sobre las Viruelas*, su familiaridad con los horrores de la muerte le proporcionó la hipótesis de la infinidad de “atomillos vivientes” como transmisores de las epidemias. Con solo apurar las observaciones, dice, se podría explicar la naturaleza y propiedad de todas las enfermedades. En 1847, a un siglo de su nacimiento, Semmelweis, cuyo triste final se parece al de Espejo, exigirá a los médicos desinfectarse las manos para acudir a la maternidad en el hospital de Viena. En 1895, a un siglo de la muerte del quiteño, expirará el bacteriólogo francés Louis Pasteur, revelador del origen microbiano de las epidemias.

Más allá de esta premonición, debe asombrarnos que, a los doscientos años de su muerte, sigan incólumes los vicios de la realidad que condenaba. Recordar a Espejo no es volver con nostalgia al pasado, como podría pensarse con ligereza neoliberal; sino descubrir en nosotros el “atomillo viviente” de la indignación y de la rebeldía.

(*El Tiempo*, jueves 9 de enero de 1997)

Retorno a la madre tierra

Rubén Astudillo irrumpía con voz irreverente en el horizonte lírico de Cuenca de la inolvidable década de 1960, tras la huella de los compañeros mayores de la generación. Jóvenes literatos y artistas se abigarraron en un frente común, de aspiración universal alrededor del grupo Syrma, suerte de versión formal cuencana de los tzánsicos, en el ámbito de la poesía. Con algo de bohemia y nadaísmo, tocados por el ritmo desafiantes de blues y rock and roll, asumieron el arte como afirmación de la existencia, porque

después de tanta
noche
no
hay
aurora

Sin embargo, aquel frenesí estuvo acompañado de una temprana fascinación por la muerte:

Pero espérame siempre con la voz sobre el surco
sobre
las caracolas. Sobre la orilla amarga de un vegetal
caído. Piensa que aún
no he vuelto. Pero que estoy de viaje
al puerto de tu sangre,
Guárdame un grito. Un líquen. Una espiga de polen.

¿Fue la poesía de este grupo la que ayudó a romper el amurallamiento del paisaje? Humeaban en la región austral, por aquellos años, las cenizas de un santo oficio bárbaro. Ardían los infieles en las hogueras del anticomunismo. Los viejos templos volvieron a convertirse en fortines del conservadurismo. Como en las postrimerías del siglo XIX, tornó a enarbolarse en la pequeña urbe interandina la bandera de la

religión para defender la cultura de Occidente, amenazada esta vez por el eje del mal: la revolución cubana. El sermón y el anatema no tardaron en persuadir a unos oscuros militares que en 1963 tomaron el poder entre sorbos de ron y coca—cola . Un par de años después, fueron echados por la ardorosa reacción de la juventud de la misma ciudad que los había vitoreado.

Esta franca actitud de rechazo y rebeldía correspondió a una nueva actitud mental. Sartre y Camus habían desplazado a la versión punitiva de los santos evangelios. El poema había dejado de ser carné de filiación académica, social. Resonaba anti dogmático en iracundos recitales que congregaban a los jóvenes de ayer en el antiguo Raymipampa, contiguo a la catedral de la Inmaculada Concepción:

pero si es que existieras en verdad, te invitara
a que caigas y
nos llegues; te diera mi camisa y mis
zapatos; mi chompa, mi blue-jean y mis
pañuelos; mi modo de beber y mi
costumbre
de abrazar hasta olvidarme las esquinas, los
bares y las pistas.
(...)

lo malo es que no existes; yo tengo
esta evidencia y me ahogo gritándote
por la falta que me haces.

El encanto de la poesía de Rubén radica en esta frustrada vocación de asceta atormentado entre lo sacro y lo blasfemo, un desgarramiento interior que aún quiebra la voz en cada ruptura fonológica de sus interjecciones:

A—y pero sin nosotros.
A—y pleamar de adioses.
A—y lobos desterrados.
A—y pero sin Nosotros quién la razón de nada.

Así como en la iracunda decapitación de endecasílabos, de heptasílabos, en un incontenible arrebatado creador:

pero si yo pudiera; si este poder
nos dieran, lo haríamos tan solo por la
pena.

Tras corta fulguración, los integrantes de Syrma se dispersaron, atraídos por el estudio o aplacados por la modorra provinciana. Algunos perseveraron; entre ellos, Rubén, voz perdurable en el brocal de la segunda vertiente de su generación. Sin embargo, el alma de todos sobrellevó y acaso sobrelleva aún la hermosa pesadumbre del universo, vasto mundo que en la poesía de Rubén gravita sobre un punto de sustentación: la madre tierra, a la que acaba de retornar.

La misma luna que esta noche
cruza con su mata
de estrellas por encima
de los pinares de Xian, mañana alumbrará
los eucaliptos y las
capulicedas
de mi pueblo.

(Avance, No. 135, febrero de 2003)

Martí: nuestro sueño de hombres libres

De pronto, la sinfonía de la selva estalla en balacera. Los revolucionarios que se han internado en la isla por el flanco más agreste, se esfuman entre las palmas espinadas. Una sombra se dobla sobre las matas, entre los fogonazos de la fusilería. Los soldados se aproximan cautelosos, remueven el cadáver, hurgan entre las ropas:

¡Es José Martí! Tiene el cuerpo destrozado y el alma del color de la bandera. Acababa de hallar en Dos Ríos la muerte presentida:

“No me pongan en lo oscuro
a morir como traidor;
yo soy bueno y como bueno
moriré de cara al sol”

El trofeo sangriento fue sepultado en Santiago de Cuba. Los soldados españoles no enterraban allí, como suponían, el cuerpo y el alma de la resistencia; depositaban en lo hondo de Latinoamérica la semilla de la revolución.

“Oh maestro, qué has hecho”— exclamó con Rubén Darío la joven intelectualidad del Continente, antes de irrumpir, vencido el sobresalto, por el cauce de rebeldía y libertad abierto por aquella muerte heroica.

Rafael María Mendive fue su maestro y protector. Él le había señalado la ruta: era un largo camino circular que partía de Cuba, demoraba en Europa, recorría gran parte de América y volvía a morir en la isla natal, la reina del Caribe. Martí solo necesitó cuarenta y dos años para andarlo y desandarlo, sacudiendo la conciencia continental como apóstol, padre y mártir del sueño de emancipación política y cultural de Hispanoamérica.

Bécquer, Quevedo y Santa Teresa confortaron el destierro del joven escritor en España. En Francia le entusiasmó el anhelo de perfección de los maestros parnasianos y el refinamiento musical del

simbolismo. Pero le apasionó en América la gracia irreverente de Ricardo Palma, la actualidad cervantina de Montalvo, tanto como la avasalladora reciedumbre de Walt Whitman, el poeta “más intrépido, abarcador y desembarazado de su tiempo”, a juicio de Martí.

Con igual fervor, su sangre española se encendía ante la grandeza del pasado cultural precolombino: las plazas de Tenochtitlán, los templos de Zempoala, los palacios de Texcoco, las calzadas de los Andes: las venerables sombras aborígenes se inclinaban en silencio frente a las antiguas ruinas. “Robaron los españoles una página del universo”, clamaba indignado. Un día antes de morir, nos previno también sobre el peligro expansionista norteamericano, pues “Viví en el monstruo y le conozco las entrañas”.

Vivió y amó con pasión: Rosario de la Peñas, trágica musa de Manuel Acuña; María García Granados, la niña de Guatemala; Carmen Mantilla, confidente en Nueva York. Carmen Zayas Bazán, esposa fiel, no se resigna a la pobreza; vuelve a la isla sus ojos enormes y retorna a ella con el hijo idolatrado, “Ismaelillo”, a quien su padre prefiere “verte muerto a verte vil”. Dos vertientes solidarias –humanismo y realidad—acrisolaron el estilo del poeta y templaron el alma del revolucionario.

Veinte y siete volúmenes recogen la obra de Martí: la prosa ágil, llameante, persuasiva; diáfano, corto, transparente, musical, el verso. “Decir es un modo de hacer”, pensaba. “De Cuba, ¿qué no habré escrito? Y ni una página me parece digna de ella: solo lo que vamos a hacer me parece digno”, añadía.

José Martí vino a este mundo hace ciento cincuenta años. Pero lo que hizo y lo que dijo sobresaltan aún, como un río de lava, nuestro sueño de hombres libres atados a la mesa del ordenador:

“Yo sé de un pesar profundo
entre las penas sin nombres:
la esclavitud de los hombres
es la gran pena del mundo”.

(Coloquio, año 5, número 16, enero–marzo 2003, p. 18)

V centenario de la muerte de Alejandro VI

Después de muerto, tras una semana de espantosa agonía, lanzaba humo por todos los poros del cuerpo. Horas antes, los asistentes habían creído escuchar, entre estertores, una conversación con el demonio. César, en tanto, se encargaba de vaciar los tesoros del Vaticano, ajeno a la agonía de su padre. Cuando los criados consiguieron dominar la resistencia del cadáver, hinchado por la muerte y lograron introducirlo a golpes en el ataúd, sellaron un período de once largos años de gloria y de terror.

En agosto de 1492, mientras Colón navegaba casi a la deriva en pos de una nueva ruta hacia las Indias, otro español, Rodrigo Borja, ascendía al trono de San Pedro, luego de que varias mulas cargadas de oro inclinaran los votos a favor. La ceremonia de coronación superó al esplendor con que la Roma de los antiguos césares aclamaba a sus emperadores victoriosos. El nuevo Papa, Alejandro VI, paseaba como una divinidad bajo los arcos triunfales y correspondía a la suntuosidad del espectáculo derramando prodigalidad a manos llenas. No en vano había compartido ingresos con Francescetto, hijo de su antecesor, Inocencio VIII, el Papa que decidió ser el primero en dejar de llamar sobrinos a los hijos.

Pero ahora, en agosto de 1503 —hace quinientos años—, quien fuera el hombre más poderoso y afortunado de la tierra moría víctima de las fiebres traídas por los vientos del verano que soplaban sobre la ciudad eterna. El cadáver permaneció vergonzosamente abandonado, casi hasta la descomposición, pues los príncipes de la Iglesia se pre-disponían a elegir al sucesor, dignidad que al fin recayó en Giuliano.

Rodrigo Borgia (ahora se nombraba así) ocupa un buen espacio en la historia de los papas malos, narrada con maestría por E. R. Chamberlin en un hermoso libro que gobernantes y gobernados deberíamos leer o releer en esos tiempos marcados en Hispanoamérica por la corrupción y el nepotismo en el ejercicio del poder.

La figura de Alejandro VI ha proyectado más sombras que luces sobre una de las épocas más interesantes de la historia de Occidente. No sin razón ha cobrado asombrosa actualidad en la pantalla. Mirado a la distancia, quizás un tanto distraídos del contexto histórico, sus once años de pontificado representan un ejemplo sin parangón del hombre dominado por las más bajas pasiones, pues afincó en la simonía y el nepotismo la prosperidad personal y familiar, que era la prosperidad de la Santa Madre Iglesia. Pero cuanto en verdad estigmatizó al reinado de los Borgia fue haber extremado hasta lo no imaginable una tendencia propia de la condición humana desde cuando el papado se erigió en poder temporal y se apartó, por la codicia y la ambición, de las normas que habían sustentado su poder espiritual. La historia de Alejandro VI ha sido y podría volver a ser la historia de cuantos personajes se dejaron o se dejen perturbar por la fiebre pasajera del poder.

Doscientos años antes de la asunción de Rodrigo Borgia, había sido elevado a la Silla de San Pedro otro interesante personaje, quien reinó bajo el nombre de Bonifacio VIII. Los reyes de Nápoles y Hungría tomaron humildemente las riendas del caballo blanco en que iba este hombre salido del seno de un hogar modesto en una sociedad dominada hasta el oprobio por las grandes familias romanas. Pero al contrario de cuanto se esperaba, lo primero que hizo Gaetani fue emular a sus odiados contrincante y afincar el poder en la simonía y el nepotismo; repartió cargos, bienes y prebendas en un afán de perpetuar una nueva dinastía. La preocupación fundamental del jefe de la Iglesia fue enriquecer a la familia; combatió, excomulgó y persiguió a los poderosos adversarios hasta despojarlos de sus bienes que pasaron, poco a poco, a engrosar el patrimonio de los Gaetani. Cuando uno de aquellos poderosos señores se hizo fuerte tras los muros de Palestrina, Bonifacio le ofreció el perdón y la restitución de las dignidades a condición de que entregara la ciudad; él así lo hizo, pero el Papa, lejos de honrar su palabra, siguió el consejo admitido desde entonces por todos los malos gobernantes de este mundo: “promete mucho, cumple poco”.

Algo atrás, dos siglos antes de Bonifacio VIII —leemos en la historia de Chamberlin—, un acaudalado clérigo compró el pontificado a Benedicto IX, un joven que, hastiado de los placeres pontificios, vendió el cargo en 1500 libras de oro para poder casarse libremente, pues al padre de la muchacha le horrorizaba la sola idea de tener por yerno a un Papa. Austero y circunspecto, Benedicto XII, en cambio, dio un ejemplo que debería ser tomado por los malos gobernantes, cuando este hijo de artesanos despachaba a cuantos parientes asomaban luego

de la coronación con la sentencia sabia de que un Papa no debía tener padre, madre ni genealogía.

Mirados en su contexto histórico, recobran cierta dimensión humana los hechos que han anatemizado a lo largo de los siglos la conducta de Rodrigo Borgia. Pero a nosotros, más que a sus contemporáneos, nos es difícil aceptar que un pontífice romano haya asegurado el futuro de su estirpe mediante la metódica administración de arsénico y a través de arreglos matrimoniales de conveniencia con las princesas y los príncipes de las casas reinantes; que un padre convertido en Papa celebrara el matrimonio de su hija Lucrecia en los recintos vaticanos y presidiera la ceremonia nupcial junto a su concubina; que como padre complaciente disimulara los excesos de su hijo César, quien había levantado un imperio con el poder y las riquezas de la Iglesia. Todo ello resulta vergonzante, pero ya es historia, una historia poco edificante.

(Avance, No. 141, agosto de 2003, p. 21)

Dos centenarios

Los escritores César Andrade y Cordero y Gonzalo Humberto Mata nacieron en 1904. Ambos sobresalieron entre las figuras representativas de la primera vertiente cuencana de su generación. Fueron poco menores a Manuel y a Vicente Moreno Mora, A María Ramona Cordero y León, a Remigio Romero y Cordero y a Carlos Aguilar Vázquez; pero algo mayores a Alberto Andrade Arízaga y a Augusto Sacoto Arias.

Andrade y Cordero y G h. Mata innovaron entre nosotros, cada uno según su temperamento, formación y sensibilidad, el lenguaje poético de la época. Andrade incorporó al poema la ebriedad de las formas, el juego metafórico, la sensación casi visual de la música de Debussy:

Cristal. Todos los ángeles de cristal en el agua
donde triscan los astros sus dedos infinitos
¡Oh, mar profundo y sórdido, prisma de mugido ancho,
huerto de monstruos laxos, latitud del gemido!
Cristal. Cristal borracho. Cristal torcido en hebras.
Olas de musgo virgen. Yeguas de flanco tibio.
Tiniebla de elefantes en el tallo del agua
reverberando abrazos con serpientes de vidrio.
Cristal de largas torres, un descanso de tinta
Cierra en nocturnas bocas tus silencios vencidos.

Mata rompió tempranamente con el espíritu, la forma, el ritmo y la sonoridad de más de un siglo de tradición lírica local, como lo confirma este fragmento:

India:
Cuando revientes un fruto
bríndale con metrallas campesinas
y suéltalo contra el blanco.
Ahí, yo, único rescoldo de grano barbecho
carcomido por la urbe,

deshojaré mi pecho izquierdo
para restregarme a la justicia
de renovación tendida en guerrilla
al infinito de las tropas de refresco.

Pioneros se muestran los dos, impregnados de las nuevas corrientes que agitaban el horizonte lírico hispanoamericano. Andrade fue cantor posmodernista en la pequeña ciudad interandina; Mata, poeta vanguardista. Escuchadas a la distancia, esto es mucho decir para unas voces que resonaron con nitidez en un ambiente dominado en aquel tiempo por la cuita lastimera y la devoción mariana, notas sentimentales de las que tampoco habían podido liberarse los discípulos tardíos de Baudelaire, de Verlaine y, por supuesto, de Gutiérrez Nájera y Rubén Darío.

El que Mata no hubiera nacido en Cuenca y hubiera dirigido venablos, a menudo envenenados, contra figuras de la cultura comarcanca, no debería negarle un sitio en la lírica local. No hay razón para excluirlo de las antologías cuencanas. Vino a radicarse aquí muy joven, a los trece años de edad, y se quedó entre nosotros hasta morir. Hay que reconocer sobre todo el mérito de haber irrumpido, con la energía de su juventud, en el ambiente conservador de la ciudad mediante un lenguaje guerrillero que a la par reivindicaba al indio, lo indio, y rompía con la preceptiva, la ortografía, la sintaxis, incorporando al poema el genuino lenguaje popular. Cabe recordar que, en 1935, sus poemarios *Chorro Cañamazo* y *Tumulto de volcanes* fueron incautados por el gobierno de Federico Páez, temeroso del poder subversivo de la palabra, especialmente de los versos aguzados como para envalentonar el ánimo de la raza vencida:

Hoy la tierra no es mía, y hasta el ladrón me vende.
Bandera fui en Pichincha, Clarín en Carabobo;
En Junín y Ayacucho lanza y fusil sembré
e “indio” aún me aúllan
aquellos que hice libres.

Hombre ecuménico Soy: Cimientó, Torre, Iglesia,
La Mina, la Nación, el Código y la Patria...
De Mis Manos se nutren y por mis Pies caminan
En Geografía Mía: que en sangre la llevan...
Y aún me insultan de “indio”.

Los dos escritores –temperamentos opuestos—, severo y reposado el uno; cordial, alegre, presuroso, el otro—, coincidieron en la inclinación hacia la crítica; impresionista y laudatoria la de Andrade; sociológica y acerba la de Mata; quizás fue la razón por la cual no pudieron congeniar. Ambos cultivaron el relato –con mayor fortuna Mata—, pero uno y otro abordaron la realidad por el flanco propio de su generación: la literatura indigenista.

Batalladores, combativos hasta la ancianidad, sobrellevaron con lucidez su espíritu inconforme. Habían venido el mismo año a este mundo y descendieron casi iguales al sepulcro: Andrade en 1987; Mata, diez meses después, en 1988. Y juntos permanecen en el recuerdo de sus conciudadanos.

(Avance, No. 147, febrero de 2004, p. 9)

Jorge Enrique Adoum

Una ventaja sobre el común de los mortales entregados al ocio de la pluma es haber tenido más de una vida, por haber residido en muchos países, desempeñado mil oficios y, por tanto, conocer varias lenguas. Es el toque de universalidad que han alcanzado algunos autores que, con el andar de los años, no le dejan al lector precisar si las imágenes de misterio y esplendor que alberga su memoria provienen, por ejemplo, de *El Coloso de Marusi*, de *Vislumbres de la India*, de *Los Amores Fugaces*. Igual es el encanto con que cautivan Henry Miller, Octavio Paz, Jorge Enrique Adoum, en páginas que no consienten hacer un alto, porque apremia la corriente seductora del estilo.

Si nos detenemos un instante en Adoum, el interés se mantiene aún en fragmentos típicamente ecuatorianos: presumir de ser más conocido en el extranjero; aludir en forma reiterada a la pobreza personal; vanagloriarse de haber sido secretario de Neruda; aparte del prurito de provocar la constante impresión de nunca estar al lado de alguien porque son los demás quienes están siempre al lado de él.

Sin embargo, estas debilidades no opacan la vastedad y trascendencia del escritor. La calidez de los anfitriones y de los contertulios, la animación reinante en las mesas de trabajo, crean en cada página un contexto en que se difuminan los fugaces narcisismos. Al fin y al cabo, no a todo ecuatoriano la vida le ha deparado la oportunidad de prenderle un cigarrillo a Fidel Castro, o el de ser presentado a un fortuito visitante, de quien luego se viene a saber que se ha tratado de Buñuel.

Solo cuando se lo ha terminado de leer, se repara en que el hechizo del estilo procede de la llaneza y autenticidad que alcanzan quienes han sido actores y testigos conscientes de su mundo y de su tiempo, y han enaltecido la cultura ecuatoriana e hispanoamericana a lo largo del siglo XX. El testimonio de la propia existencia lo es también el de la vida de los demás y de un estado de alma colectivo. De tal modo que el arte de la palabra se transforma en fuente de sabiduría, en instrumento de penetración hasta la propia esencia desde donde aflora el mensaje con autorizada carga subversiva. Los textos de Adoum nos desnudan

por dentro y por fuera y nos muestran al mundo tal como fuimos, tal como somos. Es un conocimiento muy diferente, por cierto, de la realidad observada a través del ojo desorbitado del turista extranjero, ante cuyas monedas posamos a menudo cual personajes de pesebre navideño o folclóricos habitantes de un país de Pato Donald.

Si es verdad que nada hay más real que presentar la realidad como si fuera una ficción, Adoum lo consigue sobre todo en el ensayo, género que bien llevado cabalga entre la objetividad, la subjetividad y el ameno estilo periodístico. De esta conjunción nace el atractivo de las últimas obras en que el autor vuelve la mirada, desde un pretérito— presente, al itinerario de su rica existencia comprometida con el país y con el tiempo, al punto de convertirse, en una época de hipocresía que a menudo transforma el tintero en incensario, en uno de los personajes que, al transcurrir de los años, cuando está por llegar a los ochenta, puede repetir sin bochorno “me satisface advertir que cada día que avanzo hacia el último no me avergüenza uno solo de los que han quedado atrás”.

Cualquiera sea el veredicto sobre la entrega del premio Cervantes 2004, Adoum es, por la honradez intelectual que late en su universalidad de escritor, uno de los candidatos idóneos para representar al Ecuador y a Hispanoamérica en el mundo de las letras. Para probarlo, está su incursión en la poesía, la crítica, la narrativa, el ensayo, el teatro, las memorias; amén de traducciones, estudios y recopilaciones antológicas, obras entre las cuales son muy conocidas, casa adentro: *Ecuador amargo*, *Los Cuadernos de la tierra*, *Informe personal sobre la situación*, *Entre Marx y una mujer desnuda*, *Texto con personajes*, *Ciudad sin ángel*, *Los amores fugaces*, *Mirando a todas Partes*, *De cerca y de memoria*, *El sol bajo las patas de los caballos*.

Es plausible y digna de apoyo la resolución de la Casa de la Cultura Ecuatoriana de postular la candidatura, como lo es también el haber iniciado con tal motivo la promoción de la campaña Palabra y Tiempo para que “la voz y la creación de Adoum lleguen a todos los rincones de nuestro país, anunciando el nacimiento de una historia más orgullosa...”, según reza el ofrecimiento de la selección mínima de las obras del autor.

Esta aspiración nacional es muy oportuna para un momento en que, preocupados por el analfabetismo informático, muchos ecuatorianos han abandonado el hábito de leer, y han caído por ello en un doble analfabetismo que aleja de lo trascendente y distancia también del mundo posmoderno. La lectura de las obras de Adoum nos evitará

ser solidarios con quienes enarbolan la bandera de la muerte como emblema de una nueva democracia universal.

(Avance, No. 157, diciembre de 2004, p. 20)

Un poeta en el exilio

Iba a cumplir veinte años de edad Nicolás Guillén cuando reunió 46 poemas trabajados en su primera juventud. Los mecanografió bajo el título de *Cerebro y Corazón*. Era el año 1922. Pero al poeta le empezaban a preocupar los problemas sociales de su país, y le atraían las audacias con que las corrientes vanguardistas innovaban el lenguaje de la poesía. En 1925 se fundaron el Partido Comunista de Cuba y la Confederación Nacional Obrera, organizaciones que enrumbaron ideológicamente a la masa trabajadora; un año antes se había integrado el "Grupo Minorista" y con él nacieron para la vanguardia las letras cubanas. En 1927, Guillén se instaló en La Habana; le dolía la suerte de su país y estaba seducido por las tendencias renovadoras de la expresión poética. En estas circunstancias reparó en la presencia de lo negro en la historia y la cultura. En 1930, dio forma a *Motivos del Son*, poemario que confirió identidad nacional a la poesía cubana.

Esta es una explicación para entender por qué *Cerebro y Corazón* quedó archivado y permaneció inédito hasta 1965. La melodía modernista tanto como la huella inconfundible de Rubén Darío mortificaban a un Guillén que rompía con la métrica, la rima, la retórica, y se burlaba de los pobres versos de su juventud, a los que calificaba de "horchatería para señoritas", según cuenta Ángel Auguier en el estudio introductorio a la *Obra Poética* de Nicolás Guillén, hermoso libro que acaba de traerme mi hijo en recuerdo de su visita a Cuba.

Estaba enfrascado en esa lectura, cuando me llegó en forma providencial, obsequiado por Arturo Córdova Malo, el poemario *Cerebro y Corazón* del cuencano Miguel Ángel Fernández Córdova, volumen publicado en Guayaquil por la Imprenta Mercantil de Monteverde y Velarde, en 1919; esto es, tres años antes de la compilación mecanografiada de Guillén. Dominado el asombro que suelen provocar las inexplicables coincidencias, daremos atención al bardo cuencano, talvez desconocido por quienes se han ocupado de la lírica local.

Desde luego, nada tiene que ver el poemario de Fernández Córdova, ni por la forma ni por el fondo, con *Cerebro y Corazón* de Nicolás Guillén.

Es una compilación que abarca quinientas páginas; contiene 322 poemas, la mayoría integrados por un soneto, aunque los hay de dos y más; por ejemplo, “El Búho”, con 56 sonetos. Lo curioso es que el autor, además de registrar la fecha y el día, consignaba el lugar donde escribió cada composición: Cuenca, Quito, Guayaquil, Portoviejo, Esmeraldas, San José, Panamá, Valparaíso, Viña del Mar, Santiago, Lima, y nuevamente Quito y Guayaquil. Tales minucias demuestran la facilidad y la predisposición para el soneto, pues redactaba en un solo día varios poemas; así, el 18 de diciembre de 1912 escribe uno en 14 sonetos y dos más, uno con dos y otro con uno; nuevo poema el 20, dos más el 23, el 24, el 25, y uno el 29. El 14 de abril de 1913 compone uno; dos el 16, dos el 17, seis el 27, uno el 28, y así por este orden. Aun en el tren en marcha entre Valparaíso y Santiago, el 25 de marzo de 1914, se da modos para trasladar sus impresiones al soneto.

Aunque no cabe esperar mucho de tanta fecundidad literaria, la obra posee interés por la enorme distancia que guarda con sus coeterráneos de la época, aún dedicados a pulsar la lira a los pies de la Virgen María. El 18 de mayo de 1914, cuando los cuencanos aún no se decidían a incursionar en el modernismo, Fernández de Córdova se dolía por haber participado sin éxito en el concurso poético convocado por “El Mercurio” de Santiago, pues solo obtienen premios —dice— la jerga modernista o el logogrifo. Al parecer, vivió en Cuenca hasta 1900, año a partir del cual abandonó su tierra y se dedicó a viajar por Hispanoamérica, con predilección por su segunda patria, Chile. Pero en aquel año, el 28 de febrero, en una ciudad que aún no se sobreponía de las luchas contra el gobierno liberal, está fechado el poema ¿Sacerdocio?, cuya primera estrofa habría escandalizado a moros y a cristianos:

Híbrido monstruo de dos mil cabezas,
que se retuerce en el altar del mundo
escupiéndole blasfemias, iracundo,
entre írritos sofismas y torpezas.

La cuarta estrofa del soneto debió considerarse blasfema; motivo suficiente para que el autor abandonara para siempre la ciudad.

Y en cada “religión” el sacerdocio,
mintiendo caridad, mintiendo altruismo,
finge un Dios, porque Dios es un negocio.

(*Avance*, No. 158, enero de 2005, p. 17)

El mar siempre recomenzado

Un movimiento interno de formas y colores enciende, frente a un cuadro, la pupila del espectador. De la misma manera, el ritmo eleva a la categoría de arte a la palabra, rescatándola de su mera función utilitaria. A ese algo apenas aprehensible que conmueve al oyente y al lector, conforme se van alejando las palabras, llamamos poesía. Es la estela que perdura tras la cadencia verbal del poema recientemente escrito por Jacinto Cordero Espinosa, intitulado con sustantiva sobriedad —como su arte y su vida— *JUAN PABLO. Elegía*.

El tono elegíaco, propio de la obra entera del poeta, se distanció tempranamente de los ritmos ancestrales. Pertenece al grupo cuencaño que atesoró con maestría la influencia de la mejor lírica hispanoamericana y, en lo local, el legado de César Dávila Andrade: la captación telúrica del paisaje y, sobre todo, la dedicación casi artesanal para el afinamiento de la forma.

La evocación del hijo amado, pequeño grano de trigo caído en el surco equivocado de la muerte, lo restituye a la naturaleza primigenia detenida en el espejo sensorial de la infancia: las montañas doradas, la marea de los trigales tocados por la brisa, el rumor de los rebaños, el crujido casi inaudible de la hierba, mientras en la vivencia personal el corazón se le diluye en pedazos de tiniebla.

Pero el poeta está vestido de la serenidad goethiana frente a la marcha cíclica del mundo, trasciende su dolor y lo transfigura en un perpetuo retornar. Ahora el ser amado es más que presentimiento, pues se ha integrado y forma parte del espectáculo del universo. La savia del corazón prende la estrella, hace presencia en el rumor del bosque, en la lejanía azul de la ondulante cordillera, en el viento que agita la crin de las cabalgaduras. Y el hijo pervive en el ritmo maravilloso de la naturaleza; es la espiga, es la flor que entreabre su capullo; está en los ríos y sus espejos fugitivos; está en el mar —como en Valéry— siempre recomenzado.

Hacia el final del poema, el ser humano se allana a su fugacidad y contingencia. El manto de flores amarillas sobre la tumba lo devuelve

ahora a la certeza de que nunca más se elevará en este mundo aquella hermosa llamarada de la vida. Y el ritmo se apacigua. Conmovido, el lector vuelve a la hondura secreta de los versos del canto:

No en la tierra, en mi corazón
duermes ahora para siempre.

(El Tiempo, domingo 13 de febrero de 2005)

Don Quijote: a imagen y semejanza suya

Durante cuatro siglos se ha profundizado en los temas, motivos y secretos del lenguaje cervantino. Tanto se ha escrito acerca de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, que poco de cuanto hoy digamos puede aspirar a la originalidad. En tan vasto universo literario, resulta asimismo difícil imaginar un rasgo de la naturaleza humana que no se halle en el Quijote, como si desde el siglo XVII estuviéramos hechos a imagen y semejanza suya.

Interpretación del comportamiento humano, la obra debe su universalidad a la transparencia del estilo: no distorsión—arte de aquel tiempo—, sino equilibrio: la realidad estática, pero a la vez en movimiento, conjunción deliberada de una doble perspectiva: la de quien avanza con la mirada en la lejanía y la de quien mira dónde pisa. Caballero y escudero, dos caras de nuestra saussureana realidad. No obstante haber vivido en la incertidumbre del barroco, el escritor halla la proporción y dignifica la indigencia, el desencanto, el afeite de la cotidianidad.

Cervantes (1547—1616) desborda sin ladear las contingencias de finales del siglo XVI y los años primeros del XVII; esto es, la España de Felipe II, nación victoriosa y al poco tiempo derrotada, empobrecida, reprimida; la España decadente de Felipe III, quien desde 1598 se desentiende del gobierno y se esfuma en un mundo de exagerada piedad y ostentación, como para dar apariencia de castillo a una venta miserable. El trasfondo histórico explica en la novela el efecto de proximidad y a la vez de alejamiento que puede sentirse entre dos experiencias vitales y estéticas: el sosiego de San Juan de la Cruz y el frenesí de Góngora; mayor a Cervantes con cinco años el primero, menor con catorce años el segundo.

La voluntad de estilo prevalece sobre la vivencia personal; pero el Quijote no se explicaría sin los años de niñez y primera juventud del autor en Alcalá de Henares; los seis años en Italia, aprovechados para leer a los renacentistas, entre ellos, a Ludovico Ariosto; la participación en la

batalla que puso fin a la amenaza turca a Occidente; los cinco años en Argel, en impaciente cautiverio; en fin, los siete meses de cárcel en Sevilla, víctima propiciatoria de una quiebra bancaria. Más que personaje de una época, el héroe cervantino viene a ser la expresión universal del individuo que asume con denuedo y secreta alegría la adversidad.

(El Tiempo, domingo 1 de mayo de 2005)

Perfil de un personaje excepcional

Aunque trataba de pasar inadvertido, tal actitud realzaba en dondequiera su presencia. La modestia le dejaba dialogar a solas con su alma iluminada por la fe y la bondad humana. Las manos —refería la sobrina idolatrada— podían descubrir la huella de la divinidad en los mínimos detalles: el sendero de la hormiga, el vuelo vespertino de los pájaros, el hilo de plata dejado por la araña en las corolas.

La actividad polifacética conserva actualidad en cada una de sus obras. Figura de primer orden fue en el Ecuador de las postrimerías del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Por fortuna, la fotografía ha perennizado los momentos de intensidad vital en lo público y en lo privado: la alegría familiar; la edad juvenil con la ilusión reflejada en la pupila. Años después, en traje impecable de plenipotenciario, junto al Comisionado Regio y también en el severo atuendo diplomático. Cerca de la vejez, bajo la capa española, se mostraba en actitud de eludir la lente del fotógrafo, el ala del sombrero inclinada de tanto saludar con los vecinos. Y abandonó este mundo vistiendo el hábito de Santo Domingo —atestiguaba el sobrino—, a fin de trasponer con igual manse-dumbre el umbral del paraíso.

Imágenes de la madurez tornan visible la constante predisposición del buen cristiano, sin poder ocultar el sosiego interior de quien lo había hecho todo con silenciosa eficacia: profesor, ministro de Estado, Rector de la Universidad, legislador, enviado especial en representación del Ecuador en el extranjero. Hasta las tempranas experiencias de exiliado eran recordadas por él como laboriosas y fructíferas. Gracias a su tino y sabiduría jurídica no prosperó la aspiración territorial del vecino del sur en el conflicto sometido al arbitraje del rey Alfonso XIII. Testimonio fehaciente de aquel desempeño es la nutrida correspondencia, publicada en dos apretados volúmenes, entre el representante del Ecuador en España y las autoridades del gobierno liberal de entonces. Estos documentos dejan ver lo honroso e impecable de aquella representación, que le fue confiada en virtud de capacidad y méritos, sin que mediaran consideraciones ideológicas.

La inclinación al estudio e investigación del lenguaje fue otro de sus aportes a la cultura ecuatoriana. Entre las publicaciones de esa índole, se destacan: *El Quichua en nuestro lenguaje usual*, *Reparos a nuestro lenguaje usual*, obras de consulta sobre el estado de la lengua en los primeros años del pasado siglo. Abundan asimismo ensayos sobre temas jurídicos, religiosos, educativos, estéticos, morales.

Fue también significativa su presencia en los dominios del arte. Él y Miguel Moreno iniciaron lo que para algunos estudiosos constituye una escuela poética genuinamente cuencana. En efecto, el libro *Sábados de mayo*, edición conjunta, representó un firme impulso para el cultivo de las letras regionales durante varios lustros. Hermanados por una sensibilidad común, consiguieron interpretar con fidelidad el alma de su tierra. Cuando fijaron la mirada en lo vernáculo, vertieron su sensibilidad en un antiguo cauce, sencillez romántica que, en 1908, era la apropiada para llegar al corazón de los conciudadanos:

Entre el tenue follaje,
casi en secreto,
mansamente corría
remiso el viento,
tan triste viento,
que no rumor, sollozos
eran sus ecos

Y allá, bajo otro cielo
cuán triste y dulce
es entonar tus ayes
viendo las cumbres,
lejanas cumbres
que del paterno campo
al cielo suben

Mientras reflejaba en los versos el encanto del terruño, se daba tiempo —entre mil ocupaciones— para trasladar al lienzo las luminiscencias captadas en el ensueño del poema. En el otoño de la existencia, liberado de responsabilidad política y administrativa, consintió en que sus paisajes, pintados con la misma fascinación de sus estrofas, pasaran a integrar la memoria colectiva de la ciudad. Solo otro poeta de refinada

sensibilidad, Alfonso Moreno Mora, pudo concentrar en tan pocas palabras la grandeza espiritual y humana de Honorato Vázquez:

“Es la gloria que pasa, aunque va sola”

(Avance, No. 162, mayo de 2005, p. 12)

Tomás Rendón, humanista cuencano

Vivió Rendón entre 1824 y 1916; puede ser considerado el primer representante de la tendencia romántica en la ciudad. Sobrino de Fray Vicente Solano, de él heredó la severidad de carácter y el talante adusto. Contribuyó a modelar en las aulas la sensibilidad de su generación y de la siguiente, pues sus textos orientaron la enseñanza, sobre todo del idioma, hasta bien entrado el siglo XX. Amante de la vida retirada, se consagró al estudio y al cultivo de las letras. De su profesión de abogado, dijo que le abrumaban las “insípidas y prosaicas atenciones del foro”.

Rendón condenó la hipocresía de su tiempo en la brevedad del epigrama. Satirizaba a sus presuntos enemigos, que lo eran también de la religión que profesaba; pero fiel a su espíritu libre, censuró por igual los autoritarismos de García Moreno y de Alfaro. No obstante, la severidad de su porte exterior escondía un alma frágil, enlutada por la soledad, la pobreza, el abandono, la vejez, que minaron su aliento lírico. La visión sombría del mundo y de la sociedad de su tiempo no le dejaron superar el drama personal. Vicisitudes materiales y tempranas cuitas de amor contribuyeron a exacerbar la sensibilidad romántica y vivió una longevidad abrumada por la visión cercana de la muerte.

Un ejemplo de aquel huir de la existencia trae una pieza originalmente dedicada a Pedro Fermín Cevallos, quien le había propuesto participar, en 1871, como candidato a la diputación. En aquellos versos esboza un autorretrato de varón altivo y solitario. La nota intimista, la ligera pincelada del solar nativo, la abundancia de adjetivaciones, nos remiten al gusto romántico, de donde proceden los sentimientos, los temas, los motivos. La alternancia de endecasílabos y pentasílabos era una de las formas que atraían al poeta, aunque ensayó otros modelos métricos, no siempre afortunados (la copla, la lira, la espinela y aun el verso libre). En un poema bastante posterior, dedicado a Juan Abel Echeverría, se retrata Rendón, a los 64 años de edad, con la grave fisonomía que ha llegado hasta nosotros:

Marchito mi semblante
mi cabello entrecano
contemplo y pesaroso
doy un suspiro amargo.

¡Cuán otro, cuán diverso
estoy, y cuán ajado!
¡Cuál pasan, caro amigo,
cuál pasan, ay, los años!

Vivió Rendón en trato familiar con los autores clásicos; su sensibilidad se afinaba en la lectura de Virgilio, Horacio, Séneca, a quienes traducía y parafraseaba. Leía el inglés; vertía del quichua al español; componía manuales de literatura, de gramática, y ponía al alcance del alumno las últimas reformas académicas. Así prolongó su magisterio y se convirtió en un modelo del espíritu humanista de su tiempo.

En el ámbito literario, donde mejor logró sostenerse con soltura y habilidad fue en la fábula, que cultivaba con esmero, pero innovándola mediante la libertad estrófica, la armonía polimétrica y, de modo particular, con la incorporación de elementos propios del paisaje nativo: exquisitos zapotes, mantecosas chirimoyas, melones, sandías y hasta una tinaja de guarapo. Esto lleva a pensar en que lo más rescatable de su obra poética está en las fábulas, aunque sean las estrofas doloridas las que lo destacan como el primer representante del romanticismo comarcano.

Fue también penetrante observador y crítico literario. Posee actualidad la forma en que trató, en 1878, el tema de la imitación, al defenderse de las acusaciones de plagio por un epigrama contra los envidiosos. Lo inculpaban de haber plagiado un par de versos de César Cantú, a quien Rendón confiesa no haber leído nunca. La idea fue tomada de Villemain, declara, lo cual no prueba nada —sostiene—, pues también han imitado otros escritores. Y cita a Góngora, a Bartolomé de Argensola, a Voltaire y, por supuesto, a Olmedo por su trato con autores latinos.

Cinco años más tarde, volvió sobre el tema para defenderse de quienes le habían acusado de ser “un literato ramplón, que solo escribe plagiado”, lo cual no lo mortifica porque “lo mismo han dicho los trapalones de hombres que valen más que yo”. Entre los imputados, recuerda a Racine, Feijoo, Chateaubriand, Moratín, al propio Olmedo. Y termina reafirmando su vocación: “...creo que siempre viviré dando en la flor de buscar asonantes y consonantes, para distraerme de algún modo, sin perjuicio del tiempo que empleo...”

(*Avance*, No.168, noviembre de 2005, p. 12)

En el laberinto de la conciencia

Con ocasión de cumplirse, este 25 de enero, el centenario de nacimiento, ha vuelto a los medios de comunicación el nombre del escritor lojano Pablo Palacio (1906—1947), la importancia de cuya obra ha sido exaltada por Benjamín Carrión. En varios espacios se ha vuelto a trazar el perfil del autor, perdido a los 40 años de edad en los confines nebulosos de la locura, lugar secreto reservado por las divinidades de todos los tiempos a sus elegidos.

Para que un narrador sobreviva ha de sumar al mérito literario el carácter referencial de sus ficciones; tratar lo anecdótico, el acontecer, como expresiones de rasgos y sentimientos colectivos. Es lo que ha vuelto perdurable la locura de Don Quijote. En el caso del escritor ecuatoriano, ese interés referencial ha trascendido el tiempo y el espacio vitales, a pesar de una obra considerada parva y desigual.

Palacio fue el primero entre nosotros en mirarnos por dentro y sonreír ante las miserias cotidianas que sustentan nuestra pretensión de seres creados a imagen y semejanza de la divinidad. Fue el primero en penetrar por el humor en el laberinto de la conciencia, como buen conocedor de Sócrates y, acaso, de Agustín de Hipona.

Es cierto que sus dos primeros relatos aparecieron tres lustros después de *Ulysses* (1922) de James Joyce (1882—1941), a quien el ecuatoriano no habría conocido ni hizo falta que lo conociera. Y debe ser cierto que la novela subjetiva con la que culmina la breve aventura narrativa del creador, *Vida del ahorcado*, armada a retazos, se publicó veinte años después de *Miramar* de Oswald de Andrade, temprana manifestación de las tendencias vanguardistas en la narrativa latinoamericana, según lo recuerda no sin enfado Agustín Cueva Dávila al rebatir a quienes consideran a Palacio un pionero, un adelantado, un precursor.

No por ello, sin embargo, dejarán de resonar en la literatura los espléndidos puntapiés propinados en la nariz del pederasta Ramírez, y ese sonido solo comparable con el que produce el encuentro de otra suela de zapato contra otra nariz; es decir, la realidad en contrapeso de otra realidad. Tampoco dejará por ello de sublevarnos

el descubrimiento de que hasta los más grandes negocios del Estado se apresuran o demoran por conflictos de esta índole: "Ya es tarde y no he ido ni una vez al baño". Por fruición estética y también por ejercicio de auto reconocimiento, es aconsejable volver sobre el mundo onírico de Palacio, centelleo de lucidez en medio de lo vulgar y cotidiano en que se van entretejiendo los misterios de la existencia y los conflictos abismales de la mente humana. Antes de penetrar en el reino de la locura, Palacio alumbró para nosotros los bordes difusos de una ruta por donde también hoy quizás sea posible huir de la demencia universal.

(El Tiempo, 29 de enero de 2006)

Palacio, entrevista imaginaria

—¿Tu nombre verdadero?

—“Andrés, Andrés Farinango”

—¿El amigo de Bernardo?

—“Él vivía junto a mi cubo y era el más dulce amigo. Una noche me dijo adiós porque iba a coger una pulmonía”.

—¿Algún recuerdo de tu infancia, de tu familia?

—“Mira, yo cierta vez tuve una madre; pero esta madre se me perdió de vista sin anunciármelo. Entonces he tenido esta sensación: que en el lugar se habían hecho las tinieblas y que mi madre estaba allí, en lo negro, buscándome a tientas...”

—Dicen que te encomendaron a una tía. ¿La recuerdas?

—“Alta mancha oscura, agranda, casi sobre mis pupilas, el triángulo amargo de la boca”.

—¿Cómo te ves ahora?

—“Veo alguna vez un hombre recóndito, alguna vez un hombre alegre, alguna vez un hombre simplemente”.

—¿A qué te has dedicado?

—“Yo soy un hombre que come, bebe, pasea y duerme”.

—Pero también escribes. ¿Sabes por qué lo haces?

—“La insensibilidad del papel contribuye a disminuir el placer que debimos sentir, o el color en su caso”.

—¿No te aleja eso de la realidad?

—“La novela realista engaña lastimosamente. Abstrae los hechos y deja el campo lleno de vacíos; les da una continuidad imposible, porque lo verídico, lo que se calla, no interesa a nadie”.

—Pero la novela halla sentido precisamente en la continuidad.

—“El orden está fuera de la realidad, visiblemente comprendido dentro de los límites del artificio”.

—¿Por qué piensas que la novela realista escamotea la realidad?

—“Porque lo verídico, lo que se calla, no interesa a nadie. ¿A quién va a interesar el que las medias del teniente están rotas, y que esto constituye una de sus más fuertes tragedias, el desequilibrio esencial de su espíritu?”

—¿No temes que este penetrar en el interior por el detalle te puede trastornar el juicio?

—“Estar de loco es como estar de Teniente Político, de Maestro de Escuela, de Cura de la Parroquia. Se puede también estar de bruto sin mayor sorpresa de la concurrencia”.

—Parece que tú nunca asentaste los pies sobre la tierra

—“Mira, aquí, bajo todos nosotros, está la Tierra, la única cosa que verdaderamente está. La Tierra es una gran pelota que tiene encima todos los cachivaches que mañana van a apasionarte y también es una bomba diminuta que continuamente está viajando en la nada”.

—¿En la nada! ¿Qué es la nada?

—“La nada es algo inmenso...no. ¡No puedes entender lo que es la nada! No hay uno que la entienda. Ni falta hace”.

—Preferiste por ello crear otra realidad, como en el cine.

—“El cinematógrafo es arte de sordomudos. Débora, bailarina yanquilandesa. Dos ojos azules. Sabía dar a los brazos flexibilidades de cuellos de garza...”

—¿Y la sobrina de la dueña de casa?

—“Le ardían las mejillas y al cabo me tendió la boca como se enseña la taza para que nos pongan el té”.

—¿En dónde andas ahora?

—“No estoy aquí; he caído de nuevo en ese hueco de la ausencia. Estoy como desintegrado... Quedo mucho tiempo en tinieblas y empiezo a andar en tinieblas, dominado por dos impulsos contradictorios”.

—¿Cuáles?

—“La esperanza y el terror de encontrar a alguien que también me busca”.

(Avance, No.171, febrero de 2006, p. 9)

Una ventana al pasado

Atraídos por el rumor de los milagros, colmaban los peregrinos la nave de la iglesia. Dormían en los senderos; se acomodaban en los establos, a la espera de ser testigos de un portentoso.

Pero el miedo a que lo tomasen por santo hacía temblar al pobre párroco cuando le mentaban un milagro:

—¡Milagros! ¿Yo? —decía. ¡Yo, un pobre pecador ignorante, guardador de rebaños!

En efecto, Juan María Bautista Vianney, hijo de labradores, había recibido el sacerdocio por obra de caridad, a los treinta años, pues tenía la cabeza impermeable a los latines. Designado párroco del pueblecito de Ars, permaneció allí durante cuarenta años dedicado a aliviar el sufrimiento de los seres humanos.

Un día de octubre —cuenta Van der Meersch—, el obispo acudió para investirle personalmente de canónigo. El sacerdote intentó rehusar con humildad la distinción, pero pronto vio brillar el designio de la providencia cuando halló quien le diera cincuenta francos por la muceta, justamente los francos que esa mañana necesitaba para una obra pía.

Distinta fue la suerte de otro nombramiento. Se trataba esta vez de las insignias de Caballero de la Legión de Honor, devuelta al instante con visible espanto.

Ya cargado de años, consumido por la penitencia y la abnegación, el santo cura de Ars entró en una prolongada agonía. Mientras las gentes se arremolinaban para recibir la postrera bendición, alguien le cortaba un pedazo del hábito; otro le rasgaba a hurtadillas una página del breviario o le robaba furtivamente un cabello. Nadie abandonaba al moribundo sin algo que hubiera estado en contacto con su cuerpo. Una noche de agosto, el alma del abate Vianney se elevó a los cielos, entre los rezos de la muchedumbre.

En oleaje creciente, los fieles desfilaron durante dos días frente al ataúd, pugnando por acercar a las manos del difunto un rosario, un retrato, una medalla. Muchos, empero, debieron contentarse con algo más poético: una hojita de sauce arrancada a los árboles del jardín que,

al cabo de esos días, quedaron por completo desnudos. Cuarenta años después, en el umbral del siglo XX, Roma proclamó el título de santo, ya otorgado en vida por los sencillos habitantes de Ars.

Vuelven a dibujarse estas escenas en la retina del pasado, tan opuestas al fervor casi religioso con que también hoy se codician las reliquias de las divinidades modernas, héroes y heroínas del deporte y de la farándula: un hot dog a medio consumir, una rúbrica, una prenda: una bagatela, un algo de nada. Son los signos de la felicidad ofrecida por los santos de estos últimos días a un país de sin par belleza, pero "más necesitado de empresarios que de poetas".

(El Tiempo, Domingo 15 de octubre de 2006)

Semblanza de Alberto Andrade Arízaga

Se cumple el centenario del nacimiento de Alberto Andrade Arízaga, personaje de merecida recordación por la huella que estampó en la lírica local de su época y también por su presencia periodística original, amena y combativa. Quienes lo conocimos hacia el final de su vivir, no olvidamos la actitud de desafío a la falsedad, a las convenciones de un mundo que ya fue entrevistado en los versos primeros de su juventud. Bajo el pseudónimo Brummel cautivó semana tras semana a los lectores, en EL TIEMPO. Hoy es patrono de una escuela cuencana.

Con Gonzalo Humberto Mata, recién llegado de la capital para vivir y morir en Cuenca, Andrade Arízaga fue de los primeros intelectuales en adoptar una posición de franca rebeldía contra la estética dominante. Por entonces, se cultivaba una poesía de la que brotaban por igual flores marianas y versos de tinte modernista. Mata incorporaba al lenguaje poético el motivo popular, lo vernáculo; denunciaba la explotación del indio y desafiaba la preceptiva y la gramática. Menor con tres años, Andrade asistía al desvanecimiento del pasado comarcano; percibía un mundo que se iba, suplantado por los intereses de una nueva casta de tenedores del capital, ante quienes se sacrificaba el bienestar de la sociedad tradicional: la visión bucólica del paisaje; los símbolos que en las primeras composiciones del joven autor se habían impregnado de añoranza:

Murió el padre en lentitudes
de cedro que se desgaja.
Con él murieron azules
perspectivas de fontana

Hubo que vender a casa
en urgencias de miseria.
Y vendimos la añoranza
de toda la edad más bella.

El aporte significativo de Andrade fue el franco rompimiento con la tradición, mediante un lenguaje nuevo, rebelde, liberado de ataduras métricas, que a veces parecía brotado del caudal aún oculto del subconsciente. Se convirtió así en solitario anunciador del vanguardismo:

Ya no aletea el dolor
Pero es a manera de un muñón.
Hube de amputarme
heroi
ca
mente,
la mano huida que tenía
para estrujar todos
los racimos de la tentación...

Este lenguaje sonaba extraño dentro de los muros geográficos y humanos del entorno, debido a la anticipada visión del futuro, a la incorporación de nuevos signos; a la presencia, en el poema, de los elementos que anunciaban resplandores y amenazas de un mundo distante de la experiencia de sus contemporáneos:

Sobre aviones de rebeldía
dominaremos los rascacielos
y un juego de trasatlánticos
bloqueará los puertos millonarios
porque el dolor tiene mucho de glicerina
y estallará de repente
porque los torrentes de lágrimas
tienen millones de caballos de fuerza

Fueron rasgos evidentes de un estado de portentosa locura; proclamación de un canon estético que ya había deslizado pluma y pincel por el mapa de la Europa anterior a la primera guerra mundial, luego de que Marinetti lo estrenara en 1909: el futurismo. Mas, para el habitante de una ciudad aún abandonada al temor de Dios y sometida al amedrentamiento del paisaje, habrían resonado estos versos con el estruendo con que pocos años atrás, en 1920, se había dibujado en el horizonte andino la silueta del primer avión.

(Avance, No. 183, febrero de 2007, p. 9)

La furiosa manzanera

Así se llama una breve pieza literaria trabajada en el verano de 1939. Presentada cuatro años después al Concurso Nacional de Literatura con el pseudónimo “Ulises”, recibió el Premio del Ministerio de Educación. Abierto el sobre, se constató que correspondía al escritor Augusto Sacoto Arias. Integran el jurado calificador J. Roberto Páez, Aurelio Espinosa y Augusto Arias. El veredicto ponderaba en estos términos los méritos de la obra:

“Trátase de una tragedia, diminuta en extensión, pero de subidísimos quilates poéticos, destinada seguramente a perdurar en la historia de nuestras letras como obra representativa de la última evolución poética en el Ecuador. La mejor savia de la poesía más moderna, admirablemente depurada en la afinación que da el íntimo estudio de las obras maestras seculares de Grecia y de los grandes clásicos castellanos, ha florecido aquí en una producción de extraordinario vigor dramático y pureza poética, de que legítimamente se enorgullecerán las letras ecuatorianas”.

Por esos años, el joven autor vivía sumido en el embrujo de la antigüedad grecolatina, que había inspirado otros dramas líricos: *El velorio del albañil*, *Adah*, *Poema coral de San Mateo*, *alegoría del capitán Antonio Ricaurte*. Pero la aproximación al mundo antiguo estaba remozada por el tratamiento del lenguaje que desbordaba en juegos metafóricos cercanos a la vanguardia, a lo cual se sumaba una poderosa fuerza lírica arrancada de la entraña popular —compromiso espacio/temporal—, ajena a la militancia ideológica de sus compañeros de generación. Por esos años, Eduardo Kingman y Oswaldo Guayasamín trasladaron al lienzo sus rasgos de hombre atormentado y soñador, a los que Raúl Andrade agregará, después, un rictus vallejiano.

Cuando aludimos al tratamiento del lenguaje en *La furiosa manzanera*, nos referimos primeramente a la habilidad para armonizar tradición hispánica y sensibilidad popular (las Coplas de Jorge Manrique glosadas por los viñadores), a los rasgos arcaizantes que aún musicalizaban en la época de la composición el habla del campesinado blanco

de la serranía (*la color de mi piel; y galancillos allí no te esperan / con un cuchillo de plata; Éstrate a la casa / y la llavecilla de alacena y cofre / empréstame; sueño de manzanera sobre la puente de un río*). Pero quisimos destacar el hallazgo de la comparación exacta (*!Como un dios tallado en abejas mi hombre camina entre raya y raya de las parras, seguro de que no hay ni habrá otra mano como la de él para la vides!; Como ternera de plata / relumbraré en tu boda*); la adjetivación y la modificación precisas, que crean imágenes y metáforas de sencillez casi inasible por inesperadas, en el contacto del lector con la magia del campo. (*Que tu palabra sea tejadillo con pájaros; Yo estaba atado con gruesos cordeles a un cedro con olor a caballo y a vino; Y la color tenía / de una rosa en penumbra; Ya del arpa en los dulces círculos / danzaré; ¡una rosa de cuchillos te silba entre ceja y ceja!*).

Sensible a su medio, a su tiempo, Sacoto Arias llevó a su drama lírico un suceso real, acaecido en un pueblo de la provincia de Cañar, donde los laboriosos campesinos blancos, cultivadores de manzanas, se rebelaron un día contra los evaluadores y les obligaron a poner los pies en polvorosa; pero luego regresaron los fugitivos con sed de venganza y segaron algunas vidas. Las esposas de los presos y las viudas —las manzaneras— marcharon airadas a la ciudad en demanda de justicia. Un argumento sencillo, como son los de muchos grandes autores, inspiró esta tragedia en dos actos. Narciso, novio de Antonia —la furiosa manzanera— dirige la rebelión contra los evaluadores y cae enfrentando con denuedo a cien soldados de caballería, en una hazaña heroica relatada por Filomeno, el viñador. Dominado el arrebato de dolor e indignación de Antonia, el coro de manzaneros pone fin y da perpetuidad a la tragedia, según se estima, lorquiana:

¡Dulce tierra la nuestra y vibrante
nuestra cuna y nuestro panteón!
¡Es de acero la sangre clamante
en nuestro corazón!,
¡en nuestro corazón!

El próximo mes de septiembre se cumplirá el centenario de este poeta extraño, singular, visionario. Nacido en Azogues en 1907, falleció en Quito en 1979, luego de una vida silenciosa, doblegada en los últimos años por el peso de un viejo maletín de librero, que le ayudaba a vivir. Alejado del bullicio social e intelectual de la época, transcurrió su

noble existencia. ¡Que esta breve evocación contribuya a desempolvar su nombre en la región enaltecida con su canto!

(Avance, No. 184, marzo de 2007, p. 9)

Lección de dignidad

El martes próximo habrán transcurrido ciento veinte años de un cruento drama representado en una esquina de la plaza mayor de la ciudad (actual parque Calderón), bajo un arco del antiguo edificio municipal. Se trata del fusilamiento del coronel liberal Luis Vargas Torres, quien prefirió la muerte a abjurar de sus principios.

Tenía veintisiete años de edad el coronel sentenciado. Días antes, le habían ofrecido la posibilidad de escapar, pero él se negó rotundamente, aduciendo que no era digno de un varón liberal fugarse de la prisión. La víspera de la fecha señalada para la ejecución se había negado a suscribir una humillante solicitud de clemencia y, con mayor firmeza, había rehusado la asistencia espiritual de los sacerdotes de una religión que contribuyó a envenenar el alma de sus jueces y verdugos. Con sobrehumana fortaleza, estaba convencido de que la injusta condena sería un baldón para los enemigos de la noble causa que él había defendido con las armas; así que no dudó en aceptar la infame inmolación.

Han contado los testigos de la tragedia que ese veinte de marzo de 1887, el pueblo se apiñaba desde tempranas horas para no perder los detalles del terrible espectáculo. En el ambiente lluvioso de esa mañana se oían murmullos de reprobación y voces apagadas de inútil rebeldía. Guiados por los maestros de escuela para que desde pequeños supieran los alumnos lo que les ocurría a los réprobos, los niños se fueron ubicando sobre los montones de tierra extraídos para colocar los cimientos de la actual catedral de la Inmaculada, que hoy es una hermosa atracción para el turismo. La ubicación de los niños era la señalada para que pudieran mirar, por encima de los fusileros, la forma en que morían los infieles.

Era un día domingo. Frente al pelotón, el joven oficial se negó con valentía a cumplir la orden militar de arrodillarse, peor aún la de dar la espalda a los fusiles. Tampoco consintió que le vendaran los ojos. Tan valiente actitud era impensable e hizo que perdiera la serenidad el comandante. Nervioso, demudado, apenas pudo conservar algo de aplomo para dar la orden fatal. Y, acto seguido, rompieron el silencio de la plaza los disparos.

De esta manera, solo la descarga mortal pudo poner fin a la actitud de suprema dignidad con que un joven soldado liberal enfrentaba a la muerte, sin parpadear, de pie, en posición de firmes, con la mirada altiva y desafiante. En el momento en que el cuerpo ensangrentado rebotaba contra el pavimento, se anunciaba, a pocos pasos del lugar de ejecución, el acto culminante de la misa de ocho que se oficiaba en el altar mayor de la vieja iglesia catedral. El cadáver fue arrastrado con dirección al cementerio de los réprobos. Se cuenta que las manos caritativas de un poeta cuencano lanzaron desde el balcón, frente a la iglesia de San Alfonso, una manta para que la turba fanatizada cubriera los despojos vilmente profanados.

Transcurridos ciento veinte años del sangriento episodio, la mirada firme y retadora de la inocente víctima aún se eleva por encima de los jueces banales, de los espectadores impasibles, de los verdugos despiadados. El gesto de suprema altivez y valentía constituye una lección de dignidad para la juventud rebelde de todos los tiempos.

(El Tiempo, domingo 18 de marzo de 2007)

Nicolás Crespo Jiménez, primer poeta cuencano

En un asiento de ponderada belleza natural, debieron pasar dos siglos desde la fundación española para que se estampara la primera huella lírica. Se trata de la *Elegía del desterrado*, poema compuesto por el padre Nicolás Crespo Jiménez en la segunda mitad del siglo XVIII.

Criticada acerbamente por Juan León Mera, la composición ha sido rescatada en su verdadero valor por el padre Aurelio Espinosa Pólit como hecho literario y documento humano. Afirma en su estudio sobre Los jesuitas quiteños del extrañamiento:

...cuando se piensa que es obra de un anciano desfalleciente de 67 o 68 años, no puede uno menos de maravillarse de la frescura de la dicción, de la enérgica verdad del sentimiento, del artístico desgaire del desarrollo, con sus digresiones al parecer incongruentes, con su falta de orden rigurosamente lógico, más que compensado por la vida y naturalidad que tal desorden, hijo de la emoción, presta al conjunto.

Esta primera señal ya consistente en la historia de las letras cuencanas está alejada del espíritu de sus contemporáneos en el ámbito hispanoamericano; pero se halla igualmente distante del pobre contexto cultural de una ciudad entregada, en aquella época, al placer de una molicie mantenida por la mano de obra indígena en la explotación agrícola y minera.

El venerable sacerdote era el mayor entre los jesuitas del extrañamiento. Había sobrepasado los setenta y seis años de edad cuando marchó al destierro, en 1767, obligado por la pragmática de Carlos III a abandonar los dominios españoles junto con sus compañeros de congregación. En el exilio compuso, en latín, el mencionado poema en que relata las vicisitudes del viaje y deplora la suerte de proscrito. Hay varias versiones de la composición. La más conocida pertenece a Matilde Elena López, criticada por su “toquecillo romántico”:

Deja que lllore el triste en su tristeza:
Tras días amargos, tras amargos males,
¿Qué puede hacer, sino llorar sin fin?
Fluya la triste sangre por los ojos
En lágrimas amargas convertida.
En lágrimas se anegue el corazón.

Según se ha advertido, la concisión flexiva del latín no alcanzó a contener el desbordamiento de un alma atribulada. Al volver los ojos hacia la patria distante, evoca los atributos de la gente y del solar nativo e inaugura aquí el tema del exilio, que será más tarde una de las constantes en el romanticismo, a ambos lados del Atlántico:

Dulce patria: por siempre te abandono.
¡Oh verdes campos para mí tan dulces,
Nunca jamás os volveré a mirar!

Estrofas más adelante, los gratos recuerdos de su patria se contraponen a la ingratitud de España:

Para el ibero madre bondadosa
La América gentil constante fue.
La España es cual madrastra para mí.

El apelativo de madrastra lo había dado a España, un par de siglos atrás, el mexicano Francisco de Terrazas, al dolerse por la suerte de los criollos sometidos a los peninsulares. Pero Crespo Jiménez lo actualiza como un brote de espontánea emoción, de dolido reclamo personal.

Otras estrofas dejan advertir una temprana y dolorosa premonición de identidad:

En aquestas comarcas ave insólita,
Del negro cisne peregrina hermana,
¿Quién de mis duelos compasión tendrá?
Oprobio soy, deshecho (sic) de la plebe,
Gemebundo habitante de regiones
Que aquí nunca nombrarse se escuchó.

Finalmente, como ya lo anotó quizás con exagerado entusiasmo Alejandro Carrión, las aflicciones del padre Nicolás Crespo Jiménez esparcen en la historia de nuestras letras un tono anticipador de las lamentaciones con que la inconsolable quiteña Dolores Veintimilla de Galindo inaugurará, casi un siglo después, el romanticismo cuencano y nacional.

(Avance, No. 185, abril de 2007, p. 24)

Benigno Malo, pensador contemporáneo

Fue Benigno Malo (1807—1870) uno de los personajes más lúcidos de su tiempo en un país recién fundado. Al observar la realidad, aquellos hombres descubrieron que en el país quedaba todo por hacer. En consecuencia, se sintieron obligados a asumir los oficios, los riesgos, las responsabilidades que demandaba el bien público. Eran diestros en el manejo de la pala, el pincel; practicaban el arte de la pluma, la espada y el cincel; no dudaron en reemplazar la toga del magistrado por el jubón del proscrito. Alumbrados por un mismo fervor romántico, descollaron como poetas y prosistas refinados, y también como hombres de acción; actuaron con igual fuego interior como pensadores y empresarios, tenientes políticos o ministros, embajadores o jefes de Estado.

La participación en la política beligerante y encarnizada de su siglo no fue óbice para que Benigno Malo nos legara el testimonio de su rebeldía ante el oscilante proceder de compatriotas impulsados por mezquinos intereses; ni para privarnos del análisis profundo sobre las motivaciones, las consecuencias del acontecer y del actuar. El temperamento reposado y filosófico que, impelido por las circunstancias, se desbordó en la acción, lo ha convertido en pensador agudo, admirable por el sabio razonar, lo templado del estilo y la insoslayable actualidad. Estas son las razones por las cuales el Colegio Nacional lleva su nombre, no simple rótulo sugestivo bajo las cúpulas del establecimiento centenario, sino flama siempre rediviva en la actividad periodística fecunda, la pieza oratoria concisa, medular; el ensayo pulcro, erudito. Rendir homenaje a esta figura señera de la historia es aproximarse a una mente en trance de constante rebeldía intelectual. Hemos de acercarnos, pues, con profundo respeto a uno de los obligados referentes en la construcción de nuestra nacionalidad.

Frisaba en los veintidós años, acababa de recibirse de abogado, y ya estuvo entre los integrantes de la Junta Provincial del Departamento del Sur, por voluntad del Libertador. Siete años después, ya fundada

la Nación, firmó con otros rebeldes una pública condena a Flores por sus arbitrariedades. Por tal motivo, luego de la victoria del caudillo en Miñarica, debió buscar refugio seguro en Colombia y el Perú. De regreso a la Patria, no dio paz a la mano y orientó a los conciudadanos a través de un infatigable ejercicio periodístico. Resultaba comprensible que la recia personalidad de Malo y su influencia persuasiva en la opinión de la gente ilustrada de la época, no pasaran inadvertidas. Fue la razón por la cual el genio estratégico de Flores lo llamó en 1843 a desempeñar el Ministerio del Interior y Relaciones exteriores. “Tan culpable es el hombre que mendiga un empleo, como el que, por falso desprendimiento, lo rehúsa”, fue la respuesta de su deber de ciudadano para acallar a quienes criticaban la colaboración con el gobierno al que había combatido.

Haciendo honor a la afirmación de que ante todo está la Patria, se dedicó por entero a conciliar los ánimos, a fomentar la industria, la agricultura, el comercio. Nunca fue desleal a Flores ni aun después de la caída, lo que enaltece su honestidad intelectual. En 1848 —cumplía Malo 42 años de edad—, fue senador ante el Congreso, donde brilló su elocuencia y su poder de convicción. En 1849 volvió a desempeñarse como Ministro del Interior durante el efímero gobierno de Manuel de Ascázubi; sin embargo, fueron meses de fecunda entrega a mejorar la realidad educativa en el país, objetivo central de sus desvelos.

Caído el gobierno de Ascázubi, retornó Malo a la vida sosegada del terruño; alternó la preocupación por la industria y el comercio con una intensa faena intelectual a través del periodismo. El celo en favor de la educación pública le llevó a aceptar, en 1857, la nominación de Director de Estudios del Azuay. En 1864, a pesar de los mutuos recelos, García Moreno le nombró Gobernador del Azuay. En cuanto el proyecto político garciano significaba reforma en materia educativa e innovación dentro de los cauces de la libertad y la justicia, recibió el apoyo del pensador cuencano. Le parecía entonces que el Presidente reunía “el ardiente patriotismo de Rocafuerte, el valor de Flores, la laboriosidad burocrática de Roca y la pureza de Ascázubi”. Pero no bien el gobernante se apartó de esa línea y tomó por los vericuetos de la tiranía, halló en el rebelde Malo el más enérgico censor. Condenó acremente las acciones “que no han imperado ni en medio de la barbarie de las tribus primitivas”.

Los años que trascurrieron entre el apoyo moderado y el rompimiento frontal con la política garciana, corresponden a la época de plenitud y madurez de Benigno Malo como escritor comprometido con

el estado de la región. Por la formación y la vivencia personal, pudo mirar en la vastedad del horizonte hispanoamericano y universal la verdadera dimensión de su país y de su tiempo. Constituyó también el período adecuado para recoger el fruto de sus desvelos; uno de ellos, largamente madurado, la fundación de la Universidad del Azuay (1867) de la que fue el primer Rector. Bastaron seis meses de gestión para orientar los primeros pasos de vida universitaria. Quebrantos de salud le obligaron a renunciar, dos años después, hasta que le llegó la hora de rendir tributo a la tierra de sus afanes, en medio de la consternación de la sociedad, que vio en su muerte, en palabras de Remigio Crespo Toral, “el desaparecimiento de un jefe, de un padre de la ciudad, de un anciano consejero del pueblo”.

No puede concluir esta breve semblanza sin un rápido espiguelo sobre las ideas y acciones que fundamentan la palpitante actualidad del personaje, de modo particular en el campo de la educación nacional. Fue visionario su pensamiento sobre el futuro de la región azuaya: “El porvenir, pues, de Cuenca, su rango, su influencia, su bienestar, están librados al descubrimiento y desarrollo de las riquezas naturales que abundan en su suelo; riquezas ignoradas y que solo el ojo de la ciencia puede descubrirlas”, criterio afincado en la experiencia personal como conocedor de la naturaleza, explorador de sus recursos, agricultor, industrial y comerciante, apenas se hizo responsable de administrar la heredad paterna.

Conocía muy bien y de primera mano el estado de postración del campesinado azuayo y el estado deplorable de la educación en general. En el informe que presentó como Subdirector de Estudios del Distrito del Azuay, en 1857, afirmaba: “...la clase indígena, sobre todo, sigue en estado lamentable de atraso, sin que penetre a esa parte oscura de nuestra región social ni aun la escasa luz que se difunde en las otras clases de la sociedad”, y abogaba a continuación por el establecimiento de escuelas dominicales en las parroquias del sector rural. ¿Qué se debe enseñar? En el mismo documento, se anticipó al proyecto educativo de García Moreno al afirmar que el país no saldrá de su marasmo “si no se resuelve a establecer enseñanzas serias de Química aplicada a las artes, de Mineralogía, de Botánica, de Agricultura, de Mecánica y Manufacturas”. Pero más tarde ha de discrepar con el proyecto garciano, pues Malo sostenía que el estudio de las ciencias naturales no debía excluir el de las ciencias humanas.

Acérrimo opositor al centralismo, pensaba que, si bien hubo razones para que también la formación universitaria de la juventud

ecuatoriana se centrara en Quito, la propagación de las luces por toda la República exigía nuevas fuentes y focos de irradiación del saber. En este sentido, afirmó: “la ilustración marcha con los hombres, se importa con los libros, se difunde con los periódicos, se aprende en las conversaciones, en los viajes, se mezcla con la vida pública y sin sentirlo la sociedad se encuentra transformada. En medio de este movimiento general de los espíritus y de esa viva fulguración que despierta el estudio de la ciencia en todas las clases de la sociedad, querer conservar una instrucción como único tipo, como única fuente, único foco de luces, y único lugar de todos los conocimientos humanos, sería desconocer la marcha invasora de la civilización...”

En 1863 se había pronunciado en favor de la educación de la mujer, lo que le convierte en un adelantado a su tiempo, cuando era impensable en la sociedad imaginar el papel de la mujer fuera de casa o del convento: “Los hombres se han creado para sí colegios, liceos; han establecido cátedras de idiomas, de filosofía, teología, medicina y legislación; se han repartido entre ellos todas las profesiones. ¿Y qué han hecho para la mujer?”

Más tarde, en el discurso inaugural de la Universidad del Azuay, llamó la atención sobre la necesidad de educar a la clase obrera: “¿No sería una gloria inmarcesible que a la Universidad de Cuenca le tocara la iniciativa en proclamar la igualdad entre el laboratorio y el taller, entre las bellas artes y la literatura? ¿No sería un gran paso del progreso en la moralidad y en las ideas, colocar a igual altura la pluma de Solano y el cincel de Vélez? Ojalá que en el frontis de nuestra Universidad se leyera esta inscripción: ¡Honor y gloria a todos los talentos, a todas las virtudes, a todos los merecimientos!”.

¿Qué es la Universidad? En el mentado discurso inaugural, Benigno Malo la definía por los objetivos: “...las universidades resumen, pues, en sí, todo el poderoso movimiento intelectual que se ha dejado sentir desde la edad media hasta nuestros días”. Y remontaba el espacio y el tiempo para traer el recuerdo de Carlomagno ensalzando, al cabo de un largo viaje, el aprovechamiento de los jóvenes de las clases sociales inferiores y censurando la molición de los nobles. La Universidad, proponía Malo, viene a ser la sede de la aristocracia del talento y de la virtud. Y no dudaba en proclamar: “...la supremacía del saber sobre los pergaminos feudales de la riqueza y el nacimiento”, ideas de indiscutible actualidad.

No solo se anticipó a su tiempo por sus conceptos en materia educativa. En otros aspectos medulares que atañían a la supervivencia na-

cional, sus reflexiones parecen surgidas de la observación de cuanto ocurre en nuestros días: “Siete constituciones y media en treinta años? –se pregunta en ameno estilo coloquial— ¿A constitución por cuatro años tres meses? ¡Qué fecundidad tan original la del Ecuador! Tal vez no haya una república americana que haya hecho más tentativas de estructura política como la nuestra. ¿Y cuál es la causa de tanta esterilidad en los resultados, de tanta imposibilidad de mejorar la condición social del pueblo y del gobierno? Es muy clara –se responde—: la de que nuestras constituciones no han sido fruto de estudios constitucionales ni de teorías discutidas por la prensa ni en la tribuna; sino el aborto improvisado de un partido vencedor...”

(Avance, No. 208, marzo de 2009, pp. 10, 12, 13)

En la revolución como en la peste

Fueron siete largos días de interrogatorios y suplicios.

Primero, los músculos descoyuntados en la cuerda; luego, los brazos y las manos dislocados por la tensión de la maroma y el incriminado gritando su inocencia en el aire, rapado, vestido de hábito y purgado, para que no le confortara amuleto alguno o pacto con el diablo. Por fin, cuando el cuerpo y el alma del acusado se fundían en una sola llaga, naufragaba su voluntad en un mar de falaces ofertas de indulto a cambio de que confesara la verdad. La verdad que desde el primer día de las pesquisas quería escuchar el oído perverso de los jueces.

Luego de este ablandamiento, el Comisario Guglielmo Piazza y todos aquellos a quienes había delatado falsamente, doblegado por el dolor, fueron condenados a que se los paseara en público, atenazados con hierros candentes antes de que les fueran cortadas las manos, dejando que todos los huesos se rompieran en la rueda, a la que debían mantenerse atados, en vilo, para que, al cabo de seis horas de agonía, fueran degollados, quemados los cadáveres y arrojadas las cenizas a la inocencia del río. La sentencia se ejecutó el 27 de junio de 1630 en la ciudad de Milán, azotada en esos días por la peste.

Todo había empezado —cuenta Manzoni— el 21 de junio de ese año. Caterina Rosa se asomó esa mañana a la ventana. Un hombre con capa negra, los ojos cubiertos por el sombrero, traía un papel en la mano, en el cual le pareció ver que escribía. Le había llamado la atención que el hombre anduviera muy arrimado y que, a trechos, llevase las manos al muro. Corrió ella a una habitación contigua desde cuya ventana le pareció volver a ver al hombre tocando el muro con las manos. Entonces se le vino a la mente la idea de que acaso fuera uno de esos que días atrás andaban untando las paredes. Propalada la novedad, se dio con el viandante infortunado.

Se trataba del Comisario de Sanidad Guglielmo Piazza. El rumor levantado sobre lo que le pareció ver a una dama llevó a los jueces

a presionar sobre el sospechoso hasta que se declarara culpable de embadurnar los muros de la ciudad con el unto de la peste, comprometiéndose en su acción imaginaria, por instigación de los pesquisadores, a personas que nunca había conocido.

Aunque el inicuo proceder de los administradores de justicia ya no tenía asidero legal ni moral en la época en que actuaron, podría haber una explicación en el contexto de una crédula población aterrorizada por la pestilencia de la muerte, pero que no se resignaba a recibir la enfermedad como un azote blandido por la mano de Dios para limpiar la herrumbre depositada en el corazón de los humanos. Una vez puestos al descubierto los agentes y transmisores del mal, la plebe clamaba por el castigo ejemplar de los envenenadores. En este sentido, resultó providencial la duda echada a circular en el vecindario por Caterina Rosa. Aunque es dudable que los procesadores tomaran la condena de Piazza y su grupo de supuestos cómplices como un exorcismo contra la peste, al menos consiguieron que la danza de la muerte fuera suplantada durante unas horas por la agonía de los reos. Era, si se quiere, un ritual desesperado de protección comunitaria.

Como en los tiempos de la peste, las grandes convulsiones sociales han pulsado sobre la imaginación colectiva en pos de mecanismos de defensa y ha sido inevitable su secuela de sospechas, censuras, delaciones y rumores. En medio del rebullicio, han pululado los acusadores, los inquisidores, las víctimas y los verdugos. Tuvo los suyos la defensa de la fe católica y los tuvo el triunfo de la revolución francesa con sus miles de sueños segados bajo la guillotina. Crecieron y se multiplicaron, en el siglo anterior, tras la victoria de la revolución de octubre; estuvieron después al servicio de los regímenes fascistas europeos, porque se ha dicho que el inquisidor, el verdugo, carecen de patria y de bandera.

Tampoco podían faltar víctimas y verdugos en la consolidación de la revolución cubana. Sin ellos, no hubiera prosperado el imperio del terror implantado en Iberoamérica por las dictaduras militares, en años recientes. Hoy mismo, la justicia sigue tras la pista de los torturadores que pretendieron imponer su verdad y obtenían información con sus armas sofisticadas, sus perros y sus taladros eléctricos.

Si examinamos sobre el mapa universal los procedimientos de control aplicados por los sistemas autoritarios de la izquierda y la derecha, solo queda abrigar la confianza de que puedan escapar de tan siniestro destino los movimientos que sustentan nuevas versiones de paraísos perdidos y promesas fracasadas.

(*Avance*, No. 214, septiembre 2009, p. 9)

Aprendiendo a escribir

Cinco años vivió Hemingway en París, entre los 22 y los 27 años de edad, con su mujer y su tierno hijo. Arrendaba una modesta vivienda en la calle Lemoine y subsistía con lo poco que le pagaban por sus reportes para un diario americano y con lo que algunas revistas europeas le abonaban por sus relatos.

Cuando la diaria ración apenas alcanzaba, salía a la calle con la mentira piadosa de que estaba invitado por unos amigos a comer. Daba vueltas y vueltas por las calles, deambulaba por los museos y los jardines, y regresaba eufórico, con el estómago vacío, pero espiritualmente confortado por las vivencias nuevas. El estilo se bruñía con el ejercicio de escribir, asumido con pasión, fervor y disciplina. Y más se afinaba en el trato de un círculo selecto de amistades, integrado por pintores, poetas, novelistas, escultores. Intercambiaba impresiones con la autoritaria Gertrude Stein, quien a la sazón sobrepasaba los cincuenta años; y con el impasible, ya maduro y consagrado James Joyce.

También era amigo de Picabia y de Picasso, bastante mayores a él. Admiraba el método literario de Ezra Pound tanto como su alma límpida y el corazón bondadoso. En el grupo intelectual de sus amigos estaba el gran fumador de opio, el poeta Dunning, en cuyos momentos de trance hablaba y escribía en tercetos bien encadenados. Pero era más intensa la amistad con el novelista Fitzgerald, casi de su misma edad, y su esposa Zelda. Compartió con ellos los temores, las lecturas, las excentricidades, sin notar que ella había estado loca, sino hasta hallarla un buen día en el manicomio.

¿A dónde se dirigía Hemingway cada mañana llevando en el abrigo dos libretas de apuntes, dos lápices y una afiladora? Pues iba con las herramientas del oficio a trabajar. Y trabajaba responsablemente sin descanso, aunque en toda la jornada no lograra componer un solo párrafo. Y lo hacía mientras cavilaba en los bulevares, entraba en los cafés o se acomodaba en la banca de un parque acariciado por la brisa del Sena.

Cinco años vivió en París “aprendiendo a escribir”. Así lo confiesa en su libro *París era una fiesta*, obra en la que se inspira esta breve nota volandera de lector ambulante. Cuenta Hemingway que el aprendizaje se fortificó en la lectura de los grandes autores, los rusos en primer lugar, entre unos sorbos de whisky, un vino tinto, unas copas de champán.

Por fortuna, eran bellos los tiempos en los cuales no interferían las mediaciones pedagógicas con sus prelecturas, post lecturas y otras nimiedades que en la era informática lograrán mucho éxito al apartarle a la juventud del íntimo placer de la lectura.

(*El Tiempo*, domingo 11 de octubre de 2009)

Centenario de Miguel Moreno

Como era costumbre, daba el paseo matinal por los jardines de la casa. Pálido, esquelético, sufriente, caminaba fuera de la realidad, en un mundo de melancolía enfermiza y de arrobamiento místico, según podemos observarlo en las pinceladas románticas de Isaac J. Barrera. Antonio Lloret Bastidas lo describe como el poeta de la tristeza y de la muerte. Lo encuentra sencillo en los versos tempranos de *Sábados de Mayo*, y doliente en *Libro del Corazón*:

“¿A qué empeñarme que la rima fluya
del desecho laúd?
¿A qué este treno doloroso mío
al viento he de entregar?”

Abstraído en la indagación del mundo interior, caminaba el poeta esa mañana. El sol alargaba la sombra sobre la hierba. Había tanto en qué pensar. Tal vez volvía a reflejarse en el recuerdo la delicada línea de penumbra que iluminó los versos juveniles y les dio un olor a tierra recién mojada por la lluvia, a pan candeal, a flores de retama, que enumera Lloret; sencillos cantos que interpretaron en tono menor aquello que para la sensibilidad popular era indecible: el dónde, el cuándo, el cómo:

“¡Oh, cuán hermosas del cielo
las bóvedas infinitas!
Jardín de Dios donde lucen,
como flores cristalinas,
tras la luna las estrellas;
talvez, almas de las niñas;
quizás, alas de querubes,
o de sus ojos pupilas”.

Probablemente, revivía en lo más hondo del pecho el sentimiento de añoranza que experimentó en las fronteras con el Perú, adonde

le llevó el ejercicio de la medicina, antes de retornar al terruño para constituir un hogar y entregarse al desempeño de su noble y silenciosa profesión:

“Correo que vas y vuelves
por caminos del Azuay,
adonde triste, proscrito
ya no he de volver jamás;
di, ¿qué viste de mi Cuenca
en el último arrabal,
en una casita blanca
que a orillas del río está,
coronada de un molino,
perdida entre un alisar?”

Quizás llegaba, traído por la brisa, el eco de las voces de los seres amados cuya definitiva ausencia le había sumido en el abatimiento, en la soledad:

“Envuelta en las tocas,
de sus grandes alas,
a orillas del lago
dormita una garza,
triste y aterida,
muda y solitaria,
como están mis muertos
adentro del alma”.

En junio de 1902 había fallecido Mercedes Hortensia, la primogénita. El poeta acababa de edificar el hermoso templo del Cenáculo, y la primera ofrenda ha debido ser la vida de la hija, reseña la nota necrológica de *La Unión Literaria*. Además, cuenta que en vísperas de la muerte la niña había enviado al altar la primera flor de una azucena que cultivaba en el jardín de su casa; y que, dos días después, el cadáver de la cultivadora se hallaba delante de aquel mismo altar.

En el número de septiembre, se lee en la revista que el poeta está nuevamente de duelo, pues su tierno hijo José David ha seguido a la hermanita mayor. “Los ángeles suben y bajan en la casa del poeta (...). Pero, ¡cuánto dolor para el padre y para la madre, en estas repetidas

escenas de la muerte! La dulce flaqueza de la ternura nos hace olvidar que el cielo está muy cerca de nosotros”, expresan las palabras de consolación de los amigos entrañables.

No han transcurrido muchos días, y en octubre de 1902 la revista trae la infausta noticia del fallecimiento de la esposa, Mercedes Victoria: “En este número, se imprimían los testimonios de condolencia que sus amigos le prodigaban por la muerte de su primogénita (...) cuando, a pocos días, era llevada al cementerio la esposa de nuestro desventurado amigo. ¡Ay, qué tempestad de dolor sobre un solo corazón!”. Y retoma la revista una imagen anterior en busca de consuelo ante lo ineluctable: “... concluido el templo que consagró a Jesucristo Sacramentado, ha llevado incienso y mirra ante las aras, conduciendo al pie del altar de adoración, los cadáveres de los hijos y, al fin, el de su esposa”.

Como si le faltara un eslabón a la interminable cadena de infortunios, en marzo de 1903 las páginas de *La Unión Literaria* se conducen, esta vez, por la muerte del anciano progenitor: “...sobre los laureles de la poesía se le van entretejiendo tantas espinas que, apenas otra frente que no fuese la suya, pudiera soportarlas”, son las frases de solidaridad para el hijo ya agobiado ante el rigor de la fatalidad.

¿Qué otras cavilaciones fatigaban la mente del poeta en la mañana del 30 de agosto de 1910, mientras paseaba meditabundo por los jardines de su casa? Tal vez escuchaba en su interior la suave música de Heine y de Gustavo Adolfo Bécquer —a que alude Remigio Crespo Toral—, cuando cedió misteriosamente el maderamen que cubría la boca del pozo, y el poeta descendió hasta el fondo, atraído quizá por las voces ya familiares de la muerte:

“Y a mí, la neblina
deme una mortaja;
cerca de las tumbas:
¡mis muertos me llaman!”

Andaba Miguel Moreno por los 59 años de edad. La mejor manera de recordarlo en el primer centenario de su desaparición es volver al ritmo ligero y esencial de los versos donde pervive —mejor que en la fría columna de mármol— su alma de poeta. Tiene ecos de copla y sencillez de dulzura, afirma contagiado de su música Isaac J. Barrera.

(Avance, No. 220, marzo 2010, pp. 12–13)

Un testigo de la época

Valladolid es el universo literario de Miguel Delibes; allí nació, vivió y allí murió hace unas semanas. Fue reservado, casi huraño; pero supo transmitir encanto, humor y vitalidad en cada una de sus páginas.

Le apasionó en la juventud el aire libre; fue caricaturista, viajero, cineasta, periodista. El ejercicio periodístico le llevó a enfrentar la censura del fascismo; pero el trato familiar con el lenguaje le llevó también a descubrir su destino de escritor.

Con *El Hereje* (1998), culminó su arte y su vida literaria; según se anuncia, pronto estará la novela en el cine. Veremos quizás la vida sosegada de Valladolid en el siglo XVI, su comercio de pieles, el pastoreo, la labranza; su tranquilidad súbitamente agitada por las ideas de reforma introducidas por un grupo de mártires de la libertad de pensar.

Delibes fue testigo de una época; no de su época, sino de un amplio espacio que va del siglo XVI al XX. Cuarenta años antes de *El Hereje*, había escrito entre otras obras, *La hoja Roja* (1959), un tanto ignorada en el recuento de las publicaciones del autor con motivo de su muerte.

Son otros los personajes y las acciones; pero de algún modo se respira la atmósfera de la ciudad provinciana del siglo XVI, retraída esta vez, en pleno siglo XX, por la modorra en que sumió al país la dictadura fascista inspirada, según Francisco Umbral, en la figura paterna. *La Hoja Roja* es una crónica provinciana alrededor de un personaje, don Eloy Núñez, un viudo setentón, quien había vivido treinta y seis años con Lucita, su mujer. Jubilado de la Sanidad, le cuesta olvidarse de la basura. La vida se le presenta como la reiteración de actos rutinarios alrededor de unos pocos recuerdos. Ha sobrevivido a su grupo de amigos y no tiene con quién charlar ni salir de paseo; pero halla una distracción en Desi, su joven y rústica empleada, con quien departe mientras ella cocina.

Viaja un día a Madrid para visitar a su hijo, próspero notario; pero allí se siente como un estorbo para la familia. De regreso a Valladolid, solo le queda volver los ojos a la rústica y desamparada Desi, a quien le ofrece, a cambio de su compañía, que tendría estorbo por poco tiempo

más los trastos que le restan. En este encuentro de dos soledades culmina la suerte del viejo Eloy, relatada en un estilo coloquial y ameno, una novela corta como para ser leída de un tirón en la banca de un parque.

(El Tiempo, domingo 4 de abril de 2010)

Pedagogía del amor

Cuando era adolescente, se ganaba la vida pastoreando. En las horas libres atraía a los amigos haciendo de payaso, a cambio de leerles el catecismo. A la hija del patrón le intrigó que el joven llevara siempre un libro bajo el brazo. Es que quiero ser sacerdote, le explicó. Como ella se echó a reír, le dijo que un día se confesaría con él. En efecto, así ocurrió mucho tiempo después, según cuenta Hugo Wast.

A los dieciséis años, se presentó en la escuela de Castelnuovo con los zapaos en la mano, desgredado, el hambre a la espalda. Dijo que quería aprender latín y provocó una risotada general; pero no se amilanó; en dos años aprobó toda la escolaridad. Su madre pagó al maestro en especies mientras él se ayudaba ejerciendo de sastre, de herrero, de cantor. Estudió luego en Cheri, donde sobresalió por la tenacidad y la buena memoria; además, era el alma en las reuniones juveniles con las proezas de saltimbanqui. Su fama de prestidigitador llevó a creer que había pactado con el diablo.

Se apasionó por los libros y logró coronar su vocación. Ordenado sacerdote en 1841, anheló ser misionero; mas, el visionario confesor lo disuadió. El joven cura se lanzó entonces a las calles en busca de chicos vagabundos, salidos algunos de prisión. Rodeado de 500 muchachos recorría Turín cantando y rezando. La gente pensaba que el cura andaba loco. Dos sacerdotes comedidos le invitaron con engaños a pasear. El invitado, que leía los pensamientos en la frente, detuvo al cochero y, al bajar, le ordenó que condujera a los dos sacerdotes al manicomio.

Otras veces jugaba a la baraja con los pillos en una taberna y, como él era el ganador, el juego terminaba con un rezo. La gente empezó a creer que el cura no era un loco, sino un santo. ¿No era lo mismo?

Nunca perdió el buen humor. Echados de todas partes, el cura y su tropilla volvían una y otra vez a pasear sus cachivaches por las calles hasta que llegaron a asentarse en Valdocco. Con energía y perseverancia consiguió apoyo para su proyecto educativo destinado a la juventud menesterosa. Dios proveerá, decía, mientras les repartía la menestra.

Y Dios proveyó. El método preventivo salesiano es universal como modelo de enseñar sin castigo. Pedagogía del amor y la alegría, consistió en mostrarle al alumno sus obligaciones y ganarse su voluntad para que no las infrinja. Este es el mayor legado de Don Bosco a los maestros del mundo. Lo demás ha venido por añadidura.

(El Tiempo, domingo 11 de abril de 2010)

Libertad de pensar

Estamos en Valladolid, el 21 de mayo de 1559. A las cuatro de la tarde ha concluido el ceremonial iniciado al amanecer y que se ha prolongado durante doce horas bajo un sol ardiente. Cipriano Salcedo y una veintena de reos, montados sobre torpes borricas, desfilan hacia la planicie destinada para la ejecución, en medio de las burlas festivas y las rechiflas de doscientas mil almas venidas de todas partes para gozar del espectáculo. Felipe II en persona preside el auto de fe, dando filial cumplimiento al mandato de acabar sin contemplación con los sectarios. Los herejes cabalgan embutidos en sambenitos infamantes bordados de demonios. Algunos ya han enloquecido a la vista de los haces de leña, a la vista de los maderos a los que han de ser atados y quemados vivos. Los reos que a última hora reconocieron su desviación de la verdad oficial de la Iglesia han recibido la gracia de morir primero en el garrote y ser luego entregados a las llamas.

Salcedo, con los miembros descoyuntados y el rostro deformado por el tormento en las mazmorras de la Inquisición, mantiene una presencia de ánimo sólo explicable en un hombre sostenido por la fe. La voluntad ha fortalecido su cuerpo para resistir al potro y la garrucha; las lecturas prohibidas le han iluminado el entendimiento. "Cumplir con lo que estimamos nuestro deber ya encierra en sí mismo una recompensa", ha respondido desde su celda a la exhortación amorosa a prolongar la vida a costa de la retractación. En el clímax del dolor, Salcedo ha dejado que las llamas lo liberen de su pobre cuerpo, sin claudicar, sin perder lo último que quedaba de su dignidad.

¿Qué crimen había cometido Cipriano Salcedo? Como si hubiera sido marcado por el destino, había nacido en octubre de 1517 en Valladolid, el día en que Martín Lutero fijaba en la puerta de la iglesia de Wittenberg sus tesis contra las indulgencias, origen del cisma en la Iglesia de occidente. Huérfano de madre, fue amamantado y cuidado por Minervina Capa, bella quinceañera traída del campo en su condición de madre soltera para que se desempeñara de nodriza. Ella fue refugio y confianza contra el desprecio del padre, don Bernardo, rencoroso

con la criatura por la muerte de la madre. Durante la primera formación en un colegio de expósitos, Cipriano quedó huérfano de padre y luego descubrió en la nodriza a su único amor; pero sorprendidos una mañana en el hogar del tío, ella fue expulsada de la casa por corruptora, y desapareció de la ciudad.

Más tarde, dueño de la herencia paterna y ya caballero acaudalado, anduvo buscándola por todas partes, en vano. Pronto se vio casado con otra mujer que a poco perdió la cordura y la razón. Salcedo se entregó entonces a los negocios, donde se alzó como la espuma, pero sin poder llenar el hondo vacío de su vida. Creyente fervoroso, pero lúcido y razonador, fue atraído en tales circunstancias por unos amigos venerables hacia el encuentro de una paz interior fundada en la liberación de la doctrina de Cristo alterada por la Iglesia.

¿De qué eran culpables estos reformadores? Negaban el valor de las indulgencias porque eran un pingüe negocio eclesiástico. Ello suponía negar la existencia del Purgatorio, puesto que el sacrificio de Cristo lo había hecho innecesario. Negaban valor a las reliquias, otra fuente de ingresos para la Iglesia. En fin, desconocían el mérito de la liturgia como elemento de salvación porque era una farsa para obtener recursos. Se imponía pues la necesidad de una religión depurada, liberada del engaño. Esa libertad defendía Salcedo con todas las potencias de su alma, y en aquella se mantuvo firme hasta el final. Antes de que el verdugo prendiera fuego, cuando ya subían los olores y el humo repulsivo de la carne quemada de sus compañeros, él se negó a la abjuración.

Es lo que nos cuenta Miguel Delibes, autor recientemente fallecido, en su obra más celebrada, *El hereje*. Magistralmente novelada, la historia cautiva al lector que la sigue sin desmayo a lo largo de quinientas páginas. Aunque sólo aparece en tres ocasiones, Minervina es una estela luminosa a través de toda la novela. Las tres cuartas partes del texto narrativo van diestramente demorando el desenlace esperado con temerosa ansiedad por el lector. Nada resulta gratuito. Todos los elementos del drama humano —como ocurrirá en la poesía barroca que seguirá a los acontecimientos aquí narrados— aparecen, desaparecen o se diseminan, para ser luego recogidos en el capítulo final alrededor de un tema trascendental: la defensa de la libertad de pensar, en una sociedad rígidamente regulada por verdades oficiales. Una historia apasionante, siempre actual, como para dar pábulo a la idea de que la realidad imita y a veces supera a la ficción.

(Avance, No. 221, abril 2010, p. 23)

Miguel Hernández y su bandera de ritmos

Nació el 30 de octubre de 1910, hace un siglo, y murió en la cárcel el 28 de marzo de 1942, consumido por la tuberculosis. Se cuenta que los carceleros no pudieron cerrarle los ojos, y el joven poeta nos quedó mirando para siempre, desde su hondura:

“Seré una sola y dilatada herida
hasta que dilatadamente sea
un cadáver de espuma: viento y nada”.

Había compuesto los primeros versos bajo el sol y el viento, a la vista del campo, mientras pastoreaba cabras en su pueblo natal, Orihuela. Góngora le había enseñado tempranamente a mirar la realidad a la luz de la metáfora:

“Resuelta en claustro viento esbelto paze,
oasis de beldad a toda vela,
con gargantilla de oro en la garganta:
fundada en ti se iza la sierpe, y canta”.

La inclinación literaria había congregado en Orihuela a un grupo de jóvenes; entre ellos, a Ramón Sijé, muerto en 1935, y evocado por Hernández, amigo entrañable, en unos tercetos encadenados por la rima y también por el llanto, difíciles de recitar sin que se quiebre la voz:

“Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma, tan temprano”.

Entre las primeras víctimas del odio, a comienzos de la guerra civil, cayó asesinado Federico García Lorca, otro de los grandes amigos:

“Federico García
hasta ayer se llamó: polvo se llama.
Ayer tuvo un espacio bajo el día
que hoy el hoyo le da bajo la grama.”

Instalado en Madrid, Hernández había conseguido un empleo afín a sus afanes, lo que le relacionó estrechamente con artistas y literatos de la generación, Maruja Mallo, Vicente Aleixandre y Pablo Neruda, cuya influencia inclinó al poeta hacia lo telúrico:

“A la vuelta de ti, mientras cantas y estragas
como una catarata que ha pasado
por entrañas de aceros y mercurios,
en tanto que demuestras desangrándote
lo puro que es soltar las riendas a las venas,
y veo entre nosotros coincidencias de barro,
referencias de ríos que dan vértigo y miedo
porque son destructoras, casi rayos,
sus corrientes que todo lo arrebatan;”

En 1937, la guerra enardece el corazón del poeta. Llamado por su vocación de hombre libre, se enroló voluntariamente como soldado en la quinta división de la República española. Y su voz se hizo canto y llamarada:

“Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta”.

(...)

“Cantando espero la muerte,
que hay ruiseñores que cantan
encima de los fusiles
y en medio de las batallas”.

El ritmo fluye apasionado, combativo. Movida por el entusiasmo lírico, toda la generación rebelde hace suyas las estrofas en la calle, en la trinchera (más tarde, en otro tiempo aciago, la juventud latinoamericana volverá a vibrar en la década del setenta con la música arrancada a sus versos de fuego).

Pero el franquismo victorioso no lo perdonó. El poeta debía morir porque era culpable de haber contribuido a lanzar a las masas contra la invasión fascista. Que no me pase lo de García Lorca, alcanzó a decir a sus captores. Entre tanto, los intelectuales inquisidores dieron con “El hombre acecha”, poemario que acababa de imprimirse, y ordenaron su destrucción, aunque el gesto de odio no llegó a prevalecer:

“Retoñarán aladas de savia sin otoño
reliquias de mi cuerpo que pierdo en cada herida.
Porque soy como el árbol talado, que retoño:
porque aún tengo la vida”.

Condenado a muerte en 1940, la gestión desesperada de sus grandes amigos presionó sobre los jueces verdugos para que le conmutaran la pena capital por treinta años de prisión. Pero daba casi lo mismo. En 1941 fue trasladado a la cárcel de Alicante y al año siguiente le dejaron morir de enfermedad. En Alicante descansan sus huesos. Junto a él, el hijo y Josefina Manresa, la fuente inagotable de su inspiración:

“Morena de altas torres, alta luz, altos ojos,
esposa de mi piel, gran trago de mi vida,
tus pechos locos crecen hacia mí dando saltos
de cierva concebida”.

Ella falleció a los 71 años, el 21 de febrero de 1987, al cabo de casi medio siglo de viudez consagrada a cultivar la memoria del esposo y a ondear su bandera de ritmos:

“Aquí estoy para vivir
mientras el alma me suene,
y aquí estoy para morir,
cuando la hora me llegue,
en los veneros del pueblo
desde ahora y desde siempre.
Varios tragos es la vida
y un solo trago la muerte”.

A los cien años del nacimiento, Miguel Hernández ha sido reivindicado oficialmente por la moderna España, aunque él nunca haya

perdido vigencia porque fue la voz esencial de un momento histórico.
El propio poeta lo intuyó poco antes de morir:

“Pero no moriremos. Fue tan cálidamente
consumada la vida como el sol, su mirada.
No es posible perdernos. Somos plena simiente.
Y la muerte ha quedado, con los dos, fecundada”.

(Avance, No. 222, mayo 2010, pp. 16–17)

La madre patria lejana

Probablemente, el lector habrá notado que en el coro y en la segunda estrofa del Himno Nacional no coinciden ritmo literario y ritmo musical, como si el poeta y el compositor estuvieran destinados a una gloriosa pero irreconocible perduración.

El coro es un cuarteto cuyo ritmo versal decasílabo se rompe debido a la multiplicación de las frases en el canto. De igual forma, en la segunda estrofa, se agregan, para facilitar el canto, segmentos que no constan en la octava escrita por Mera. Sin embargo, a juicio de los entendidos, esta es la mejor opción que pudo encontrarse para armonizar el sentido del poema con su interpretación musical y, también, permitir el tránsito del coro a la estrofa y, de esta, nuevamente al coro.

Hubo reiteradas propuestas de reforma tanto de la letra como de la música a partir de la composición, en 1865. En lo que tiene que ver con la música, uno de los reparos fue formulado a los herederos de Neumane, en 1917, por el cuencano Luis Pauta Rodríguez, quien les propuso algunos cambios formales en aras de la perfección. A su juicio, el himno estaba muy bien para la ejecución instrumental, pero no para el canto, pues había un contraste extremado de tonos agudos y graves entre el coro y las estrofas. Es ilógico, decía, conservar intacto un canto que no se lo puede cantar.

También la letra, en la que Mera se refirió a las luchas libradas cuarenta años atrás, ha sido objeto de reparos. Un primer texto intitulado *Canción Nacional* fue escrito por Olmedo en 1830; pero los compositores no acertaron con la música y el coro. Sus cuatro estrofas fueron olvidadas. Cuando en 1865, a pedido del Senado, Mera escribió la letra del Himno, fue obvio que tuviera por modelo el texto de Olmedo. Solo hay que leer los dos textos para comprobarlo; además, la organización versal de las seis octavas es la misma. Pero decir que la letra de Olmedo "ha sido inspirada en la región de las águilas; la de Mera, en el nido de las golondrinas", es una aventurada exageración.

Lo discutible es el tema, por tardío, no justificable por la amenaza de España de reconquistarnos, en la década de 1860. Pronto vimos en

ella a nuestra madre Patria lejana, y la única estrofa en la cual no la heríamos era la segunda. Debido a ello, la cantamos con el coro. Pero si prosperara la idea oficial de cantar la primera estrofa, España volvería a ser el monstruo sangriento, muy lejano de la nueva generación revolucionaria ecuatoriana.

(El Tiempo, domingo 30 de mayo de 2010)

Los primeros los hijos del suelo

El título corresponde al primer verso de la segunda estrofa del Himno Nacional. El Presidente de la República propone que se vuelva a cantar la primera estrofa, idea que ha pasado inadvertida por el escaso interés que despiertan las sabatinas del jefe de gobierno que no aluden a la prensa. Sin embargo, es un asunto de trascendencia internacional.

Conviene recordar que la letra de los himnos de las naciones recién liberadas de España se relaciona con ese momento histórico, en el primer cuarto del siglo XIX. En lo literario, los poetas hallaron en el decasílabo dactílico el adecuado para interpretar un sentir colectivo de libertad, de amor patrio, de atracción por el pasado, de emoción frente al paisaje, sentimientos propios de la escuela romántica. Justamente, el acento de intensidad sobre la tercera, sexta y novena sílabas, permitía trasladar al verso el aire marcial, el choque de las armas, las hazañas, los gritos de muerte y de victoria.

Debido a esas circunstancias históricas, los himnos son casi gemelos, no por la fecha de factura, sino por la forma, el origen y el contenido. En cuanto a la forma, los poemas son bastante similares. Como hemos dicho, emplean, por lo general, el decasílabo dactílico organizado en un coro seguido de un número variable de octavas agudas; a excepción del himno de Colombia, que prefiere, para el coro, el heptasílabo, y el alejandrino para las once estrofas; y el de Venezuela, que concentra la emoción patriótica en octavillas de versos hexasílabos, atribuidos a don Andrés Bello, versos cortos, tajantes y sonoros, como para ser recitados por los bravos comandantes llaneros. El coro está compuesto de cuatro versos rimados a voluntad (ABBC, el Ecuador; abcb, Colombia; ABAB, el Perú; abab, Venezuela; ABBC, Bolivia; ABCA, Chile; ABAB, México). Las octavas y las octavillas están constituidas por diverso número de estrofas de ocho versos de rima libre, pero con acentuación aguda en la cuarta y octava sílabas (ABBC:DEEC, el Ecuador, Bolivia y México; ABCB:DBEB, el Perú; abcb:dbeb, Venezuela; ABAC:DEDC, Chile). Estas organizaciones versales proceden de finales del siglo XVII, pero puestas en boga, entre nosotros, en el primer tercio del siglo XIX.

En lo tocante al origen y al contenido, la mayoría de las canciones patrias tuvieron como fuente histórica la lucha por la Independencia, y como una de las fuentes literarias el canto a la Victoria de Junín, de nuestro incomparable Olmedo. Si empleáramos los criterios de plagio aplicados por algunos críticos ecuatorianos al autor de la letra de nuestro himno, don Juan León Mera, deberíamos también motejar de plagiarios a otros autores que tomaron para sus himnos los elevados pensamientos del poeta ecuatoriano. Por fin, si nos referimos profanamente a la música, encontraremos que varios compositores de los himnos americanos, como el del Ecuador, fueron de origen extranjero. El de Colombia y el de Bolivia fueron obra de músicos italianos; el de Chile, el de la Argentina y el de México, fueron compuestos por españoles. Tampoco cabría atribuirles poca originalidad a los artistas que captaron la emoción del hombre americano recién incorporado a la vida independiente, por haber dejado en algún acorde el eco de los ritmos marciales que por entonces resonaban en sus patrias lejanas.

Volviendo a la letra, resulta que años después de sellada la independencia y años después del malhadado intento peninsular, en la década de 1860, de reconquistar sus antiguas colonias, se entablaron relaciones amistosas entre las naciones hispanoamericanas y España, que había vuelto a ser para los antiguos criollos, ahora gobernantes, la madre patria lejana; por tanto, resultaban inamistosas algunas expresiones ciertamente felices, pero que habían sido forjadas en un momento de odio, casi al fragor de los combates. A comienzos del siglo XX, a instancias de España y en aras de la amistad con ella, la letra de algunos himnos fue reformada o, en su defecto, se dejaron oficialmente de cantar las octavas que ya no armonizaban con el nuevo contexto de relaciones internacionales. Ocurrió con el himno del Perú, cuyo texto original era muy agresivo y se lo terminó entonando el coro y la primera de las siete estrofas, la menos hiriente para España. Con su tino habitual, Chile modificó el himno y hoy se canta el coro y la quinta estrofa, que no alude a la guerra emancipadora, sino a la hermosura del paisaje, al cielo azul, al mar y las montañas. También el himno de México experimentó constantes modificaciones a lo largo de casi un siglo, a partir de 1854.

En el caso del Ecuador, la primera letra, escrita por Olmedo en 1830, a instancias del general Flores, no recibió buena acogida. Debieron transcurrir 35 años, y cuando el ruido de las armas libertarias entraba a la leyenda, don Juan León Mera, en una memorable noche de noviembre de 1865, escribió el coro y las seis estrofas que fueron luego

musicalizadas por Neumane. Según se afirma, el propio compositor dirigió la primera ejecución frente al palacio de gobierno, poco antes de morir. Pero como sucedió en otros países, las estrofas de nuestro himno, a excepción de la segunda, resultaban lesivas para una nación amiga. En 1888, Mera se había molestado cuando se le pidió que las modificara; pero a comienzos del siglo XX, el Ecuador tenía que ponerse a la altura de los tiempos y condescendió, diplomáticamente, reduciendo el canto al coro y a la segunda estrofa. ¿Por qué? Porque las demás eran hirientes (la primera habla de la ibérica audacia, y alude a España como el monstruo sangriento; la tercera muestra al león ibérico destrozado y rugiendo de impotencia; la cuarta previene a España si intenta volver a excitar nuestra ira vengadora; la quinta hace al fiero español sucumbir; la sexta advierte al tirano que sólo hallará cenizas). Así, pues, queda libre de expresiones ofensivas la segunda estrofa, la más cercana a la emoción lírica estimulada por la letra del coro.

Examinado el asunto, el lector decidirá si concuerda con la propuesta presidencial a estas alturas del siglo XXI, para cantar la primera estrofa del Himno. Quizás llamaríamos la atención en el circo de naciones que conforman un pequeño círculo, pero armaríamos, bobalicónicamente, un pleito diplomático. Por lo demás, el himno, tal como se lo canta, es un símbolo patrio ya inmovilizado en el tiempo y ajeno a las vicisitudes de la historia nacional. De todos modos, sería bueno averiguar lo que piensan al respecto las minorías étnicas (“los primeros los hijos del suelo”) que presumiblemente nunca se habrán sentido representadas en la letra de las seis estrofas, aunque sí identificadas nacionalmente por la fuerza emotiva del ritmo musical.

(Avance, No. 223, junio 2010, pp. 6–7)

La revolución inconclusa

En 1910, Jesús Romero Flores cumplía 25 años. Profesor de Instrucción Primaria, acababa de ser nombrado director de la escuela de Tangancícuaro de Arista, en la región central mexicana. Se trataba de una remota población, en Michoacán, asentada en un valle apacible junto al lago Camécuaro. Distante de las rutas ferroviarias, aislada de las grandes urbes, la villa era administrada por una pequeña burguesía adicta al general Porfirio Díaz, que ya llevaba más de treinta años como dictador.

Los campesinos se autoabastecían; cultivaban trigo, maíz, alfalfa, cebada y hortalizas; había abundante ganado para asegurar la buena alimentación; artesanos diligentes atendían la demanda del vecindario. Anuncio de prosperidad, una pequeña planta eléctrica daba luz al centro del poblado y alumbraba el proscenio en las representaciones teatrales. Para el joven director, era en cierto modo explicable que los habitantes no estuvieran contagiados del fervor revolucionario que incendiaba al país.

Sin embargo, a poco de llegado, creyó percibir una silenciosa inconformidad social revelada en el comportamiento de los escolares. Pasaban los días y el presentimiento aumentaba. Era un secreto a voces que al amparo de la dictadura las compañías extranjeras explotaban en la región sin revertir los beneficios; que los grandes hacendados gozaban de prerrogativas fiscales y perjudicaban a los medianos agricultores. No era un secreto que para luchar contra la injusticia había vuelto a ondear, como hacía cien años, la bandera de la revolución.

Efectivamente, la sublevación armada había estallado en Sinaloa en junio de 1910, seguida por los alzamientos de Valladolid y Tlaxcala. Estas iniciales tentativas fueron prestamente sofocadas, y el alzamiento tuvo sus primeros mártires. El 20 de noviembre, Francisco Madero proclamó desde San Antonio, Texas, el Plan de San Luis, en el que convocaba a la rebelión. Ese día se alzó en armas Pascual Orozco en San Isidro y a poco cayó Ciudad Guerrero; después, las poblaciones de Santo Tomás y Gómez Palacios. El mismo día 20, Pancho Villa atacó la población de San Andrés y estuvo a punto de tomar Chihuahua. Se

declaró el 20 de noviembre de 1910 como el día de la revolución mexicana. Madero volvió del exilio el 14 de febrero de 1911; tres meses después, el dictador Díaz renunció y fue a morir de nostalgia en París.

En medio de las revueltas, era extraño que la vida en Tangancícuaro prosiguiera tan tranquila. Los vecinos continuaban con la costumbre de realizar excursiones a lugares apartados y pintorescos para gozar del hermoso paisaje. Había diversiones a las cuales asistía como invitado el joven director. Alegaban esas reuniones los toretes de lidia, las barajas, los licores, los bailes. Pero llamó la atención que no asistieran las damas al paseo de los primeros días de mayo de 1911. Cuando había concluido el banquete, entre brindis y discursos, los organizadores anunciaron que el número final de la fiesta era alzarse en armas contra la dictadura. Más de cien asistentes respondieron con mueras a Porfirio Díaz. En seguida se levantó el acta y aparecieron los fusiles. Los alegres excursionistas retornaron al anochecer a Tangancícuaro convertidos en fervientes revolucionarios. Atraron el pueblo con tremenda balacera, lo tomaron en medio del espanto general y pasearon luego victoriosos por otras poblaciones de la región. Comisionado ante la Junta Revolucionaria, en la ciudad de México, el director de escuela presentó las adhesiones al movimiento maderista, firmadas por los habitantes de los nuevos lugares ocupados.

Cinco meses después (octubre, 1911), Madero triunfó en las elecciones. Inició un gobierno en el que pronto se vio traicionada la gran masa campesina; al cabo de dos años cayó Madero en un baño de sangre en que perecieron varios de los primeros líderes. Pero la lucha prosiguió cruenta, implacable, alentada por el fervor popular; adquirió nuevo cariz y cobró dimensiones de leyenda hasta la victoria, en 1917, fecha a partir de la cual, ya institucionalizada la revolución, fueron eliminados sus últimos caudillos: Zapata, Carranza, Villa, Obregón. Aunque algunos aseguran que la revolución culminó en 1917, otros creen que terminó en 1920, en 1924, o que nunca culminó.

Los hechos y los personajes perviven en el cine, en la canción popular, en el mural, en la novela. Testigo de los acontecimientos, Jesús Romero Flores tuvo tiempo para relatarlos. Escribió medio centenar de libros, entre ellos, *La historia de la revolución mexicana*, obra quizás olvidada, pero digna de releerse en el primer centenario de uno de los momentos claves en la historia aún inconclusa de la revolución mexicana, de la hispanoamericana, de la revolución de la especie humana.

(Avance, No. 226, septiembre 2010, p. 7)

Entre la crueldad y el valor

Ernest Hemingway nació en julio de 1899 y murió en julio de 1961. Su primera novela *Fiesta* (1926) se considera una temprana manifestación del desencanto de una generación que pasada la gran guerra dio curso a la pura diversión existencial. Jack Barnes, el protagonista, representa al norteamericano en el exilio para quien la vida lacerada por la guerra carece de significado y se disuelve en el entretenimiento, en el goce pasajero aun del sufrimiento, en el amor efímero entre las brumas del alcohol.

En la vida real, Europa modeló a Hemingway como ser humano y como artista: "Nadie que nunca haya abandonado su país ha escrito jamás algo que valga la pena de ser impreso", dice uno de sus personajes. No se trata de una novela autobiográfica; vibra en sus páginas la juventud apasionante del autor, que desafía el peligro, frecuenta los bares, ama las fiestas y las carreras de caballos; antes de conocer la fama literaria, ha brillado en su país por la pasión deportiva y la aventura.

Se cuenta que la madre, mujer muy religiosa, regaló a su tierno hijo un violoncelo esperando consagrarlo al arte musical; el padre, en cambio, médico fuerte de carácter, le obsequió a esa misma edad una caña de pescar y, antes de que el pequeño cumpliera diez años, le dio una escopeta y le enseñó a cazar. El temple del padre prevaleció sobre la delicada inclinación materna. La reciedumbre, la afición a la pesca, a la caza, al desafío, fueron parte de la herencia espiritual paterna. Y en la misma forma en que había muerto su padre, él se suicidó de un disparo de escopeta en julio de 1961.

Vienen a propósito de esta reflexión algunos fragmentos de *Fiesta*, donde la actitud del autor y la del narrador se confunden. Recordemos por ejemplo el episodio en que las truchas saltan por encima del agua blanca de la cascada. Notando que una ha picado, Barnes tira del hilo y la saca con fuerza del remolino. Golpeada la cabeza contra el palo, la trucha se estremece antes de ser echada al bolso. En corto tiempo, ha pescado seis hermosas piezas que las abre, las destripa y devuelve los desperdicios a la corriente del río.

Las coloca luego en la canasta sobre una suave capa de hierbas y se pone a leer una novela de amor a la sombra de un árbol, a la espera de la hora del almuerzo.

En Pamplona, Barnes enseña a los amigos el arte de distinguir entre el valor y la crueldad. Puesto que cuanto se relaciona con los toros constituye un espectáculo de violencia, es necesario captar las sutilezas que hacen prevalecer el goce momentáneo del peligro sobre el espanto y el dolor. Abierta la puerta de la jaula en el toril, sale el animal con gran ruido, golpeando las maderas, y lo primero que halla son los bueyes llevados al corral para que sobre ellos se descargue la arremetida, evitando que cegado por el furor el toro se lastime las astas contra los muros. Ya en el ruedo, aconseja a su amiga Brett concentrar la atención en la carga del toro y en la tensión del picador, no en el caballo que agoniza ensangrentado. Y en el instante crucial en que el matador, alzado sobre la punta de los pies, saca el estoque y mide, al filo de la temeridad, la distancia que lo separa de la fiera enloquecida, lo que enmudece al aficionado —no al mero espectador— es el riesgo inminente, la secreta expectativa ante el final del drama sobre la arena.

En el bar, un chorro de café llena la taza de Barnes, que ha hecho un largo viaje desde París para asistir a las fiestas de San Fermín. El mozo que lo vierte sacude la cabeza, sin entender por qué las personas arriesgan la vida por simple diversión. Para mí no hay ninguna diversión en ello, dice, al enterarse por el cliente de que uno de los hombres cogidos esa mañana ha muerto. Había sido agarrado por la espalda y levantado en el aire mientras corría entre la alegre y colorida multitud perseguida por los toros.

Quien haya disfrutado de esta novela habrá descubierto aspectos fascinantes de la condición humana, percibidos de modo diferente por el aficionado y por el simple espectador. Sería un buen homenaje, en el cincuentenario de la muerte del autor, releerla, antes de que el criterio de los mozos de bar prevalezca sobre la sensibilidad de los aficionados.

(Avance, No. 231, febrero 2011, p.17)

La miserable contingencia humana

A los cincuenta años de la muerte, Louis—Ferdinand Destouches (1894—1961), mejor conocido como Céline —nombre de la abuela—, estuvo un par de días entre las personalidades a quienes el gobierno francés se proponía homenajear en 2011. Pero no bien el cazador de nazis Serge Klarsfeld puso el grito en el cielo en nombre de la Asociación de Hijos de los Judíos Deportados durante la ocupación alemana, Céline fue eliminado de la lista oficial. El haber servido a una “ideología repugnante” en la segunda guerra mundial pesó más que su universalidad como escritor, más que la valerosa acción por la que fue condecorado como héroe nacional en la guerra de 1914.

Aquella eliminación ha desatado acalorados debates entre posiciones irreconciliables. Pero las discusiones han rendido el mejor homenaje a que puede aspirar un escritor una vez muerto: motivar su relectura. *Viaje al fin de la noche* (1932) es un libro para ser leído y releído, aunque solo fuera para reflexionar con Bardamu, el protagonista: “Al pasar los años, cuando uno piensa, te gustaría atrapar de nuevo las palabras dichas por ciertas personas, para preguntarles qué quisieron decirnos... ¡Pero ya se fueron! No teníamos bastante instrucción para comprenderlas...”.

La vida, un cuento de nunca acabar, pautada por la casualidad a la que llamamos destino, lleva a los efímeros personajes de la novela a darse manos a boca con la desgracia. Existencias anodinas hallan el modo de negociar con los propios dolores y miserias. La abnegada señora Henrouille quiere apresurar la muerte del marido tentada por el oro de su dentadura postiza. Los arquetipos humanos surgen al azar en la selva colonial africana, desaparecen luego y vuelven a aparecer en el “abominable sistema de violencia hecho de ladrillos, pasillos, cerrojos y ventanillas”, que es la empresa Ford en la New York de los años veinte.

Al enterarse de que el pobre aspirante Bardamu tenía estudios de medicina, el examinador le advierte de que allí los estudios no le servirán de nada. “Usted no ha venido aquí para pensar, sino para

ejecutar lo que le ordenen. No necesitamos imaginativos en nuestra fábrica. Necesitamos chimpancés". El lector prosigue infatigable tras el protagonista que muchas páginas después está de médico entre los miserables, en un suburbio de París. Pero no atina el lector a precisar si es a Bardamu o es al propio médico Céline a quien encuentra de manera fortuita bajo un puente del Sena, en la penumbra de una taberna, en un callejón enrojecido por la última luz del crepúsculo, como si el personaje y el autor anduvieran juntos tras un destino común en la novela, ambos con las ropas desceñidas y el cabello alborotado.

El antiguo profesor, el sabio Parapine, le muestra a Bardamu, caminando entre las estufas del laboratorio, la falsedad en que se sustenta la gloria de los académicos. Le pregunta si ha visto al ayudante que por treinta años, mientras barre las basuras de su jefe, no oye hablar más que de ciencia. "Sin embargo —dice—, lejos de estar asqueado, es él, él solo, en este momento, quien ha terminado por ser un convencido". Y pregunta si no ocurrirá lo mismo en las religiones. Más tarde reaparece Parapine, ya caído en desgracia, y comparte con su alumno el convencimiento de que nada en la vida es serio, y menciona a Bonaparte, para quien, llegado el caso, era más importante echar un polvo con Josefina que preocuparse por la suerte de sus cuatrocientos mil soldados. "El tirano se asquea de la pieza que está representando mucho antes que los espectadores", afirma y nos recuerda, con admirable don profético, que a Robespierre le guillotinaron "porque siempre repetía las mismas cosas", palabras que los dictadores de nuestro tiempo, disfrazados de profetas, no han llegado a comprenderlas.

Mucho de lo que Céline hizo y escribió a partir de 1937 en apoyo de la ocupación forma parte de la miserable contingencia humana. Por lo visto, nunca terminará de expiar sus culpas, aunque haya sido condenado a muerte, absuelto y perdonado en 1951. Al cerrar *Viaje at fln de ta noche*, parecería que también el gobierno galo perteneciera a los círculos de ese infierno al negarle el homenaje a Céline y, al mismo tiempo, proponer que el Año de México en Francia fuera dedicado a Florence Cassez, muchacha francesa culpable de secuestro y condenada por la justicia mexicana a 60 años de prisión.

(Avance, No. 232, marzo 2011, p. 7)

Sarmiento: americano universal

Nació en febrero de 1811, en San Juan. Su vida fue un capítulo en la historia conflictiva de la naciente república argentina. Cuando en 1840 marchaba al destierro, estampó sobre una roca la frase memorable: “Las ideas no se matan”. A su muerte (1888), el gobierno publicó las obras completas (50 y más tomos) y en 1900 erigió en el paseo de Palermo, Buenos Aires, la estatua esculpida por Rodin.

Domingo Faustino Sarmiento fue ante todo un educador. Plasmó su vocación en la docencia, en el periodismo, en la política, en la faena de escritor. Mientras se ganaba el pan como dependiente de comercio, como mayordomo en las minas de Copiapó, leía y escribía. Subteniente de infantería, maestro de escuela, diplomático, viajero, leía y escribía. En una época en la cual la lucha ideológica se libraba en la prensa y se dirimía en el campo de batalla, fue ensalzado y denigrado. Como a toda tiranía, a la de Rosas le faltaron adjetivos para infamarlo: inmundo, salvaje, traidor, loco, protervo, envilecido, miserable, hipócrita (hoy, en el bicentenario del nacimiento, lleva también el sambenito de anti indigenista). Estuvo en prisión y en más de una oportunidad se libró de ser asesinado. Había cumplido 57 años de edad cuando asumió la Presidencia de la Argentina, elegido por voto popular para el período 1868—1874.

Su obra cumbre, *Civilización y barbarie —Vida de Juan Facundo Quiroga*, fue publicada inicialmente en folletín en 1845. Maestro en el arte de vivir, de narrar, de describir, cuenta los hechos con emoción testimonial, pinta los paisajes como familiares y confiere al protagonista una dimensión de héroe romántico. Quiroga era la barbarie encumbrada con Rosas en el poder. Radiografía del alma argentina, el libro pretendió ser ensayo, rebasó la linde de lo biográfico y se transformó en novela.

En otra de sus obras, *Recuerdos de provincia* (1850) traza el perfil humano. Pero toma la autobiografía como pretexto para urdir y colorear la inmensa tela de su tiempo. A las sombras aborígenes de Cuyo, les sigue la semblanza de los seres amados, de los maestros que le encendieron las ideas. Dos óleos mal pintados de santos adornan la pequeña

sala familiar de la niñez; en el centro, dos mesas de algarrobo, madera del lugar. Es la persistencia colonial. La puerta entreabierta permite atisbar el porvenir: el telar materno debajo de una higuera, un duraznero corpulento, un jardín de hortalizas “del tamaño de un escapulario”. La pobreza estimula el ansia de vivir. Entre las sabias lecciones recibidas del cura don José de Oro, su tío, está la disciplina como método de estudio. Ha cumplido 18 años y ha escapado del fusilamiento. Se encierra con gramática y diccionario para aprender el francés; en pocas semanas traduce doce volúmenes, acodado sobre ellos noche y día. Dedicado luego al inglés, paga unos reales al sereno del barrio a que lo despierte al amanecer. En mes y medio adquiere el idioma y, cuando anda de minero, traduce la colección de Walter Scott. Tiene 26 años; aprende el italiano y se entretiene con el portugués. Diez años después, en París, lidiará con la lengua alemana.

El gusto por los idiomas le franquea la entrada a la literatura universal y le acerca a las corrientes filosóficas, políticas y religiosas dominantes en el viejo continente. Ello le ayudará más tarde en su recorrido por Europa. Bajo forma epistolar, cada relato de esos viajes es un ensayo de interpretación histórica y social que conserva indeleble el sello del arte y el encanto de la escuela de su tiempo. Una carta desde París (1846) se alarga por cien páginas. Lo vemos burlando cauteloso el río de carruajes que solo frenan por el temor de los cocheros a la multa que han de pagar por cada peatón reventado. A orilla de un estanque, le escucha el gran Thiers, deslumbrado por una relación distinta a la que han difundido los emisarios del tirano argentino. La entrevista concedida para quince minutos se prolonga por horas, a instancias del propio historiador francés. Desde otros destinos (1847), escribe sobre la grandeza de la Roma milenaria; narra el trato casi familiar que le ha prodigado el recién elegido Pío IX, quien en la juventud ha conocido Mendoza y Buenos Aires. Después de fascinarnos con la pintura de Florencia, se detiene sobre un puente colosal, a la entrada de Venecia, que le trae el recuerdo de la antigua calzada que conducía a Méjico, por donde Hernán Cortés se batía en retirada. Penetrante, ameno, sugestivo, así es el estilo de Sarmiento, un personaje salido de provincia para ser universal.

(Avance, No. 233, abril 2011, p.7)

Una cultura de ritmos ancestrales

Tema secular en la literatura hispanoamericana, la cultura indígena ha sobrevivido más o menos indemne a la violencia racista y al asedio de los movimientos estéticos. La interpretación de lo indio empieza por el asombro de los descubridores ante un ser exótico y sigiloso. Esta impresión perdurará a lo largo de cuatro siglos, durante los cuales la imagen del indio, desarraigada de su suelo, se recluyó en lo imaginario. Esa figura falseada, pero cautivante en la ficción, hoy ha recobrado identidad y gravita como ser social sobre el destino de nuestros pueblos. Y entonces la admiración se ve de pronto suplantada por el desencanto. La prensa de estos días ha recogido ese sentimiento de temor ante el posible triunfo del candidato presidencial que en la primera vuelta ha recibido más del 70% de votos en los departamentos más pobres del Perú, habitados por indígenas. Esta contienda política viene a propósito para honrar la memoria del escritor peruano José María Arguedas en el centenario de su nacimiento.

Figura señera en la narrativa hispanoamericana, Arguedas comparte con Onetti, Lezama Lima, Sábato, Cortázar, Rulfo, la segunda vertiente de la generación de 1924; es decir, la de los nacidos entre 1909 y 1923, en el esquema propuesto por el cubano José Juan Arrom. En términos generales, la primera vertiente continúa la tradición de la generación anterior, en tanto que la segunda amplía el horizonte a la siguiente. En nuestro caso, Arguedas (1911) es precisamente un gozne entre el realismo indigenista de la primera promoción (Icaza, 1906) y la exploración bajo la superficie en pos de la fuente común de lo real y de lo irreal (Rulfo, 1918). Esto ha llevado también a incluirlo entre los autores que hace cuarenta años representaban, más allá de la frontera generacional, a la llamada nueva novela latinoamericana, el más joven de cuyos integrantes, Vargas Llosa (1936), ha sido consagrado con el Nobel de Literatura.

Nacido en Andahuaylas, departamento de Apurímac, Arguedas quedó huérfano de madre y creció al cuidado de la madrastra. Vivió su infancia con los indios, mientras el padre, abogado itinerante, se ganaba

la vida en los pueblos de la serranía. Su primera lengua fue el quechua; su mundo, el de los indios. Con ellos compartió mitos y costumbres, a través de los cuales penetró en el alma indígena forjada en los valores de la solidaridad y del amor a la naturaleza, vivencias únicas que lo diferenciarán de los autores que escucharon el rumor del indio desde el bullicio urbano. A los 8 años, aprendió el español y acompañó a su padre en los viajes por la serranía; a los 15, inició los estudios en el colegio de Ica. En 1931 ingresó a la Universidad de San Marcos de Lima, conoció la cárcel y pudo terminar la carrera de Letras en 1937, cuando ya había publicado su primer volumen de cuentos "Agua". Dedicado a las letras, al magisterio, a la investigación de la cultura quechua, viajó luego por Europa y América. En 1963 se doctoró en Etnología cuando era el autor ya consagrado de "Los ríos profundos" (1958), novela a la que le seguirá "Todas las sangres" en 1964.

Entusiasmado por el resplandor, el perfume y la música de la naturaleza; seducido por la evocación de los indios venerables que en la infancia le criaron y le modelaron el corazón, Esteban, el joven protagonista de "Los ríos profundos", relata su estancia en el colegio de Abancay, un pobre pueblo perdido entre bosques y maizales. Si el aroma persistente del cedrón trae en el aire reminiscencias proustianas, la presencia reiterada del azul —el color de los ojos del padre— es una suave pincelada modernista. El arte descriptivo sujeta al lector aún en los momentos de crudeza y repulsión, como cuando los alumnos se revuelcan con la loca Marcelina en la inmundicia o huyen de Abancay perseguidos por los piojos. El curso del lenguaje es cortado y cadencioso, propicio para la reflexión más que para el reclamo. Así nos acercamos, con emoción, con reverencia y sobriedad, a la esencia de una cultura de ritmos ancestrales colectivos.

Arguedas creía necesario ese acercamiento para reafirmar la identidad indígena. Y a ello consagró la flor de su vida. Cuando creyó cumplida la misión, se fue discretamente de este mundo; pero no sin despedirse de Sybila Arredondo, su mujer: "No hacer nada es peor que la muerte. Tú lo sabes, ya casi no puedo leer; no me es posible escribir sino a saltos, con temor. No puedo dictar clases porque me fatigo...", le escribió el 28 de noviembre de 1969 antes de pegarse un tiro. Probablemente, hoy estaría junto a su paisano Vargas Llosa apoyando la candidatura de Humala.

(Avance, No. 234, mayo 2011, p. 7)

El arte de preguntar

Lo leíste en un libro sobre el humor, de Felipe Aguilar. Querías referirlo textualmente; mas, prestaste dicha publicación y has olvidado que debían devolvértela; de manera que va el comienzo de esta columna redactado a tu modo:

Familiarizados con la vida bohemia del maestro, tres alumnos muy dedicados se negaron una tarde a acompañarlo. La negativa era algo inusual, porque una reunión de tragos presidida por él resultaba siempre más instructiva que embriagadora. Que se hallaban en la semana de exámenes, que habían trasnochado estudiando, que el examen que debían rendir al día siguiente era difícilísimo —alegaron.

—Examen... ¿de qué? —les preguntó con la mirada inquisidora de quien no ha entendido.

—¡De Literatura ecuatoriana, doctor! —exclamaron temerosos.

—¿De Literatura ecuatoriana? —insistió con una inflexión de voz desconcertante, como debía haber sido la de Sócrates.

—¡Elemental! —continuó—, no existe; ¡vamos!

Y se cuenta que los abnegados estudiantes se encaminaron a uno de los locales que en aquel tiempo abundaban alrededor de la Universidad. Entre copa y copa, recibieron una docta lección, entretenida, sobre el tema que los atribulaba. Así, sabiamente agudo y discreto era en el arte de preguntar. Quienquiera pensaría que rayaba en el cinismo.

Tuviste la fortuna de trabar larga amistad con él a propósito de un reclamo sobre la nota en el examen de inglés. Con su porte impecable, venía por el portal del antiguo Seminario. Te acercaste muy respetuoso para expresarle tu inconformidad.

—¿La nota de qué? —inquirió, como si te hubiera oído hablar en chino.

—Del examen de inglés, doctor.

—No sé; no lo he leído.

Era una respuesta insólita que no dejaba otra opción que reír. Imperturbable, cruzó hacia el parque, dejándose acompañar. Al cabo

de unos minutos, celebrabais la nueva amistad en alguno de los bares de nombre inolvidable que constaban en el volumen honradamente mencionado.

En una ocasión, le referiste acerca de un viejo profesor de colegio que no podía acabar de leer a los alumnos un fragmento de *Edipo Rey* sin estallar en sollozos:

—Nunca logré entender la razón de sus lágrimas —le confiaste.

—Elemental, mi querido Watson —ahora el maestro, quien era buen director de teatro, representaba al personaje de Conan Doyle.

—¿Por qué razón? —le preguntaste intrigado.

—¡Porque no entendía!

En otra oportunidad, reunidos en sesión vespertina, algunos aspirantes a letrados echabais a rodar sobre la mesa vuestras pobres sabidurías retóricas: el hipérbaton, la sinécdoque, la metáfora. El maestro, en actitud paciente y socarrona, os miraba por encima de los lentes, como desde un helicóptero. Llegado el momento, cortó la discusión con voz magistral, grave, solemne:

—¿No habéis experimentado, una tarde cualquiera, el deseo irrepresible de expresar vuestro *tedium vitae* diciendo: “Hay tardes en las que uno desearía irse a la M?”

—Sí, claro, doctor, muchas veces.

—Evidentemente, un poeta no puede hablar así —sentenció—. Dirá lo mismo, pero de bonita manera; dirá, por ejemplo:

—“Hay tardes en las que uno desearía
embarcarse y partir sin rumbo cierto...”

Esperabais que continuara recitando la estrofa, pero el maestro dobló el brazo y miró el reloj.

—¡Proseguid, caballeros! —exclamó, incorporándose—. Miró de nuevo el reloj, hizo una leve señal de despedida y se marchó. Alegres, bien motivados, continuasteis mientras él se alejaba:

“y, silenciosamente, de algún puerto
irse alejando mientras muere el día”.

¿Quién era aquel personaje que enseñaba a ver el mundo en la debida proporción que da el humor? Sus alumnos y numerosos amigos de ayer no necesitarán leer aquí el nombre; quienes no hayan oído hablar de él honrarían su memoria averiguándolo (ahora

andaría por los noventa años de edad). En este nuevo aniversario de independencia política, lo has evocado fugazmente como una sombra indeleble, ineludible; obligada referencia en el proceso incesante de emancipación mental.

(Avance, No. 240, noviembre 2011, p. 7)

Más allá de la hoguera

Le llenó de vergüenza la oferta del polaco Wilzinski. Le había propuesto en 1895 cuatro millones de libras esterlinas por la concesión a Inglaterra de un puerto en las Galápagos. En 1898, tres naciones europeas pretendían lograr un acomodo en el Archipiélago por dieciocho millones de libras. El Presidente pidió entonces a su amigo Eduardo Hidalgo le buscara en Guayaquil la carta del agente Wilzinski a fin de denunciar a la Nación las reiteradas ambiciones de las potencias europeas.

En 1901, los Estados Unidos mostraron mucho interés en arrendar una de las islas. Posteriormente, extendieron la oferta para todo el Archipiélago, en 1911, por quince millones de dólares, durante 99 años. Esta vez le pareció atractiva la propuesta, por dos razones. En primer lugar, la posición estratégica de las islas representaba —escribía al Gobernador de Guayaquil— una esperanza remota, pero a la vez un peligro próximo. En una contienda bélica entre Asia y América, la soberanía sobre aquellas podría llegar a constituir un problema internacional cuya solución no suele ser favorable a las naciones débiles. En ese caso —proseguía—, podemos prever la ocupación de las islas sin consentimiento ni indemnización.

En segundo lugar, con la apertura del Canal de Panamá —argumentaba— las islas se convertirían en punto de encuentro obligado de todas las naciones que se dirijan al Oriente, y en lugar de descanso para el comercio internacional. Estaba seguro de que así alcanzaría el Archipiélago, en el transcurso de un siglo, una gran prosperidad.

Si los organismos del Estado aprobaban la propuesta, podría coronar su viejo sueño: el ferrocarril trasandino. Asignaría tres millones de dólares para la vía férrea Alausí—Cuenca; dos millones para el ferrocarril de Ambato al Curaray; dos millones de dólares para el de Quito a Ibarra. De este modo, quedaría abierta a la posteridad la ruta de la civilización y el progreso. Ocho millones emplearía para erradicar las epidemias que ahuyentaban el comercio por Guayaquil. El puerto multiplicaría así su población, garantizaría el comercio internacional y fomentaría la prosperidad nacional.

La propuesta generó indignación. El tema de la soberanía, que en 1910 había unido a todos alrededor del gobernante para defender la frontera, ahora servía a los enemigos para vituperarlo. Desde la época garciana, era difícil atribuir por separado los males de la República a la ineficiencia de los gobiernos o a la virulencia de la prensa opositora. Pero como había prometido que, si no se daba una aquiescencia nacional al proyecto, se abstendría de tomarlo en consideración, no volvió a insistir. Tal vez le habrá rondado el proyecto, un año después, en enero de 1912, en el vagón en que era vejado y conducido a la hoguera por la ruta del progreso que él había inaugurado, en su tramo inicial. Un primer paso para la reestructuración de la gran patria americana soñada por Bolívar, le había expresado en aquella ocasión al Presidente Reyes de Colombia.

Antes del triunfo liberal, había empeñado todo en la lucha contra la tiranía. Financiaba las revueltas, comandaba las operaciones, asistía a los perseguidos, entre ellos, el más célebre, a Montalvo. Barrida la dictadura de Veintimilla, arremetió contra los sucesivos gobiernos "progresistas". Al cabo de treinta años de guerrear, triunfó la revolución armada, el 5 de junio de 1895. Tres meses después, luego de vencer a las tropas conservadoras de la sierra, entró en Quito y asumió el poder. "Pongo a sus pies la espada vencedora del ejército liberal en el Ecuador. Bendigamos a la Providencia", le escribió a su esposa, Ana Paredes de Alfaro. Fue General en nuestra República, y fue General en Centro América. En el campo de batalla era inflexible; en la victoria, indulgente y magnánimo.

En 1896 era Jefe Supremo de la República, y no podía atender a su póliza de seguro con la Nueva York Life Insurance Co. Escribió a Eduardo Hidalgo para que le consiguiera la suma, a la espera de un aumento de sueldo. Tres años después, tampoco le fue posible pagar de golpe los 1 800 sucres anuales por la póliza de vida. Pidió a su compadre Felicísimo López que interviniese para que le admitieran el pago de 600 sucres mensuales con los sueldos de julio a septiembre. Terminaba la carta confesando que la póliza le daba tranquilidad para con la familia, si los acontecimientos le obligaran a un viaje intempestivo al otro mundo. Se cumplió la premonición el 28 de enero de 1912, en el Ejido, con la complicidad de quienes, sacados por él de la nada, ostentaban el poder.

En el centenario del horrendo crimen, apartando la mirada de la hoguera, volvamos sobre las páginas que dejó escritas, como a salto de mata, el Viejo Luchador. Hay allí mucho de sinceridad y patriotismo; lecciones que deben aprender quienes toman su glorioso nombre en vano.

(Avance, No. 242, enero 2012, p. 7)

Reconocimiento ciudadano

Releer es una faena siempre motivadora. Se trata de un ensayo de Cicerón sobre la vejez, una lectura consoladora en estos tiempos de crisis posmoderna.

El orador romano vivió entre el —106 y el —43. Admirador de la cultura helénica, fue pensador más que político, y se dice que terminaba siempre en el partido equivocado. Tenía 62 años; estaba separado de la mujer y había perdido a su hija. Presintiendo la propia muerte, se entregó a lo que más amaba: meditar y escribir. Entre sus tratados, compuso este, sobre la vejez, cuyo tono reposado induce a los investigadores a creer que fue escrito antes del 15 de marzo del —44, día del asesinato de César.

El ensayo es un diálogo entre el anciano Marco Porcio Catón (—234 —149), padre de la literatura latina; Publio Cornelio Escipión, amante de la cultura helénica; y Cayo Lelio, estimado entre los más cultos de Roma. Está dedicado a Tito Pomponio Ático, llamado así por su dominio de la cultura griega. Con esta obra, quiere Cicerón aliviarle al amigo de la carga común de los años, y declara que su composición le ha borrado las molestias de la vejez, tornándola dulce y placentera.

Así, pues, hace que Catón vaya rebatiendo cada una de las cuatro razones por las que se considera miserable la vejez: a) aparta al individuo de los negocios; b) debilita el cuerpo; c) le priva de los placeres; d) no dista mucho de la muerte. Tomamos para la presente nota algunos ejemplos con que Catón ilustra sus refutaciones.

a) Hay buenos negocios para la vejez. Andaba en la ancianidad Sófocles (—496 —406); había sobrevivido a todos los genios que integraban el círculo de Pericles (—495 —429); pero seguía entregado a escribir. Temerosos de que sufriera mengua la hacienda familiar, los hijos lo citaron ante el tribunal en pos de quitarle la administración de los bienes. Sófocles se limitó a leer *Edipo en Colono*, que acababa de componer. Emocionados, los del jurado lo absolvieron. El propio Catón, siempre contrario a la adopción de las costumbres griegas en la vida romana, confiesa que se dedicó a los setenta años a aprender el idioma griego, para satisfacer una sed largo tiempo insatisfecha.

b) El anciano no echa de menos la fuerza de la juventud, como de joven tampoco echaba de menos la fuerza de un elefante. Recuerda al famoso atleta Milón de Trotona, que entró por el estadio de Olimpia sosteniendo un buey sobre los hombros. ¿Preferiríais, si os dieran a escoger, la fuerza física del atleta griego o la energía mental de Pitágoras?, pregunta, y aconseja practicar la costumbre pitagórica de ejercitar la memoria recapitulando por la noche aquello que se hizo durante el día.

c) ¡Qué mejor que estar liberado de pasiones juveniles! Sin festines, mesas bien provistas ni libaciones, el viejo tampoco tiene embriaguez, indigestión ni insomnio; aunque no carece de sensibilidad para el placer. Catón prefiere el deleite de la conversación, el encanto de la agricultura y no puede contener la emoción ante la fuerza creadora de la tierra. La edad no es obstáculo para conservar hasta los últimos años las aficiones, dice. Pero la corona de la vejez es la autoridad, el reconocimiento ciudadano, que no dan las canas, sino que es el fruto de toda la vida.

d) La juventud está expuesta a más peligros mortales que la vejez. Si el joven abraza la esperanza de vivir mucho tiempo, el viejo lo aventaja, porque ya ha conseguido lo que el joven espera con incertidumbre. Por lo demás, de poco sirve vivir 120 años, como Argantonio, pues nada que tenga término es realmente duradero.

Aunque el ensayo no lo diga textualmente, hay allí algo por lo cual es preciso darle también gracias a la vida: el habernos procurado amigos admirables. Nos acude a la mente la figura de Mario Jaramillo Paredes, cuyo mérito acaba de ser objeto de público reconocimiento ciudadano. Quienes compartimos con él muchos años de formación y de docencia nos adherimos al homenaje. Es dulce y placentero recordar que hace medio siglo fuimos compañeros en el "Benigno Malo", colegio ya entonces casi centenario. Allí nos iniciamos en el ejercicio periodístico, alentados por unos maestros que nos enseñaron a leer y a escribir de tal manera que nos ha sido y nos será difícil olvidarlo.

(Avance, No. 243, febrero, 2012, p. 17)

Dickens: un reino sin futuro

El pasado 7 de febrero, cada miembro del gabinete inglés recibió en obsequio un volumen de Charles Dickens (1812—1870), en una ceremonia por el bicentenario del escritor; todos, menos el primer ministro, quien recibió dos libros: *Tiempos difíciles* y *Grandes esperanzas*. El ofrecimiento de estas dos obras que no figuran entre las más leídas del autor (*Otiver Twist*, *David Copperfield*, *Canción de Navidad*), cobra un valor simbólico, como si el propio Dickens las hubiera seleccionado para el primer ministro.

Tenía el novelista 25 años de edad cuando la reina Victoria ascendió al trono británico e inauguró el fecundo período que se conoce como era victoriana, caracterizado por el esplendor del imperio, tras una prolongada convulsión. Durante el reinado, que se extendió hasta 1901, Inglaterra se afianzó en sus posesiones, en sus dominios coloniales, y aceleró el proceso de industrialización. Crecieron las ciudades hasta convertirse en el escenario ideal para la actuación de la clase media y de la burguesía. Proliferó la banca que aseguraba el rédito de los capitales. Cambió el paisaje: líneas telegráficas, carreteras, vías ferroviarias daban flujo a la prosperidad. La flota imperial vigilaba el comercio marítimo y la seguridad externa. Nunca se había experimentado un vuelco tan radical del mundo y de su visión, un cambio febrilmente alentado por la idea de progreso.

Sin embargo, hacia la mitad del siglo, ya era demasiado visible la cara oculta de ese esplendor, espacio lóbrego donde sobrevivía la población obrera que labraba la fortuna de los empresarios y de los administradores del capital; una situación no superada —talvez nunca superable— desde el siglo XVIII; es decir, desde el comienzo de una revolución que ha sido duradera porque no había triunfado con las armas, sino con el movimiento de la máquina de vapor: la revolución industrial (en la misma forma aparentemente pacífica en que hoy se da la revolución informática).

Aquel lado oscuro, que ya era abordado en el siglo XIX por el pensamiento económico, fue llevado por Dickens al universo literario.

Es el mundo fielmente descrito en *Tiempos difíciles* (1854), novela de realismo social con tenues pinceladas románticas sobre la naturaleza que presiente el drama humano. Vigor descriptivo, fuerza narrativa, vivacidad en el diálogo, obligan al lector a establecer un compromiso solidario con la realidad, con el narrador y, quizás, con el autor. Allí está la ciudad industrial de Coketown, nombre ficticio, pero no imaginario, porque Coketown, con sus ladrillos grises y sus serpientes de humo; con sus rincones lúgubres que acogen por la noche a los obreros ennegrecidos y agotados, puede ubicarse en muchos lugares del planeta.

Configurada alrededor de un solo afán colectivo –producir–, la ciudad había modelado de tal manera la visión positivista de la cúpula social que era inconcebible conjugar otro verbo que no fuera producir. Ni ideas ni propósitos había que pudieran brotar fuera del circuito productivo, al cual pertenecían los “brazos”, que así se denominaba a la clase obrera en su conjunto –pieza del telar–, porque el ser individual no existía. A ese esquema mental debían ajustarse los habitantes si querían prosperar en Coketown. El arte narrativo transforma en tipos humanos a los personajes de la vida corriente: el burócrata, el empresario, la aristócrata venida a menos; y, en contraste, el obrero de alma translúcida, que ama y se conduele del dolor ajeno; por un lado, el sistema educativo centrado en la frialdad de los números; por otro, la sabiduría que transmite el jinete de circo con la gracia natural que le ha proporcionado el contacto con la vida real de los seres humanos.

No se sabe si el primer ministro británico habrá vuelto sobre el volumen que le fue obsequiado. De cualquier modo, descubrirá el lector una suerte de novela de tesis que ha adoptado magistralmente la forma narrativa para sustentar el fracaso de un sistema pedagógico. Al reducir el conocimiento a las realidades tangibles –estadísticas, números–, ese régimen escolar ocasionará desdichas incontables, ya que había dejado fuera de la razón cuanto pertenecía al sentimiento, al amor, a la imaginación. Y al lector le resonará extrañamente familiar aquel sistema destinado a implantar un reino sin futuro, aunque durare mil años.

(Avance, No. 244, marzo 2012, p.7)

En la leyenda de un país brumoso

Se intitula este comentario con un segmento versal de Arturo Borja. El martes 13 de este mes se cumple el centenario de su muerte temprana, un extraño final que ensombreció el alma de su generación.

Es oportuno recordar que tres meses antes, en agosto de 1912, había circulado el primer número de la revista literaria "Letras", merced al entusiasmo del propio Borja, en unión de Isaac J. Barrera, Francisco Guarderas y Ernesto Noboa y Caamaño. Abrigaban estos jóvenes (el menor tenía 20 años; el mayor, 28) el propósito de superar la incomunicación y poner a la capital de la República en contacto con el mundo.

El arte, la poesía en particular, era el punto de referencia cultural, no el estruendo del ferrocarril ni la pasión política. Guarderas traza en las primeras páginas un panorama de la literatura nacional, largo tiempo sustentada en los nombres venerables de Olmedo y de Montalvo. Hubo otros ameritados escritores —reconoce—; pero se había extremado el culto al Siglo de Oro español y una ciega adhesión al pasado, en oposición a los ideales de progreso y libertad; cualquier asomo de ruptura recibía la censura de los académicos. Mas, actualmente —afirma—, merced al impulso de la nueva generación, entre los 27 y los 30 años, la liberación era efectiva. Se habían dejado de cantar las glorias patrias, y perdían interés las costumbres locales. La novedad —prosigue— subyugaba a los jóvenes, ávidos de entablar contacto con todas las razas, lenguas y religiones, a fin de acomodar a su temperamento la variada gama de sentimientos y formas expresivas. Saluda con entusiasmo al grupo de adolescentes que maduraban en silencio, irrespetuosos y terribles, llamados a sellar la independencia literaria. Les advierte, empero, sobre el peligro de los estimulantes venenosos, y les exhorta a descubrir melodías aún inexploradas en América, no solo en los Versalles galantes ni en las músicas del Rhin. Sin duda, fue esta reflexión final la que ayudó a Guarderas a vivir cerca de 80 años.

Talvez obedeció también a esa reflexión el incluir en ese primer número los poemas "Brisa de otoño" de Noboa y Caamaño, y "Primavera mística y lunar" de Arturo Borja, textos que vertían la contemplación de lo propio en una nueva pulsación interior, aunque aún no liberada de la bruma romántica. Así, la naciente revista se asomaba al modernismo. En el número 2 (septiembre, 1912), aparece "La tarde muerta", de Humberto Fierro, composición escrita bajo el influjo de Juan Ramón Jiménez, y emparentada, por tanto, con lo que haría acá, entre nosotros, Alfonso Moreno Mora.

En el mes de noviembre, circuló el N° 4, dedicado al más joven de sus fundadores, Arturo Borja, un adolescente taciturno, de mirada perdida en la lejanía, con un incurable cansancio de vivir, según el apunte magistral de Raúl Andrade. La mirada perdida, no en las lejanías del paisaje andino, sino más allá del océano, en el París de comienzos del siglo, en donde había vivido parte de la adolescencia en procura de tratamiento para una lesión ocular. Conoció allí a los poetas franceses; leyó con avidez al conde de Lautréamont, a quien tradujo; a Mallarmé, a Baudelaire, a Verlaine. De ese mundo distante provenía la fuente cristalina, el albor de los cisnes, tanto como los rumores del otoño y las melodías vesperales que esmaltan la selección que publicó dicho número, dolido por el fallecimiento del poeta el 13 de noviembre de 1912.

Se sabe que murió a consecuencia de una sobredosis de morfina, casi en plena luna de miel (había contraído matrimonio el 15 de octubre con Carmen Rosa Sánchez); pero en realidad parece que murió de una larga enfermedad del siglo: la melancolía. "Sobre el cortejo disperso cae la lluvia lacrimosa de noviembre, mientras las rosas de las ofrendas se deshacen en pétalos", escribió Raúl Andrade. Ese mismo año había muerto el padre del poeta, Luis Felipe Borja, jurisconsulto eminente, entusiasta partidario de la revolución liberal hasta no ser desengañado por la deslealtad entre los protagonistas.

La actitud de Arturo Borja no fue una simple rebeldía. El nuevo arte se imponía como un modo de apartarse de la trivialidad. Respondía a una necesidad de huir, en esos años, de la gendarmería y del comercio de novelorías, practicado al amparo de una revolución que declinaba. Si la de Borja fue una actitud apenas entendible en aquel momento crucial, ahora, en cambio, no sería del todo comprensible fuera de ese contexto.

(Avance, No. 252, noviembre 2012, p. 7)

Merecido homenaje

El junio de este año, hará medio siglo de la muerte de Ernesto López Díez, escritor restituido a la memoria cultural de la ciudad, en los años ochenta, por Antonio Lloret Bastidas, alrededor de cuyo aporte ha girado cuanto se ha escrito sobre el personaje.

López es uno de los referentes para examinar el panorama lírico regional de su tiempo. En la pequeña ciudad, atrajo la atención el enigma de su diario vivir, apartado del bullicio urbano, recluso en la soledad de una mansión cuyos salones se abrían generosos para las celebraciones de la Fiesta de la Primavera. La obra, parva y asimismo sigilosa, despertó interés, más allá de la linde conservadora y romántica, en los espíritus inflamados por un ideal común. El lenguaje, extraño para la audiencia comarcana, guardaba en cambio proximidad con las formas que se ensayaban en la poesía hispanoamericana de comienzos del siglo XX. En alguno de sus poemas se percibe el impulso creador cercano al Huidobro de 1916. Probablemente, esto sea mucho decir; pero fue López un adelantado en la región por el gusto postromántico, por el ritmo musical del modernismo, por las premoniciones vanguardistas.

Su afán intelectual se mantuvo asimismo en la onda de reflexión que habiendo arrancado de Martí se expandía por la América hispana a principios del nuevo siglo. Ni la sensibilidad artística ni el vivir en soledad lo apartaron de la problemática social; al contrario, le agitaron el espíritu las tribulaciones que aquejaban a la humanidad, que él conocía por las experiencias de viajero y de infatigable lector. Reclamó por la suerte de los desposeídos, en particular por las penalidades infligidas a la población indígena. Con la discreción que correspondía a sus convicciones cristianas, subvenía a las necesidades del prójimo y disponía de su fortuna material para obras de asistencia solidaria.

Su aventura vital se prolongó largamente, dando pábulo a especulaciones sobre la edad. Ahora, gracias a la aguda crítica de Cristóbal Zapata, que acaba de ser documentadamente confirmada por el escritor Rodrigo Pesantez Rodas, sabemos a ciencia cierta que Ernesto López nació en 1868. En consecuencia, murió a los noventa y cinco años de edad y no a los

cien o más como algunos habíamos supuesto. Esta conjunción afortunada de investigación filológica y exploración documental debe complacer a quienes hemos intentado contribuir para resaltar la vigencia de un testimonio poético muy singular.

Es oportuno destacar en estas breves líneas la importancia de aquella feliz conjunción. Del análisis de la pieza "A encontrar el valor hombre", Zapata dedujo que al tratarse de una novela autobiográfica era lícito aventurar la hipótesis de que la fecha de nacimiento de López era el 1 de enero de 1868. Hace poquísimos días, este miércoles santo, recibimos de Rodrigo Pesantez Rodas su interesante estudio "Tres escritores azoqueños en la vanguardia de la literatura nacional" (Universidad de Guayaquil, 2013), acompañado de una copia del Primer Censo Poblacional de Azogues, realizado en 1871. Consta en este documento, junto al registro de los progenitores, el nombre de Ernesto López, de tres años de edad. Como a todo constructor que ve falsear por algún lado una pieza de sustentación, el dato obliga a las correspondientes rectificaciones, aunque haya venido también a confirmar la presunción de que, por los rasgos de estilo, el autor se acomodaba en la generación de los nacidos entre 1864 y 1893.

Se anuncia para los próximos días la presentación de la antología del escritor, bajo el título de *El palacio de cristal*, muestra precedida de un enfoque de loable precisión y seriedad, trabajado con pasión por Cristóbal Zapata, figura destacada en el mundo actual de las letras nacionales. El esmero en la selección, el estudio filológico preliminar fundado en riguroso aparato crítico, el formato editorial impecable, todo contribuye para que el homenaje sea digno del poeta cuando se cumplen cincuenta años de su fallecimiento. Mientras tanto, resulta muy grato volver a señalar que la misma extrañeza por la cual los contemporáneos de Ernesto López lo fueron olvidando ha motivado hoy a los jóvenes para recordarlo.

(*Avance*, No. 357, abril 2013, p. 7)

Mandela: la fe en el ser humano

Una promesa da inicio al volumen *Conversaciones conmigo mismo* (cartas y documentos de Mandela durante 27 años en prisión): "... jamás, en ninguna circunstancia, diremos nada malo del otro". El otro era el compañero de cárcel, pero también el juez, el guardia, el carcelero. Libres de rencor, algunas cartas relatan con emoción los raros momentos en que un preso era tratado como ser humano. Este apego a valorar lo positivo ennobleció la lucha de Mandela contra la segregación racial. En una de las cartas a su hija Zindzi, le exhorta a no pensar mal del magistrado por su trato tan mezquino; probablemente —afirma—, es un hombre bueno con las manos atadas al sistema: solo cumple su deber. Cuando cambie el sistema, tendrá oportunidad de servir bien a sus compatriotas. Nos sentaremos juntos alrededor del fuego —promete— y conversaremos con alegría. Incluso podríamos invitarle al magistrado a cenar —dice.

Por fortuna, no había prohibición para que el penado meditara y escribiera cartas. Sabía que no todas llegarían a su destino; sin embargo, era un modo de creer que mantenía contacto con el mundo, aparte de que le permitía ordenar las ideas y ponerlas por escrito. Tampoco recibía todas las cartas llegadas desde afuera, pues era normal que se extraviaran en manos del censor. Aun las enviadas por los seres íntimos debían ser leídas delante del carcelero y ser devueltas no bien apareciera la línea final.

No hace falta mucho detalle para imaginar las condiciones carcelarias. Las celdas individuales carecían de desagües, aunque había unos cubos que se usaban durante la noche. Muy por la mañana, chirriaban las puertas para que los prisioneros salieran a vaciarlos. Poco importaba si en ocasiones había que limpiar el cubo ajeno.

Cuando murió la madre (1968), fue negada la petición de Mandela para acudir al funeral. Rechazaron asimismo, diez meses después, la solicitud de permiso para darle el último adiós al primogénito, Thembi, muerto en un accidente a los 24 años de edad.

En 1987 decidió proseguir los estudios de derecho desde la prisión. Pidió que le exoneraran de latín, materia aprobada en 1938 y 1944. A los 69 años lo he olvidado prácticamente todo y sería muy arduo retomarlos, confesaba, alegando que era abogado y había ejercido 9 años la profesión; de modo que no se le exigiría latín si reanudara la abogacía, lo cual era impensable, puesto que se hallaba condenado a cadena perpetua.

Luego del extenuante trabajo cotidiano, estaba permitida la lectura. Fuentes de inspiración fueron para Mandela los textos clásicos; los griegos, en particular. Interpretó a Creonte en la representación de "Antígona", dentro del presidio. Admiraba la literatura inglesa, sobre todo a Shakespeare. Sabía, pues, de qué hablaba cuando decía: "... no podemos vivir sin la cultura occidental", pero tampoco sin las raíces ancestrales: "Durante todo mi tiempo en prisión, mi alma y mi corazón han estado siempre en un lugar muy lejos de este sitio, en la sabana y el monte. Sobrevivo gracias a todos los recuerdos y experiencias de los campos en los que cuidaba al ganado, cazaba, jugaba".

Su lucha indeclinable contra el apartheid, el clamor popular y la presión internacional consiguieron liberarlo en febrero de 1990. Tres años después recibió el Premio Nobel de la Paz. En mayo de 1994 fue elegido Presidente de la nueva Sudáfrica. Tenía 76 años de edad y gobernó sin asomo de resentimiento, con absoluta convicción democrática. Gozaba, pues, de reconocida autoridad para aconsejar: "Es un error grave por parte de cualquier líder mostrarse hipersensible ante la crítica, dirigir los debates como si él o ella fuera un profesor de escuela que habla a unos alumnos menos informados e inexpertos".

A siete kilómetros de Ciudad del Cabo se divisa Robben Island. Allí estuvo la prisión donde encerraron a Mandela durante dieciocho años, en vano intento por apagar su fe en el ser humano y doblegar su voluntad. La isla había sido antiguamente una colonia de leprosos, un espacio de apenas seis kilómetros cuadrados. "Un diminuto montículo de piedra caliza, yermo, azotado por el viento, y atrapado en el cono aluvial de la fría corriente de Benguela. Mi nuevo hogar", describía el prisionero, al llegar. Ese diminuto montículo de piedra caliza ilumina hoy al mundo entero, y es Patrimonio de la Humanidad.

(Avance, No. 267, febrero 2014, p. 7)

Fracaso del gran dictador

Es poco familiar, sin duda, el nombre Freytag von Loringhoven. Pero si hubiera logrado burlar a la muerte en la forma en que lo hizo hasta 2007, hoy estaría en la noticia, celebrando los cien años de edad.

Aristócrata alemán, provenía de una familia de Westfalia cuyas raíces se hundían en el siglo XV, pero que perdió la fortuna en la primera guerra mundial. En 1934, entró al ejército; tres años más tarde peleó en la campaña contra Polonia y luego participó en la invasión a Francia. En 1940, incorporado al estado mayor del general Guderian, estuvo en el ataque sorpresivo contra Rusia y en el intento fallido de tomar Moscú. Poco después, escapó en forma providencial de morir en Stalingrado. Regresó al frente en 1943 y tuvo que organizar la retirada de sus tropas ante el ataque incontenible de los soviéticos

En junio de 1944, recibió el encargo de llevar el diario de guerra para el alto mando, destino burocrático que le permitió conocer a Hitler en los meses del desastre final. Logró abandonar el búnker de la cancillería pocas horas antes del suicidio del Führer. Salió de la ratonera esquivando de milagro a las tropas soviéticas. Fue apresado por los norteamericanos y encerrado luego por los británicos y permaneció tres años en prisión. Tras muchos avatares, la experiencia casi excepcional le valió en los años sesenta para representar a Alemania en las oficinas de la OTAN en Washington, donde encontró a muchos oficiales contra quienes había combatido.

Sobrepasaba los noventa años cuando decidió revisar sus notas de guerra y publicarlas en un libro que después, en 2007, fue traducido al español, *En el búnker con Hitler*, relato presencial del fracaso absoluto del poder omnímodo. Domina en la cubierta la mirada demencial del gran dictador y ese bigotillo que se hizo más popular en la parodia dirigida y protagonizada por Charles Chaplin. Hasta el final de la guerra, Loringhoven, confesó que no había tenido idea de las atrocidades cometidas por el régimen nazi, y muestra a su antiguo jefe —Guderian— en frecuente desacuerdo con el Führer, pero libre de toda relación con el atentado del 20 de julio de 1944.

Con sobria objetividad, da testimonio de la venganza de Hitler contra los autores de aquella operación, empezando por Stauffenberg, ejecutado esa misma noche junto a ocho altos oficiales, entre ellos un mariscal y dos generales. Gracias al suicidio, otros conjurados evitaron la suerte de los oficiales sentenciados por el tribunal del pueblo el 8 de agosto y colgados como reses al atardecer. Con demente satisfacción, Hitler contemplaba en su guarida las fotos que por orden de Fegeleing captaban la agonía de los ajusticiados. Había cundido el terror en el alto mando. Nadie estaba libre de sospecha. El mariscal Rommel escapó de la condena porque su reputación militar le otorgó el privilegio de elegir entre la ejecución de la sentencia inapelable o la copa de veneno.

El Führer de esos meses era apenas el espectro del caudillo intimidante visto en la tapa del libro. Tirano acorralado, intentaba demorar su funeral. Doblado sobre mapas adulterados a propósito por los obscuros servidores que medraron a su sombra, dirigía una guerra imaginaria, con divisiones ya esfumadas. ¡Ay, de quien disintiera! Pero, a espaldas del líder, cada adulador trataba de escapar al ajuste de cuentas. El primer lugarteniente, Goering, en uniforme blanco, maquillado como señora, hizo reír a los soldados victoriosos con la propuesta de rendición. El fiel Himmler, brazo ejecutor de los horrores, intentaba salvarse mediante la capitulación. Hitler enloqueció cuando lo supo.

La noche del 29 de abril de 1945, horas antes del suicidio, se casó con Eva Braun. En el banquete improvisado faltaba Fegeleing, asistente de Himmler y cuñado de la Braun. Se trataba de un oficial siniestro, muy condecorado por Hitler. El gran dictador ordenó que lo buscaran. Sospechoso de traición, fue ejecutado de prisa, sin foto, en los jardines. No tenía otro regalo de bodas el hombre que había estado a punto de adueñarse del mundo.

En el centenario de nacimiento, Loringhoven merece ser releído, aunque solo fuese para comprobar –parafraseando a Heráclito— que nadie se sumerge dos veces en el mismo libro.

(Avance, No. 269, abril 2014, p. 7)

Gabriel García Márquez: pasión por la escritura

Hundido en el traje de campaña, el guardia apunta los datos personales del visitante.

—¿Lugar de nacimiento? —pregunta, acercando el farol.

—¡Aracataca! —responde sin titubear.

El guardia miró al joven reportero con incredulidad y le dejó pasar.

Comenzó así un viaje de cuatro meses tras la Cortina de Hierro.

Por cierto, la Cortina era apenas un palo con un letrero en letras rojas (cuatro años después, en 1961, se levantó el Muro de Berlín). Esa excursión ha quedado registrada en las crónicas que Gabo envió a revistas de Colombia y Venezuela, en las cuales el paraíso socialista se muestra como un mundo gris, ruinoso, lúgubre, habitado por gentes taciturnas; un paisaje humano fantasmal muy similar al que había observado el andariego visitante en varios rincones olvidados de Colombia. Desde luego, igualmente falso le había parecido el apresurado esplendor urbanístico de Berlín Occidental, pues la atención del reportero rebasaba lo ideológico. Los textos seducen por una fuerza descriptiva que permite entrever una verdad que hoy es casi un lugar común: los espacios sociales que el ser humano se afana en construir son los mismos que luego lo modelarán por dentro y por fuera.

Tres años antes, en 1954, había escrito reportajes sobre la realidad política y social de algunas zonas del Caribe. Son entregas anunciadoras de un nuevo arte encaminado a cautivar a través de las imágenes. Allí están, en boceto, los ambientes y los personajes que pronto irán del periodismo a la literatura. La Marquesita de la Sierpe (marzo, 1954) es una española rubia e inmensamente rica. Dotada de poderes sobrenaturales, sale una vez al año a curar y a dar consuelo a los afligidos que habitan en sus vastas posesiones. ¿Será ella la soberana absoluta del reino de Macondo que en 1963 vendrá a morir en *Los funerales de la Mamá Grande*? En 1955, el periodista colombiano envió una serie de crónicas exclusivas desde Roma y Ginebra. Se perfila en ellas el

contraste entre el resplandor y la miseria en una Europa vista por el ojo asombrado del narrador latinoamericano. Relata, por ejemplo (agosto, 1955), un congreso mundial de testigos de Jehová que reunió en Roma a ocho mil turistas de todos los colores. No venían en pos de ver al Santo Padre, sino en pos de prepararse para el fin del mundo.

Por fortuna, aquello no ocurrió, y el Gabo tuvo tiempo para adaptar a su experiencia periodística la estructura de las novelas iniciales, *La hojarasca* (1955) y *El coronel no tiene quien le escriba* (1962). Estas obras delinearon para siempre los rasgos seductores de su estilo, y demostraron que la única forma de aprender a escribir es escribir y, por supuesto, leer; y que lo demás es cuento.

El autor se había alejado del mundo mágico natal y había viajado a la sombría Bogotá para cursar Derecho; pero nunca pudo sustraerse al encanto del Caribe multicolor de la infancia. Venció al aburrimiento de los códigos mediante la lectura; primero, la poesía universal, y luego la novela: los autores franceses, rusos, ingleses, norteamericanos, españoles. Leía en el recreo, en el patio, en el tranvía. Kafka y Faulkner lo iluminaron bajo el cielo caribeño en noches interminables de bohemia en Cartagena y Barranquilla, donde el entonces vendedor ambulante de libros escuchó el llamado del bosque; es decir, el llamado de la vocación artística. Abandonó todo y se entregó a su destino.

Aventura estética tan singular, que en 1982 mereció reconocimiento universal, partió de *La hojarasca* y de *El coronel no tiene quien le escriba*, obra esta última que revela un temprano parentesco espiritual con el Quijote. En efecto, el coronel y su mujer asumen, cada cual, una actitud opuesta, pero al propio tiempo solidaria frente al reto de sobrevivir. Tal como el héroe cervantino, el coronel se aferra a la ilusión, en tanto que la mujer procura devolverlo a la dura realidad. Pero ambos sobrellevan en secreto la misma incertidumbre. Y ni ellos ni el lector sabrán jamás lo que pasará el veinte de enero.

Una vez cerrado el libro, recordará el lector los nombres de los personajes, menos los del coronel y su mujer, quizás porque hay prototipos de la condición humana que no han de ser nombrados.

(*Avance*, No. 270, mayo 2014, p. 7)

El azar y la voluntad de vivir

Tras larga espera, entraba el profesor con su abanico de hojas amarillentas y se ponía a dictar clase a unos alumnos asimismo trasnochados. Es una de las impresiones que Egon Schwarz conserva de su paso por las aulas de la Universidad de Cuenca en 1948. (*Años de vagabundo forzado*, México, D. F., EÓN, 2012).

A los 26 años de edad llegó al Ecuador. Vino a Cuenca en calidad de refugiado para reunirse con sus padres, judíos austro—húngaros escapados de la persecución nazi. Oskar, el papá, había traído de Viena la afición al pincel y confió algunos cuadros suyos a la Casa de la Cultura. Egon consiguió revalidar los estudios secundarios y graduarse en el colegio “Benigno Malo”. Acto seguido, el flamante bachiller se matriculó en Derecho y decidió probar suerte enviando al exterior sus documentos académicos (idiomas, traducciones; ensayos, algunos de ellos recogidos en “La Escoba”).

Debía parte de su autoformación a una vasta experiencia de proscrito. En la infancia, Viena ya no era la capital esplendorosa, musical, acunada por el Danubio. La primera guerra mundial había arruinado a la antigua ciudad universitaria, románica, gótica, barroca, neoclásica. Atestada de menesterosos y enconada por el odio antisemita, Viena había añadido a esos desastres la anexión al III Reich, en 1938. Cumplía 16 años cuando la familia decidió huir de la demencia hitleriana.

Los Schwarz evadieron las redadas y lograron viajar de contrabando a Praga, donde consiguieron pasaportes para Bolivia. Volaron a París y luego abordaron en la costa francesa el “Orduña”, enorme barco negro en cuya tercera clase se apiñaba lo que el fascismo consideraba escoria humana. Tocaron las Bahamas. De pronto, iluminaron el navío los colores de Jamaica y después la blancura indescriptible de La Habana. Más allá de los vientos del Golfo, la imaginación atisbaba el perfil del continente. Egon aprovechó el viaje a fin de practicar el español con un artista republicano que huía de Franco.

En Bolivia gobernaba en 1938 Germán Busch. La revolución era en aquella época un entretenimiento nacional. Un militar ganaba el

palacio de gobierno y otro militar venía, lo echaba por la ventana o lo colgaba de un poste. Egon vivió seis años en ese país y pudo descubrir las causas principales de la miseria andina: prejuicios coloniales, guerras inútiles, sumisión a las compañías extranjeras.

Las diferencias de clase parecían insalvables. Aunque poco podía hacer un judío para sobrevivir, algunos emigrantes visionarios emprendieron negocios inconcebibles en otra parte del mundo; traían, por ejemplo, un barco colmado de objetos bendecidos por el Papa y los vendían en las calles como pan caliente. Egon había entrado de obrero en una fábrica textil; pero a continuación se colocó, por obra del azar, en el Instituto de Arqueología y Prehistoria, en medio de antigüedades, osamentas, libros raros que él debía resumir en varios idiomas. Tenía 19 años. En aquel desorden, descubrió su inclinación humanista. Fue después a Cochabamba y se quedó largo tiempo en un empleo dándole vueltas a una manivela mientras leía a Karl Marx. Frustrado mercader, anduvo por la región de Sucre con las telas al hombro. Tres años trabajó en Potosí, en el infierno de las minas de estaño, que ardía alimentado con vidas humanas; pero —otra vez el azar— en ese pueblo perfeccionó el inglés y devoró trescientos volúmenes sobre literatura, historia, cultura universal.

La voluntad de vivir lo empujó a Chile; atravesó buena parte de Colombia y vino al Ecuador. Los documentos enviados desde Cuenca surtieron efecto. Le ofrecieron un puesto de profesor de alemán en EE. UU. Viajó, estudió en Ohio State University y obtuvo el doctorado, cinco años después. Se apasionó por la Filología; fue profesor en Washington University y en Harvard. Volvió a recorrer el mundo, ya no como judío errante sino invitado por universidades y academias. Uno de sus libros es esta autobiografía fascinante, testimonio de gratitud hacia la vida, una lectura por la cual hemos de agradecer a Claudio Cordero Espinosa, su compañero y amigo.

La fecunda existencia de Egon Schwarz, que va por los 92 años, honra al colegio que lo graduó de Bachiller —el Benigno Malo— que celebra estos días el sesquicentenario de fundación.

(*Avance*, No. 271, junio 2014, p. 7)

Roger Bacon: preanuncio de la modernidad

El joven navegante genovés había escuchado que después de las tormentas, cuando las grandes olas abandonaban las Azores, las playas amanecían tapizadas de extrañas especies vegetales no vistas en otra parte del mundo.

Ahora estaba ante al espectáculo descrito y recordó las palabras del monje franciscano Roger Bacon (1214—1294), quien había anunciado, dos siglos atrás, que era posible ir a las Indias navegando desde España en dirección al sol poniente. Además, el monje había enseñado que la verdad no emanaba de la autoridad sino de la observación directa. Si era así, los restos vegetales confirmaban la idea de que el mundo era redondo, pues provenían del otro lado del Atlántico. Tres lustros después de aquella observación, el 3 de agosto de 1492, el navegante se hizo a la mar en dirección a aquella tierra incógnita.

No solo la posibilidad de esta aventura, sino buena parte de la historia humana, a partir del siglo XIII, fue prevista por aquel sabio franciscano inglés. Como pocos en su tiempo, estudiaba los textos de Aristóteles en griego, dominaba varias lenguas orientales y fue profesor en Oxford y en la Universidad de París. Con la misma obstinación con que seguía el movimiento de los astros, se empeñaba en arrancar para la ciencia médica los secretos de la alquimia. Se cree que la reforma al calendario establecida por Gregorio XIII en 1582 coincidía con las enmiendas propuestas tres siglos atrás por el fraile franciscano. Se dice que ya fueron imaginados por él los inventos que a partir del siglo XVI acercaron al ojo humano los objetos lejanos, revolucionando el curso del pensamiento universal.

El siglo en que vivió Bacon —mitad mago y mitad hombre de ciencia— no fue propicio para tan brillantes lucubraciones que preanunciaban la modernidad. Avizó el poder explosivo de la pólvora y el ruido de los juegos pirotécnicos. Predijo que algún día los barcos surcarían el mar sin ayuda de remos; que habría vehículos sin

tracción animal; que naves voladoras atravesarían el cielo, sostenidas en artilugios mecánicos. Pero nada de esto consiguió entusiasmar a sus contemporáneos.

Otras inteligencias retomaron la tarea del fraile visionario. Una de ellas fue la de Leonardo da Vinci (1452—1519), menor con un año al gran navegante genovés (1451—1506). Estudió las propiedades del aire y de las aguas; observó el vuelo de las aves, el desplazamiento de los peces, y diseñó aparatos que habrían volado o se habrían desplazado por el fondo de los mares, si la técnica hubiera estado a la altura de sus esbozos. Aplicó el conocimiento matemático a la experimentación y elaboró grandes proyectos de ingeniería hidráulica; construyó aparatos mecánicos cuyos principios de funcionamiento no han perdido vigencia. La exactitud de sus estudios anatómicos obedeció a la observación del cuerpo humano en los detalles mínimos. Tras años de experimentar con los colores, dio la pincelada final a *La Gioconda*, una de las maravillas de su genio creador.

La de Nicolás Copérnico (1473—1543) fue otra mente excepcional. Tenía 19 años cuando Cristóbal Colón descubrió para Europa un nuevo continente. No se sintió atraído por el mar, sino por los espacios nocturnos infinitos. Observó el firmamento durante largos años y calculó con precisión matemática la posición y el movimiento de los cuerpos celestes. Descubrió así la falsedad de la teoría imperante y reveló algo que en la época fue una herejía: la Tierra no era el centro del universo, sino que giraba con los demás planetas alrededor del sol. El día no sucedía a la noche por obra de encantamiento, pues respondía a que la Tierra giraba con exactitud sobre su propio eje.

Las ideas sustentadas casi en secreto por aquel sabio inglés durante el siglo XIII presintieron el advenimiento de la modernidad. Las mentes se fueron liberando de la superstición, de la confianza ciega en la autoridad, y retomaron el camino que según Bacon conducía a la verdad: la observación y la experimentación. Mérito singular del fraile franciscano fue abrir la entrada al mundo de la ciencia: el conocimiento matemático. Han transcurrido ocho siglos y el eco de su voz resuena también en los dominios de la posmodernidad.

(Avance, No. 272, julio 2014, p. 10)

Zola: el fallo inapelable de la historia

Escortado por cuatro gendarmes, camina imperturbable el joven capitán, la frente en alto, el paso marcial. Leída la sentencia de degradación en los patios de la escuela militar, se le acerca un oficial de yelmo emplumado; le arranca las insignias, le arrebató el sable y lo quiebra sobre las rodillas. Afuera, la muchedumbre estalla en maldiciones contra el traidor. Condenado a cadena perpetua, el capitán será encerrado en la Isla del Diablo, en ultramar, la prisión francesa más lóbrega y segura del mundo.

Los gritos llegan a la casa del escritor Alphonse Daudet, adonde está invitado a comer el novelista Émile Zola, recién venido de Roma. Los dos amigos tienen la misma edad (han nacido en 1840). Informado sobre el origen de la vocinglería, el invitado se llena de indignación. Es inhumano —exclama— que la multitud ataque de ese modo a un solo hombre, por culpable que sea. Desde luego, nada sabía aún sobre el proceso que culminaba con la aplicación de la sentencia dictada por el Consejo de Guerra.

Ocurría esto el 5 de enero de 1895. Mientras estuvo ausente el padre del naturalismo literario, había circulado en París el rumor de que el proceso contra el capitán Alfred Dreyfus, de 35 años de edad, representaba una comedia montada para ocultar el estado deplorable en que se debatía la nación a finales del siglo XIX. Los periódicos avivaron el nacionalismo galo y enardecieron el fervor patrio ante el peligro de una agresión externa urdida por el judaísmo internacional. El patriotismo se transformó en odio antisemita. Así las cosas, apareció una carta anónima dirigida al embajador alemán con la oferta de informaciones secretas sobre el armamento francés.

¿Quién sería el oferente? Desde un comienzo se pensó en algún judío infiltrado en las fuerzas armadas francesas. ¿De dónde provendría? Se pensó que de Alsacia, una región fronteriza litigada por Francia y Alemania. Solo faltaba identificar al traidor. Se iniciaron las

investigaciones, hubo testimonios, confesiones; el escrito fue sometido al dictamen de tres peritos calígrafos. Dreyfus no tenía escapatoria. Oficialmente, era suya la letra; además, era un capitán francés, alsaciano, un judío miserable. ¿Se requería otra imputación para que fuera escarnecido por la muchedumbre y vituperado por una prensa fiel a los designios oficiales? La trama novelesca de esta conspiración ha sido llevada realmente a la ficción en *El cementerio de Praga* (2010), de Umberto Eco.

Tres años vivió Zola asaltado por la duda en torno a la responsabilidad del inculpado, hasta que las pruebas hablaron por sí solas. La letra pertenecía al comandante de infantería Ferdinand Esterhazy. El informe de los calígrafos había sido fraudulento. Lo demás, por decir lo menos, era un error del sistema judicial. Sin embargo, a pesar de las evidencias, el Consejo de Guerra absolvió a Esterhazy y dejó que el capitán Dreyfus continuara cargado de hierros en la Isla del Diablo.

Zola no pudo reprimir la indignación. Empeñó la vida, la fama literaria y la fortuna para proclamar la verdad y condenar la intromisión del poder en la justicia. El 13 de enero de 1898 publicó la carta al Presidente de la República, Félix Faure, intitulada *Yo acuso*. Se cuenta que ese día circularon trescientos mil ejemplares de "L' Aurore". La contienda entre dreyfusianos y antidreyfusianos se convirtió en debate ideológico: la izquierda defendía al inocente en nombre de la justicia; la derecha, a los culpables, en nombre del honor nacional. "¿Acaba la justicia donde comienza el interés de un partido?", seguía preguntando Zola en 1900, en otra carta dirigida a otro Presidente.

De hecho, Zola fue procesado bajo la presión implacable de la prensa oficialista. En el Consejo de Guerra pidieron que fuera borrado de la Legión de Honor el nombre de quien tanto honor había dado a Francia con su obra literaria. El trío de calígrafos cobró sus monedas acusándolo de difamación. Pero nada desalentó el compromiso del intelectual con la verdad hasta la hora de la muerte, el 29 de septiembre de 1902.

Dreyfus fue rehabilitado cuatro años después. Devuelto a las filas del ejército, defendió a su patria con honor en la primera guerra mundial y murió casi ignorado en 1935. ¿Valió la pena el combate liderado por Zola? Aunque ya ha respondido el veredicto inapelable de la historia, es vivificante volver sobre las páginas de "Yo Acuso", texto al alcance de todos en una nueva edición, patrocinada con acierto por el Consejo de la Judicatura, con prólogo motivador de Fernando Tinajero.

(*Avance*, No. 273, agosto 2014, p. 7)

Cortázar: perfil de lo invisible

Arte o necesidad, la manifestación estética halla perfección en el dominio de la forma. Ocurre también en la escritura. Así lo han enseñado grandes maestros de las letras hispanoamericanas en el siglo XX; entre ellos, Borges, Paz, Sábato, Cortázar, escritores recién evocados con singular afecto, dentro y fuera de Hispanoamérica, en las conmemoraciones centenarias.

Cortázar se inició como escritor en una época en la que el tema y su trama argumental habían destacado lo memorable y lo simbólico: la revolución fallida (México), la sublevación triunfante (Cuba). Por su parte, la narrativa alrededor de la tragedia del pueblo indígena despojado de su tierra (Ecuador, Perú), había creado personajes —al decir de Adoum— que no despertaban solidaridad sino compasión o repugnancia. Frente a estas prácticas, Cortázar intuyó que la subversión debía provenir de una llama interior independiente de la militancia ideológica; por tanto, el escritor tenía que ejercitarse primero en el lenguaje, pero sin desarraigarse del contexto social.

Las convicciones políticas no podían soslayar la evidencia de que el discurso literario fue en cierto modo cómplice de cuanto se había propuesto denunciar, pues hablaba sobre una realidad no vivida, sino vista desde la soledad del escritorio. Como en las demás artes, el instrumento —la palabra— necesitaba afinarse para captar lo perdurable en lo fugaz, lo cambiante en lo estático, lo gozoso aun en el hastío, puesto que cuanto gira alrededor del ser irradia humanidad e instaura una nueva realidad, legítimamente narrable, descriptible y digna de ser poetizada.

Leímos la obra de Cortázar, *Bestiario*, hace casi medio siglo; al releerla, vuelve a seducirnos la expresión franca, rebelde, la frase desnuda a la que ya nos había acercado a los ecuatorianos la demente lucidez de Pablo Palacio, con ese modo de aprovechar lo circunstancial y lo propio en el espacio, en el tiempo y, fundamentalmente, en el lenguaje. A través de lo visible, el nuevo arte literario nos dejaba mirar el perfil de lo invisible.

En uno de aquellos relatos, *Casa Tomada*, la lana se encrespa resistiéndose a perder la forma que la prenda tenía antes de ser destejada por Irene, mientras la vetusta casa se derruía entre el crujir de las maderas. Pero lo que de veras el lenguaje ovillaba no era el tejido, ni era el edificio lo que se derrumbaba, sino la visión romántica de un mundo que se venía abajo. Los jóvenes lectores de la época, hartos de las desventuras puramente literarias, tenían en *Carta a una señorita en París* la posibilidad de enriquecer el idioma y de alegrar los oscuros interiores poblándolos de conejitos blancos.

No era verdad que las casas antiguas estuvieran tomadas por espectros. Había escaleras, ventanas, mesas, libros, lámpara, balcones, puertas, alfombras, objetos que se relacionaban entre sí, se reanimaban de la mañana a la tarde y reposaban por la noche. Impasible ante la suerte de quienes habitaban, la morada urbana daba la impresión de que anduviera con el ajuar a cuestas, sin resignarse a su destino. En *Las puertas del cielo*, la ceremonia fúnebre se transformaba en un canto a la vida. En lo popular y en lo culto convergían el amor y el deseo.

El tedio se convierte en viaje entretenido en el relato *Ómnibus*, conforme se avanza desde San Martín y Nogoyá hasta Plaza de Mayo, pasando por el cementerio de Chacarita. El lenguaje organiza su propia secuencia porque el narrador ha cedido el puesto a Clara. De tanto ser mirada —quizás como la luna— la realidad cobra apariencia de ficción. ¿Quiénes van en el bus? Cada pasajero está presentado ante el lector por el ramo de flores que lleva para engalanar la tumba: la señorita de mirar vacuno armoniza con su ramo de claveles; un viejo cara de pájaro, con su ramillete de margaritas malolientes; por aquí y por allá se percibe la frescura adocenada y lúgubre de la grandes hojas rojas y los gladiolos lívidos; en la tercera ventanilla, un señor aprieta los claveles de piel rugosa, negra; por fin, dos muchachitas sostienen con absurda presunción el ramo de los pobres: dalias y crisantemos. Clara y su inesperado acompañante hallan, al final del viaje, el anuncio del porvenir: dos ramos de pensamientos destinados a celebrar la certeza existencial. Es probable que el lector vuelva a encontrarse con ellos, muchos años después, en la obra posterior de Cortázar, *Rayuela*.

(Avance, No. 276, noviembre de 2014, p. 7)

Borges: el lenguaje infinito

El pasado 14 de junio, la Argentina rindió homenaje a Jorge Luis Borges al cumplirse treinta años de su muerte. Poco antes de fallecer, el escritor mantuvo un ciclo de conversaciones con Osvaldo Ferrari, radiodifundidas en una serie de audiciones semanales a través de Radio Municipal de Buenos Aires.

Siete años después, Seix Barral entregó una selección de sesenta de aquellas audiciones, en las cuales Ferrari se muestra muy digno de ser el interlocutor que habría preferido Borges para dialogar, a los ochenta y cinco años de edad, consigo mismo, con el universo y la cultura, sobre el tiempo, la muerte, el destino, la idea de Dios, la poesía. Es quizá el testimonio final de la lucidez con que el escritor argentino siempre nos ha maravillado. Aquellos diálogos conservan frescura y actualidad; cautivan por la amena sencillez y la desbordante erudición; pero, sobre todo, por la sabiduría convertida en transparencia existencial. El estilo era el mismo, reposado, medido, cauteloso, del Borges que escribía a los veinte y tantos años, y del Borges que lo hacía a los ochenta; es decir, de cuando veía y de cuando ya no veía.

En una de las últimas conversaciones de la serie, gira el diálogo alrededor de la poesía de Góngora. Retoma para su propósito la idea expuesta sesenta años atrás sobre qué es la poesía y reafirma la duda acerca de la idoneidad del lenguaje como instrumento de expresión poética, ya que su rigidez inmoviliza al mundo cambiante. Vuelve entonces a sugerir los procedimientos que en su juventud había imaginado para renovar y enriquecer el lenguaje creando otras palabras y otras combinaciones eficaces que expresen la mágica e infinita abundancia de las percepciones.

El sustantivo es una mera abreviación de la realidad, y el adjetivo ha de batallar entre la medida y la desmesura, había pensado. El idioma apenas está bosquejado —advertía—, y es obligación del escritor multiplicarlo y variarlo. Al referirse ahora a Góngora, sostiene que conforme pasa el tiempo se tiende a sentir las cosas de manera diferente a la que sintió el autor, puesto que el lenguaje cambia y los textos están

para ser renovados por cada lector. Las mejores poesías de Góngora, dice con ironía, no son las más culteranas y gongorinas, y algunos de sus versos podrían ser recitados como los mejores de Quevedo si no los hubiera escrito Góngora.

Sesenta años antes de aquella rueda de conversaciones, el escritor se hallaba aún animado por el fervor ultraísta con que había regresado de España en 1921: detestaba los ismos, en especial el modernismo, y postulaba la metáfora como sustento de lo lírico. En medio de ese entusiasmo compuso una serie de ensayos que los recogió en un libro cuya existencia se hundió en el misterio: *El Tamaño de mi Esperanza*. El propio autor aseguraba que aquella obra nunca fue escrita. En la reedición por Seix Barral (1994), María Kodama supone que el tratamiento del tema de los neologismos o de las palabras criollas habría provocado el ignorarlo.

Sin embargo, desconocemos si Borges confesó el motivo por el cual abjuró de un texto efectivamente publicado en julio de 1926, con el sello de Editorial Proa, y que empezaba así: "A los criollos les quiero hablar: a los hombres que en esta tierra se sienten vivir y morir, no a los que creen que el sol y la luna están en Europa". Propugnaba un criollismo que sin dejar de ser argentino fuera universal. En una época en que tanto se insistía en el color local, él propone averiguar primero qué es lo nacional, trayendo a colación las coplas criollas. Y concluye: "...todavía queremos y padecemos en español, pero en criollo sabemos alegrarnos y hombrrear... el espíritu criollo puede añadirle al mundo una alegría...".

Pronto dejó de ser aquella aspiración juvenil una utopía porque el sueño se hizo realidad y advino un nuevo mundo percibido por los hispanoamericanos y universalizado a través del mismo Borges, Lezama Lima, Alejo Carpentier y Juan Rulfo; de Vargas Llosa y Gabriel García Márquez; y, más cerca de nosotros, si queremos hombrrear: de Ángel Felicísimo Rojas, Dávila Andrade, Juan Valdano, Eliecer Cárdenas, Jorge Dávila Vásquez.

A los treinta años de su muerte, resulta enriquecedor regresar sobre estas páginas. A los noventa años de publicadas, siguen vislumbrando el tamaño del porvenir que, como anhelaba el propio Borges, resultó ser más amplio que el tamaño de su esperanza.

(Avance, No. 296, julio 2016, p. 7)

Aproximación a Remigio Crespo Toral

Criterios autorizados han enaltecido su figura en el escenario político y cultural de finales del siglo XIX y primera mitad del XX, proyectándola sobre el telón de fondo del romanticismo ecuatoriano. El país y, desde luego, la apacible ciudad desde donde ejerció liderazgo de indudable repercusión nacional no han escatimado esfuerzo para inscribirla en el imaginario colectivo.

Va a transcurrir un siglo desde cuando fulguró en laureles de oro el reconocimiento de la Patria agradecida. Los vítores que resonaron en el espacio público durante los rituales de la coronación amplificaron el eco de las exhortaciones admonitorias que el poeta había pronunciado ocho años atrás:

“...Si queréis brillar por el ingenio, no os limitéis a levantar estatuas a vuestros escasos pensadores; no les deis piedras, en vida y en muerte, como dijo nuestro excelente humanista el doctor Tomás Rendón: dadles un puesto en la mesa y coronadles, en vida”.

Pero no satisfecha la ciudad con verlo coronado en vida, le ha reservado un puesto de honor en su historia. Hacia el sur, en el arranque de la amplia avenida diseñada desde antiguo, con admirable previsión, para ser el eje de la expansión urbanística de Cuenca, Crespo Toral preside, desde 1960, la actual configuración de la morada urbana. Aca-riciado por el rumor del río y asistido por el velado encanto de las musas, desde el monumento que perpetúa su memoria fija, igual que en la cultura, la linde entre la tradición y la modernidad. Asimismo, a pocas cuadras, a espaldas de la efigie del varón esclarecido, arranca una de las arterias viales de mayor afluencia ciudadana, aunque con el ilustre nombre ya un poco profanado por la economía del lenguaje popular: “La Remigio”.

Al volver a mirarlo sobre el pedestal, ha de recordarse que se eleva como una perpetua evocación del fulgor inapagable que ha iluminado desde tiempo inmemorial el alma colectiva: la inclinación

a poetizar la realidad. No se trata, como suele generalizarse al pie de la letra, de una tendencia natural a la fácil versificación; se refiere a una sensibilidad especial para percibir el mensaje estético que se desprende del entorno material y espiritual y, por supuesto, de una capacidad diríase ancestral para plasmar aquella percepción del universo en las diversas manifestaciones del talento artístico. Es quizá lo que ha permitido a los habitantes del terruño vivir y sobrevivir con fervor y alegría en una ciudad constantemente relegada por el centralismo, pero impulsada por el embeleso ante el paisaje. Aquella inclinación ha venido a ser el don secreto que ha permitido al habitante descubrir la poesía en cualquier lugar, "...y hasta en algunos versos", si es válido traer a colación lo que decía hace noventa años en su Buenos Aires querido el aún joven e irreverente Jorge Luis Borges.

Otra muestra de la profunda admiración que Cuenca ha profesado al egregio personaje es el cuidado de su espaciosa morada, que da por delante hacia la calle Larga y aún desafía, por detrás, al barranco milenario. En esa propiedad, hoy municipal, se prolongó hace casi cien años, según reza la crónica, la celebración de "las nupcias del poeta con la gloria". Allí, en sus salas, se fueron exhibiendo las ofrendas que llegaban desde varios rincones de la Patria como testimonio de adhesión al homenaje nacional. Allí, el autor dedicó a los invitados los primeros ejemplares de *Leyenda de Hernán*, poema narrativo que cuenta, a lo largo de 3.498 versos, el amor infortunado de Hernán por su adorable prima Juana. Transformada desde hace varias décadas en el Museo Municipal que lleva el nombre de quien fue su propietario, este bien patrimonial aún clama por la devolución de los preciosos dones que algún día atesoraron sus estancias.

Hombre de su medio, de su tiempo, Crespo Toral exhortaba a mirar las maravillas de la propia naturaleza para trasladarlas luego a la poesía, y recomendaba encontrar en sus encantos lo que otros pueblos buscan en las exaltaciones de la pasión. Con las diferencias generacionales de rigor, no cabe duda, sus reflexiones sobre el color local guardaban similitud con las que animaban por entonces a los poetas y narradores hispanoamericanos:

"Con filosofías y discursos —decía— no se hace las obras que sólo la naturaleza engendra. El procedimiento para hacer poesía nacional, criolla, nacida en nosotros, criada en nosotros, sentida, vivida, consiste en pensar por propia cuenta, meditar, ver y oír, aspirar el ambiente diario de las flores de nuestro jardín, haber entera posesión de nosotros mismos, para reproducirnos en la obra artística..."

Cuando el poeta examinaba los avatares de nuestro pasado, llegaba a la conclusión de que, si bien carecemos de un alma nacional, tenemos a nuestra disposición el arte del paisaje. Sin embargo, profundo conocedor de la literatura, del arte universal, llamaba a la juventud a desprenderse por igual de los clisés del clasicismo y de los modelos que por entonces imponían las corrientes literarias europeas. Y les traía a los jóvenes de la nueva generación el ejemplo aleccionador del poeta cubano José María Heredia, a quien atribuía el mérito de haber logrado pintar el cuadro propio, el color local, algo en lo que no habían podido acertar ni Andrés Bello ni José Joaquín Olmedo. Heredia había logrado dar:

“con más sinceridad que los poetas antillanos de habla española, más que todos los de su tiempo, la sensación del trópico, su poesía muelle, la intensidad de su luz y el alma de su naturaleza, a la que se incorporó esa otra alma inmensa de los conquistadores”.

Ser americano –sentenciaba— consiste en “expresar nuestro sentir, nuestra manera de observar, la cadencia no aprendida de nuestro canto. No pensemos con ajena cabeza, no sintamos el dolor en los libros sino en nuestra vida. No se avergüence nadie de trasladar al lienzo el paisaje interior, siempre que sea hermoso; pues el arte no se hizo para bajar sino para subir, y las llagas del cuerpo y la lepra del alma no quedan en la literatura, sino sólo, y por excepción, en las preciosidades de la forma...”

¿Consiguió Remigio Crespo Toral plasmar en su obra poética aquella idea innovadora de volver la mirada hacia lo propio para pulsarlo luego en las cuerdas de la expresión lírica? Es lo que deberían averiguar los jóvenes de las nuevas generaciones. Gracias a la renovación experimentada por el sistema educativo en nuestro nivel universitario, deben contar para este propósito con mayor afinamiento perceptivo y agudeza crítica.

Un aspecto, sin embargo, debe destacarse. El curso apresurado de aquellas reflexiones era el mismo que seguía la corriente del pensamiento estético hispanoamericano que en esa época movía a los escritores cuando intentaban construir, con los materiales de lo que era propio en cada país, la realidad y la ficción. En este sentido, son fecundos y no desprovistos de actualidad los pensamientos que nos legó en una prosa de veras cautivante.

Aunque al final de este acercamiento demos la impresión de apartarnos del contexto de época, deploramos que una mente poseedora de tan vasta erudición y dotada de tantos dones para indagar en el

pasado y avizorar el porvenir, no haya intuido, en la pequeña ciudad encerrada en el paisaje, que el ser humano, como había proclamado mucho antes José Martí, no puede hallar la felicidad en una sociedad injusta. Crespo Toral pensaba que la invasión conquistadora, si bien nos privó de la libertad, nos dio a cambio “más altas y sobradas cosas”. Al pie de los Andes neblinosos, las brumas ideológicas no dejaban ver que aquella invasión también nos había privado del ímpetu de vuelo.

(Avance, No. 297, agosto 2016, pp. 20–21)

Regalo de fin de año

No podría virar la página del calendario esta columna sin antes honrar la deuda contraída por todo hablante de español con don Miguel de Cervantes, ahora que han corrido cuatro siglos desde su fallecimiento (Madrid, 22 de abril, 1616).

Se cree que murió aquejado de diabetes, al cabo de una vida azarosa, aunque llena de aventura. Entre el nacer (Alcalá de Henares, 1547) y el morir, el periplo existencial empezó en la niñez con la familia en busca de trabajo por Córdoba y Valladolid. Muy joven se vio obligado a refugiarse en Roma acusado de herir a un rival en una reyerta. Allí se alistó en el ejército para combatir a los turcos; luchó con denuedo y fue herido en la batalla de Lepanto. Cansado de las andanzas por Italia regresaba de Nápoles a España cuando la galera fue abordada por los corsarios, quienes lo capturaron y lo llevaron a Argel. Vivió cinco años en cautiverio, aislado y cargado de grillos después de cada intento de evasión, hasta el día en que un fraile trinitario se apiadó de él y reunió los quinientos ducados de oro exigidos por el rescate, como si el soberano argelino Azán Bajá hubiera regateado el verdadero valor de su cautivo.

Instalado en Portugal, fue comisionado a Orán en razón de su experiencia. Cumplida la misión regresó a Lisboa y pronto se trasladó a Madrid para dar comienzo a su actividad literaria a la edad de 35 años. El resultado fue *La Galatea*, obra a la que siguió un silencio de dos décadas. A los 37 años contrajo matrimonio con Catalina de Salazar, una muchacha que frisaba en los diecinueve abriles. El matrimonio vivió largo tiempo en Esquivias, hasta que Cervantes decidió probar mejor fortuna en Sevilla. Se fue solo y anduvo trece años por allí, primero en calidad de comisionado de provisiones para la flota española y, después, como recaudador de alcabalas en Granada, ocupaciones que lejos de ayudarle a mejorar la condición familiar le ocasionaron mil problemas hasta el punto de ir a la cárcel acusado de mal manejo de las recaudaciones. La situación no era novedosa para él, puesto que también habían conocido la prisión por sospechas igualmente infundadas el padre y el abuelo.

Tal era el estado de los negocios personales cuando intentó en vano conseguir un destino en el Nuevo Mundo. Retornó contrariado a Madrid, pero en 1604 decidió trasladarse con la familia a Valladolid, impulsado por el anhelo más importante de su existencia: la publicación del *Quijote*. Compuso el prólogo y los textos preliminares. En 1605 experimentó la alegría más intensa de su vida, cual fue la de ver en circulación los primeros ejemplares. ¡Entusiasmo pasajero! La adversidad volvió a ensañarse contra él inmiscuyéndolo esta vez en la muerte de un hidalgo trasnochador. Entretanto, cientos de ejemplares llegaban ese mismo año al Nuevo Mundo, hacia donde Cervantes nunca pudo zarpar. Vino el *Quijote* en su lugar y aquí se quedó cabalgando entre nosotros, con diferentes nombres, para siempre.

En los primeros meses de 1606 volvió definitivamente a Madrid. Allí escribió el resto de sus obras y murió diez años después en su casa de la calle León, de donde fue llevado el cadáver para ser enterrado en la iglesia de las Trinitarias de San Ildefonso. La vivienda mortuoria permaneció en pie hasta 1833; en 1956, fue también demolida la vieja casa natal en Alcalá de Henares.

En consecuencia, el único vestigio material del tránsito del escritor es la modesta vivienda vallisoletana que le dio albergue durante un par de largos años. Intervenida y conservada con veneración por el Ministerio de Cultura de España, hoy es el *Museo Casa de Cervantes*. Un testimonio documental y fotográfico de esta morada fue editado en 2005, en el IV Centenario del *Quijote*, publicación que me ha traído de Valladolid mi hija Catalina. El mejor regalo de fin de año.

Al explorar en la vida del escritor, asombra por igual la forma en que consiguió sobrevivir con su familia y la forma asimismo admirable en que alcanzó la universalidad a la que un siglo atrás aspiraba para el idioma don Antonio de Nebrija. De hecho, la *Gramática* de Nebrija figuraba entre los pocos bienes que el buen cirujano don Rodrigo de Cervantes, padre del escritor, llevaba consigo a donde iba con su familia en busca de trabajo.

(Avance, No. 301, diciembre 2016, p. 7)

El misterio de la creación artística

El pasado 11 de diciembre, Diario El Comercio publicó el artículo *Cómo se gestó el Canto a Bolívar*, suscrito por el Canciller de la Confraternidad Bolivariana de América. Atendiendo al verbo gestar en la segunda acepción académica (desarrollar una idea o una tendencia individual), abundaremos sobre el tema.

Si bien en los primeros poemas Olmedo se identificaba con el poder colonial, su arte fue cobrando altura conforme el futuro cantor evolucionaba ideológicamente hasta asumir los imperativos de su tiempo. Las primeras composiciones ya preanunciaban un doble proceso —el ideológico y el poético— que años después confluirá asimismo en una doble victoria, la política y la estética.

Quien persiga el rastro de aquella temprana producción se sorprenderá al encontrar versos enteros engastados después por el artífice en *La Victoria de Junín*. Por ejemplo, el verso 107: “su voz un trueno, su mirada un rayo”, es la reelaboración de un par de versos, de tono ciertamente menor, trabajados diecinueve años atrás en “Prólogo a la Tragedia *El Duque de Viseo*”:

“Se teme más que el rayo su mirada
más que el trueno su voz. (...)”.

En 1811, representó a Guayaquil ante las Cortes de Cádiz, en donde resonaba la vehemencia oratoria de Mejía Lequerica, cuñado de Espejo. Tocado de su entusiasmo, Olmedo contempla desde el otro lado del Atlántico a su Patria habitada no por marqueses sino por indios explotados hasta la aniquilación, sus “compatriotas”. En 1812 estremeció en las Cortes su discurso sobre la abolición de las mitas, una suerte de relato indigenista, pintura suficiente para hacer llorar a media humanidad mucho antes de que en ello flaqueara el genio de Montalvo.

De España regresó Olmedo con ideas nuevas, pues maduraba en su ánimo el sentimiento antimonárquico. Al pasar por Lima dejó escrito en 1817 *A un amigo en el nacimiento de su primogénito*, este par de versos:

“Y, crinada de sierpes silbadoras,
la discordia indignada”

lo hallaremos ocho años después en Junín:

“Y la discordia en áspides crinada”.

Igual ocurre con esta otra pareja versal:

“Y, ¡oh triunfo! derrocados
caigan al hondo abismo”,

trasladada a Junín de este modo:

“húndete al hondo averno derrocada”.

En 1823, estuvo de vuelta en Guayaquil, comisionado para inclinar la voluntad de Bolívar a favor de la independencia del Perú. Al ponderar la marcha de Canterac sobre Lima, dice:

“todas las huellas de sus pasos quedan cubiertas de sangre y de ceniza”

Dos años después, versificará la misma idea para Junín:

“prosigue en su furor, y en cada huella
deja de negra sangre un hondo lago”.

Durante los siguientes tres años de retiro hogareño se dedicó a traducir al español el *Ensayo sobre el Hombre*, de Alejandro Pope. Saltan a la vista los versos llevados desde esta traducción a *La Victoria de Junín*:

“(…) y se prepara
la universal disolución del mundo” (Pope)

“ven el estrago funeral del mundo” (Junín)

Entre agosto y octubre de 1824, traducía la epístola II de Pope cuando recibió la noticia del triunfo de Bolívar en Junín. De inmediato se puso a formar planes para el Canto, al que también irán, entre otros, estos versos:

“y erupciones volcánicas arrasen
y sepulten los pueblos y naciones” (Pope)

“erupciones volcánicas arrasan
campos, pueblos, vastísimas regiones” (Junín).

Sin desdeñar lo episódico, debemos reconocer que *La Victoria de Junín* se vino gestando formalmente desde mucho antes de la victoria de Junín. Fue una explosión cerebralmente controlada, cual si Olmedo hubiera trabajado desde siempre en el poema de su vida. Es quizá el fondo de misterio (*inspiración*, llaman algunos) del que surge toda obra de arte perdurable.

(*Avance*, No. 302, enero 2017, p. 7)

La lucha contra la corrupción

No era el afamado don profético, sino la suerte de los perseguidos lo que le hacía presagiar a fray Girolamo el trágico final de su misión, que había consistido en luchar contra la ruindad que corroía al Estado y a la Iglesia, y en establecer una sociedad gobernada por la ley de Dios.

Coetáneo de Leonardo, tenía 46 años cuando lo arrestaron. En ambos proyectos había fracasado. Roma, las cortes y conventos seguían siendo focos de perversión. El anhelo de establecer una sociedad organizada según leyes divinas había devenido en un estado policial cuyos excesos indignaron a la ciudad de los Medici, habituada al desenfreno.

—No —había dicho un poco antes a los emisarios papales—. Prefiero la sangre del martirio al capelo cardenalicio—. Rechazó con gesto airado la oferta con que Alejandro VI pretendía acallararlo. Roma esgrimó entonces el arma más letal: la excomunión.

Fray Girolamo vivía consciente del riesgo que corría por destapar la podredumbre de los poderes civiles y eclesiásticos. Pero no imaginó que lo aprehenderían en la misma iglesia del convento de San Marcos en la que había predicado los últimos años ante multitudes pendientes de su palabra vibrante, apasionada. Su fama recorría los pueblos de una Italia seducida por el lenguaje directo del profeta. Pero aquel día —3 de abril de 1498— acababa de celebrar misa cuando la turba opositora irrumpió en el templo. Se trabó una lucha desigual entre defensores e invasores. A la medianoche, los que sitiaban el convento derribaron los portones. Los frailes fueron golpeados, arrastrados fuera del templo y entregados a la santa Inquisición.

Fray Girolamo sabía —por algo era profeta— que durante el proceso no habría a quién recurrir. Por decoro personal no pediría perdón, ni lo aceptaría de un pontífice revestido con todos los vocablos de la indignidad, pues hasta su elección a la silla pontificia había sido fraudulenta, simoníaca. El fraile recelaba de que, en el supremo instante, dudaría hasta de la asistencia del Dios a quien había servido desde la tierna edad. La primera mordedura de la cuerda le recordaría la fuga del hogar paterno para enderezar los pasos hacia

el convento dominicano de Bolonia, decidido a convertirse en fraile, renunciando al venturoso porvenir que hubieran podido depararle sus ancestros pudientes, honorables. Quizás volverían a su mente neblinosa los rostros de los antepasados, de sus padres en particular, dolidos por tan temprana e inesperada decisión de abandonarlos, y tal vez rememoraría las primeras lecciones impartidas por el abuelo, un médico de palacio muy respetado en Ferrara.

Presentía algo peor. Los inquisidores pretenderían primero ablandarlo mediante la tortura; le obligarían a firmar con mano trémula cuanto a ellos se les antojase después de que su cuerpo hubiera pendido al borde de la asfixia, apaleado, desgarrado, bañado en la propia inmundicia. Sabía que a pocos pasos del patíbulo lo despojarían de los hábitos, raerían con un hierro las yemas de los dedos que habían levantado la hostia y raerían en la nuca hasta borrar la tonsura; luego lo descalzarían y lo cubrirían de una prenda infamante. Pero nada de cuanto preveía desmayó su voluntad de luchar contra la corrupción. Lo que no esperaba fue que los verdugos se portarían tan magnánimos. El 23 de mayo de 1498, decidieron no quemarlo vivo; lo ahorcarían, primero, y luego dejarían que su cuerpo fuera consumido por el fuego, y sus cenizas arrojadas a la corriente del Arno.

En vano —cuenta César Vidal— el verdugo intentó ganar indulgencias avivando la hoguera antes de ahorcarlo; el viento desvió las llamas cuando el cuerpo oscilaba ante los espectadores que hace poco lo habían aclamado. Antes de expirar, el monje habrá visto —por algo era profeta— que él dejaba prendido un fuego más intenso que pronto abrasaría los espíritus en todo el orbe cristiano. Diecinueve años después, un fraile agustino pegaba en la puerta de la catedral de Wittenberg las 95 tesis que señalaron el inicio de la Reforma anhelada por Girolamo, a quien se dice que Lutero de veras admiraba. El florentino Maquiavelo tenía diecinueve años cuando el cuerpo del dominicano ardía en la hoguera. Nunca lo olvidaría.

En tiempos recientes, los padres dominicos juzgaron a Fray Girolamo Savonarola (1452—1498) digno de subir a los altares. Aunque no se coronara aquella aspiración, quienes han retomado, con igual firmeza, su bandera de lucha contra la corrupción, ya cuentan con un intercesor.

(*Avance*, No.306, mayo 2017, p. 7)

César Dávila Andrade

Vacilará el lector que se disponga a descender a las oscuras galerías del sufrimiento abiertas en *Boletín y elegía de las mitas*. Habiendo ascendido a las más altas cumbres, donde en verso labrado y refulgente “los candelabros alzan su lengua hasta tu nombre”, y donde era posible intuir la presencia del Altísimo: “...en la callada tierra de azafrán de los muertos”, ¿cómo interpretar sin partitura –se preguntará el lector—, acordes que corresponden a otro estado de conciencia, “en obraje de telas, sargas, capisayos, ponchos...”? ¿Cómo pasar de secuencias de riguroso esquema rítmico a inusuales registros de experimentación formal? La obra daviliana ha dado ocasión de hablar tanto que casi nada hay que añadir. La sola mención que hace Jorge Dávila Vásquez de la bibliografía sobre el poeta cuencano ocupa varias páginas.

Afortunadamente, viene en apoyo del lector la autorizada conclusión a que llega el propio Jorge, estudioso de la vida y la obra de su tío: “...el conocimiento de los dramas menores, desolados, amargos, insertos en la crónica de esas lacras inhumanas que fueron las mitas y obrajes, hace que se logre una pintura mural de vastas proporciones...”. Es la ruta por donde exploraremos en la secreta urdimbre del poema, seguros de intentar, a contraluz, una cautelosa aproximación pictórica.

Tal como en los albores del siglo XX se propuso el arte pictórico emular a la poesía y desprender para ello del espacio las imágenes, procurándoles autonomía y fuerza metafórica, de modo que el espectador las pudiera no solo intuir sino observarlas por ambos ojos, César Dávila Andrade retomó el procedimiento y perfiló el dolor universal mediante otro instrumento asimismo universal: la palabra. Surgió así el gran fresco estampado en el friso de la historia, a que también el lector—espectador pudiera percibir la realidad por ambos ojos, el del cuerpo y el del alma.

Las dimensiones que dan relieve a las imágenes y les infunden vida proceden de la armoniosa conjunción de espacio y tiempo. El primero, en cuanto descripción y narración, fija las coordenadas del acontecer; el segundo, en cuanto tratamiento temporal, infunde vida

y movimiento. En la trama, nada se ha confiado al azar, salvo algún caso puntual señalado por Hernán Rodríguez Castelo. La perdurabilidad del texto poético resulta de la trabazón, lúcidamente emparejada, de lo épico y lo lírico; por un lado, boletín; por otro, elegía. Esto ofrece explicación a por qué ha despertado interés para su representación escénica y, asimismo, para su interpretación sinfónica.

A ese designio inicial debe su éxito el poema, si es dable ponderar el valor de la obra artística con un vocablo —éxito— hoy convertido en simple moneda de cambio.

La tragedia indígena avanza sobre la superficie plana del texto por la irrupción de fragmentos narrativos que de pronto se desdoblán en lamento, en plegaria, en vaticinio. El drama se exagera por un reiterado esdrújulizar de las formas verbales a que estallen como látigo en manos del verdugo: cortáronme, dejáronme, moliéronme... Una creciente música de fondo viene pautaada por una economía sintáctica cercana a la lengua aborígen. Una forma adverbial apocopada, “tam”, resuena cual un golpe de rebeldía; reafirma al inicio del poema la presencia del yo colectivo; acompaña al clímax del dolor, en la mitad; hacia el final, se vuelve redoble de tambor para anunciar la victoria sobre la muerte. Aquel “tam” persistente confirma la casi imposibilidad de traducir la poesía.

El tiempo se acelera y agita el curso de la historia a través de la especial disposición de las formas verbales. En perfecto simple y copretérito se expresa el dolor étnico: trasquilaron, subimos, quebré...; había, decían... Una serie de infinitivos dobléga con furia imperativa la voluntad de las víctimas: a carmenar, a hilar, a lamer platos de barro... En fin, en presente intemporal se canta la victoria sobre la tragedia humana: regreso, regresamos, yo soy, yo soy, yo tam.

El manejo del espacio y el juego de la temporalidad van estableciendo un contrapunto entre la percepción sensorial y la captación intelectual de unas sombras errantes. Como el propio autor, aquellas sombras han dejado de estar en el aquí para permanecer por siempre en el ahora.

(*Avance*, No. 323, octubre, 2018, p. 7)

Jacinto Cordero Espinosa: la música interior

En un espacio ya distante, afirmábamos que no lo había abandonado el tono elegíaco de los antepasados; pero que rehuía la fatuidad y la imposición métrica.

Ahora, cuando ha conseguido el reposo largamente presentido, descubrimos que su vocación estética se gobernaba por una tensión creciente entre ritmo y melodía; es decir, entre la rutina laboriosa del artífice y el goce secreto del artista. El tranco pausado de la muerte fue una perpetua obsesión; leve, sigilosa, ineluctable, era acogida burlando la vigilancia preceptiva:

“su tacto tiende en el tibio amor de las luciérnagas:
la piel de mi silencio en la pradera.”
“Oigo crecer el Gran Silencio
y presiento la sombra de mi cuerpo
caída en la noche...”

Quebrantar la restricción métrica significaba en aquella época (1948), en la recoleta ciudad interandina, adoptar una actitud de rebeldía. Prevalecer, demandaba otra modalidad de ritmo, tarea solo abordable por quien poseía una propia música interior:

“¡Oh! la música leve de la hierba que crece en mi tacto,
—la pequeña eternidad sonora de los grillos en la calma—
y mi muerte impalpable en los pétalos...”

Era el ritmo logrado mediante la armonía entre el ser y el rumor de los recuerdos a menudo enlutados de la infancia:

“Tú vuelves con la bocanada verde
de un huerto perdido en la memoria,

entre aves como ángeles
y lentos círculos del moribundo crepúsculo”.

Esta armonía lo elevaba sobre la realidad: sereno, austero; sabio en un laconismo no exento de ironía, consciente de que el poema – igual que un hijo— se engendra en el silencio.

La Casa de la Cultura Ecuatoriana ofreció (2005) una selección del aporte que había brindado el poeta cuencano a la lírica nacional. Aquella publicación, que forma parte de la colección “Poesía Junta”, proporciona una visión integral de un autor favorecido por una prolongada y lúcida existencia (1925—2018), y revela el anhelo incesable de liberación, en la línea de su entorno generacional: la libre organización formal. Fue desvelo perseverante, coronado por hallazgos sorprendentes y por el encuentro de una permanente obsesión: la palabra poética esencial:

“si no soy nada
apenas una brizna de hierba / que el viento arrastra”.

Más cercano a las premoniciones de Vallejo que a la resonancia de Neruda –dos grandes maestros de la generación—, tampoco escapó, particularmente en la etapa inicial, *El canto del destino*, al embrujo del primer Dávila Andrade y a su mundo detenido en la nostalgia, pero recobrado en el mundo paralelo del arte:

“Con tímidas sandalias de luciérnagas,
y la piel más dulce del murmullo...”

No resultaba fácil eludir del todo los ritmos ancestrales, quizás por dos razones: le habían venido en el torrente de la sangre y, además, pertenecen a la naturaleza fonológica del idioma. Entre las abigarradas series versales, se difunde —suave música de fondo— la premura del heptasílabo:

“Que pueda yo una tarde
como la humilde canción de las cigarras,
retornar a la hierba”

el avance cauteloso del endecasílabo:

“yo he sorprendido el sueño de los duendes”

la declinación existencial en la suave cadencia del alejandrino:

“como el desintegrarse de la eterna arena”.

En *Los enigmas (2005)*, se recoge el poeta sobre la cima de la existencia para observar el funeral y el constante resurgir del mundo. Lo hace por la mira del filósofo, ya indiferente al rumor de la doble resonancia:

“la piedra de la soledad
la sombra de la noche
y el ancla de tiniebla de la muerte”.

El verso último del fragmento anterior pertenece al sistema umbilical que une al poema con la serena matriz de la cultura. Así creó el universo paralelo que se extingue y renace en la palabra:

“porque todo es solamente
apariencia, sueño breve
entre dos relámpagos”.

Acertó también en el momento oportuno de morir: en su música interior desafinaba el ruido estrepitoso del desconcierto universal.

(*Avance*, No. 324, noviembre 2018, p. 7)

Poder y degradación humana

Sin motivo aparente, el emperador estalló esa noche en carcajadas. Sentados a la mesa junto a él, dos cónsules se atrevieron a levantar la vista y preguntarle el motivo de la risa. Pensaba —les dijo— que con una mera señal podría hacerles estrangular en el acto a los dos. El mismo pensamiento solía asaltarle cuando acariciaba el cuello de una amante.

Era razonable que la gente se preocupara por conservar la cabeza. Después de todo, en ningún lugar está mejor asegurada que encima de los hombros; todo el mundo celebraba las extravagancias de quien, deformado por el poder, adolecía de una siniestra obsesión por el dolor ajeno. Calígula había heredado el temperamento de su antecesor, para quien el veneno administrado por Livia era remedio eficaz para los males del imperio.

Nobles y plebeyos preferían evitar a quien los observaba en el palacio, en las calles, en los espectáculos. Pero de poco servía la prudencia, pues bastaba una secreta delación para que el imputado afrontara un proceso. Acusado de adulterio, de blasfemia, de entrar en la letrina luciendo un anillo con la efigie del emperador, quienquiera podía terminar ajusticiado, hasta un poeta que hubiera cometido un verso cojo. Puesto que la ley impedía que una virgen culpable fuera estrangulada, el verdugo debía encargarse primero de solucionar aquel impedimento.

Soldados expertos en cortar cabezas lo entretenían degollando prisioneros. A un rey invitado al festival le hizo matar porque su atuendo había desviado del emperador la mirada del público. Durante un banquete, un esclavo había arrancado sin querer un adorno de plata. Calígula ordenó cortarle las manos y colgarlas del cuello, y que lo pasearan con el collar sangrante frente a las mesas, antes de degollarlo. Contrariado en cierta ocasión porque el público aclamaba en el circo a un partido contrario al que él animaba, deploró que no tuviera el pueblo romano una sola cabeza para poder cortarla.

Cumplía 29 años cuando el jefe de la guardia lo derribó. Los conjurados le atravesaron el cuerpo con las espadas. Arrastrándose como

una lombriz, pidió el golpe de gracia, puesto que conocía en cabeza ajena los horrores de la lenta agonía.

Estos son algunos rasgos de violencia relatados por Suetonio, cuyo libro está entre las fuentes de *Yo Claudio* (Alianza Editorial, 2016, 584 pp.) del inglés Robert Graves, una novela histórica contemporánea para ser leída sin levantar la vista.

En la ficción, el emperador Claudio narra su vida ligada a los años de gloria y de terror, desde Augusto hasta Calígula, pasando por Tiberio. Si bien las crueldades espeluznan, mueven a pensar si aquella barbarie no es parte de una herencia cultural de la que no ha podido aún sustraerse el ser humano. Desde entonces, la historia universal podría resumirse como un intento progresivo para plasmar aquel reclamo demente de Calígula cuando el público lo contrariaba. La ciencia y sus aplicaciones tecnológicas en la industria armamentista ya han probado que la humanidad puede llegar a poseer un solo cuello: la Inquisición, los gases en la primera guerra mundial; la industria hitleriana de la muerte; su contrarréplica, la bomba atómica; las Torres Gemelas, la lluvia de fuego sobre Bagdad.

El poder corrompe. Lo prueba la propia historia de Claudio, uno de los personajes más cultos en su época. A poco de ser proclamado emperador, se fue estrenando en los variados géneros de crueldad de sus antecesores. No lo relata Claudio, porque ficticiamente escribió su historia poco antes de morir envenenado; pero sabemos por Suetonio su avanzado deterioro mental. A la hora de jugar a los dados, hacía llamar a los compañeros de juego a quienes la víspera había hecho ajusticiar. Sentado a la mesa, esperaba largamente a su esposa Mesalina y preguntaba por qué tardaba tanto en llegar, sin acordarse de que también a ella le había hecho ejecutar.

Cien años antes de la muerte de Claudio (54 d C), Julio César desfiló triunfante en la Roma eterna, luciendo el lema "Veni, vidi, vici". Parafraseado más de dos mil años después, el lema resultó bárbaro en labios de una poderosa mujer que festejaba el asesinato de un líder árabe. La degradación humana a que conduce el más efímero ejercicio de poder no distingue sexo ni edad ni condición social.

(*Avance*, No.325, diciembre 2018, p. 7)

Da Vinci, maestro universal

La imagen exterior (esbelto, rubio, ojos azules) armonizaba con su carácter alegre y expansivo. Poseía una fuerza excepcional (presionaba en la mano una herradura y la doblaba). Amante de la música, tocaba un laúd diseñado por él; cantaba y danzaba. Iba al mercado, compraba un pájaro, lo liberaba de la jaula y se entretenía observando el vuelo, mientras pensaba en la posibilidad de echar a volar un artefacto. Siempre cordial, prefería en sus jóvenes discípulos la belleza física al talento. Por los conocimientos, el ingenio, el buen humor, encantaba a todos y era admirado en las cortes. Esta predisposición vital deja adivinar la expresión inconclusa —igual que sus pinturas— del maestro universal.

Sábato pondera que de día Leonardo construía puentes y represas, máquinas textiles, armas, juguetes mecánicos; investigaba los fenómenos de la naturaleza y se daba tiempo para fabricar objetos que aún maravillan, cinco siglos después. Pero por la noche se recluía en la morgue del hospital Santa María y se ocupaba en disecar cadáveres. Quería hallar entre los despojos, a la luz de un candil, el asiento del alma y el misterio de la vida.

Sigmund Freud destaca el contraste entre aquella delicada sensibilidad y el hábito de acompañar hasta el patíbulo a los condenados para observar el último terror y trasladarlo a sus bosquejos. De modo que se mantenía en una actividad incesante, impulsada a la vez por la energía de una mente científica y una vocación artística. Al pintar adoptaba las reglas aritméticas y geométricas que ya habían innovado el canon en la antigua Grecia, pero no dejaba de imprimir en los rostros el anhelo de infinito, que no proviene de la ciencia sino de alguna zona recóndita del ser humano.

Todo ello ha llevado a ver en sus pinturas la confluencia de claridad y penumbra, la conjunción de ciencia y sensibilidad pictórica; la perspectiva y el cálculo, por un lado y, por otro, el desborde emocional, elementos solidarios del humanismo renacentista, que reconocía el valor del ser humano en su individualidad. Doblegado por el tiempo, a la hora de morir (2 de mayo, 1519), lejos de la patria, en una pequeña

aldea al pie del Monte Albano, talvez reconocería con estupor que la mirada seductora y la sonrisa enigmática eran recuerdos neblinosos de la infancia trasladados al rostro de sus personajes.

Tal es la explicación psicoanalítica, hoy discutida, que ofrecía Freud. Tenía cincuenta años Leonardo cuando aceptó el encargo de retratar a Mona Lisa, una florentina con rostro de extremada belleza cuya sonrisa de labios alargados y arqueados probablemente coincidía con el recuerdo que él conservaba de Catarina, una bella joven campesina de Vinci, su madre. Hijo ilegítimo, no tuvo en la primera infancia otra experiencia que el contacto maternal, y esta fijación reprimida ensombreció su existencia. En *Santa Ana, la Virgen y el Niño*, las dos mujeres sonrían igual que Mona Lisa, y así lo hará, después, el rostro iluminado de *San Juan Bautista*.

Pero al margen de estas consideraciones, la vida de Leonardo transcurrió en un período histórico radiante. La luz del pensamiento había ido opacando el resplandor de las hogueras medioevales, y las miradas se volvían a la antigüedad clásica. La Florencia del siglo XV, como otras ciudades europeas, había sido el resultado de un largo proceso de urbanización que dejó atrás la organización feudal de la sociedad. Según Luis Racionero, el proceso se había iniciado en el siglo XI. Obligados por el incremento demográfico, los siervos de la gleba empezaron a abandonar las tierras para dirigirse a los centros poblados. En el tránsito —tomó varios siglos—, las olas de migrantes habían aprendido a negociar, a acumular el capital, lo que les facilitó, una vez asentadas, modelar una nueva ciudad, próspera, democrática y autónoma.

En aquellas condiciones ideales, surgió el individuo; esto es, la persona libre, consciente de sí misma, y posibilitó a que conciliaran hacia un fin único —forjar un nuevo ser humano— la prosperidad material y el afinamiento estético. Habían asomado a la historia los pensadores, los artistas y paralelamente los mecenas, dispuestos a invertir sus caudales en la plasmación de los sueños. Sinónimo de libertad, fue este impulso renacentista el que echó a volar el genio de Leonardo y el de Sandro Botticelli, el de Maquiavelo y el de Miguel Ángel; y fue también el que lanzó a la mar las carabelas de Colón.

(Avance, No. 331, junio 2019, p. 7)

Walt Whitman: entrevista imaginaria

No ha olvidado sus años de periodista y de tipógrafo en Brooklyn. Por un momento, el entrevistador quería ver en él al dandi que visitaba cafés y teatros en New York, con una flor en el ojal; o al viajero infatigable, al amigo del conductor de autobuses y de los trabajadores portuarios. Mostraba aún la fortaleza del carpintero, en Long Island, donde le asaltó la idea de escribir *Hojas de Hierba*. Conservaba la ternura del ayudante de enfermería que cuidaba a los heridos en la Guerra de Secesión.

Vivía en una casita de madera comprada con la octava edición de *Hojas de Hierba*. Recibía allí a intelectuales, artistas, periodistas y fotógrafos. Andaba por los 65 años de edad. Llegó en la calesa que le habían regalado discretamente para que pudiera pasearse por Camden olvidando las dolencias. Descendió con el aplomo jupiterino que conservaba desde los cuarenta años: melena abundosa bajo el sombrero, barba blanca bifurcada; mirada penetrante y afable. Condujo al reportero hacia el estudio, adonde llegaba el ruido de los trenes y el olor de los abonos.

—Háblenos de la rebeldía –inició la conversación el entrevistador.

—A los estados todos y a cada uno de ellos; a las ciudades de cada estado: / Resistid mucho, obedeced poco. / Cuando la obediencia no se cuestiona, cuando se cae en la esclavitud completa/ no hay nación, estado o ciudad de este mundo / que recobre su libertad.

—Era una rebeldía compatible con su amor al pueblo.

—Oigo cantar a América; tonadas variadas oigo. / La de los mecánicos alegres y fuertes; / la del carpintero, que entona la suya mientras mide las tablas y las vigas;/ la del albañil que canta la suya aprestándose a trabajar o a dejar ya el trabajo; / la del botero que canta a cuanto le pertenece en el bote y la del estibador que canta en la cubierta del vapor; / la del zapatero que canta al sentarse ante su banco y la del sombrerero, que entona de pie la suya (...).

—Estos versos enardecían la fe en la democracia.

—He aquí la cena servida a todos por igual. He aquí la carne para el natural apetito. / Es para los malvados como para los intachables. A todos invito. / No desdeñaré a uno solo ni le abandonaré: / la mujer prostituida, el que pide prestado, el ladrón, son mis invitados. / El esclavo de labios gruesos es mi invitado (...)

—¿Quién era en realidad Walt Whitman?

—Taño mi plectro bárbaro sobre los techos del mundo. / El último chaparrón del día se contiene para esperarme. / Arroja mi imagen tras la del resto y leal como el que más en la selva sombría, / me atrae hacia la neblina y el crepúsculo. / Me alejo como el aire. Sacudo mis blancos rizos ante el sol fugitivo en remolinos y los arrastro entre andrajos. / Entrégome al lodo, para luego crecer de la hierba que amo (...).

—¿No significaba asumir el papel de Dios?

—Oigo y contemplo a Dios en todos los objetos, aunque no lo entiendo en absoluto. / ni entiendo cómo puede haber alguien más encantador que yo (...) / Veo algo de Dios a cada hora de las veinte y cuatro y a cada momento pues, / en los rostros de hombres y mujeres, veo a Dios; y también en mi propia cara reflejada en el espejo.

—La vida y la muerte fueron sus obsesiones.

—¡Mirad este estiércol! ¡Miradlo bien / Quizá cada una de sus larvas formó alguna vez parte de un ser enfermo; pero mirad: / La hierba primaveral cubre los prados; / las habichuelas se abren paso sin ruido por el mantillo del jardín; / la delicada lanza de la cebolla hiende el aire (...). ¿Has sobrepasado a los demás? ¿Eres el Presidente? Eres nada. Más de uno llegará donde estás y más lejos aún, lo cual no les impedirá morir.

Iba cobrando mayor intensidad el coloquio cuando se detuvo un carruaje ruidoso a la puerta. Mary Davis, el ama de casa, irrumpió acezante para anunciar que Oscar Wilde había venido a visitarlo antes de retornar a Londres.

(Avance, No.332, julio, 2019, p. 7)

La muerte presentida

A los 28 años de edad, Mozart ya hablaba de la muerte como de una buena amiga. Siete años más tarde, mientras descansaba en un parque de Viena, presintió que ella venía a buscarlo. Se hallaba pobre y endeudado; así que intentó desafiarla apresurando la Misa de Réquiem que le habían encomendado, aunque en su fuero interno presentía que iba a componerla para sus propios funerales. Trabajó febrilmente, pero ella se le adelantó. La sinfonía quedó inconclusa.

Hasta que la ciencia explique las extrañas relaciones entre sensibilidad artística y premonición, resulta incuestionable el presentimiento de la muerte en los primeros versos del poema "Piedra negra sobre una piedra blanca" de César Vallejo:

"Me moriré en París con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo.
Me moriré en París -y no me corro-
talvez un jueves, como es hoy, de otoño".

Efectivamente, años más tarde, Vallejo falleció en París, no un jueves sino un viernes de abril de 1938.

Algunos poetas ecuatorianos de filiación modernista dejaron constancia de esta atracción fatal. Medardo Ángel Silva, el centenario de cuyo fallecimiento se acaba de recordar, finalizó el poema "La extraña visita" con este presentimiento:

"ella marcha conmigo y se acuesta en mi lecho
y su mirar oscuro toda mi vida abarca...
¿No ves, por mi actitud, que estoy como en acecho
del rumor con que boga su misteriosa barca?"

En febrero de 1919, la revista cuencana *Páginas Literarias* publicó un poema de Silva, aún más premonitorio, cuatro meses antes del disparo fatal:

“Que cuando emprenda mi peregrinaje
con sed de paz y con sed de perdón,
seas mi guía en el último viaje
Sor María de la Consolación”.

Por esa época, un grupo de poetas cuencanos asumió la tarea de renovar el panorama lírico de Cuenca. Irreverentes, rebeldes, se confiaron a las corrientes literarias que llegaban desde Europa. Simbolistas, parnasianos, cautelosamente modernistas, irrumpieron contra la hipocresía conventual y romántica. Oficiaron rituales bárbaros y fundaron revistas literarias de vida tan corta como la de muchos de sus oficiantes.

Emmanuel Honorato Vázquez Espinosa había traído de París los encantos prohibidos y, juntamente, los versos de los franceses malditos. A sus 30 años de edad, había desplegado una actividad multifacética: topógrafo, pintor, crítico literario, mecánico, fotógrafo. Una tarde de diciembre de 1924, se hallaba en uno de sus desempeños por el campo y entró a guardarse de la lluvia dentro de una choza en la que horas antes había muerto un indígena, víctima de fiebre tifoidea. El contagio mortal fue fulminante. Era lo que había presagiado en una de sus composiciones en prosa:

“Cuando desperté, me hallaba, sin saber cómo, en sitio por mí desconocido: dentro de una choza mal cubierta de paja, tendido en el suelo”.

Meses después, pereció ahogado otro oficiante cuencano, Rapha Romero y Cordero, a los veinte y cinco años de edad. Fechas atrás había exhortado:

“Haz de tu vida un cuento sugestivo y pequeño
y cuéntale una tarde, en secreto, a la muerte.”

No fue una tarde, sino una hermosa noche de luna, precisó Antonio Lloret Bastidas.

Cornelio Crespo Vega, en cambio, tuvo que esperar 19 años a que la muerte le permitiera cumplir, en un hotel de Quito, el anhelo expresado en 1922:

“Aun cuando te cause enojos
tras de mirarte querría
cerrar por siempre los ojos
para verte todavía”.

Con apenas 26 años, César Dávila Córdoba fue entregando en *Letras* (entre abril de 1916 y febrero de 1917) un ensayo que aún llama la atención por la agudeza crítica, sobre Remigio Crespo Toral. Entre los méritos del ensayo, hay que anotar el temprano acierto de Dávila al reconocer a José Asunción Silva, Gutiérrez Nájera y Días Mirón como precursores del modernismo. En mayo de 1917, la revista *La unión literaria* publicó el poema "Nostalgia", fechado así: "Portoviejo, abril 13 de 1917, a media noche". En una de las estrofas, anticipó, días antes, el trágico final:

"Mis castos sueños azules
lejos de su cuna mueren.
El viento está sollozando
en la calle un miserere".

En el mismo número de la revista, Crespo Toral escribió la nota necrológica. Por extraña coincidencia, en el poema de Dávila Córdoba, el ritmo anticipaba la musicalidad de "Autobiografía", composición en la cual, 23 años después, Alfonso Moreno Mora preanunció su propia muerte, tres meses antes de fallecer:

"Mi vida: una mariposa.
Quiere volar y porfía...
quiere salir y no acierta...
hasta que han de verla un día
al pie de los vidrios, muerta".

(*Avance*, No.333, agosto 2019, p. 7)

Un personaje injustamente olvidado

En 1938, presidía el Concejo Municipal de Cuenca Carlos Aguilar Vázquez, acompañado de los concejales Luis Guillermo Peña, Clodoveo Dávila Cordero, Daniel Octavio Barrera, Carlos Íñiguez Moreno, Leopoldo Abad Hurtado, Francisco Sojos Jaramillo, Nestorio Ugalde, Alberto Vélez, José Eljuri y Julio Abad Chica. En aquella época, las concejalías eran funciones honoríficas, pues constituía suficiente gratificación representar a la ciudad y velar por su progreso.

Un año antes, el 22 de octubre de 1937, había fallecido un personaje admirado por la sociedad cuencana. Su antiguo discípulo, Manuel Muñoz Cueva, lo recordaba tiempos después: “Su rostro trigüeño, tendiente a la palidez, tenía una expresión sumamente amable. Sonreía frecuentemente con marcada espontaneidad (...) Sus ojos grandes, ca-fés y expresivos (...) Carrilludo, el contorno del rostro semejaba a los retratos de Luis Felipe, rey de los franceses en 1830”.

Al día siguiente de la muerte se oficiaron las ceremonias fúnebres. Compitieron en la catedral los discursos que enaltecían los méritos del difunto, en especial los literarios. Habló así el canónigo teologal Víctor J. Cuesta Vintimilla: “Convencido de la necesidad de la educación artístico—literaria, fundó el Círculo Católico, centro en el cual se congregó gran parte de la juvenil intelectualidad azuaya. En él ensayó en las letras a más de una generación para honor de la Patria”.

Remigio Crespo Toral, Rector de la Universidad de Cuenca, dijo: “Educado con jugos de la tierra nativa, perfeccionado en la cisterna de aguas vivas de San Sulpicio, abeja americana que trajo miel de las flores de Francia, humanista de los pocos que nos quedaban, clásico por la medida, contagiado de romanticismo, el que —añadido a la corrección helenizada— da el fruto agridulce, delicia de la naturaleza y manjar literario de todos los tiempos”.

El poeta Agustín Cuesta Vintimilla metaforizó: “Antes que el inflexible barquero conduzca sus despojos mortales a la brumosa orilla del más allá, permítidle al último de sus amigos y discípulos, riegue sobre este montón de polvo, que torna a polvo, las humildes flores de la despedida, que bien lo merece el árbol que cae agobiado de frutos. Permítidle que junto al cirio apagado hable la voz de mi tristeza, cuando se esfuma la llama que ardía para todo lo noble, para todo lo bueno”.

No podía faltar el presbítero Miguel Cordero Crespo: “Hombre excelso, esplendoroso: a primera vista se imponía su prestancia no solo a los ojos del literato, del académico y del sabio, sino a los de todos los que se acercaban a él. El magnífico empleo de sus talentos, sus virtudes, más brillantes por más escondidas, sus cualidades de espíritu y de corazón quedarán escritos para siempre, como en palpitante pliego, en el alma de los que supieron quién era él”.

Se sumó a la despedida Luis Cordero Crespo (no el “grande”, que había muerto veinte y cinco años atrás): “No fui su discípulo literario, como casi todos mis coetáneos, pero le abrí mi conciencia de niño y de joven, y sus sabios consejos y sus ambles perdones descendieron a mi alma con frescura de rocío bienhechor. Ese rocío, al brotar por mis ojos, se ha transformado en lágrimas, y lo lloro, lo lloro profundamente...”.

Por último, cuando se devolvía al polvo lo que pertenecía al polvo, vibró la cripta de la catedral nueva con las palabras de Alfonso Andrade Chiriboga: “Entre sus manos tembló nuestra alma con las primeras juveniles emociones y por él, vertidas fueron en nuestros labios las primeras gotas exprimidas al panal de la belleza”. Y remató el discurso con estos versos, bien merecidos por el difunto: “Te has desprendido de la tierra esquiva / al igual que una alondra, en manso vuelo; / llevabas en el pecho un arpa viva, / y sus sonos solo eran para el cielo”.

El 20 de octubre de 1938 –íbamos a recordar—, el Concejo Municipal de Cuenca, presidido por Carlos Aguilar Vázquez, resolvió: “... la creación de un parque público que se denominará NICANOR AGUILAR, y que estará ubicado en la intersección de la calle Sandes con las avenidas Quito y Huaynacápac”. ¿En dónde?, se preguntarán muchos lectores. Podrían honrarle al sacerdote, orador, maestro, literato, periodista, averiguándolo, antes de que concluya el año del sesquicentenario de su nacimiento (25 de marzo de 1869).

(*Avance*, No. 337, diciembre 2019, p. 7)

Mujeres olvidadas

Activa, infatigable, enardecía al vecindario lanzando mueras al partido liberal. La llamaban *La Zapatera*, por el oficio del marido, pero su nombre era Manuela Barahona.

— ¡Dios y Patria! —resonaba el grito por todos los rincones de la ciudad, a finales del siglo XIX.

Una mañana, los varones en capacidad de empuñar un arma habían iniciado una marcha para ir a batirse contra el enemigo que amagaba la ciudad. Así que Manuela se sorprendió al verle dentro de casa al marido, jugando con la guagua. Le regañó airada por no haberse sumado a la expedición. Vacilante, con la vista baja, el hombre esgrimió mil pretextos que no bastaron para ocultar el miedo a improvisarse de recluta, él que nunca había lidiado más que con ella y no había manejado otras armas que la lezna y el martillo.

—No, hija —dijo—, no valgo para esas cosas.

—Entonces quédate con la guagua —replicó ella—. ¡Me voy yo!

Dicho y hecho. Salió en busca de un arma; bien provista de municiones, corrió en pos de los cruzados, que ya acababan de doblar el puente. Después de un instante de indecisión, cuando ella se empequeñecía a lo lejos, el marido se dejó ganar por el remordimiento; se levantó del banco de trabajo, se ajustó el sombrero hacia la nunca, como buen zapatero, y voló tras ella.

Consiguió alcanzarla al poco rato; pero ella, incorporada a la columna de expedicionarios, saltaba, el puño en alto, maldiciendo a los herejes. Mucho trabajo le costó al marido persuadirla de que le entregue el arma y retorne al dulce hogar; solo acertó a convencerla aduciendo que la guagua había quedado botada. El siguiente día, por la tarde, innumerables víctimas eran traídas del escenario bélico. La Zapatera sintió una corazonada, salió al encuentro y se abrió paso averiguando por el marido. Apenas lo hubo hallado entre unas zarzas, lo abrazó tiernamente, le vendó las heridas, lo incorporó y volvió con él a casa, orgullosa del trofeo que llevaba apoyado en los hombros.

En otro episodio, las tropas liberales daban bala desde su cuartel, en el antiguo Seminario. El grueso del ejército alfarista amenazaba con tomarse la ciudad y sofocar la rebelión conservadora. Reunidas en pequeños pelotones, las mujeres animaban a los combatientes de la resistencia con bebidas reconfortantes y con jarras de agua de ají y vitriolo para enceguecer al enemigo. Patrullas femeninas vigilaban por San Sebastián, por San Blas, intimidando a quien intentara dar vivas al caudillo liberal; aun así, no faltaron osados trasnochadores que lo hicieron y terminaron clavados en el suelo a botellazos.

Asimismo, fueron mujeres, lideradas por la Zapatera y por otra joven, Rosario Crespo, las que obligaron a poner pies en polvorosa a las tropas que guarnecían el cuartel. Congregadas en la plaza de Santo Domingo, dos mil mujeres se encaminaron al medio día a ese centro de operaciones, armadas de palos, cuchillos y otras armas improvisadas. Rompieron a pedradas el portón del antiguo Seminario y, al grito de ¡Muchachas, al puñal!, irrumpieron como un enjambre en el edificio. Por fortuna, aterrados por la incursión de un ejército nunca imaginado, los bravos defensores liberales habían corrido a refugiarse entre los escombros de la nueva catedral en construcción.

Después de la última batalla, cadáveres de ambos bandos se descomponían, regados por quebradas y laderas. Una valerosa mujer se ofreció para ir a enterrarlos. Se presentó sin miedo ante el caudillo triunfador, a quien le comunicó su propósito y le pidió que la ayudara. Alfaro la felicitó con visible admiración y dispuso que una patrulla la acompañara. Cumplida la noble misión, ayudada de numerosos campesinos, la joven regresó a casa al anoecer. Se llamaba Rosario Sánchez; poco después profesaba en la Congregación de las Madres Oblatas, fundada por el padre Julio María Matovelle.

Esta historia de valor y desprendimiento, protagonizada por innumerables mujeres cuencanas, fue recogida por el padre Prior de Santo Domingo; pero ellas han permanecido olvidadas. No deberían estarlo, pues nos dieron una lección de compromiso humano en momentos de convulsión social, al margen de la ideología conservadora que las había motivado. Es la razón por la cual ahora las hemos evocado, rescatando el ejemplo de valentía para estos tiempos de pandemia e incertidumbre universal.

(*Avance*, No. 341, junio 2020, p. 11)

Origen de una poética cuencana

El próximo 15 de julio hará dos siglos del fallecimiento, en Sevilla (España), del jesuita cuencano Pedro Pablo Berroeta, quien deberá ser recordado por ambos nombres, Pedro Pablo (aunque al tenor de la partida bautismal se llamaba Pedro Pablo Joseph Berroeta Carrión), para no confundirlo con el escritor venezolano Pedro Berroeta (1914).

El padre Berroeta había nacido el 29 de junio de 1737. Debió disfrutar, en su niñez, de los encantos del paisaje comarcano: la campiña, el aire puro de los bosques, el canto de los pájaros, el suave rumor de los ríos. Sin embargo, muy pronto se alejó de este paraíso y de la aridez cultural que amodorraba a la Cuenca de la primera mitad del siglo XVIII, pues fue admitido en edad muy temprana (1752) en la Compañía de Jesús. Cabe suponer que era un adolescente de clara inteligencia como para ser recibido en la Compañía, ya comprometida con el pensamiento humanista, libre e ilustrado, que empezaba a cambiar la visión del mundo a los dos lados del océano, en el siglo XVIII.

Culminados los estudios religiosos, fue destinado a las misiones de la Compañía en Mainas. Estuvo entregado a ese ministerio cuando le sorprendió la orden de deportación a Italia, junto a los demás religiosos, entre ellos su hermano mayor, también jesuita, Agustín Berroeta. La expulsión había sido decretada en 1867 por Carlos III, temeroso, como todo gobernante autoritario, de la influencia del pensamiento humanista y libertario en la América española. Era Berroeta el menor de los jesuitas expulsados de nuestro país; tardó tres años en llegar a su destino en Europa.

Poco se conoce acerca de sus actividades en los primeros años de extrañamiento. En 1798 estuvo con su hermano mayor en Barcelona, gracias al permiso otorgado por Carlos IV; pero en 1801 se vio nuevamente obligado a regresar a Italia al ser revocada aquella autorización, por el propio monarca. Desde 1815 se desempeñaba en Palermo como bibliotecario de la real biblioteca pública, con autorización para

leer libros prohibidos. Reconocida la Compañía de Jesús por Fernando VII, fue llamado a España y destinado a Sevilla, en 1818, donde falleció tres años después; fue entre los compañeros del extrañamiento, el último en morir, afirma Manuel María Pólit al restituir a Cuenca el nombre y la obra del jesuita, afán retomado luego por Aurelio Espinosa Pólit y Hernán Rodríguez Castelo.

Poco significaría el padre Berroeta para su ciudad por el mero hecho de haber nacido en Cuenca, si no fuera porque su obra lírica reúne lo elementos originarios de lo que podría llamarse una poética cuencana. Hemos de destacar la alta calidad de su poesía, anunciadora de la diáfana y exquisita sensibilidad que prevalecerá en el verso de los cuencanos a lo largo de dos siglos.

Hemos de ponderar, asimismo, el amor al terruño, expresado en la añoranza del paisaje nativo, los aromas del bosque, el rumor de los ríos, el canto de los pájaros. No se trata solo de elogiar lo americano frente al menosprecio con que el europeo del siglo XVIII miraba por entonces al Nuevo Mundo; es también el anuncio de la obsesión por la poesía nacional, tan pregonada por nuestros románticos del siglo XIX. Por otra parte, pese a haber sido compuestas en el destierro, las composiciones del jesuita no se lamentan de la suerte del proscrito; al contrario, ha llegado el momento para que el autor se ría de sí mismo y de los demás con el humor y la ironía que serán retomados en el siglo XIX por Solano y, en la primera mitad del siglo XX, por los jóvenes irreverentes del grupo ELAN.

Para no abrumarle al lector, solo aludiremos a otro elemento significativo, cual es la insatisfacción frente a la propia obra ya terminada. En efecto, luego de haber contado en ocho mil y más versos la historia de la Pasión, Berroeta está a punto de entregarlos al fuego, por cuanto sabe que la vejez no le dará tiempo para corregirlos.

¿No se anticipó así a concebir el poema como obra de arte inconclusa y perfectible, concepto llevado a la práctica por los poetas cuencanos al comienzo y al final del siglo XX?

(Avance, No. 344, enero de 2021, p. 7)

Cárdenas: la vida y la memoria

Recordamos la reflexión de Eliécer Cárdenas Espinosa en su último artículo de Avance (septiembre, 2021), "La Casa, ¿Y la Cultura?". Con indudable conocimiento de causa —él mismo fue semilla, y también fue floración—, desaprobó la gestión administrativa de la Casa de la Cultura Ecuatoriana a partir de la vigencia de la actual Ley Orgánica. El criterio sobre los efectos del nuevo orden legal era desfavorable, porque apagaron la creatividad y empobrecieron las expresiones culturales.

Por supuesto, ya se había desvanecido la utopía que persiguieron los fundadores (agosto de 1944), cual fue rescatar mediante la gestión cultural una autoestima lacerada por el desastre bélico y debilitada por efímeros gobiernos que frustraron la ilusión de cambio, emprendida, dos décadas atrás, por la joven revolución juliana. Pero la buena intención ha terminado en un ente burocrático que se mueve por inercia. Privada de autonomía y sometida al control autoritario, la gestión había quedado a merced de la inoperancia. Ahuyentados, muchos actores han ido cediendo el paso a los grupos minoritarios clientelares.

Sería injusto creer que, al evocar la figura de Benjamín Carrión, añoraba Cárdenas el carácter elitista de la Casa, considerado como su pecado original. Para descifrar la intención, debería presumirse que el comentario se sustentaba en el alto concepto de cultura que correspondía a un intelectual que vivió en permanente sintonía con los valores y las expresiones culturales de todos los tiempos para así entender y juzgar el aquí y el ahora.

La cultura es un proceso; es decir, dinamismo y cambio, pues cuanto el ser humano toca para embellecer el mundo o para deformarlo se convierte en cultura, a tal punto que hoy tiende a confundirse con la moda. Pero en su origen, el vocablo guardaba íntima vinculación etimológica con el arte de cultivar la tierra. La faena agrícola ha demandado siempre mucho esfuerzo y constancia: preparar el suelo,

echar la semilla y vigilarla desde el primer brote hasta el momento de recoger el fruto, la justa recompensa. En el ámbito del pensamiento y del arte se encuentra algo similar, irreversible; por ello, hubo momentos en la historia cuyas propuestas han gozado de vigencia permanente. Sucedió, por ejemplo, cuando se descubrió la belleza del orbe y, con ella, la libertad individual para recrearla y la autonomía intelectual para interpretarla. Todo lo que aún admiramos como fruto perdurable de la capacidad creativa de la mente humana ha sido el resultado de un largo proceso de cultivo. Nada nace de la nada.

Nos hemos referido al período denominado Renacimiento. El proceso demoró más de medio milenio para fructificar —hacia el siglo XV—, desde la época lejana en que los siervos de la gleba, lanzados a la diáspora por la presión demográfica, abandonaron sus territorios; se iniciaron como vagabundos, salteadores y feriantes; pero también se aventuraron por tierra y mar hacia mundos ignotos y aprendieron a observar, a convivir, a compartir y negociar.

Las personas surgidas de ese aprendizaje se establecieron en las pequeñas urbes, sobre todo en Italia, centros que prosperaron hasta transformarse en prósperas ciudades gobernadas por un sistema de autonomía y democracia. De este modo, el impulso migratorio había contribuido a estimular la economía y a perfilar una nueva cultura, urbana, universal. Pronto se descubrió a los clásicos griegos y latinos y, para emularlos, se refundó la Academia.

Paralelamente, se hallaron otras fuentes de placer: la lectura, el arte, el amor a las letras, dialogar, filosofar. Comerciantes afortunados pusieron la riqueza al servicio del talento creativo, propiciando la aparición de un nuevo ser humano, dotado de equilibrio emocional, de serenidad; un individuo refinado, inclinado al buen humor, que unía al gusto por el arte la fortaleza física y la alegría de vivir.

Un modelo elitista impensable en la uniformidad social contemporánea, se dirá. Empero, no ha habido mejor manera de ser dignos de pertenecer a la especie humana. Quizás fue esa amplia noción de cultura la que provocaba el malestar de Cárdenas Espinosa frente a la gestión de la Casa, una noción en la que caben plenamente la propia vida, la obra y la memoria del escritor, más allá del breve fulgor existencial.

(Avance No. 348, noviembre 2021, p. 7)

Saramago: su innegable don profético

Hay mucha preocupación por la suerte del IESS. Se dice que funcionarios corruptos, reciclados, siguen operando a la sombra de un gobierno empeñado en labrar su propia ruina, a espaldas de la población. Más tarde el gobierno en denunciar los intentos de desestabilización por un sector político innombrable que en entregar el manejo de la seguridad social y de la cosa pública en conjunto, a esa misma banda, que acabará destituyéndolo. Un final digno de apostarse.

El sobreprecio en obras faraónicas, el negociado de medicinas, la venta de fundas plásticas para los muertos en pandemia, entre otras fechorías, estigmatizan a más de un funcionario. Se repiten los nombres de personajes que disfrutaban de buena salud en el país y en el extranjero, luego de haber consumado una serie de fechorías que han sumido al país en la ruina económica y moral. Según algunos analistas (oficio reciente cuyo nombre proviene a veces del griego y otras del latín), la culpa mayor recae en una administración presidencial que privó al IESS de los aportes que legalmente le corresponden por parte del Estado.

En las redes, circulan lamentaciones de toda índole sobre la situación del IESS, pero sin ofrecer soluciones, salvo una referida a la eliminación de las pensiones que cobran, sin hacer nada, los ancianos acogidos a la jubilación. Ya expresó alguna vez el responsable de aquella travesura la sorpresa que le había causado saber que los jubilados recibían una decimotercera y una decimocuarta pensión. De modo que aquella propuesta es un eco camuflado de la doctrina ya aplicada en el país del siglo XXI.

A la luz de aquel discernimiento malévolo, los jubilados constituyen un peso muerto para el IESS y para la sociedad. Para el IESS, porque malbarata sus fondos al entregarlos a un sector que no hace nada; vagos que no contribuyen al progreso. Para la sociedad, porque constituyen una carga de la que no atina a liberarse.

A este propósito, nos vendría muy provechosa la lectura del libro *Las intermitencias de la muerte* de José Saramago, una forma de rendirle homenaje en el centenario de su nacimiento (1922—2010), aunque ya obtuvo elogios y reconocimientos en vida; doctorados honoris causa otorgados por prestigiosas universidades europeas.

Un 31 de diciembre —cuenta Saramago— la muerte decidió no trabajar. A la euforia del primer momento por una supuesta inmortalidad, sucedió una grave problemática social: miles de personas, ya al borde del sepulcro, obligadas a pervivir agonizantes. Ancianos incurables atestaban los corredores en las casas de salud. No hay muertos, era la respuesta desesperante que provenía de empresas funerarias. Para los hospitales, para la Iglesia, para las compañías de seguros, presentaban un grave problema los jubilados con culpas y pólizas pendientes. ¿Cómo ganar espacio, vaciar los “hogares del feliz ocaso”? La solución aplicada por las fuerzas vivas fue tan pragmática como las que esgrimirían hoy quienes opinan que la eliminación de las pensiones a los jubilados podría salvar al IESS. Dicha solución consistía en dejar el asunto en manos de la mafia (maphia, en Saramago). La mafia ejecutaría sus planes siniestros en silencio, aliviando de ancianos a la comunidad y, asimismo, liberando de remordimiento a las instituciones ya acostumbradas a mirar para otro lado.

Transcurridos siete meses, la muerte volvió a trabajar. Lo festejaron los empresarios, que respiraban un aire transparente como el whisky. Pero los problemas se multiplicaron. Las casas de salud no atinaban qué hacer. ¿Dónde los ataúdes y los sepultureros, dónde los curas que presidieran el entierro de miles de fallecidos que se sumaban a los setenta mil moribundos que pervivieron mientras la muerte tomaba vacaciones? Renovar la confianza en la maphia era la solución.

Los sucesos que narra Saramago ocurrieron en un pequeño país, como el nuestro. Valga, entonces, la admiración que profesamos a su innegable don profético.

(*Avance*, No. 351, septiembre 2022, p. 7)

La colina de menta de un lucero

Hoy recordaremos a uno de los graves personajes a quien tuvimos la suerte de conocer a comienzos de la década de los años setenta. Circunspecto y afable, andaba por los cincuenta años de edad. A la caída de la tarde, era frecuente encontrarlo caminando alrededor del parque central, con el oído atento al repicar de las campanas y al canto vespertino de los pájaros. En ocasiones, se lo veía pasear por la avenida Solano, deteniéndose a trechos, extasiado ante la lozanía de un arbusto en floración o contemplando los matices con que la luz se desvanecía en el ocaso.

Si asomaba un amigo en el trayecto, no dudaba en invitarle a que escuchara unos versos últimamente trabajados o que mirara el pequeño rectángulo de cartón sobre el cual acababa de estampar un motivo que armonizaba con su fantasía. Acostumbraba llevar para el efecto un poema nuevo y el último retazo de cartón sobre el cual había pintado a la acuarela. Quien no lo conociera difícilmente habría pensado que se trataba de un poeta que salía a desempeñar su trabajo afanoso, consistente en recoger y atesorar con usura los elementos esenciales de su oficio: las palabras. Era un mago cautivado como un niño por la seducción combinatoria de los elementos del lenguaje.

En una ciudad de profunda tradición lírica, apegada a una retórica de trasplante peninsular, resultaba profana en esos años la irrupción de los jóvenes innovadores que años atrás habían fundado el grupo ELAN, en el cual militaba, junto a otros escritores y artistas cuencanos. De seguro, César Dávila Andrade los alentaba desde el otro lado del tiempo. Se muestra admirable aquella rebeldía porque la pequeña ciudad no abrigaba las condiciones para las rupturas, las asociaciones insólitas, los revuelos metafóricos que acrecentaban la posibilidad expresiva del creador en las grandes ciudades hispanoamericanas.

Cultivar la poesía en Cuenca debe de haber sido muy distinto a hacerlo, por ejemplo, en Buenos Aires, ciudad que en la década referida —lo recuerda Jorge Luis Borges—, tenía una población cosmopolita de

siete millones de habitantes que disponían de una Biblioteca Nacional de novecientos mil volúmenes, y podían disfrutar de las funciones que se ofrecían en cuarenta y siete teatros y de las cuarenta conferencias diarias que se dictaban sobre los más variados temas; amén de las exposiciones pictóricas que exhibían obras representativas de todos los gustos y movimientos artísticos.

Distantes de esas vivencias culturales, los creadores cuencanos que conocían de las nuevas tendencias aspiraban a ubicarse a la altura de los tiempos a través del estudio, de la pasión existencial, de la práctica diaria en el arte de someter el lenguaje a la expresión poética. Y lo lograron con creces, para bien de la ciudad, pues universalizaron lo propio logrando que sus voces resonaran con decorosa identidad en el concierto lírico nacional e hispanoamericano.

Entre aquellos esforzados cultores del lenguaje estaba Arturo Cuesta Heredia, a quien recordamos ahora con motivo de cumplirse su centenario de nacimiento (1922—2006). En los años postreros de la existencia, había encontrado a la compañera ideal para compartir las vivencias otoñales. Liberado del rutinario prosaísmo que le habían impuesto durante muchos años las obligaciones de magistrado en la Corte Superior de Justicia, vivía a plenitud de su retiro, alejado del bullicio urbano y entregado a las actividades favoritas: leer, convocar a las palabras, pintar a la acuarela y disfrutar del paseo vespertino por la orilla del río que cantaba muy cerca de su casa.

Entre los testimonios que de él hemos guardado con fruición, porque revela una faceta talvez no conocida, la del hombre estudioso, consta el libro *La Poesía*, de Johannes Pfeiffer, obsequio acompañado de esta emotiva confidencia: “Marco: siempre soñé con un libro así... Es un libro amado”. Conservamos también un extenso poema suyo, compuesto en 1985, “En la muerte de mi canario Amadeus”, con una dedicatoria asimismo cordial, texto que lo habíamos dado por perdido. Alguna vez reprodujimos de memoria este fragmento, para envidia de los ángeles; breve estrofa que fluye con indudable sencillez y transparencia metafórica, fruto de una esmerada concreción espacio—temporal: la pintura y la poesía:

Ahora cumplirás tu anhelo,
esquiar en la colina de menta
de un lucero.

(*Avance*, No. 352, noviembre 2022, p. 7)

Reencuentro con un maestro de verdad

Se acaba de cumplir un año de su muerte. Maestro fue en el aula y fuera de ella: sólida formación, rigor académico, arte de enseñar. Su reconocido magisterio fructificó en una tendencia que ya ha alcanzado fecunda tradición. Fue pionero en el estudio científico y en la investigación dentro del vasto dominio de la economía, área del conocimiento fundamental para comprender las vicisitudes de la especie. Está presente en uno de sus mejores legados: la Facultad de Economía en la Universidad de Cuenca. Quienes recibimos sus enseñanzas en el aula universitaria difícilmente podremos olvidarlo: el porte altivo, la exigencia, la severidad y, al propio tiempo, la inalterable calidad humana.

Años más tarde, cuando ya estuvo liberado de obligaciones laborales y académicas, tuvimos la fortuna de volver a encontrarlo, no en el aula, sino en el plano invaluable de la amistad sin reservas. Pocas experiencias intelectuales pueden ser comparables a la vigencia inagotable del maestro que compartía su experiencia humanista con los antiguos alumnos, ante quienes abandonaba su talante de docente y se convertía en leal amigo, igualmente sentencioso, austero, radiante de agudeza. Ninguno de los temas le era ajeno; fuera de la presión de transmitir conocimientos, prefería discutirlos con franqueza en tertulias memorables, en las que despuntaba por sus dotes de excelente conversador, ameno, profundo, sugerente, tocado de ironía que a veces estallaba en penetrante humor.

Se abría su casa siempre generosa para quienes lo visitábamos, atraídos por el encanto del diálogo, generalmente iniciado por él a través del infalible método socrático, que remataba en juicios premonitorios, sentenciosos. Era este el privilegio de quien ha vivido a plenitud, ha conocido otros mundos y ha devorado cuantos libros puede atesorar una mente dotada de memoria prodigiosa, envidiable. Aún resuenan enriquecedoras sus palabras cuando orientaba la conversación hacia el relato de sus viajes, no en condición de turista que disfruta

de la buena estación, sino cual caballero andante que indaga por la certeza de sus premoniciones en el rastro de las culturas ancestrales y, al andar, comparte la realidad no siempre edificante de la misteriosa condición humana.

Su diario vivir entre los libros le llevaba a rebasar el área en torno de la cual había impartido cátedra. Dispuesto a satisfacer el interés del contertulio, la conversación fluía saturada de episodios y detalles acerca de los pueblos que había visitado en Oriente y Occidente, con amplios conocimientos de historia, la antigua y la moderna. Si en la plática afloraban inquietudes filosóficas, nos daba la impresión de que había mantenido trato familiar con Platón y Aristóteles; de que acababa de encontrarse con San Agustín en la esquina; de que había visitado esa mañana a Descartes, a Karl Marx. ¡Qué no habrá leído! Dante, Shakespeare, Goethe, Cervantes y, por supuesto, Sigmund Freud. Se refería igualmente respetuoso a los libros sagrados, la Biblia, el Corán, el Popol Vuh. No vacilaba en opinar de la poesía inglesa, de la francesa; en cuanto a la hispanoamericana, se mostraba seducido por la nostalgia de Vallejo. Era poseedor de un amplio anecdotario sobre los escritores nacionales y los personajes de la ciudad. En ocasiones, sorprendía su acervo de conocimientos médicos; sabía de las dolencias del cuerpo y de la mente de los seres humanos. En medio de este aparente maremágnum tan enriquecedor, no será exagerada la afirmación de que vivíamos con la extraña seguridad de que una mente dotada de lucidez, rayana en la clarividencia, permanecería para siempre entre nosotros.

No estuvimos errados. Mientras leía, viajaba, reía y conversaba, mantuvo en secreto la verdad de que había vivido también en acuciante olor de poesía. Lo supimos tres años antes de que rindiera tributo a la madre tierra, cuando condensó todo su acervo cultural, sus sueños, realidades y ficciones en un apretado formato de poemario. *Del oculto fulgor* (2019) es eso: síntesis vital, rastro indeleble del perpetuo caminar de Claudio Cordero Espinosa, un ser humano en constante plenitud, aunque dolido por los pasos implacables del amor perdido y de la muerte:

“Así pasarán mil años de estar muerto
y solo el polvo se levantará ignorado de mis huesos
junto al sotobosque ya borrado
donde yaces en cenizas,
y yo en el incendio de lo que no existe
destruido”.

(*A Silvia*, fragmento)

(*Avance*, No. 356, junio de 2023, p. 7)

Un eslabón generacional

“Mi relato será fiel a la realidad o, en todo caso, a mi recuerdo personal de la realidad, lo cual es lo mismo”.

Borges, “Ulrica”

Había nacido en Turi, en una propiedad contigua a la comunidad aborigen, lo que hacía necesario hablar el idioma ancestral. De la madre recibió las primeras lecciones. Niños indígenas fueron amigos de la infancia, con quienes jugaba y se entendía en la lengua del antiguo imperio incaico. Muy temprano, había aprendido francés de una tía monja. Estudió, por supuesto, y se graduó de abogado. Manejaba el inglés; leía a los clásicos griegos y latinos en la propia lengua. Ejerció la docencia en la escuela “Luis Cordero” y, después, en el colegio “Benigno Malo”, donde enseñaba francés. Con frecuencia se le oía en la vejez recitar en voz alta a Paul Verlaine: *Les sanglots longs des violons de l’automne...* Esta variedad de aprendizajes lo capacitaron para emprender la traducción al quichua: *El Cantar de los Cantares* (Taquicunata Yallicta, 1947), de Salomón; los poemas *Retorno a los Padres* (Yaya Cunaman Cutishpa, 1947), de Jacinto Cordero Espinosa; *Boletín y Elegía de las Mitas* (Mita Tarja Huiquillapish, 1968), de César Dávila Andrade.

Muchos recuerdos atesoraba de la infancia. Sobre todo, valoraba el modo de ser del pueblo indígena, con sus mitos, leyendas y paisajes; grupo humano subyugado, capaz de obrar con la mayor nobleza o de caer en la abyección. Fue solidario con las clases oprimidas y adoptó una postura ideológica que devino más tarde en la fundación del Partido Comunista de Cuenca (1947), provocando la airada reacción del conservadurismo provinciano. Recibió, en cambio, el entusiasta respaldo de los jóvenes intelectuales recién congregados en el grupo ELAN. Instituyó con ellos la Fiesta del Chumal, en evidente ruptura con la Fiesta de la Lira, que mantenía vigencia desde 1919. Sin duda, fue un eslabón generacional en el proceso de la cultura comarcana. A su lado estuvieron, entre otros poetas, Jacinto Cordero Espinosa, Eugenio

Moreno Heredia, Efraín Jara Idrovo, su ex alumno de escuela, quien lo tuteaba.

Su actitud innovadora lo llevó a ser el temprano iniciador del realismo social en la literatura azuaya. Publicados por entregas en diarios locales entre 1924 y 1925, los relatos se recopilaron, seis años después, en el libro *Cuentos Morlacos*, editado en la imprenta del "Benigno Malo". Publicar en periódicos equivalía a no haberlos editado, sostenía. Son cuentos que denuncian, testimonian, pintan el paisaje. Razones de espacio nos limitan a presentar dos muestras, referida la una a la idiosincrasia indígena; la otra, a la del mestizaje campesino.

Juanchito, personaje principal en "El Solitario" cortejaba a Manuca y ella le correspondía. El patrón, que ya había cobrado a la doncella la primicia, apoyaba el matrimonio. Sin embargo, un indio sombrío, Baltico, asesino de su mujer, también la pretendía y se adelantó a pedir la mano. El patrón se opuso con firmeza, de modo que se decidió fijar la fecha de la boda con Juanchito. Se pondría ella muy elegante, pollera sobre pollera. Baltico, enfurecido, amenazó "¡Ricuzhunmi!" (¡Ya lo veremos!). Llegó el martes de carnaval. Los de Quingeo lo celebraban con el juego del Pucara, al que estaba invitado Juanchito. Mas, sin que medie invitación, asomó Baltico, acechante. Se armó la fiesta. Entre pífanos, bocinas, gritos, los jugadores, que habían bebido trago con pólvora, empezaron la lucha tratando de herir y derribar al contrario con la guaraca, que para eso tenía bolas de plomo y piedras en el extremo. Fue el arma con que Baltico acometió a Juanchito al descuido, aprovechando la algarabía. Lo arrastró luego hasta la cima y lo desbarrancó. Dos meses después, Baltico se casó con Manuca. Se había puesto tan bella que el patrón no disimulaba su interés. Baltico vigilaba indignado, hasta que oyó en la quebrada el silbo del Solitario, ave oscura de cola blanca, cuyo canto, en el imaginario indígena, era anuncio indudable de adulterio. No esperó más. Invitó a Manuca a cosechar papas en el cerro. No bien hubieron entrado en la choza, le reventó de un golpe los labios, la desnudó, la ensilló, la hirió con la espuela y, por fin, sacó del fogón el freno incandescente y le acomodó el bocado de hierro. A la madrugada, cerró la puerta y se fue. La piltrafa humana tuvo aún quienes la codiciaran: los cuervos, finaliza el narrador. Así mató el indio Benigno Jaigua a su mujer, hace treinta años, aclara en una nota de página el autor.

"Ánfora Rota" (novelina) cuenta los amores de Rosalía y Benjamín, hijo del Teniente Político. Primos, de la misma edad, se lucieron actuando en la fiesta de la Virgen de los Dolores, patrona del poblado.

Ambos fueron enviados a estudiar en la ciudad. Benjamín, alumno muy aprovechado; no así ella, molesta por el discrimen que había sufrido en el colegio de monjas. De regreso al terruño, se juraron amor eterno; subieron a la colina y enterraron un huallo —cántaro de chicha— con la promesa de abrirlo el día de la boda. Pacho, hermano mayor del novio, también andaba tras Rosalía. Además, los planes de Jiménez —el Teniente— eran otros. Quería que el muchacho estudiara para sacerdote, “suprema aspiración del arribismo campesino”. A pesar de la resistencia, le obligó a entrar en el Seminario. Sobresalió de nuevo por la capacidad; pero la víspera de tomar hábito se fugó. Regresó al terruño y, cuando estaba con Rosalía, el Teniente lo sorprendió. Después de un brutal castigo, lo ató a la cabalgadura y lo devolvió al Seminario. Benjamín culminó allí su formación y recibió el orden sacerdotal. Al año siguiente, retornó a su pueblo y fue recibido con entusiasmo en una nueva fiesta de la Virgen. Pronunció el sermón, en que hizo una velada referencia a los padres que truncan la felicidad de los hijos. Un nuevo encuentro con Rosalía fue conmovedor; el sacerdote se esforzó para no deshacerse en llanto. Al día siguiente, se vio obligado a celebrar el matrimonio de Pacho con Rosalía. Aún dominado por la envidia, Pacho subió a la colina, desenterró la cántara, pero parte de la chicha se derramó por el alto grado de fermentación. La hizo pedazos de un puntapié. Con lo poco que había sobrado, brindaron los recién casados; Benjamín se rehusó. Más tarde, cuando el Teniente le contó que ha guardado una buena herencia dejada por la tía Luz, a condición de que se hiciera sacerdote, Benjamín reaccionó y recriminó a su padre por haberle sacrificado. Has hecho de mi vida un ánfora rota —le dijo—, señalando el tiesto. Así que dejó la herencia a la pareja de recién casados, ensilló el caballo y se marchó, no sin antes anunciar que entraría de monje en un convento de la capital.

Hacia la mitad de los años sesenta, el escritor cuencano era mucho menor a la edad que aparentaba. El poncho y la boina lo protegían noche y día, hiciera sol o lloviera. Así ataviado se le veía en la calle y así asistía a las sesiones de la Casa de la Cultura, de cuyo directorio era miembro respetable. Habitualmente, el bastón apenas le servía para sostener el cuerpo a la hora de avanzar hasta el parque de San Blas, o de bajar por la escalinata y tomar, a paso lento, por la orilla del Tomebamba. Necesitaba para ello la compañía de un amigo; en mi caso, menor a él con casi medio siglo, lo cual no impedía que fuéramos en aquellos años compañeros de columna en EL TIEMPO.

Cierta vez me preguntó a boca de jarro si desearía conocer al abominable Hombre de las Nieves, de quien había hablado en el paseo matinal. Mañana va a venir a mi casa a las once, aseguró, alzando las cejas. Allí estuve puntual, con temerosa ansiedad. De pronto, alguien golpeó a la puerta y, antes de que yo pestañeara, avanzó con apacible lentitud un personaje corpulento de cabellos blancos y cejas plateadas. Al notar mi perplejidad, el maestro se adelantó:

—¡Joven! —dijo—, le presento al director de la escuela de Las Nieves. Viene por el discurso de clausura del año escolar.

Las Nieves es el nombre de una parroquia distante. El recién llegado logró acomodar el cuerpo en una silla para escuchar del maestro la lectura de la pieza oratoria, escrita morosamente a mano, con letra impecable. Pero apenas hubo terminado de escuchar, el hombre le preguntó si podía intercalar una idea que se le había venido a la mente en ese instante.

—¡Qué brillante idea! —exclamó, mirándolo por encima de los gruesos lentes—; pero si la ponemos, no van a creer que el discurso lo ha escrito usted.

¿Quién era aquel maestro admirable? Aunque no haría falta nombrarlo, era el doctor Manuel María Muñoz Cueva (1895—1976), cuyo magnífico retrato —en poncho y boina— presidía hasta hace poco la Biblioteca que aún lleva su nombre en la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay.

(Coloquio, No. 71, marzo de 2024)



III

La realidad y la otra realidad



La libertad imaginaria

A propósito de la manumisión en la novela de Jorge Isaacs, recordábamos a nuestros libertadores. Nay, flor arrancada del suelo africano, había sido manumitida por el bondadoso padre de Efraín. Para el próspero judío que lo allanaba todo con dinero, comprar la libertad de la esclava era asegurar la fidelidad de un ángel de color para el cuidado de la frágil María.

De modo similar, atraer la voluntad del esclavo era asegurar la causa libertaria. Amplia información ofrece Nuria Sales en *Sobre Esclavos Reclutas y Mercaderes de Quintos*. El esclavo era carne fresca de cañón en los diezmados ejércitos patriotas. A comienzos del siglo XIX, uno de cada tres habitantes de la actual Argentina era negro. Terminada la lucha emancipadora, uno de cada catorce habitantes era negro. En Colombia, de cincuenta y tres mil negros esclavos, solo veinte y seis mil sobrevivieron a los rigores de la guerra. Los demás habían muerto en la primera línea de combate, viviendo a una libertad imaginaria.

Resonaba aún el eco de los clarines de Junín y Ayacucho, cuando el gobierno del Perú dispuso que todo negro esclavo que vagara sin boleto firmado por su dueño fuera aprehendido y devuelto a los antiguos amos.

Las palabras del Libertador estremecen cuando pondera los beneficios de manumitir a los esclavos: "¿No será útil que estos adquieran sus derechos en el campo de batalla y que se disminuya su peligroso número por un medio poderoso y legítimo?", se preguntaba en 1820.

Cuatro años antes, Bolívar había hallado en Haití refugio hospitalario entre los negros victoriosos. Comprometido con el general Pétion para abolir la esclavitud, a cambio de recursos y de voluntarios negros, inició con ellos la gran campaña libertaria. Ahora, cuatro años después, le asalta el temor ante el recuerdo de la rebelión haitiana (hasta hoy paga Haití el precio de su rebeldía). La palabra empeñada a Pétion le ofrece una salida bárbaramente visionaria: los negros serán libres, pero todo negro mayor de catorce años que no se incorporare al ejército patriota volverá a la esclavitud.

Los mandos militares interpretaron al antojo la doctrina abolicionista, pues la libertad devino en negocio de los amos. Si el Estado no indemnizaba al dueño del liberto, el manumiso compraba la libertad a plazos con su paga de soldado. La indemnización, si la había, cobraba el propietario del negro que hubiere sufrido mutilación en el servicio de las armas. Proclamada la independencia, muchos negros, sobrevivientes de jornadas épicas, se arrastraban sobre los muñones a merced de la caridad de aquellos a quienes habían libertado.

Terribles son las palabras del Libertador cuando habla de los indios puros, y la conveniencia de incorporarlos al ejército: "...cuanto más salvajes sean, los indígenas harán menos falta a la agricultura, a las artes, y de consiguiente a la sociedad; y no dejarán de ser buenos soldados porque sean salvajes..."

(El Tiempo, viernes 17 de enero de 1977)

Palabras al viento

El discurso del presidente hizo revuelo. Era admirable el conocimiento de la situación nacional y los arbitrios para salvar la crisis provocada por los malos gobiernos y la aciaga coyuntura internacional. Algunos fragmentos no han perdido actualidad:

“La hora de la Patria reclama austeridad. Cuando tomé el poder no os ofrecí hacer llover oro abundante, hacer brotar espontáneamente de la tierra cantidades de trigo; que salten manantiales de azúcar de los ingenios envejecidos por el tiempo. Nada de eso os ofrecí porque no sé engañar. Por consiguiente, si me preguntáis ¿qué he hecho por el país en este año tormentoso?, tengo pleno derecho a contestaros ¿y qué habéis hecho vosotros por esta nación en este año tormentoso?” (*frenéticos aplausos*).

“Para que haya producción son necesarios carreteras y regadíos. Reguemos los campos del Chimborazo, los campos de Tumbaco, los inmensos campos manabitas, captemos el agua del río Pisque... Y, ¿por qué no soñar? Soñemos en aprovechar las aguas del río Pastaza que convierta sus energías en fuerza eléctrica. Son obras fundamentales. Valen más que mil edificios. Si se realizan, la Patria tendrá base física para tres o cuatro siglos. Las construcciones escolares siguen realizándose y ojalá los contratistas nos entreguen edificios bien hechos; porque, de lo contrario, inflexiblemente, caerán las responsabilidades sobre ellos” (*aclamación*).

“Pero no habrá en el mundo hombre alguno, gobernante alguno, que pueda daros la felicidad completa. Si fuéramos felices, después de poco seríamos imbéciles. La gloria está en la lucha. Los hombres y las naciones son milicias constantes. Inglaterra sufre, en Washington se hace colas. En Cuba hay crisis de alimentos. En Chile, en Colombia, hay problemas. Se resuelve uno y en seguida surge otro” (*más aplausos*).

“Entre nosotros se discute mucho; tenemos el vicio de la discusión, mientras el país, para no aniquilarse, reclama en forma insistente acción, resolución inmediata. Este país necesita hombres de intuición y de acción. Por eso, me río cuando aconsejan que nombre para ministros

a hombres de prestancia. Yo necesito ministros ejecutivos y entusiastas que vayan por el barro para comprobar cómo se están haciendo las carreteras" (*nuevos aplausos*).

"En un manifiesto de esta mañana se dice que continúan los peculados. Yo no os puedo garantizar contra los robos futuros. Lo que yo puedo garantizar es que todo aquel que sea cogido en deshonestidad será fuertemente quebrantado por la ley" (*sonora aclamación*).

La frase final del primer párrafo transcrito la hizo suya un estadista norteamericano, años después. Las promesas de Velasco Ibarra, en su discurso de 1945, recobran vigencia hoy, treinta y seis años después, y podrán ser textualmente repetidas en cada diez de agosto venidero sin perder actualidad.

(*El Tiempo, miércoles 19 de agosto de 1981*)

La mala memoria

—¡Dentren!

No bien entran, arenga sin más trámite a los prestamistas, golpeando sobre el tablero:

—Quiero advertirles que no volverán a abusar de la necesidad ajena. La próxima, les meto presos y les hago dar palo, ¿entendido?

Se levanta con aire triunfal, clava los ojos en la concurrencia y agita un fajo de recibos.

—Pero, señor...

—¡So! ¡Ajo!

Rompe los papeles de recibo en pequeñas tiras y los arroja al basurero, en tanto los acreedores empiezan a desaparecer cabizbajos.

—¡Que pasen los periodistas!

Entran seis reporteros, entre ellos un fotógrafo. Después de saludos y formalidades de rigor, toma la palabra el más temerario:

—¡Señor coronel! Hemos venido a visitarle porque hay mucha preocupación por las medidas...

—¡Señores! Todas las medidas están en favor del pueblo. Los chulqueros, los zánganos, los revoltosos, serán sancionados con el máximo rigor.

—Pero..., ¡señor!..., las leyes... —intenta razonar otro, arriesgando el pellejo.

—¡Qué leyes! ¡Aquí la ley soy yo! —exclama intimidante, los mira furibundo y pone fin a la conferencia de prensa.

Después de ellos, entran gentes que han aguardado para entrevistarse con la primera autoridad provincial. Entre ellos hay padres inconformes con la pérdida de año de los hijos; madres con criaturas, en demanda de pensiones; deudores, abogados de causas perdidas, inquilinos. A todos atiende el coronel y resuelve los conflictos con una salomónica potestad que proviene de lo alto —la plataforma sobre la que descansa el escritorio—. A la entrada, el grupo ha llevado la mano al pecho inclinándose ante el emblema nacional.

—Señor gobernador —se oye de pronto a una joven madre deshecha en llanto. Levanta en brazos a una criatura también llorosa.

—¿Quién es el padre? —pregunta, adivinando la impensada situación.

—Este... este... aquí afuera...

—¡Que comparezca de inmediato ese traidor! ¡Tráiganmelo!

Aparece en escena, entre dos vigilantes, un asustado ciudadano, la camisa a medio abotonar, pero relamido y bien peinado.

—Sí, señor gobernador...

—¿Eres el padre de esta criatura?

—No, señor... pasa que...

—Aquí no pasa nada. A ver, cógela y arrójala por la ventana.

—Pero, señor...

—Aquí no hay pero que valga, sinvergüenza, degenerado, irresponsable. Mañana me depositas, aquí, en mi despacho, las pensiones mensuales adeudadas. De lo contrario, ¡óyeme bien!, ordeno que te corten los...

Así ha impartido justicia hasta pasado el mediodía, pues piensa que le faltará tiempo para imponer orden en el pequeño mundo provinciano en que ejercer la suprema autoridad.

Después de almuerzo, el vehículo de la gobernación se desliza veloz en dirección al norte, sin rumbo aparente; pero se detiene de súbito a pocos kilómetros, frente a un muro, al pie del cual le aguarda un pelotón en traje de campaña. El Coronel baja del automóvil y se acerca:

—Pelotón, ¡fir...! ¡Media vuel...!

Gritos de guerra resuenan bajo el sol abrasador; pues, antes del disparo que pondrá fin a la escena, la tropa ha de responder:

—¡Abajo el muro! —es la voz del coronel.

—¡Abajo! —responden los soldaditos.

—¡Abajo el muro! —vuelve a gritar.

—¡Abajo! —la respuesta marcial.

—¡Abajo! —grita por tercera vez y da la orden:

—¡Fuego!

En un instante, el muro cae en pedazos, abatido por un cañonazo. Así se ha borrado para siempre la proclama: "¡Abajo la dictadura!", estampada por enemigos del gobierno.

Un fin de semana, el coronel había ordenado conducir al cuartel a quienes, antes de arrancar el partido de fútbol en el estadio, no hubieran entonado la canción nacional. Muchos caballeros se dejaron ver el domingo en los templos con la cabeza a lo conscripto, bien rapada.

De esta índole vulgar y denigrante fueron las experiencias que circulaban de boca en boca entre los habitantes de la culta ciudad en tiempos no muy lejanos de dictadura militar.

(El Tiempo, viernes 22 de octubre de 1982)

El tango de la muerte

Al pálido resplandor de los hornos crematorios, se ahogaba el grito de los ahorcados entre los acordes de una orquesta de gitanos. Oficialmente, fallecían los prisioneros de muerte natural, pero en orden alfabético. Con motivo del cincuentenario del ascenso de Hitler al poder, hemos vuelto a escuchar el lamento de los condenados, entre arias de opereta ejecutadas por hermosas reclusas en blusa blanca y falda azul marino.

La reacción instintiva ante las visiones dantescas es sacudir la cabeza para disipar la pesadilla hitleriana. Pero los fusilamientos en masa, los campos de concentración, el exterminio, van cobrando apariencia de leyenda, convenientemente explotada para dominar los clamores de las víctimas que hoy mueren a un lado y a otro del planeta sin la piadosa crueldad del *tango de la muerte*.

Muchos años habrán de transcurrir para que ciertos dictadores iberoamericanos compartan honores junto al diabólico jefe del nazismo, encaramados como él al poder con la bendición de los defensores de la llamada cultura occidental. Los horrores, así como las glorias del pasado, poseen a veces eficacia para calmar las dolencias del presente. En la evocación del infierno nacionalsocialista no hay lugar para las víctimas del genocidio practicado en algún estratégico país de Centro América. No son judíos los victimados, pero tienen también un alma, si hemos de dar fe al credo religioso imperante en la región. Claro que los Ríos Montt, tal como los lugartenientes de Hitler, podrán alegar más tarde en su defensa ante los tribunales que ellos, buenos soldados, se limitaban a cumplir órdenes superiores.

Con calculada sutileza, los católicos de Hispanoamérica han comenzado a ser atraídos hacia las nuevas organizaciones cristianas de cuño y sabor norteamericano. No puede pasar como mera coincidencia el hecho de que Dios haya decidido manifestarse a los norteamericanos. Una de las mejores armas de penetración y de conquista ha sido la religión, mejor aún si se la exhibe actualizada bajo modernas apariencias humanitarias y científicas. Varios países empezaron a

reparar en esta disimulada actividad de las sectas religiosas que entre nosotros empezaron a menudear con la explotación de la riqueza petrolera. La expulsión de que han sido objeto algunas de esas misiones, disfrazadas de científicas entre pueblos aborígenes, hace pensar en la magnitud del radio de acción que habían establecido para controlar las actividades internas en los países del tercer mundo. Precisamente a una de estas organizaciones cristianas pertenece Ríos Montt. No cabe duda de que para el ejercicio del poder sería conveniente que, en vez de ser adiestrados en Canal Zone, los aspirantes a dictadores lo sean en alguno de aquellos grupos religiosos norteamericanos.

Esta arremetida tiene razón de ser, puesto que no era dable que permanezcan impasibles ante el virtual peligro de perder a uno de sus poderosos aliados, la Iglesia, cuya ala oficial no puede detener el compromiso cada vez más consciente del clero con el anhelo de reivindicación de la clase popular. Parece que Roma está muy lejos en el tiempo y en el espacio para conciliar la separación de la actividad política del clero con la preocupación por la suerte temporal del ser humano. Este desacuerdo opera como caldo de cultivo para el florecimiento de nuevas agrupaciones de tinte religioso.

El fugaz encuentro de Juan Pablo II con Ernesto Cardenal, monje trapense que ejerce las funciones de ministro de cultura en Nicaragua, episodio bien explotado por agencias de prensa internacional, deja percibir la divergencia entre dos corrientes bien definidas en el seno de la Iglesia; apenas reformista la una, francamente revolucionaria, la otra. Esta última fue ya sentida por el maestro de Cardenal, Thomas Merton, al prologar un libro de su discípulo, poco antes de morir electrocutado en Bangkok en 1968:

“El libro del P. Cardenal es el testimonio de la renovación de la Iglesia en América Latina. Es, esperamos, el signo de un nuevo día en estas tierras del futuro, que no solo obtendrán su libertad temporal y su prosperidad, sino que también cantarán a la vida y al amor”.

Esta renovación no podía pasar inadvertida a las potencias hegemónicas. Había que llenar el vacío creado por el rompimiento de una antigua alianza, y disputarle a la Iglesia el predominio espiritual sobre las masas explotadas. Tampoco es coincidencia el hecho de que grupos del protestantismo se identifiquen por su prédica apocalíptica, que trata de alienar los espíritus con la inminencia del fin del mundo:

“...pronto se abrirá el camino para que todos los que aman la justicia reciban bendiciones eternas. ¡Se acerca la guerra de Dios para eliminar de la tierra toda la iniquidad y preparar el camino para un

nuevo orden esplendoroso y próspero! La Biblia explica que entonces los justos poseerán la tierra y verdaderamente hallarán su deleite en la abundancia de paz”.

Eso dice una de las publicaciones protestantes que circulan con profusión en nuestro medio. Entre líneas, se deja ver la espantosa imagen de una divinidad que nos ofrece la paz generosa de los muertos.

Ante esta clase de mensajes, compartimos la idea de quienes piensan que a Hitler solo le hizo falta triunfar para hacerse acreedor al Nobel de la Paz. (Como dato curioso, cabe anotar que cuatrocientos millones de ejemplares de esa clase de publicaciones circulan en más de cien idiomas, inundando el mercado espiritual del tercer mundo). De modo que se debe pensar dos veces antes de franquearles la puerta a esos sonrientes extranjeros que, Biblia en mano, tratan de evangelizarnos con el cuento de la buena nueva. Son ciertamente los enviados del Señor, del señor Reagan, podríamos decir, parafraseando a Lin Yutang. Es mejor estar advertidos sobre una amenaza que César Vallejo ya había presentido:

“Alguien limpia un fusil en la cocina.
¿Con qué valor hablar del más allá?”

(*Avance*, No. 19, marzo de 1983, pp. 10–11)

La corte de los milagros

En las tragedias que se abaten sobre la sociedad, en las calamidades y en los conflictos; así en la paz como en la guerra; en la severidad de las heladas y de las sequías; en la aridez del campo y del espíritu, la ciudad se ha acogido a una intervención indefectible: lo sobrenatural. Este antecedente permitirá comprender la embarazosa situación de los ministros del templo cuando buscaron auxilio para la región, devastada por una espantosa sequía.

De poco habían servido peregrinaciones y rogativas. Pero anduvieron desavenidos los miembros del Cabildo Eclesiástico en el momento de encontrar a un santo que intercediera para conseguir del cielo el milagro de la lluvia. En primera instancia, fueron sometidos a consideración varios nombres: Santiago, San Nicolás, San Antonio de Padua, San Juan Bautista, San Luis Gonzaga, San Daniel y San Marcial. De esta lista debía ser escogido el protector. Menudearon las deliberaciones, se ponderaron las virtudes por las cuales habían merecido el honor de los altares. Sin embargo, surgieron desacuerdos y no se logró concretar el veredicto, pues ninguno de los nombrados obtuvo la mayoría; es decir, la mitad más uno, que era de rigor.

Dada la urgencia de la situación, coincidieron en someterla al fallo inapelable del sorteo, seguros de que en el proceso se haría ostensible la voluntad divina. Los venerables sacerdotes escribieron el nombre de su candidato y procedieron ordenadamente a depositarlo en la urna. Para sorpresa de todos, una vez recogidos que fueron los votos y contados a la vista del Cabildo, resultó favorecido San Marcial, hoy injustamente olvidado. No cabía la menor duda de que la voluntad divina se había manifestado en el escrutinio. Además, fue el protector que convenía a la ciudad, pues había sido San Marcial quien llevó los panes y los peces para el milagro de la Multiplicación que narra el Evangelio.

La fe dirigió siempre los pasos del inocente y del culpable por este valle de lágrimas. Hasta hace pocas décadas, se vivía el temor de las apariciones de santos y de fieles difuntos, de tal suerte que, durante la noche, hasta un ciego podía distinguir, por la manera de taconear

sobre el piso, si el transeúnte era de este o del otro mundo. Esta familiaridad con lo ultraterreno afincaba al ser humano en la certeza de que el mundo estaba gobernado por fuerzas ineluctables que garantizaban un orden social que era ajeno a la voluntad humana.

No era, pues, de extrañar que, en 1858, unos jóvenes audaces, entre ellos Luis Cordero, defendieran en público la idea, entonces descabellada entre nosotros, de que la soberanía de las naciones residía en el pueblo. De qué soberanía popular se hablaba, si dos años antes, se había concedido a la ciudad el privilegio de atestiguar la directa intervención del cielo en los asuntos terrenales.

El verano había vuelto a reinar en la región con ciega inclemencia. Los ganados se desplomaban fundidos por el sol del mediodía; ancianos, mujeres, niños, deambulaban abrasados por una sed devoradora; se veían lombrices que se erguían verticales en los senderos, se tumbaban y morían. Apagada la última esperanza, la población se dirigió en romería hacia Baños. La multitud trajo a la ciudad, en ordenada procesión, a Nuestra Señora de Guadalupe. Era un siete de enero. No bien la sagrada imagen hubo traspuesto el umbral del viejo templo diocesano, se desató un diluvio casi universal. Cómo no iba a obrar ese favor la Virgen de Guadalupe, si ella misma era el resultado de un milagro. Nadie ha llegado a saber la forma en que apreció la venerada imagen en el lugar en donde ahora se levanta su santuario. Se decía que una paloma atravesó el firmamento azul y se posó en un aliso, junto a una vertiente tibia y cristalina donde luego apareció la Virgen, sonriente, con el Niño en actitud de desprenderse de sus brazos para saludar con los devotos que, año tras año, han abultado la bolsa de los párrocos.

En 1882 y 1906, la comunidad fue nuevamente azotada por la sequía. El agostamiento de los campos y la consecuente hambruna se encuentran magistralmente pincelados en la tercera parte del extenso poema narrativo *Leyenda de Hernán*, de Remigio Crespo Toral. Fueron aquellas calamidades las que motivaron la emigración y el destino del protagonista, que da nombre a la leyenda.

En la misma población de Baños aconteció nuevo milagro. Misteriosamente, apareció entre los densos vapores termales Nuestra Señora de los Hervideros, rescatada de las aguas en ebullición por la piadosa matrona doña Teresa Moscoso y confiada luego al cuidado del padre Julio María Matovelle. Pero la veneración no era privilegio de la Virgen de Baños. La han recibido la Dolorosa de Paccha, la Virgen de la Nube de Sidcay, la Virgen del Rosario de los padres dominicanos, María Auxiliadora, de los padres salesianos; la Virgen de Bronce de los

Carmelitas. Y corría la tradición de que la Virgen del Rocío, de Biblián, atendiendo el clamor de los peregrinos, bajó a impedir personalmente la entrada de Eloy Alfaro a la ciudad.

Han abundado los portentos. Se da por cierto que nunca pudieron entrar los ladrones al monasterio de la Inmaculada Concepción porque se lo impedía el arcángel San Miguel con su apostura, el alfanje de plata y el escudo de concha y perla.

Si alguien se aproximaba con malas intenciones al convento, quedaba electrizado por el brillo que desprende el morrión del arcángel. Ojalá que la pequeña imagen continúe resguardando para siempre al monasterio, y no vaya a parar en manos de piadosos anticuarios.

Milagro fue de santa Catalina de Siena, en la capilla de los padres dominicos, en el año 1668. Ante el asombro de los concurrentes, una mañana empezaron a sacudirse misteriosamente las andas que sostenían la estatua de la santa dominica. Alterada la visión por los pecados, algunos asistentes creyeron ver que se movía el vecino del altar, Santo Domingo de Guzmán; pero varones respetables, dignos de toda fe, rindieron testimonio inobjetable de que fue Santa Catalina la que se había puesto en movimiento en actitud de querer salir de la capilla. A Diego de Niebla y Andagaya, Vicario y Juez Apostólico de Cuenca, no le quedó otro recurso que aprobar el prodigio, que trajo buen flujo de patacones al convento.

Sin el honor de los altares, ha habido en la localidad personajes facultados para adivinar el porvenir. Se menciona al padre José Saldaña y Sánchez de Orellana, de feliz memoria, quien predijo con detalle el terremoto que azotaría a Latacunga, en 1757. No se dio mucho crédito a la profecía; pero quienes dudaron del vaticinio pagaron su incredulidad bajo los escombros de la iglesia.

En fechas no lejanas, la sequía despertó la confianza popular en el Señor de Girón. La romería avanzaba, entre cantos y rezos, bajo el calor hirviente del verano. Llegaba la imagen del Crucificado en medio de multitudinaria procesión. No bien entraba el Señor al centro de la ciudad, empezó el diluvio. Empapados de pies a cabeza, buscaban refugio los incrédulos devotos que no habían llevado el paraguas, sonreía al presenciar la caravana el doctor Paco Estrella. Otros atribuían las lluvias a que las romerías se organizaban consultando el almanaque Bristol.

Con el tiempo, los milagros han dejado de llamar la atención en esta bella y mágica ciudad interandina. Desde 1862, hasta hace un par de décadas, mayo, mes de María, impulsó el fervor mariano. Los buenos poetas de la ciudad dedicaron inolvidables estrofas a María. Desde

1888 compitieron con el canto del gallo las dulces notas del Rosario de la Aurora, coreadas por fieles madrugadores.

Pero muchos años nos separan de los tiempos en que hasta los comités de damas debían estar presididos por el señor Obispo. Poco a poco, ha ido empalideciendo un fervor que difícilmente podrá competir con el rock y la farándula. Sin embargo, para bien de la tradición comunitaria, han tomado la posta de la devoción mariana los pecadores de las zonas costaneras, quienes acuden cada mes a lavar sus culpas a los pies de la Virgen del Cajas y, de paso, ayudan a dinamizar la economía.

(Avance, No. 89, septiembre de 1989)

Verdadera figura y magnitud de la tierra

Trabaja de sol a sol, trescientos días, por dieciocho pesos anuales. Menos ocho de tributos, tres de capisayo y nueve por seis fanegas de maíz que engañaron el hambre. el indio descuenta un peso y seis reales más de lo que ha ganado en todo un año. Nadie está libre del contagio de la infelicidad. Si muere la mujer o el hijo, a endeudarse para pagar al cura. A descontar el precio de la oveja arrebatada por el cóndor; a reponer el faltante de la leche atribuido al indio, no a la vaca.

Anda descalzo, viste bayeta y sombrero de su propia hechura, pero ha de pagar por un trozo de terciopelo a cincuenta pesos la vara. No tiene un vello en el cuerpo, pero ha de pagar por una navaja de afeitar. Se alimenta de maíz y bebe chicha, pero ha de pagar por aceite, botija de vino y aceitunas que no hay a quién ceder. Si muere una res en el páramo, se reparte la mortecina entre la indiada a tanto y tanto la libra.

Solo trabaja para aumentar las deudas. Como es imposible saldarlas en una sola vida, el hijo ha de heredar sumisamente las obligaciones del progenitor. Si maldice, los cabellos atados al rabo de una bestia, irá a parar en el obraje, de donde lo sacarán muerto, pero con la tarea aún viva entre las manos. El dolor y las deudas poseen vida eterna.

¡A trabajar! Puentes, palacios, caminos de cuatrocientas leguas había construido antes de la venida del español. Tendido boca abajo, cuenta ahora los latigazos hasta ajustar la sentencia y besar la mano del verdugo. Dios se lo pague. Otras veces lo pringan con yesca de maguey o le cortan el pelo hasta la raíz, castigo infamante.

Así ha labrado fortuna el corregidor. Vino pobre de España por dos mil pesos anuales y, al cabo de un lustro, retorna con doscientos mil bien sonantes. Así ha ganado el cura su felicidad y la de sus mancebas, con cinco mil pesos anuales.

Así lo han anotado en *Noticias Secretas de América* dos españoles admirables, Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Nueve años estuvieron por

acá, entre 1735 y 1744, en pos de la verdadera figura y magnitud de la tierra, pero con el encargo confidencial de informar a la Corona el estado político y social del Nuevo Mundo. El informe estremecedor había ido a dar en los archivos y no fue rescatado hasta un siglo después y publicado en Londres.

“No es lícito aumentar ni es justo que omitamos cosa alguna de lo que sabemos”, advierten, no fuera a creerse que sus observaciones eran fruto de la tendencia a generalizar, propia del racionalismo. Antonio de Ulloa (1716 - 1795) tenía diecinueve años al llegar a América; en 1995, se han cumplido en silencio dos siglos de su muerte. Diógenes Paredes, Kingman, Guayasamín, anduvieron al parecer con ellos. Y también Jorge Enrique Adoum y César Dávila Andrade.

Si cada indígena, al morir, se hubiera convertido en fantasma, nadie habría podido ni podría dormir jamás en toda Hispanoamérica.

(El Tiempo, miércoles, 27 de noviembre de 1996)

Nuestra secreta identidad

El valor, la codicia, no habrían sido suficientes para someter al Nuevo Mundo sin el concurso del asombro y la perplejidad.

Hernán Cortés, tocado en el fondo del corazón por un extraño mal, curable solo con el oro, parpadea incrédulo frente a Tenochtitlán, ciudad que emerge como un sueño sobre la superficie del agua. Lo que es pura ficción, en cambio, se torna realidad en la mirada temerosa del vencido, quien alimenta con oro a la nueva deidad –mitad animal y mitad hombre—.

El encuentro con lo desconocido rompe el esquema mental en ambos mundos, el orbe del conquistador y el del vencido. Para el soldado español, lo nunca visto ni soñado es percibido por el ojo de la imaginación: el mar azul y las montañas coronadas de nieve; las aves y las plantas, los hombres y los dioses. Nuevos aromas y sabores excitan al paladar con el mero deleite de sus nombres: la chirimoya, la piña, el cacao, el aguacate.

Para el nativo, en cambio, los hombres que desembarcan en las costas no han salido del mar, sino de las antiguas predicciones. De esta suerte, el mito hace posible el trueque de los vastos imperios a cambio de la salvación ultraterrena: el mejor negocio de aquel milenio.

Una vez consumada la sumisión, algunos conquistadores no pueden reprimir el asombro y se improvisan como escritores y cronistas. Los soldados y los frailes no son historiadores, ni literatos, ni filósofos. Escriben cuanto ven o imaginan ver, pensando en el ávido lector renacentista que los aguarda al otro lado del Atlántico. Sin dejar de esparcir incienso y pólvora, sin descuidar la causa del imperio español, se asoman a lo desconocido y trasladan al papel la imagen de dos mundos, el visto y el apenas entrevisto: la descripción geográfica, la historia y la fábula. Esta última, a la que no pueden ingresar por el peso de la cruz o de la espada, modelará no solo la ideología colonial, sino la sensibilidad, la certidumbre: nuestra secreta identidad.

A este mundo ignoto llega también, joven de diecinueve años, Bernal Díaz del Castillo (1496—1584). Como todos los soldados de

su generación, viene atraído por la gloria y la fortuna. Toma parte en las batallas de conquista bajo el mando de varios capitanes, el último Hernán Cortés, con quien entra triunfante en la capital del imperio azteca. Ha sobrevivido a mil calamidades, ha participado en más de cien batallas. Ha asistido al último destello y al ocaso de la civilización azteca. Su destino final es recordar y dejar constancia de cuanto ha visto y escuchado sobre el mundo aborigen. A esta empresa dedica quince años de su larga vejez. Ha cumplido setenta y dos años cuando concluye su *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Circuló primero en copias manuscritas y fue imprimida en 1632. La fama no le ha sido esquiva; en grata retribución, aquí nos ha dejado su polvo y su memoria. Descansan sus despojos en la catedral de Guatemala.

Inconforme con las versiones escritas por quienes no concibieron bien a América, en especial con Francisco López de Gómara y su *Historia General de las Indias*, descontento también por el reparto de los bienes usurpados al vencido, Bernal Díaz del Castillo es uno de los grandes fabuladores en la historia hispanoamericana. Es cierto que la avanzada edad y el estilo, considerado impropio en un simple combatiente, han levantado dudas sobre la autoría de la obra; pero desde su publicación, en 1632, ha sido leída con fruición, reconocida y elogiada. En el quinto centenario de su nacimiento, cuando la tecnología y la competitividad tienden a anular la capacidad de asombro, la historia de Bernal Díaz del Castillo nos restituye lo más perdurable de nuestra idiosincrasia: la inclinación a poetizar la realidad.

(*El Tiempo*, jueves, 28 de noviembre de 1996)

Un espectáculo milenario

Tomó entonces la copa con tranquilidad, miró de reojo y la bebió conteniendo la respiración, como le habían aconsejado. Los amigos no pudieron contener las lágrimas, y él se vio en la necesidad de consolarlos.

Las piernas se le amortiguaban, se le ponían pesadas —dice Platón—. Dejó de pasearse y se tendió de espaldas para que le hiciera efecto la bebida, como le habían aconsejado. Alguien le tomó de los pies; las piernas se le fueron enfriando hasta ponerse rígidas. Solo faltaba que el veneno le llegara al corazón. De pronto, descubriéndose el rostro, exclamó:

—¡Oh, Critón!, debemos un gallo a Esculapio. Pagad la deuda y no la paséis por alto.

No bien hubo pronunciado estas palabras, le sobrevino un estremecimiento y se quedó inmóvil, la mirada fija. Así fue el final de un varón, el mejor, el más sensato y justo de los hombres de su tiempo —concluye Platón.

A los 2400 años de esa condena, el lector podría preguntar irreverente:

—¡Oh, maestro!, ¿te habrías acordado de Esculapio si te hubieran sentado encima de una hoguera?

Porque después de tu muerte, el sufrimiento y la agonía se tornaron espectáculo y avivaron el ingenio de la humanidad para quitar la vida a los semejantes en nombre de la ley. No hace falta acudir al circo romano. Francisco Tomás y Valiente, historiador de Derecho, asesinado por la ETA en 1996, había indagado en los archivos sobre la tortura. El resultado de la investigación se recoge en el libro *La tortura en España*, no recomendable para espíritus demasiado susceptibles. Las páginas revelan la refinada crueldad de los tormentos, seguidos de ejecución dictada contra los responsables de cometer los crímenes más graves. Delitos se consideraban tanto el parricidio y la sodomía como el beso dado a una mujer contra su voluntad.

Con el ánimo de escarmentar con eficacia, los jueces de la culta Europa disponían de un amplio repertorio de atrocidades que

espeluznan con tan solo citarlas: ejecuciones por saeta, hoguera, aceite hirviendo, despedazamiento, decapitación, garrote, horca.

Tomás y Valiente empieza por la relación del auto de tormento aplicado a María Rodríguez, en la villa de Madrid, el 30 de julio de 1648. Luego de conminarla a decir la verdad, le anuncian que correrá de su cuenta “si una pierna o un brazo se le quebrare o un ojo le saltare”. Las actas transcriben con la frialdad del escribano los ayes de la infortunada. Ocupan varias páginas: ay, ay, ay, que me muero; ay, que me matan, ay, ay, que me matan sin culpa, yo no sé nada, ay, ay, ay, agua por Dios, ay, que me matan, ay –mientras se le desgarran las carnes en el potro de tortura.

La mente se niega a imaginar lo que habrá entretenido a los verdugos con los condenados a muerte sometidos, inmediatamente antes de la ejecución, a la tortura “tamquam cadáver”, hasta obtener el nombre de los cómplices.

Pero acerquémonos. En 1887, los Estados Unidos montaron un espectáculo macabro con la ejecución de cuatro anarquistas condenados por los acontecimientos de Chicago, tras un largo proceso que dejó en duda la culpabilidad de aquellos jóvenes brillantes. José Martí presencié la escena terrible y la captó como lo haría hoy un camarógrafo:

“Una seña, un ruido, la trampa cede, los cuatro cuerpos caen a la vez en el aire, dando vueltas y chocando. Parsons ha muerto al caer, gira de prisa y cesa. Fischer se balancea, retiembla, quiere zafar del nudo el cuello entero, estira y encoge las piernas, muere. Engel se mece en su sayón flotante, le sube y baja el pecho como la marejada, y se ahoga; Spies, en danza espantable, cuelga girando como un saco de muecas, se encorva, se alza de lado, se da en la frente con la rodilla, sube una pierna, extiende las dos, sacude los brazos, tamborilea, y al fin expira, rota la nuca hacia delante, saludando con la cabeza a los espectadores”.

Otras crueldades hacen dudar de la pretendida racionalidad del ser humano y aun de su origen darwiniano. El lector las puede hallar, por ejemplo, en León Poliakov, en Michel Borwics, quienes vivieron el infierno de los campos de concentración nacionalsocialistas y sobrevivieron para contarlos.

Pero no es preciso ir a los libros para medir el grado de deshumanización, ahora, cuando la lectura, según se presume, va quedando para los analfabetos del tercer milenio. Bastará que se haga memoria o se siga por la televisión, mientras se canta o se suspira, el

diario espectáculo de la animalidad globalizada, ante cuya barbarie, ¡Oh, Sócrates!, tú fuiste, a la hora de morir, el más afortunado de los condenados.

(Avance, No. 116, julio de 2001, p. 12)

Imprecisiones enciclopédicas

Un excelente medio de transmisión cultural y de consulta inmediata es *La Enciclopedia* que semanalmente nos entrega Salvat Editores, empresa editorial seria y confiable. Pero si la abrimos por la entrada correspondiente a nuestro país, llama la atención la forma en que se habla indistintamente de Ecuador y del Ecuador. Así, en la página 4905 “el territorio del Ecuador aparece dividido en tres grandes conjuntos...”; a vuelta de página, sobre fondo amarillo, “República de Ecuador”.

Tal vacilación, que afecta de algún modo a la noción de identidad, sin duda no proviene de Salvat sino de aquellos que aceptaron la responsabilidad de redactar lo concerniente al país. Es difícil pensar que hayan sido nuestros emigrantes. Esta forma vacilante obedece, quizás, a la influencia del modo de hablar que traen los turistas extranjeros cuando vienen “a Ecuador”, modalidad muy difundida por los medios de comunicación.

Resulta obvio que la identidad también está en lo formal, en el nombre, expresado en este caso por el acompañamiento del artículo. Ha sido el tratamiento impuesto desde la fundación de la República; así lo han empleado historiadores, literatos, juristas, académicos. El general Juan José Flores no olvidó el artículo el día de la creación de la República, cuando desde Pomasqui le participaba al Libertador “los sentimientos que albergaban los pueblos del Ecuador” sobre el destino de Bolívar y de la Gran Colombia.

Nuestra carta magna es la “Constitución Política de la República del Ecuador”, como lo son también del Ecuador la bandera y el escudo nacionales. Algo se deberá hacer al respecto desde las embajadas, los ministerios, las bancas escolares. Que seamos indulgentes con los paisanos que vuelven “a Ecuador”, no nos autoriza a permanecer indiferentes ante aquella desfiguración.

En otro orden, resulta algo nebulosa la afirmación: “La amerindia Nina Pacari, diputada del movimiento Pachakutik, brazo político de la Confederación de Nacionalidades Indígenas de Ecuador, asumió la cartera de Asuntos Exteriores”. Es poco comprensible para el público esa suerte de eufemismo, en lugar de los vocablos india o indígena.

Para el *Diccionario de la Real Academia Española*, amerindio “se dice de los indios americanos”. Pero en La Enciclopedia se ha tomado la definición de la antropología física, preferida para este caso por el redactor: “Dícese de la raza del grupo xantodermo que constituye el elemento indígena de la población de América, exceptuados los esquimales”. Habría que indagar el significado de xantodermo, vocablo aún no consignado en el Diccionario académico, aunque puede colegirse el sentido desde la etimología: *xanthós*, amarillo; *derma*, piel. Pero no habría necesidad de estas minucias filológicas para que el lector común se represente de cuerpo entero a la señora Pacari.

En otro orden se afirma: “...fueron figuras dignas de atención Jacinto de Evia con su obra *Ramittete de varias flores poéticas recogidas y cultivadas en los primeros abridos de sus años* (1675), y el obispo Gaspar de Villarreal, narrador y moralista”; pero no se cita la obra *Relación del descubrimiento del famoso río grande que desde el nacimiento hasta el mar descubrió el capitán Orellana con 56 hombres*, por la cual cobra importancia la figura del obispo Villarreal. También queda incompleta la afirmación: “El modernismo fue introducido en el Ecuador por Arturo Borja, Ernesto Noboa y Caamaño, Medardo Ángel Silva y Humberto Fierro”, si no se incluye al poeta cuencano Alfonso Moreno Mora, anunciador de aquel movimiento, tardío en el país por razones de orden cultural.

Antes, en el volumen 6 de *La Enciclopedia* se había afirmado que Cuenca, “capital de la provincia de Azuay, está situada en la Hoya del Paute, que la avena, junto con sus afluentes el Yanuncay y el Tarqui...”. A pesar de la elegante precisión del verbo avenar, faltan los ríos Tomebamba y Machángara, por todos los cuales Cuenca es conocida también como la ciudad de los cuatro ríos.

En el ámbito religioso, un compatriota ascendió a los altares por sus méritos excepcionales, el santo cuencano Hermano Miguel, canonizado en 1984. Pero no ha sido el santo de devoción entre los redactores. Quizás por sus admirables virtudes, además de maestro, poeta y académico —la humildad, ante todo—, el santo ha hecho mutis por el foro entre tanto traje de luces y aposturas como las de San Josemaría Escrivá de Balaguer, santificado en una veloz carrera a los altares, en 1992, cuya foto en todo color preside, en la página 5376, del mismo volumen 7, las 17 líneas que lo enaltecen como fundador del Opus Dei, asociación religiosa extendida por todos los continentes.

(*Avance*, No. 153, agosto de 2004, p. 15)

Espectáculo y poder

Insaciable necesidad del ser humano, el espectáculo ha inspirado a lo largo de los siglos diversidad de prácticas culturales que van del refinamiento a la barbarie, de la armonía psicosomática del idealismo griego al horror del anfiteatro romano y a la hoguera medieval. Satisfacer aquella necesidad requirió de lugares específicos; poco a poco se levantaron suntuosas edificaciones, teatros, coliseos. Aún se elevan contra la penumbra de los siglos algunas maravillas arquitectónicas, sin que el ala débil del tiempo las toque y la derribe al suelo –en palabras del insigne Olmedo.

Los lugares destinados para el entretenimiento colectivo se han diversificado, en particular aquellos que congregan periódicamente a las masas para las justas deportivas; en cambio, hay un solo espacio virtual de dimensiones planetarias: la pantalla. Allí se tornan espectáculo continuo la muerte y la vida, el cielo y el infierno. Refinamientos y barbaries caben todos en la pequeña caja diabólica capaz de hurtarnos el sueño, la imaginación, la vigilia.

Roma convirtió el espectáculo en instrumento político eficaz para asegurar el orden del imperio. Permitir el desfogue de la insatisfacción popular evitaba el tumulto subversivo. En la mesa podían faltar el vino y el pan, mas no las diversiones en la arena. Ayer y hoy nada ha entretenido tanto al público como el mirar representados en la escena las frustraciones y deseos. Las maldiciones contra el gladiador derrotado que ofrecía ritualmente el cuello a la espada del vencedor aseguraban la tranquilidad del gobernante; el auriga victorioso aclamado con delirio, venerado por la multitud y codiciado por las doncellas, hacía olvidar las indigencias cotidianas. Hubo mujer que abandonó los placeres de la corte para compartir la escudilla del esclavo victorioso. Transformado en campeón, el oscuro combatiente podía verse pronto investido de un prestigio que le abría las puertas del palacio, saciando la secreta ilusión de poder que anida en el interior de cada ciudadano. También hoy, como hace dos mil años, la multitud enloquece ante los héroes de su indolente frivolidad: cantantes, presentadores, campeones deportivos. Los aclama, les prodiga honores y los presenta como modelos de victoria.

Volviendo a Roma, soplaban en el coliseo un aire de libertad que no se respiraba en las tortuosas calles de la urbe; aun el emperador podía ser abucheado dentro de los muros. Dueños de la vida y la muerte del vencido, los espectadores podían manifestar allí la pasión más ruin, pero también la más tierna emoción. Condenado al suplicio, atado al poste con las manos a la espalda, aún vemos a Androcles expuesto más al deleite insaciable del público que al apetito de las fieras; pero en vez de saltar sobre el esclavo y hundirle la zarpa en las entrañas, el león hambriento lanzado contra él se inclina mansamente y le lame los pies. Declarado libre, podemos acompañar a Androcles de regreso a casa, triunfante, tirando de la fiera.

La calidad y variedad del espectáculo afianzaba la autoridad del gobernante; pero la popularidad no dependía solo de su munificencia; debía descender en persona y confundirse con la plebe, compartir la emoción, el ademán, la expresión procaz. Calígula, emperador divinizado, se enredaba en la toga y rodaba por los escalones como un mortal cualquiera. Se nos hace difícil imaginar a Tito, ordinariamente circunspecto, comportándose en la galería como un hombre recién salido del suburbio.

Más rotundos eran los aplausos si el emperador bajaba a la arena, tomaba parte en los certámenes o actuaba en el teatro. Nerón se hacía proclamar triunfador en todas las competencias y aspiraba a que la posteridad le recordara ante todo como artista. Llevado de la afición por la música —cuenta Suetonio— hizo venir a palacio al mejor ejecutante de harpa; lo sentó a su lado durante muchos días después de la comida de la tarde para oírle pulsar hasta bien entrada la noche. Así arrobado, se puso a ejercitar la afición por el canto y a cultivar la voz, de suyo apagada y ronca. Al cabo de poco tiempo, estaba el emperador en escena cantando noche y día ante un público adiestrado en los variados modos de aplaudir para animarle a que no parara de cantar, más o menos como ahora otros nerones engañan tras la pantalla el hambre de los pueblos ansiosos de espectáculo.

(Avance, No. 156, noviembre de 2004, p. 8)

Arte de perdurar

Al pronunciar la palabra muro, tendréis la sensación de que la lengua se detuviera temerosa a la altura del sonido “r” antes de retraerse al interior de la boca y dar paso al sonido velar de la “o”. Es lo que os asediará al representaros la realidad designada por el vocablo, se trate del muro que guarnece la vivienda o del muro de las lamentaciones. Conforme avanza en extensión, según defienda una propiedad campestre, una plaza, un territorio, el muro irá convirtiéndose en muralla.

Hace aproximadamente dos mil doscientos años, los chinos levantaron una fortificación que alcanzaría los cinco mil kilómetros de longitud, diez metros de altura y seis de espesor, para protegerse de las hordas nómadas que asediaban el país desde el norte. Reforzada a comienzos de nuestra era y reconstruida catorce siglos después, esa obra permanece como una de las maravillas de la humanidad. La gran muralla serpentea por valles y montañas; sus almenas, torre de vigilancia, las puertas esculpidas y los mármoles, atraen hoy a visitantes del mundo entero. Convertida en destino turístico universal, fue declarada por la UNESCO, en 1987, patrimonio mundial. Una cultura; esto es, una manera de ser, ha prevalecido al asedio de los bárbaros, al paso de los siglos, y ha logrado perdurar.

El 13 de agosto de 1961, los berlineses fueron sorprendidos por la súbita interrupción del tráfico, la presencia inusual de tropas, el rugir de excavadoras, el tendido vertiginoso de alambradas entre el sector de la ciudad ocupado por los soviéticos y la parte dominada por los occidentales. En poco tiempo, se elevaba sobre la ciudad el perfil siniestro del muro de Berlín, con sus patrullas, perros y torres de observación. Los socialistas se defendían así de los capitalistas; unos bárbaros, de otros bárbaros.

La fortificación no duró lo suficiente para convertirse en patrimonio de la humanidad, pues los berlineses nunca perdieron su manera de ser. La derribaron en 1989 sin dejar sino una que otra muestra para la curiosidad turística. La era de la globalización (cultura informática, tecnología satelital, reducción del tiempo y del espacio) no ha disipado de la mente la imagen en blanco y negro de aquella inútil estrategia defensiva.

Los Estados Unidos acaban de aprobar la construcción de un muro de más de mil kilómetros en la frontera con México para impedir el ingreso clandestino de inmigrantes. Los ricos pretenden defenderse así del asedio de los pobres. Es posible prever, entonces, que su muralla tampoco prevalecerá. No salvaguarda una cultura —una manera de ser—, sino el efímero bienestar de quienes han desaprovechado la sabiduría de la historia en el arte de perdurar.

(El Tiempo, domingo 25 de diciembre de 2005)

Herencia de degradación

Ultramar Sur, la última operación secreta del Tercer Reich (Buenos Aires, 2002) narra la fuga de jefes nazis a la Argentina. El libro va por la séptima edición. Juan Salinas, el autor, ha trabajado para diarios y revistas de América y Europa, pero su ocupación más gratificante ha sido el periodismo de investigación.

Su obra más reciente es *Narcos, banqueros, criminales* (Buenos Aires, 2005). En ella, Salinas sigue el rastro de traficantes internacionales de armas, drogas, de lavado de dinero. Siniestros personajes se mueven en un escenario de dimensión mundial; controlan gobiernos, movimientos políticos, bancos, negocios petroleros; generan conflictos y luego se aprovechan de uno y otro bando, para sus fines siniestros. Su poder omnímodo descansa sobre incalculables fortunas mal habidas que confieren ubicuidad y, por supuesto, completa impunidad.

Hay algo que debe exasperarnos. Entre los personajes secundarios de aquellas acciones fraudulentas aparecen ecuatorianos aparentemente probos. A más de un lector extranjero le espeluznará la forma en que en nuestro país se han manejado los intereses nacionales. Desde la muerte de Jaime Roldós en un accidente de aviación fraguado por la CIA, según Perkins, agente norteamericano, hasta la caída del coronel Lucio Gutiérrez, nuestra historia se muestra en el libro como un capítulo de la corrupción universal.

Ciertamente, más de un lector se negará a creer que compatriotas aparezcan envueltos en negociados de armas en el último conflicto bélico ecuatoriano—peruano; que banqueros se hayan enriquecido de la noche a la mañana en contubernio con la clase política, mientras el país en quiebra se refugiaba en la dolarización para no sucumbir. Hay también personas de sospechosos manejos económicos vinculados a medios de comunicación, y no faltan gobiernos sucesivos que aceptan con docilidad el endeudamiento externo a cambio de la entrega de recursos, en un negocio redondo para las transnacionales.

Este libro no es una ficción, al estilo de la famosa obra de Dan Brown. Constan allí los hechos y, además, los personajes con nombres y apellidos. La obra lleva casi un año de circulación en varios países, menos en el Ecuador. El interesado en conocerla acudirá en vano a las librerías. ¿Por qué? Según el autor y los editores, porque nadie se atreve a hacerse cargo de su divulgación por temor a las represalias. De ser esto cierto, constituiría una forma de censura que vendría a ser parte de la herencia de degradación social, a la que se refirió, el miércoles anterior, el señor Presidente de la República.

Las instituciones, las personas allí nombradas, o acaso infamadas, deberían interponer acciones legales para que se establezca la verdad. De otra manera, el silencio constituirá la mejor recomendación para que, por cualquier camino, llegue el libro a manos de los lectores ecuatorianos y se convierta en una bomba de tiempo en una ya desconcertante realidad.

(El Tiempo, domingo 19 de marzo de 2006)

Un enemigo invisible

No hay para ti —supuesto rey de la creación— peor desventura que ser retado a duelo por un enemigo invisible. En el preciso instante en que traspasas la frontera donde lindan el sueño y la vigilia, surge de la tiniebla el diminuto ser abominable. Lánzase en picada sobre tu oreja, danza alrededor del lóbulo con un zumbido que trepana las sienas. Es vano todo intento de atraparlo, pues tus ciegos manotazos hieren el aire sereno y el bicho victorioso vuelve cada vez más obsesivo.

Inerme ante el furor del minúsculo vampiro, decides huir en retirada; te arrebuja entre las sábanas, relajas los músculos, del cuello a los tobillos; das una y cien vueltas sin abandonar el lecho: tu campo de batalla. Al borde de la desesperación, terminas por ensayar el viejo ardid de contar ovejas blancas. En efecto, acuden solícitas, en rebaño; pero empiezas a visualizarlas de una en una y a mirar cómo se disgregan y se van deslizando por las paredes del insomnio. Ya casi estás dormido en el momento en que salta por allí una enorme oveja negra, que es el disfraz con que vuelve a la carga el mosquito despiadado.

Enceguecido por la cólera, te levantas y le convocas al enemigo invisible a otro campo de batalla. Prendes la lámpara de súbito y, de un salto, lo aguardas en media habitación; mas, el zumbido se desvanece por encanto en el sosiego de la madrugada. A lo lejos, te parece oír el primer canto de gallo. ¿En dónde te habrás metido?, te preguntas y emprendes la búsqueda afanosa, armado de lo primero que encuentras a tu paso; una pantufla, no; un periódico. De pronto, lo ves salir de la nada y desaparecer delante de tus ojos sin dar tregua a la humillación, como un demonio. Con la prolijidad que exige toda gran aventura humana, inicias una nueva cacería. Pulgada a pulgada, lo rebuscas en las irregularidades que se han formado en las paredes de la alcoba; blandiendo el periódico, lo buscas en cada hendidura de la superficie, en cada lunar estampado por el tiempo en las cortinas, en los pliegues de las mantas, sin descuidar las ranuras del piso ni los ángulos simétricos del cielorraso.

Sacudes las cobijas, das la vuelta a las sábanas; pero el zancudo no responde a tu llamado, porque ha encontrado un buen lugar de reposo detrás del pabellón de tu oreja.

Esa es la razón por la cual hoy llegarás con media hora de retraso al trabajo, a sabiendas de que no cabe tu problema dentro de los numerales y literales por los que el empleado puede justificar un atraso. Pero llegarás con una íntima satisfacción: tal como ocurre en la vida real, nunca hubieras reparado en los defectos de la alcoba, si no hubiera sido por el invisible profanador de tu sueño.

(El Tiempo, domingo 9 de abril de 2006)

El arte y la religión

Obras como *El Código Da Vinci* despiertan la duda sobre si se ha leído una novela o se ha asistido a una función cinematográfica.

Aventura policial vertiginosa, la obra nos lleva por el mundo del arte y de la religión a vivir una noche en la que caben veinte siglos de historia y fantasía. La riqueza descriptiva, la superposición de planos, la vivacidad del diálogo, son, entre otros, los elementos que desencadenan el suspenso alrededor de un antiguo tema: la búsqueda del Santo Grial. Se va tras el rastro de un testimonio guardado celosamente durante dos mil años por los Grandes Maestros de una sociedad secreta acerca de la naturaleza humana de Jesús, cuya divulgación decantaría los cimientos de la Iglesia. En la búsqueda, empeñan conocimientos históricos y científicos Robert Landson y Sophie Neveau, nieta de Jacques Sauniere, conservador del Museo de Louvre y Gran Maestro del Priorato de Sion, quien había sucedido a Víctor Hugo, a Claude Debussy y a Jean Cocteau.

Antes de morir a manos de un monje fantasmagórico, Sauniere ha escrito un mensaje con las claves que facilitarían el acceso a otras claves, ocultas como en una caja china. Es el lenguaje secreto de los templarios, uno de cuyos grandes maestros, Leonardo da Vinci, habría velado en sus pinturas algunas pistas sobre la presencia de la divinidad femenina entre los primeros seguidores del cristianismo, antes de que la Iglesia considerara pecado el sexo como vehículo de unión con lo divino.

La superposición de planos acrecienta la tensión en los movimientos de cada personaje que actúa sobre una suerte de tablero de ajedrez donde entran en juego las jerarquías, las esferas del poder, el destino sellado por la ciega obediencia a un plan urdido con diabólica exactitud, al que se va sacrificando sin piedad —en defensa de la fe— la vida de los demás y aun la propia, pues “la medida de tu fe es la medida del dolor que puedas soportar” en lo físico y en lo moral. En estos círculos concéntricos, la fisonomía de los personajes, los estrictamente necesarios (Sophie, Landon, el monje Silas, el capitán Fache, su ayudante Collet, Monseñor Aringarosa, sir Leigh Teabing,

Rémy, Vernet) se adecuan por los rasgos físicos, por la psicología, por los movimientos y actitudes, a la atmósfera de misterio que crean los ambientes: grandes ciudades en penumbra, interiores barrocos deslumbrantes, fachadas majestuosas, laberintos plateados bajo el frío silencio nocturno del edificio bancario, pasajes tenebrosos que serpentean bajo la catedrales para despistar y, a la vez, orientar al buscador del Sangreal.

Una vez concluida la lectura, se experimenta la impresión de que similar procedimiento tecnológico por el que se guían los infatigables investigadores dentro de la novela, ha llevado al autor a dirigir su texto desde un tablero de control electrónico. Desde allí el panorama se despliega en una obra de arte cerrada por el encanto de lo visual, de lo cinético, sin permitir que ningún ángulo escape a esa visión que no da tiempo al respiro, a la reflexión. Todo está explicado, iluminado, dicho, en un lenguaje de armoniosa fluidez, de manera que la memoria cultural del lector avanza atrapada entre la ambigüedad simbólica del pasado y la eficacia de la tecnología decodificadora del siglo XXI. Al abandonar no sin alivio un contexto universal perfecto —arte esplendoroso de lo real— los seres humanos vuelven a dibujarse como sombras contingentes que ya anduvieron por las páginas de la ficción: el hombre que sale en busca de algo que, sin saberlo, lleva dentro de sí mismo.

Sin embargo, la complejidad tecnológica —impulso interior que refuerza al texto narrativo— relega a segundo plano el interés por la condición humana, como al parecer ocurre también en el escenario universal, dominado hoy por la eficacia de los instrumentos de control. Arte del nuevo milenio, indiferente al conflicto individual y social del ser contemporáneo, la obra ofrece al lector momentos placenteros de expansión intelectual y, al crítico, un nuevo ángulo para la discusión de un viejo tema: el destino de la novela.

Quien no la haya leído, tendrá pronto la oportunidad de admirarla en el espacio al que está destinada: la pantalla, un arte que nace de otro arte, pero investido de fascinación cinética, que es punto de encuentro entre la ficción y la realidad, entre arte y religión, entre lo ilusorio y la desesperanza del ser humano.

(Avance, No. 174, mayo de 2006, p. 9)

Democracia universal

Aquella tarde —28 de septiembre de 1978—, Juan Pablo I había mantenido una agria discusión con el Secretario de Estado. Por la noche, telefoneó a los purpurados con quienes había decidido renovar la curia romana. A la mañana siguiente, su cadáver yacía sobre el lecho con el rostro aún contraído por la reciente agonía.

Cuenta Paúl H. Koch en su apasionante libro *Illuminati* que el Papa había dedicado su único mes de pontificado a investigar los oscuros manejos financieros que habrían llevado a la banca vaticana al borde de la quiebra. A las estafas, al lavado de dólares y a los pactos con la mafia, se sumaba la relación de muchos prelados con la masonería. Las antiguas logias se habían infiltrado en la administración eclesiástica para dar al traste con la Iglesia, su enemigo secular.

Con el nuevo Papa, se filtró el dato a las autoridades policiales y se desarticuló una red internacional de operaciones fraudulentas practicadas dentro y fuera de Italia. Algunos protagonistas desaparecieron; uno de ellos, consejero del Director del Banco Vaticano, amaneció colgado de un puente londinense. Se había saneado la administración de la Santa Sede, pero su economía quedaba en bancarrota.

Sobrevino entonces la ayuda providencial de otra sociedad secreta, el Opus Dei. Se hizo cargo de la situación y permitió al nuevo Papa, ya libre de preocupaciones financieras, llevar personalmente el evangelio a todo el mundo. El fundador del Opus Dei había fallecido en 1975 y fue santificado en 2001, tras una carrera inusual y vertiginosa a los altares.

Es uno de los episodios en esta escalofriante historia de la influencia mundial de las sociedades secretas. Su lectura es recomendable para todos los aspirantes al poder. Desde 1776, cuando el ex jesuita Adam Weishup fundó al sur de Alemania la sociedad “Los iluminados de Baviera”, esta se propuso controlar el poder universal a través del manejo financiero. Desempeñó importantes papeles en la revolución francesa y compartió en secreto las glorias de Bonaparte.

Infiltrada en los movimientos sociales, financió por igual la revolución soviética y la industria nazi y no está libre de sospechosa

participación en atentados, magnicidios, golpes de Estado. Bajo diferentes denominaciones —ha investigado Koch—, sus militantes controlan hoy la economía y la política mundial. A sus filas pertenecen gobernantes de Europa y de Norteamérica, unidos en un propósito común, cual es el de implantar la democracia universal (léase la economía universal) que garantice el imperio global de la libertad, la igualdad, la fraternidad, aunque la mitad de los seres humanos sobrevivan con menos de dos dólares al día. Asegurado el poder global, el monopolio financiero y el control de la ciencia y la tecnología afianzarán la implantación de la democracia universal en la que vivirán quienes acaban de nacer. Desde Julio Verne y Aldous Huxley, parece que nada cabe en la imaginación del ser humano que no pueda algún día tornarse realidad.

(El Tiempo, domingo 17 de septiembre de 2006)

Un poema cinematográfico

Resaltábamos en otro espacio, hace algunos años, la inclinación de los habitantes de esta región austral a poetizar la realidad. Tan acertado se ofrece este modo de ser que hasta la intención manifiesta de despoetizar, en el sentido de exhibir en su sordidez la realidad, se traduce en otro modelo de interpretación poética, como el que cautiva a los espectadores, de principio a fin, en la película *Qué tan lejos*, aplaudida por el equilibrio entre la calidad técnica y el tratamiento del referente cultural. Según las notas periodísticas, más atentas al detalle exterior, hubo personas que salían del estreno con los ojos en lágrimas.

¿Cómo se concentra en la película este poder evocador? En principio, parece que lo consigue mediante contraposición y emparejamiento del crudo contacto del personaje con el mundo real, que da sentido a la acción, y el desencanto ante un mundo lejano, persistente, privado de sentido, pero hacia el cual se orienta en forma inexorable la acción y la vida de los personajes que viajan, sin saberlo, al descubrimiento de sí mismos. En la encrucijada de esos dos mundos contrapuestos, hallará su rumbo el personaje principal; allí conjurará Tristeza sus temores y reavivará sus sueños, luego de batallar interiormente contra unos valores ya vencidos.

Una vía de interpretación del acontecer humano es buscar las claves de los fenómenos sociales en el enfrentamiento generacional; esto es, en la natural resistencia de la juventud al mundo en el cual tratan de introducirla los mayores. Los hijos siempre han discrepado en algo con el universo de los padres. Si no fuera por esta soterrada o franca oposición, la humanidad habría vivido desde el comienzo de los siglos en el paraíso pregonado por quienes, hasta antes del fatídico once de septiembre, ya festejaban el fin de la historia.

Pese al carácter eminentemente conservador de la sociedad, aquella tensión generacional cobra conciencia y se manifiesta en forma sostenida desde hace mucho más de un siglo; es decir, desde la generación de 1894. Se agudiza el conflicto con la de 1924 y llega a la burla despiadada, a la desacralización, con la de 1954, cuyos representantes

arremeten justamente contra los prejuicios religiosos y abolengos que imperaban en la clase dirigente, vinculada a la tenencia de la tierra.

La posterior industrialización, a partir de la segunda mitad del siglo XX, genera mayores oportunidades de realización, una inusual movilidad social y, desde luego, nuevos tipos de relaciones y conflictos, insinuados en la película. Desde esta perspectiva, en el joven biólogo descrito en el filme, a la vez ecologista convertido en floricultor y, por tanto, en depredador, podemos ver actualizada la misma actitud de los jóvenes que, promoción tras promoción, rompieron en nuestro medio con el pasado, aunque en la vida real, algunos lo añoraran en la madurez. Pero, no cabe duda, entre estos dos momentos —rebeldía y añoranza— media siempre un espacio, un punto de conciliación sobre el cual afirma los pies una nueva generación, destinada, como las precedentes, a llevar adelante la representación de la comedia humana.

Sobre el trasfondo de esta herencia cultural, se respira hondamente —mejor que en el paisaje geográfico y humano— la atmósfera de rebeldía que envuelve a este film conmovedor, cuyos realizadores pertenecen a la segunda promoción generacional de 1984. Aunque esta nueva generación esquematice lo real para acentuar la sublevación interior, logra domeñar con talento y habilidad el impulso que probablemente movía a caricaturizar o a deformar.

Arte de codificación simbólica, la película —un poema cinematográfico— halla en la urna funeraria y en el tópico del amor lejano la forma de representar y demoler el mundo falso erigido sobre oropeles, simulacros, imposturas. Para enfrentar ese tradicionalismo artificioso, se maneja en la película, sin irrespetar la tradición, un arma secreta, herencia de Solano: el humor, plasmado con la finura de todo lo cuencano. Las sombras que se movilizan en el pasado, pero de las cuales ni Jesús ni Tristeza logran desprenderse, terminan ambas vencidas por su propio peso; la una, devorada por la resaca, tras una noche de bohemia junto al mar (el mar, hasta hace poco tan distante, ha sido una permanente obsesión en la lírica local); perdida la otra en el torbellino de convenciones sociales provincianas. Ha llegado entonces el momento para que Jesús abandone la escena y Tristeza —la generación de Tania Hermida— recobre la certidumbre de su identidad.

(Avance, No. 179, octubre de 2006, p. 8)

Preguntas sin respuesta

Dos guardias lo dejan, casi a empujones, a la puerta del aula improvisada. Receloso de entrar, don Atanasio se detiene en el umbral, mira con desazón a todo lado; alarga el cuello hacia el interior de la sala y descubre a quien desde hoy será su profesor. Lleva el sombrero en una mano; la otra, a medio santiguarse. Es un campesino entrado en años, macizo, de cara redonda y sonrisa imperturbable. Descalzo, le llega el pantalón a la mitad de la canilla y le abriga una chompa descolorida, remendada.

En su pueblo, había alternado el cultivo del campo con el tejido de sombreros de paja toquilla. Así había transcurrido su vida en paz con Dios y su familia hasta el día en que, en un instante de obcecación, ocurrió algo de lo que no quiere hablar por nada del mundo, pero por lo cual vino a dar con sus huesos en la cárcel. Aquí continúa preocupado de los suyos; los ayuda con el tejido de sombreros que salen para la feria de los domingos.

Sentado en un pequeño banco de madera, que parece formar parte de su cuerpo, se ha posesionado de una esquina del patio. Allí pasa el día inclinado sobre la horma de laurel y con una lata de agua a los pies. El ala del sombrero, caída sobre la frente, apenas deja ver la punta de la barbilla. De vez en cuando, alza la cabeza, no para desesperarse, no para respirar, sino a fin de ver la hora en el rectángulo de cielo que se tiende sobre el patio de la prisión. Resulta entretenido observar unos dedos nudosos avanzando sobre las pajas que crujen hasta cobrar forma. De un día a otro, la obra progresa desde el diminuto ombligo del comienzo hasta el tramado circular de la plantilla; se dobla en la copa, torna a extenderse en la falda y termina en el suave apretón del remate, de izquierda a derecha, a la manera serrana.

Los compañeros de prisión admiran aquella habilidad, pues acaba dos y tres sombreros a la semana; los entrega a un familiar que viene por ellos y los lleva con las pajas húmedas, colgantes, al cabo de la hora de visitas. A cambio, le ha dejado un grueso atado de cogollos para el tejido venidero. Este es el ritmo de vida que ha llevado desde

su ingreso en la cárcel, hace más de un par de años. Aún le quedan por tejer, según su modo de calcular el tiempo, doscientos trece sombreros para recobrar la libertad.

Se explica, entonces, el gesto de desazón al entrar a la primera hora de clase. Debajo del sombrero, no puede caber la idea de que a un hombre ocupado le quiten dos horas de trabajo para obligarle a asistir al curso de alfabetización. Semejante maldad lo tiene algunos días pensativo, como ausente. Detrás de sus facciones habitualmente afables, se le nota incómodo, nervioso. La intranquilidad es evidente cada vez que se alisa los pelos, acomodando el mechón de canas que le cae sobre la oreja; o cuando se toma el dedo gordo del pie y le prodiga mayor atención que al profesor, a quien probablemente le aventajaba con cuarenta años de edad. Sin embargo, ha adoptado la costumbre de asentir cortésmente a todo, con alborozo indescifrable.

Pero distinta es la actitud fuera del aula, lejos del alcance de los guardias. Cuando se le pregunta si le ha gustado la última lectura, no demora en afirmar varias veces sí, sí, sí; pero acto seguido, entrando en confianza, levanta la cabeza y dice, entre irónico y risueño, ¿para qué me sirve eso a mí? Si se le plantea que aprender a escribir le ayudará a redactar sus peticiones personales, de inmediato responde que nada tiene que pedir. Cuando se le promete que aprender a leer le permitirá enterarse de cuanto ocurre en el país y en el mundo, él objeta ¿por qué eso me tiene que importar a mí? En fin, no es posible convencerle de que leer y escribir harán de él una persona distinta, porque, apretándose contra la horma del sombrero, argumenta que a su edad solo espera regresar al pueblo tal como vino hace más de dos años; de otro modo, nadie lo reconocería. Lo único agradable, le repite al profesor, es que la asistencia a clases le libra del maltrato persuasivo de los guardias.

Si aún vive, don Atanasio debe de andar por los cien años. Otros prisioneros, con similares preguntas y objeciones, habrán desfilado en su relevo por aquel patio de la vieja prisión rodeada de altos muros, sin que la sociedad, también amurallada, haya encontrado las respuestas.

(Avance, No. 191, octubre 2007, p. 24)

Nada nuevo bajo el sol

En el libro primero de *Historia* (Biblioteca Básica Gredos, Madrid, 2000, p. 99), Heródoto pondera la suntuosidad del monumento levantado por los lidios junto al lago Giges, para honrar la memoria de Aliates, padre de Cresos. El esplendor arquitectónico solo era superado en aquella época por los grandes monumentos de Egipto y Babilonia.

La imponente estructura de tierra apisonada y grandes bloques de piedra fue costeada por varias corporaciones: mercaderes, artesanos y mujerzuelas del oficio —las llama así el historiador—. De estas últimas provino la mayor contribución. Su holgura económica obedecía a que la sociedad lidia permitía que los padres prostituyeran a las hijas a fin de que pudieran reunir por cuenta propia la dote para el matrimonio.

En *La moral teológica*, José Peralta pasa revista a los variados matices de depravación ingeniosos, siglos después, en la culta Europa bendecida por la Iglesia. Para muestra, bastaría recordar el derecho de que gozaban los varones, incluidos abades y obispos, para acostarse la primera noche con las doncellas recién casadas, más o menos en la forma en que los brahmanes creían estar santificando el matrimonio. Aunque las jóvenes honestas podían escapar de la lujuria de los santos varones mediante el pago de un tributo, queda pendiente la idea acerca de si fue menos vil la costumbre de los lidios o la de los religiosos medievales.

Pedro Cieza de León cuenta en la *Crónica del Perú* que, en su viaje por las tierras de Santiago, de Puerto Viejo, había oído hablar de unos indígenas que corrompían a sus mujeres antes de que ellas consumaran el matrimonio. Se refiere también, con ostensible repulsa, a unos naturales que no obstante estar rodeados de mujeres muy hermosas, practicaban públicamente la sodomía. Es comprensible la repulsión que experimenta el cronista español si se recuerda que por aquella misma práctica pecaminosa podía un cristiano ser condenado a la hoguera en la culta Europa. De modo que quien se arriesgaba a cometerla debía de ser, aparte de pervertido, muy osado o muy envaletonado; no como dicen que sucede ahora.

Nihil novum sub sole. Tras esta sentencia latina se han disimulado los hechos más extraños para los cuales no ha habido explicación a lo largo de la historia. Pero Heródoto, José Peralta, Cieza de León, retrocederían hoy con espanto ante el surtido de ofertas hedonistas que se han puesto a disposición de la humanidad en nuestro siglo XXI. Traigamos un ejemplo reciente que resta rotundidad a la sentencia latina. Se trata de la opción muy divulgada que ha tomado el primer hombre en la historia en experimentar el embarazo. Cuando le toque dar a luz, será difícil resolver si legalmente le corresponderá doble licencia de trabajo, una por paternidad y otra por maternidad. A este ritmo, no es fácil imaginar lo que advendrá, salvo las trompetas anunciadoras del juicio final.

(El Tiempo, domingo 11 de mayo de 2008)

El patrimonio: debate permanente

Asolada por los conflictos bélicos, Europa asumió como una obligación primordial normar las acciones de preservación, conservación y restauración de la herencia cultural impregnada en los espacios públicos, en los templos y palacios, en los monumentos y documentos atesorados generación tras generación. Las necesidades de la sociedad moderna, las exigencias de la nueva configuración urbana, la tensión en las relaciones internacionales; sobre todo, la imposibilidad de que individualmente una comunidad o un Estado asumieran la responsabilidad sobre unos testimonios históricos universales, llevaron a formular recomendaciones y a proponer normas encaminadas a precautelar su integridad. Esta preocupación aglutinó la experiencia y el conocimiento de intelectuales, expertos, profesionales de los más diversos campos a lo largo del siglo XX. Asumida como una responsabilidad social, la preservación despertó la conciencia mundial y abrió un debate enriquecedor, actual y permanente.

Desde el primer documento internacional conocido como *La Carta de Atenas* (1931), se insistió en el carácter eminentemente profesional de aquella empresa —no política, en sentido criollo—; pues la cooperación de las naciones ha de plasmarse a través de la colaboración entre “los conservadores de los monumentos y los arquitectos con los representantes de las ciencias físicas, químicas y naturales”. Se asentó un principio de enorme actualidad, cual fue salvaguardar el entorno, el ambiente, la fisonomía urbana.

Con posterioridad, la *Carta de Venecia* (1964) perfeccionó la idea refiriendo la noción de monumento tanto a la “creación arquitectónica aislada, como al ambiente urbano paisajístico que constituye el testimonio de una civilización particular, de una evolución significativa o de un conocimiento histórico”. Este criterio es aplicable por igual a las grandes obras y también a las modestas que hayan adquirido significado cultural.

El debate se ha intensificado desde cuando la UNESCO tomó bajo su responsabilidad la protección del patrimonio. *La Convención de*

París (1972) reconoció la complementariedad entre patrimonio cultural y patrimonio natural.

En el primero se incluyen: “obras del hombre y obras conjuntas del hombre y de la naturaleza, así como las zonas, incluidos los lugares arqueológicos, que tengan valor universal excepcional desde el punto de vista histórico, estético, etnológico o antropológico”. Se incluyeron como patrimonio natural: “los monumentos naturales constituidos por formaciones físicas y biológicas o por grupos de estas formaciones que tengan valor desde el punto de vista estético o científico”.

En 1976, la *Declaración de Nairobi* estableció que la conservación de los conjuntos históricos debe ser parte de la planificación nacional, regional y local, y debe incluirse en la planificación urbana y rural, para cuyo propósito se deberá tomar en cuenta la población, la actividad económica, social y cultural, los modelos de vida, las relaciones sociales, la infraestructura urbana, la vialidad; de modo que la salvaguardia se realice “con la máxima implicación de la colectividad y de la población afectada”. Documentos más recientes han insistido en que la protección del patrimonio se relacione con la problemática de la humanidad: globalización, migración, estandarización impuesta por la tecnología de la comunicación, diversidad cultural. A partir de la segunda mitad del siglo XX, se ha relacionado el patrimonio con los problemas de los centros históricos considerados como espacios físicos vivos, cargados de valores estéticos que confieren singularidad, autenticidad.

En el Ecuador, data de 1967 la *Carta de Quito*, en la cual se planteó la conservación del patrimonio dentro del proceso de desarrollo socioeconómico de los pueblos. Se estableció la relación entre patrimonio y turismo; se recomendó “conciliar las exigencias del desarrollo urbano con la protección de los valores ambientales”, y también “proteger el patrimonio monumental como medio indirecto de favorecer el desarrollo económico del país”.

En conclusión, hay disposiciones, hay orientaciones y experiencias suficientes, nacionales e internacionales, alrededor de un tema de tanta importancia, enfocado desde la perspectiva de la responsabilidad social, para que el debate se eleve y enriquezca, siempre que los intereses colectivos primen sobre los criterios personales de autoridades y gobiernos transitorios.

(Avance, No. 196, mayo de 2008, p. 20)

Los símbolos patrios

Fundamentar los puntos de vista en la solidez argumental fue una práctica intelectual bastante común antes de que se generalizaran los sondeos de opinión mediante los cuales se evalúan conjeturas y se da forma a engañosas certidumbres. Lanzar una propuesta de alcance nacional exigía razones suficientes que aseguraran su necesidad, su eficacia; en consecuencia, habría sido impensable averiguar si se creía en la inocencia o en la culpabilidad de alguien, puesto que ello no era asunto de fe, sino competencia de los jueces. En contraste, mientras mayor sea la insubstancialidad de una proposición, mejor será la acogida brindada hoy en los medios, puesto que presenta la ocasión para ganar sintonía con preguntas de este tenor: ¿cree usted que se debe cambiar el escudo nacional?

A comienzos del siglo pasado, el compositor Luis Pauta Rodríguez propuso un proyecto para reformar uno de nuestros símbolos patrios, el Himno Nacional. Lo hizo con el objeto de corregir algunos errores de forma, perceptibles en “el desacuerdo estético entre el texto del canto con el musical”, lo que ha sido causa, decía, para que “en más de cincuenta años no se haya podido cantar como corresponde, pues no se lo puede ejecutar por todo género de voces, sean sopranos, tenores, etc., mucho menos a solo voces, sino únicamente con el apoyo del acompañamiento de los instrumentos que, mecánicamente suplen la deficiencia de la generalidad de las voces dentro de sus escalas”.

En la carta dirigida en noviembre de 1916 a los nietos de Antonio Neumane, quienes habían criticado el proyecto porque no había sido consultado al patriotismo de los ecuatorianos, y porque sostenían que el himno, a pesar de sus defectos, debía conservarse intacto como una preciosa reliquia, Pauta defiende así su posición: “Un Himno patrio no es una simple melodía destinada para la ejecución de instrumentos; sino un canto del pueblo, que en sencilla frase exterioriza espontáneamente sus cívicos sentimientos por medio de la forma más sublime, cual es la expresión de la idea lírico—musical, en perfecto consorcio de ritmos y sentimientos. Por esta razón, la música del canto debe estar en

consonancia con la estética y el ritmo del verso. De otro modo, faltaría la unidad de expresión, requisito sustancial de una composición de esta naturaleza”.

Pero no se limita el proponente a describir los defectos de la composición, sino que precisa las enmiendas:

“Cambiar el término que rige el canto de las estrofas a un tono superior, cambio que regulariza la correspondiente altura de las voces en todas las partes de la composición, en razón del correcto enlace tonal entre el coro y las estrofas, lo que no resulta con el enlace de los términos adoptados en el original, en los cuales se tocan los extremos de altura y de gravedad, entre el coro y las estrofas, respectivamente. Con la modificación de términos en las partes de las estrofas, se ha reparado también el defecto de modulación del enlace tonal entre el final del coro con el principio de las estrofas, o viceversa; error de forma sustancial que ha dificultado, asimismo, la fácil ejecución del Himno; porque el intervalo de quinta mayor que media entre la última nota del coro, con la primera de las estrofas, es de difícil ejecución por la distancia del intervalo tonal ya que el oído no puede recibir naturalmente su entonación”.

Añadamos, aun a riesgo de aburrir, que para adelantarse a las refutaciones, Pauta Rodríguez se acoge a este sentimiento nietzscheano:

“¿Será preciso negar a los que han venido después el derecho de animar las obras antiguas, según los impulsos de su alma nueva? No, pues, solo dándoles nuestra alma adquieren aquellas obras poder para continuar viviendo: es nuestra sangre la que les hace hablar para nosotros mismos. Una ejecución fielmente histórica parecería un lenguaje de fantasmas que se dirigen a fantasmas. No se honra a los antiguos maestros dejando temerosamente cada palabra y cada nota en el mismo sitio donde las dejaron; se las honra mucho mejor esforzándose a volverlos siempre de nuevo a la vida”.

Volver a la vida uno de los símbolos patrios significaba para el compositor obrar en el contexto artístico, pues suponía que en todo lo demás representaba el alma siempre nueva de la nación. Este es un buen ejemplo de diafanidad mental, de honradez, de patriotismo, muy diferente al discurso con que se trivializa hoy hasta el escarnio el tema del escudo nacional.

(*Avance*, No. 199, junio 2008, p. 9)

Nuestra primera independencia

En el momento de escribir estas líneas, tiene lugar en la capital el VII Congreso Ecuatoriano de Historia, con la participación de representantes de muchos países, para conmemorar el bicentenario del primer grito de la Independencia. Mientras aguardamos la difusión de los aportes que sin duda ofrecerá el encuentro para enriquecer, contextualizar y ampliar la visión sobre uno de los episodios trascendentales del pasado nacional, es oportuno echar un rápido vistazo a los hechos, a la luz de las circunstancias que los motivaron.

Empecemos por preguntarnos si fue popular el levantamiento que llevó a declarar insubsistente al gobierno de la Audiencia de Quito, cesando a sus magistrados y creando en su lugar una Junta Suprema. ¿A quién representaban los conjurados que fueron elegidos por los barrios quiteños para integrar el nuevo gobierno? La respuesta podría hallarse en el solo recuento de sus ilustres nombres; así, por el barrio de la Catedral, los Marqueses de Selva Alegre y Solanda; por el de San Sebastián, don Manuel Zambrano; por el de San Roque, el Marqués de Villa Orellana; por el de San Blas, don Manuel de Larrea; por el de Santa Bárbara, el Marqués de Miraflores; por el de San Marcos, don Manuel Matheu. El historiador cuencano Alfonso María Borrero, luego de nombrar a trece personas connotadas, quienes la noche del 9 de agosto de 1809 urdieron el plan de la insurrección en casa de doña Manuela Cañizares, agrega que también estuvieron presentes muchas otras personas del pueblo; aún así, no se sabe a ciencia cierta si estas personas del pueblo fueron convocadas a la casa de la noble matrona o si formaban parte de la fiel servidumbre.

Otra inquietud que surge en medio del riesgo que conllevaba el alzamiento es determinar cuál fue la función primordial encomendada a la Junta Suprema. La respuesta consta en la propia acta firmada en el Palacio Real de Quito, el diez de agosto de 1809. A la Junta se le encomendó el ejercicio interino del poder, en representación del legítimo soberano, Fernando VII, mientras el rey recupere la Península —ocupada por las tropas francesas desde marzo de

1808— o viniere a imperar en América, como fue su fallida voluntad. A tono con este encargo provisorio, era obligación de la Junta "...sostener la pureza de la religión, los derechos del Rey y los de la Patria y hacer la guerra mortal a todos sus enemigos, principalmente franceses, valiéndose de cuantos medios y arbitrios honestos le sugiriesen el valor y la prudencia para lograr el triunfo".

En el mentado documento, consta expresamente la organización administrativa que asumiría el nuevo Estado, pues los nobles confabulados lo habían planificado todo al detalle, sin olvidar, por supuesto, lo tocante a las remuneraciones y a las fórmulas de tratamiento. Encabezaría el gobierno un Presidente, con seis mil pesos anuales; tres ministros, uno de negocios extranjeros y de guerra; otro, de gracia y justicia; un tercero, de hacienda, todos ellos con dos mil pesos de sueldo. Al secretario particular se le asigna una renta de mil pesos; al Auditor General de Guerra, mil quinientos. Para asegurar el respaldo del cuerpo militar, que había dado apoyo a la sublevación, se decreta el aumento de la tercera parte sobre el sueldo que en ese momento percibían los soldados y oficiales. La administración de justicia estaría a cargo de un senado con dos salas, la civil y la criminal, a cuyos ministros se les asignan mil quinientos pesos anuales. Se nombra un Protector General de Indios, con el sueldo correspondiente a senador. En cuanto a los tratamientos, las fórmulas van según el rango de la función, desde Majestad, Alteza Serenísima, Alteza, Excelencia, Usía Ilustrísima, hasta Señoría.

Interés especial revisten las formalidades previstas para la instalación del nuevo gobierno. Se dispone que el Presidente haga solemne juramento de obediencia y fidelidad al Rey en la Catedral —se lee en el acta de la Independencia— y lo hará prestar a todos los cuerpos constituidos, así eclesiásticos como seculares. Este ceremonial tuvo lugar, en efecto, siete días después, el 17 de agosto. Los severos integrantes del nuevo gobierno prestaron juramento ante la imagen de Cristo Crucificado y prometieron que en su cometido estaban dispuestos a derramar hasta la última gota de sangre. Para algunos de ellos, la promesa resultaría ser un acto de funesta premonición.

Pero, volviendo al tema inicial, si no se trató de un levantamiento popular, cabe preguntarnos por el papel que desempeñó el pueblo mientras todo aquello acontecía como si frente a él nada estuviera sucediendo. Según Carlos Landázuri Camacho, en su estudio sobre el tema (en "Nueva Historia del Ecuador", volumen 6), el pueblo quiteño asistía como curioso espectador. La insurgencia era protagonizada por un grupo de nobles comprometidos con una causa que en el fondo

defendía sus intereses de clase. En síntesis, se trataba de recuperar para Quito la importancia política, social y económica arrebatada a lo largo del siglo XVIII por un proceso de centralización que benefició a los virreinos del Perú y Santa Fe. Seis y siete años antes de la proclama libertaria, había exacerbado el ánimo de los quiteños el recorte de la jurisdicción territorial, con lo que se extremaba la subordinación a Lima. Las medidas venían a dificultar el libre flujo de los productos por las rutas comerciales, con grave detrimento de los intereses económicos de la aristocracia criolla; de modo que la invasión napoleónica a la Península ofrecía una ocasión providencial para liberar a Quito del oprobioso sometimiento al poder virreinal. En este sentido, fue un movimiento auténticamente quiteño; el proyecto había madurado a lo largo de varios años hasta cobrar forma definitiva en la noche del 9 de agosto de 1809, y ser proclamado al siguiente día.

Pero, siguiendo el juicio del mentado historiador, se trataba de un pronunciamiento que en un principio no consiguió entusiasmar a las clases populares quiteñas; peor aún obtener el respaldo de las demás provincias. Popayán, y sobre todo Guayaquil y Cuenca se hallaban geográficamente muy distantes, desatendidas; estaban segmentadas en lo económico —como seguirán estándolo durante buena parte de la vida independiente— alrededor de intereses regionales. Para colmo, entraron en conflicto las ambiciones de los caudillos del incipiente movimiento libertario; por un lado, los partidarios del Marqués de Selva Alegre; por otro, los del Marqués de Villa Orellana, en posiciones irreconciliables que, durante la etapa subsiguiente, llevarán a la derrota en el campo militar y, en lo político, al fracaso de la primera Constituyente que, reunida en 1812, se desvaneció sin pena ni gloria en discusiones intrascendentes en torno a la distribución de cargos en la administración pública. Esta enconada rivalidad entre bandos que defendían el interés de los marqueses bien podría tomarse como el pecado original con que años después vendrá al mundo y sobrevivirá hasta hoy nuestra República.

En cuanto a la población indígena, el estado de sometimiento a que la había reducido el coloniaje no le dejaba distinguir, entre los intereses de sus amos, alguna posibilidad de redención; estaban frescas, además, las escenas de crueldad con que los españoles habían sofocado toda rebelión indígena, en especial la de Túpac Amaru, que terminó, veinte y ocho años atrás, con el líder estirado en la plaza pública por cuatro caballos bajo el viento y la lluvia. De modo que la primera actitud fue de apoyo a la causa realista, como ocurrió en las dos

fracasadas expediciones de los patriotas contra Cuenca, en 1811 y 1812, según cuenta Borrero. A la primera, comandada por Carlos Montúfar, opusieron tal resistencia los indios de Juncal, que el gobernador realista Melchor Aymerich les condecoró por su valor y fidelidad a la Corona. La segunda, a cargo del patriota Francisco Calderón, partidario del marqués de Villa Orellana, se encontró en Paredones con una multitud de indios que hacían rodar enormes piedras sobre las tropas expedicionarias.

Así las cosas, solo queda una inquietud final: ¿qué celebramos, entonces, este 10 de agosto con tanto bombo y platillos? Nos atreveríamos a afirmar que celebramos el bicentenario de una gesta sin la cual no hubiera habido un 2 de agosto de 1810. Si en esta fecha última, la tropa realista no hubiera asesinado a muchos jefes de la insubordinación en sus celdas y si no hubiera masacrado al pueblo quiteño en las calles, el 10 de agosto de 1809 habría tenido menos relieve en los anales de la independencia americana. El bautismo de sangre ungió a los nobles criollos como próceres de la emancipación. Ardió tan en alto la llama de su rebeldía, que inflamó de inmediato el corazón de toda América. No hubo un pincel de Goya que perpetuara la matanza; pero hubo una espada, la de Bolívar, que se desenvainó para vengarla.

(Avance, No. 213, agosto 2009, pp. 16–17)

Cuenca: Agosto, 1809

I

Muchos riesgos debían sortear las personas que hace doscientos años venían a la ciudad o salían de ella con destino a otras poblaciones, sobre todo entre Cuenca y Quito. A los rigores propios del viaje se sumaba el severo control impuesto por las autoridades civiles y eclesiásticas a fin de impedir la circulación de noticias y rumores relacionados con el primer grito de independencia, lanzado en Quito el 10 de agosto de 1809. Sobre lo ocurrido en Cuenca en aquellos días, nos ha legado una minuciosa información Alberto Muñoz Vernaza en *Memorias sobre la Revolución de Quito*, publicadas por entregas en LA UNIÓN LITERARIA, entre 1909 y 1910, con motivo del primer centenario de aquella proclama.

Seis días después de lanzado el grito, llegó la notificación al Cabildo cuencano, junto con la petición de que enviase un Vocal para que se integrara a la Junta Suprema de Quito. Era la una de la tarde del miércoles 16 de agosto. Estupefactos, los miembros del Cabildo suspendieron precipitadamente la siesta, se instalaron en sesión extraordinaria y rechazaron de plano el pronunciamiento. Fieles a la Corona, no solo condenaron el movimiento libertario, sino que decidieron organizar cuanto antes la resistencia, empezando por interceptar las comunicaciones que pudieran intercambiar los sediciosos. Se anticipó así, en muchos años, el control de la información como instrumento de poder. Para el efecto, eran revisadas prolijamente las valijas de todos los viajeros.

Mientras tanto, los aprestos para el combate resonaban en la ciudad y en la comarca. Pronto estuvieron en la plaza de Cuenca soldados de otras regiones, enviados para apoyar la defensa de la religión y de la causa realista. Al frente de los preparativos militares se pusieron el Gobernador, Melchor Aymerich, y el Obispo, Andrés Quintián Ponte y Andrade, quien ocupaba la silla episcopal desde 1805. Animaba al primero la oportunidad de marchar sobre Quito, dominar a los rebeldes y

sustituir al envejecido conde Ruiz de Castilla, depuesto y encarcelado por los revolucionarios. Persiguiendo en su fuero interno este propósito, organizó la expedición punitiva y en octubre emprendió la marcha hacia el norte. Estaba tan seguro de alcanzar el triunfo que no dudó en llevar consigo a la familia, comandando una tropa de dos mil hombres. Se aproximaba a Quito y saboreaba la victoria, cuando recibió la noticia desafortunada de que Ruiz de Castilla se le había adelantado con astucia, y reasumido la presidencia bajo ciertas exigencias de los patriotas.

Quien estuvo animado de sincera convicción, sin otro propósito —como buen español de nacimiento— que combatir a los enemigos de la religión y de la Corona, era el Obispo. Puso los recursos de la Iglesia a disposición de los planes expedicionarios de los realistas y se empeñó en inflamar de patriotismo el espíritu de todo el vecindario. Recorría la ciudad barrio por barrio y enardecía a la población para que apoyara la defensa de la fe y de la monarquía española. Iba bien custodiado por una guardia de clérigos en uniforme negro con la imagen de la muerte.

(El Tiempo, domingo 9 de agosto de 2009)

II

Así que las autoridades habían impuesto severa vigilancia sobre la ruta que comunicaba con Quito y, en general, sobre los habitantes de Cuenca y la región. Nadie estaba libre de sospecha ni del peligro de ser privado de libertad por un asunto baladí relacionado con el pronunciamiento quiteño. La represión frustraba cualquier intento de comunicación y, peor aún, de adhesión al movimiento libertario. La red de espionaje funcionaba a la perfección sin permitir escapatoria; no había documento que no viniera a dar en manos del Gobernador. Al sospechoso lo dejaban avanzar, de ida o de vuelta, hasta el pueblo de Biblián. Allí lo apresaban y lo llevaban a prisa, con las manos atadas a la espalda, para que los de Aymerich hicieran lo demás.

De nada le servía al destinatario de un documento adelantarse a revelar el secreto para evitar la aprehensión. Le ocurrió a Don Luis Cobos, abuelo de Pío Bravo, quien entregó ingenuamente la misiva en que la Junta le nombraba Corregidor del Cañar. Fue apresado y sometido a vigilancia tanto por el documento como por el semblante que había

mostrado en el momento de entregarlo.

Tampoco salía de la ciudad un papel sin que tuvieran conocimiento inmediato los agentes de Aymerich. Don Manuel Rivadeneira, pacífico comerciante quiteño, retornaba sin tropiezo a su ciudad de origen, hasta que fue detenido a la altura de Cañar, el 23 de agosto de 1809. Revisado con minucia cuanto llevaba consigo, se encontró que todo se hallaba en regla, de modo que no había el menor rastro de sospecha. Don Manuel habría continuado sin dificultad la marcha hacia su destino, si el cura, experto en maliciar, no hubiera tomado un cuchillo y destripado, delante de los agentes, la silla de montar. Para sorpresa de todos y del propio viajero, salieron y se desparramaron en el acto las cartas que, tan laboriosamente escondidas, remitían a la Junta de Quito los patriotas Fernando Salazar, Francisco Calderón y Juan Antonio Terán.

Pero la valentía personal de las autoridades no guardaba relación con su inhumanidad. La noche del 21 de agosto, los simpatizantes del movimiento revolucionario se dieron modos para hacer correr la voz de que era inminente la entrada de las fuerzas patriotas en la ciudad. Una multitud se congregó muy atemorizada en los portales de la plaza central y en la plaza de San Francisco. Los manifestantes exigían la protección inmediata de las autoridades. Pero Aymerich se había puesto a buen recaudo en las habitaciones del palacio de la gobernación, rodeado de estricta custodia militar. Sordo al clamor del vecindario, abandonó el refugio cuando se estableció que la noticia que circulaba había sido falsa. Tampoco se podía contar con el auxilio del Obispo. No bien hubo escuchado el rumor, se echó a correr esa misma noche por caminos cenagosos, al amparo de la oscuridad. Se detuvo cuando lograron convencerle de que todo estaba en calma, pues se había tratado de una broma difundida por los sediciosos. Pero dos años después, era cierto que Montúfar se acercaba a la ciudad al frente de las tropas revolucionarias. Entones, volvió a poner el venerable Obispo los pies en polvorosa, esta vez por el camino de Naranjal. Impelido por el pánico, no dejó de avanzar hasta hallarse a buen recaudo en Guayaquil. Volvió para poco tiempo a Cuenca, pues murió el 24 de junio de 1813 y sus despojos fueron depositados en la cripta de la catedral vieja.

(El Tiempo, domingo, 16 de agosto de 2009)

III

¿Qué contenían las cartas decomisadas el 23 de agosto, luego de ser despanzurrada la montura sobre la que viajaba el comerciante Rivadeneira? Algo muy grave debió ser para que provocaran tanto alboroto y agravaran la penosa situación de quienes ya estaban bien encerrados en la cárcel y procesados como sospechosos por resolución de las autoridades españolas. Tal era el caso de Don Fernando Salazar y Piedra, Alcalde de Primer Voto. Lo mismo ocurría con Francisco Calderón, futuro suegro de Vicente Rocafuerte. Era Contador de la Real Hacienda, y guardaba prisión por haberse negado a cubrir los gastos ordenados por Aymerich, lo que equivalía a desconocer a la autoridad. Pero lo que había colmado de indignación a las autoridades realistas era el trato de Alteza Serenísima con que se habían atrevido a dirigirse los conspiradores al Presidente de la Junta de Quito, Marqués de Selva Alegre. Colocados en el cepo, incomunicados, pagaron con creces su osadía.

En septiembre, Salazar, Calderón y seis procesados más fueron enviados a Guayaquil bajo la custodia de Pablo Hilario Chica, quien se esmeró en hacerles el viaje lo más penoso posible, en el afán de desvanecer las sospechas que pesaban sobre él al haber sido nombrado Auditor de Guerra por los revolucionarios. De Guayaquil, los reos fueron remitidos a Quito. Pero Salazar y otros procesados no pudieron soportar las penurias del viaje y murieron en el trayecto. Poco después, ya liberado, Calderón no dudó en comandar las tropas patriotas hasta caer prisionero y ser fusilado por los realistas, en 1812. Abdón Calderón, su hijo, casi un adolescente, se cubrirá de gloria, doce años después, en el Pichincha y, más allá de la muerte, volverá a encontrarse con su heroico progenitor.

¿Hubo algún fundamento en virtud del cual la Junta Suprema de Quito había expedido el mencionado nombramiento en favor de Pablo Hilario Chica? Tanto él, como Don José Neira, connotado vecino de la ciudad, para quien vino, en el despacho interceptado, el nombramiento de Gobernador, no cesaron en hacer públicas demostraciones de sometimiento y fidelidad a la Corona. Don José Neira no tardó en morir, asediado noche y día, entre otros fantasmas, por el de su difunta esposa. En cambio, Don Pablo Hilario Chica era diestro en navegar a dos aguas; fue Ministro y, en 1835, Presidente de la Corte Superior de Justicia en el Distrito del Azuay.

Pero mucho antes de los acontecimientos de 1809, ya habían surgido en Cuenca expresiones de repudio al poder español. En 1795, se

introdujeron bajo las puertas del vecindario unos papeles anónimos que hacían un llamamiento a la franca rebelión: “...*indios, negros, blancos y mulatos, ya, ya, ya no se puede sufrir; como valerosos vecinos, juntos a morir o vivir, unánimes hemos de ser*”. Aunque tenaz en sus pesquisas, el temido Gobernador José Antonio de Vallejo no pudo dar con los autores. ¿Qué fin tuvieron? Es probable que hayan enmudecido bajo el terror implantado por Aymerich, o que hayan encontrado la forma de compartir el fervor libertario de los patriotas de Quito.

(*El Tiempo, domingo 23 de agosto de 1909*)

IV

Pero no ha de atribuirse únicamente a la acción represiva la actitud de rechazo, por parte de muchos cuencanos, al movimiento quiteño de emancipación, al punto de convertir la ciudad en un bastión realista. Hubo otros factores, sobre todo de índole económica y social, que condujeron a tomar esa actitud. Nos lo muestran con meridiana claridad los estudios sobre la realidad de esos tiempos, emprendidos por los investigadores Silvia Vega, Jorge Núñez Sánchez y Leonardo Espinoza.

Al finalizar el siglo XVIII y comenzar el XIX, se había incrementado en la región sur de la actual República del Ecuador el intercambio comercial con el norte del Perú. De allí venían la sal, el algodón, los artículos suntuarios; hacia allá iban, en nutridas caravanas, la cascarilla y los productos textiles. Conforme prosperaba el intercambio, era obvio que los negocios dejaran de ser considerados como ocupaciones innobles. Así, los comerciantes empezaron a competir en buena lid con el viejo poder local afincado en la tenencia de la tierra y la consiguiente explotación agrícola. Más interesante aún es que las rutas comerciales habían servido para establecer fuertes vínculos entre las familias pudientes de una vasta región binacional. Ante estos fenómenos sociales, resulta muy comprensible que el 16 de agosto de 1809 el Cabildo cuencano haya rechazado la notificación de la Junta Suprema de Quito y la invitación a adherirse a un movimiento que vendría a romper la imagen apacible de una ciudad bañada por el encanto de cuatro ríos tutelares.

Elementos similares sirven para entender los motivos de irreconciliable división, al comienzo de la lucha libertaria, del propio partido de los patriotas entre los seguidores del Marqués de Selva Alegre y los del Marqués de Villa Orellana.

¿Cuán profundas eran las discrepancias? Los intereses económicos de los Montúfar andaban por el norte; en tanto que los intereses de los Sánchez de Orellana se afincaban en el sur, con la fortuna obtenida mediante la explotación minera y el comercio por la ruta Cuenca—Loja—Piura—Lima.

Sin embargo, doscientos años significan muy poco en la evolución de una determinada sociedad; en cierta forma seguimos siendo los mismos y frecuentemente volvemos a las mismas. Si el desarrollo del intelecto humano hubiera caminado a la par con el avance científico y su aplicación tecnológica; es decir si el sistema educativo hubiera marchado en la línea del tiempo, ya no correspondería al silo XXI la necesidad de hablar sobre una segunda independencia con sus nuevos vientos de guerra y sus limpias rituales.

(El Tiempo, domingo 30 de agosto de 2009)

Piratería, historia siempre recomenzada

Cuando leáis *Piratas y Corsarios*, de Elliot Dooley (Barcelona, Bruguera, 1967, con licencia eclesiástica), notaréis que el interés por el tema no decae; al contrario, se actualiza más allá de la nostalgia que nubla la verdad sobre el acontecer humano.

El libro os recordará que el éxito de la aventura dependía de la férrea organización alrededor de una ambición común: el botín. Una vez elegido el jefe, todos los expedicionarios quedaban sometidos a su inapelable brutalidad. Antes de zarpar, se trazaba el plan de operaciones. Preguntaba luego el capitán si alguien estaba en desacuerdo y disparaba a quemarropa contra quien levantara la mano. “¿Alguien más?”, volvía a preguntar. Y los piratas se entregaban a la furia de las olas y caían al amanecer como una tromba, por ejemplo, sobre Maracaibo.

Ya desvanecidos los contextos, se emplean hoy como sinónimos de la palabra pirata los vocablos corsario, bucanero y filibustero. Todos caben en la acepción general de pirata, de una voz griega que significa atacar; sin embargo, denominaron en su tiempo modalidades diferentes. La piratería despertó la ilusión en muchos hombres sin patria ni bandera, para quienes la gloria y la muerte atraían con idéntico fulgor. Abordaban un barco, degollaban, robaban, esclavizaban a los sobrevivientes; o zozobraban en la borrasca sin dejar rastro ni memoria. Sobre ágiles bajeles, remeros musulmanes sorprendían en alta mar a los pesados navíos mercantes de Occidente. La actividad era febril en Europa. Se hicieron famosos por la audacia y la ferocidad los piratas de los pueblos que después conformaron Gran Bretaña, reina de los mares. Capitanes enviados con la misión de limpiar de ladrones el océano aprendían tan bien el oficio que terminaban como piratas afamados. Uno de ellos, Stoertebecker, fue colgado en Hamburgo, y dejó tal cantidad de oro, fundido en el palo mayor de su nave, que alcanzó para sufragar la guerra, indemnizar a las víctimas y decorar el templo de San Nicolás.

Luego del reparto del Nuevo Mundo entre España y Portugal por el Papa Alejandro VI, la piratería revistió otro matiz. Las naciones relegadas, sobre todo Inglaterra y Francia, codiciaban los tesoros de los galeones españoles, y satisficieron su ambición a través de los corsarios, llamados así porque operaban con una prebenda o "patente de corso" con que el rey les autorizaba para atacar naves enemigas, a cambio de participar en el botín. Armaban por su cuenta la expedición y, a falta de una presa enemiga, se pagaban saqueando por falsa equivocación un barco del propio país. Francis Draque, protegido de la reina Isabel, fue luego ennoblecido por sus brillantes servicios a Su Majestad.

Cansados de aventuras o reprimidos por los excesos, muchos piratas y corsarios se establecieron en la isla Española, donde descubrieron que era posible gozar de entera libertad viviendo del intercambio de productos con los barcos que anclaban en la costa. Los pacíficos comerciantes tenían aspecto salvaje, andaban andrajosos, alimentados de "bucán", que en araucano era la carne secada al sol y asada en leña verde. Esta vida disipada de los bucaneros, libre, desorganizada, sin autoridad, irritó de tal modo a la Corona española que decretó su exterminación. Fueron cazados y diezmados sin piedad; pero los sobrevivientes alcanzaron a refugiarse en la Tortuga y juraron venganza.

Allí, los bucaneros eligieron a sus jefes y se lanzaron al mar. Ahora eran filibusteros, palabra del francés, pero con el sentido originario de libres saqueadores. Célebre en las costas del Caribe fue Jean David Nau, "el olonés". Tomó Maracaibo y obtuvo por el terror 260 mil pesos oro. Mansvelt saqueó Santiago de los Caballeros al cabo de una penosa marcha por la selva, durante la cual prohibió a sus hombres, bajo pena de muerte, hablar en voz alta o cantar. Pirata, corsario y filibustero fue Henry Morgan. Desde Jamaica organizó el saqueo de Maracaibo. En 1671 tomó Panamá, la fortaleza casi inexpugnable de los españoles; mató, masacró y reunió un valor incalculable en oro, plata y objetos preciosos. Aclamado como héroe por los ingleses jamaquinos, fue pronto ennoblecido por la Corona británica en pago de sus servicios. Nombrado Teniente Gobernador de Jamaica, Sir Henry Morgan se comprometió a eliminar a sus antiguos compinches. Nadie como él para sorprenderlos en sus guaridas y ahorcarlos. Murió lejos del mar, en la cama, y fue sepultado religiosamente en la iglesia de Santa Catalina.

Cada vez que otros tesoros han atraído a los aventureros, se han sofisticado las operaciones de pillaje, y nuevos saqueadores se han repartido el botín. Algunos herederos de la ambición corrieron la suerte del capitán Kidd y expiaron las culpas en la horca; otros, en cambio,

fueron ennoblecidos por los servicios prestados a naciones venturosas. Algún día, tendrá también un nombre apropiado el saqueo de los bienes públicos en naciones devastadas por la demagogia.

(Avance, No.218, enero 2010, p. 9)

En la línea del tiempo

I

La búsqueda de los principios que gobiernan los fenómenos de la naturaleza y de la sociedad tiene una milenaria tradición que probablemente arranca de cuando el ser humano se irguió sobre sus plantas y miró por vez primera el firmamento. De modo que la ciencia tiene un pasado antiguo y venerable.

La preocupación por descubrir las causas de los fenómenos se intensificó en el Renacimiento y alimentó el espíritu del *sielo XVII*; suele por ello remontarse a esa época el origen de la ciencia moderna, anticipada por las tempranas observaciones de Leonardo en el ámbito de la física y la anatomía.

Aunque nuestro planeta siempre ha girado alrededor del sol, como al parecer ya lo intuyeron por experiencia los marineros, hubo que esperar a que lo dijera Galileo. El método de la observación dio lustre al *siglo XVII*, abrió la ruta de la transformación política y económica del *XVIII* que presidió el nacimiento o el desarrollo de la astronomía, la física, la matemática, la química, la biología. Se inventaron aparatos como el microscopio que dos siglos después permitió descubrir la causa de algunas enfermedades; se investigó sobre la circulación sanguínea, la digestión, la respiración.

Entre Galileo, Torricelli, Descartes, Pascal, Newton, Leibniz y Lamarck se observa en la línea del tiempo una cadena investigativa que culminó en los trabajos de Johann Mendel y de Charles Darwin, en el *siglo XIX*. La genética experimental del *siglo XX* fue anticipada por Mendel tras ocho años de experimentación en los jardines del monasterio de Brunn, del que era prior.

El estado actual de la ciencia ha llevado a su máxima expresión el triunfo de la razón sobre la visión mágica del mundo, y se refleja en un poder tecnológico capaz de aliviar los males de la humanidad o de alterar su destino. Pero es también un hito en el proceso que se inició

por lo menos hace siete mil años, desde cuando se cree tener memoria de las operaciones matemáticas y las observaciones médicas y astronómicas practicadas por los egipcios y sistematizadas, varios milenios después, por la sabiduría de los griegos.

(*El Tiempo*, domingo 10 de enero de 2010)

II

Resulta muy motivadora la lectura de *El Mundo y sus Demonios*, de Carl Sagan (Bogotá, Planeta, 2009, 15a. Reimp.). Propone que pensemos por nosotros mismos para no dejarnos embaucar por los ilusionistas; pues solo el conocimiento racional evita que caigamos en la magia, la superstición, el prejuicio. Son página de frescura y lucidez, recomendables para una sociedad que aún asiste al estreno de la función pública con la bendición de los chamanes.

Cuando nos ufamamos de haber superado la noche neoliberal, olvidamos que buena parte de la población no sale de una más larga noche, la medieval, con sus terrores, inquisidores y adivinos. La diferencia estriba en que la magia de nuestro tiempo es la tecnología, vaciada para el gran público de complejidad científica. Esto lleva a que muchos recursos se destinen a fomentar la dependencia.

Si bien los milagros ya no son rentables, las manifestaciones individuales y colectivas de la fe operan como una forma eficaz de eludir la responsabilidad individual y social. Se ora con igual devoción por el triunfo de un equipo que contra la enfermedad o el riesgo bancario. Al borde del año 2012, se empieza a rezar para que Dios libre al mundo del cataclismo anunciado para esa fecha, como si la naturaleza no estuviera ya devastada por la ambición, y el ser humano no tuviera el poder para destruir varias veces el pequeño planeta.

Si estamos absolutamente seguros —afirma el científico norteamericano— de que nuestras creencias son correctas y erróneas las de los otros, de que a nosotros nos motiva el bien y a los otros el mal, de que el Rey del universo nos habla a nosotros y no a los fieles de otra religión; de que es malo desafiar las doctrinas convencionales o formular preguntas inquisitivas; en fin, de que nuestro trabajo es creer y obedecer, la persecución de brujas se repetirá en varias formas hasta el último hombre, asegura.

Afinca en el estudio la disposición mental para entender el mundo y alejarlo de la superstición. Se necesitan cuando menos quince años de estudio riguroso para adquirir un marco de conocimientos que aproximen a la mecánica cuántica, afirma, reflexión que ha de valer también para el arte y todas las áreas del saber.

(Ibid, domingo 17 de enero de 2010)

III

No era un fantasma, aunque lo pareciera. Perteneecía a una familia, como se dice, de rancio abolengo. Duque, su abuelo; el padre, Lord de Inglaterra, amaba la ciencia. Entre los antepasados, Sir Thomas Cavendish, corsario inglés famoso por los ataques contra las posesiones españolas de ultramar, y protegido de la Reina Isabel, aunque más recordado por el viaje de circunnavegación emprendido dos siglos atrás, entre 1586 y 1588.

A juzgar por el talante huidizo, el atuendo estrafalario y el sombrero de tres picos, del siglo anterior, no parecía miembro de la Royal Society de Londres, a la que había sido incorporado a los 29 años, sino alguien escapado de una catástrofe.

La vida frugal y retirada no correspondía a la del acaudalado personaje de la banca londinense. Indiferente al dinero y bienes terrenales, no tenía otra preocupación material que enriquecer y cuidar su biblioteca. Eludía el tratar con los demás, a excepción de reuniones de trabajo. Evitaba a las mujeres. Su timidez había llegado al punto de prohibir a la servidumbre femenina que se mostrara mientras él anduviera por la casa, pues recibiría por escrito cuanto él necesitara.

¿Qué hacía este hombre solitario encerrado en sus habitaciones? Desde la más temprana edad vivía perdidamente enamorado de la ciencia. Leía, reflexionaba y, sobre todo, experimentaba

Vaciando ácidos sobre diversos metales, notó que de estos se desprendía un gas que al encenderse ardía con una llamita azul. Ya seguro de la validez de sus observaciones, hizo conocer al mundo un nuevo elemento químico al que Lavoisier denominó hidrógeno. Se interesó por la composición química del aire y del agua; determinó la densidad de la atmósfera y adelantó algunas investigaciones sobre la electricidad.

Este extraño personaje vivía silencioso en la línea del tiempo. Era Sir Henry Cavendish. Nació en Niza en 1731 y murió en Londres a los setenta y nueve años, hace dos siglos. La llamada ciudad de las ciencias debería honrar su memoria con la promesa de cuidar la transparencia del aire y la pureza del agua.

(Ibid, domingo 24 de enero de 2010)

IV

No todos los días un regalo de cumpleaños ha cambiado el destino de una persona; menos aún si la esposa le ha ofrecido un presente algo inusual como un microscopio. Se cuenta que esto le ocurrió a Robert Koch (1843 — 1910).

Concluida la carrera de medicina en la universidad de Gotinga, vivía con su joven esposa en un pequeño pueblo de la campiña alemana. Ejercía allí la que antes era noble y abnegada profesión. Fascinado como un niño por el obsequio, montó al día siguiente un pequeño laboratorio en el rincón de la casa y se acomodó para observar. Y se pasó observando por la lente del microscopio durante toda la vida. En 1905 le fue otorgado el Premio Nobel de Medicina.

Eran tiempos de penuria. El ántrax agravaba la pobreza; se propagaba incontenible por los campos y exterminaba el ganado. Lo primero que hizo el joven médico fue extraer una gota de sangre de una oveja recién muerta a causa de la enfermedad y otra gota de una oveja sana. Miradas al microscopio, notó que en la primera había unos cuerpecillos alargados que no aparecían en la segunda. La revelación le llevó a preguntarse si aquellos eran la causa o la consecuencia de la enfermedad. Repitió la observación innumerables veces y vio que los cuerpecillos estaban vivos. Vio también que con el tiempo adoptaban la apariencia de unas perlas diminutas que al ser trasladadas al caldo de cultivo volvían a transformarse en agentes asesinos.

Metódicamente, Koch había descubierto la causa y la transmisión del terrible mal. En la misma línea del tiempo, aunque lejos en el espacio, Louis Pasteur (1822— 1895), mayor a él con veintiún años, también había pasado la vida tras el microscopio hasta hallar el modo de prevenir la enfermedad: la vacuna.

Conocido el fruto de su silenciosa labor, Koch fue llamado a Berlín, donde pusieron a su disposición un laboratorio oficial para que

investigara. Fiel a su método, descubrió el bacilo de la tuberculosis y su forma de transmisión por el aire. En 1905, le fue otorgado el Premio Nobel de Medicina.

Anduvo con el microscopio a cuestas por inhóspitas regiones de Asia, África, y descubrió el bacilo del cólera, de la peste bubónica, de la malaria, de la enfermedad del sueño. Dondequiera que la muerte alzara bandera, él se hacía presente con su arma para combatirla sin tregua, hasta el día en que se le detuvo el corazón, hace ya cien años.

(Ibid, domingo 31 de enero de 2010)

Nuevo tesoro editorial

“Un manojo de ortigas y ruda”.

Fue la frase con que don Juan León Mera desestimó el mérito de la recopilación poética efectuada por el jesuita guayaquileño Xacinto de Evia, publicada en Madrid, en más de cuatrocientas páginas en octavo, en 1765. Marcelino Menéndez y Pelayo terminó por condenar la obra al olvido, en 1908, con un juicio que, al provenir de su autoridad, resultaba por entonces casi inapelable:

“...un monumento de hinchazón y pedantería” –dijo.

Pero, adelantado el siglo XX, nuevos estudios maduraron la desconfianza en los juicios que provenían de la autoridad. En 1927, se releyó con mayor sentido crítico a Góngora y se descubrieron los secretos de su hondura. El entusiasmo cundió por Hispanoamérica y obró también en favor de la denostada antología de nuestro compatriota. De este modo, pudo ser plenamente ubicada la recopilación en el contexto cultural de las letras hispanoamericanas del siglo XVII.

Isaac J. Barrera fue el primer ecuatoriano en valorar la importancia de aquella obra; y a él se sumaron Francisco Vásquez y Augusto Arias, hasta que fue rescatada definitivamente para la cultura ecuatoriana por el padre Aurelio Espinosa Pólit, quien halló en Evia, en medio de las desmesuras propias de su escuela, una vena fresca, jugosa y un sostenido aliento creador.

A pesar de la extensión, el título de la antología se nos ofrece sugestivo: *Ramillote de varias flores poéticas, recogidas y cultivadas en los primeros abrils de sus años por el maestro Xacinto de Evia, naural de la ciudad de Guayaquil*. Ardua debió haber sido la empresa que se impuso el joven jesuita para conseguir que en España se editara un volumen con las flores fúnebres, heroicas y líricas crecidas en un alejado rincón de las colonias. Pero estuvo animado por el afán de difundir las voces líricas de su patria, y consiguió también rendir homenaje a su maestro y compatriota Antonio Bastidas, y a su compañero de estudios, el colombiano Hernán Domínguez Camargo, poetas que copan más de la mitad del volumen.

Aquella joya editorial era casi desconocida en el país. En 1999, el Frente de Afirmación Hispanista, de México, publicó una edición facsimilar, al cuidado de Rodrigo Pesántez Rodas. El Frente entrega ahora una segunda edición facsimilar, precedida de un estudio muy confiable, presentado por el propio escritor Pesántez Rodas. La antología viene acompañada de la versión española actual. Ordenada en volumen de cerca de mil páginas, es la plasmación de otra ardua empresa, muy digna de Xacinto de Evia, obra acreedora al reconocimiento nacional, puesto que constituye un reto para los nuevos estudiosos de la cultura literaria ecuatoriana.

(El Tiempo, domingo 7 de febrero de 2010)

Mucho que contar y cantar

“Los reporteros se pasan la vida jodiendo a otros y sentados fumando, tomando café y escribiendo pendejadas”. Así se expresaba el ministro de energía. Poco antes había confesado a los reporteros que le gustaría tomar a las mujeres por los cabellos, arrastrarlas hacia la caverna y comérselas. Por su parte, el ministro de obras públicas había perdido la cabeza y los calzoncillos en un hotel. Furioso por la publicación de la noticia, amenazó a una periodista extranjera con expulsarla por morbosa.

La corrupción había formado parte de la historia colonial y republicana; pero nunca antes había alcanzado rango oficial la chifladura ni se había instaurado el pillaje como sistema de gobierno.

Una vez integrados al equipo gubernamental, los funcionarios procuraban mostrarse dignos del Presidente. Su misión era aplaudir cada raptó de megalomanía y actuar en el circo de los gabinetes ambulantes. En seis meses de farándula, el personaje principal cantó y bailó sin parar hasta el desmayo. Se armaba el tablado para que lanzara un CD carraspeado por la voz presidencial; o para que subastara a favor de una obra pía la mosca que pintaba por bigote, sin que se supiera el destino de las buenas monedas recaudadas.

Debería la juventud recién incorporada al sistema electoral revisar la prensa de esos días oprobiosos, de la cual proceden los datos de esta nota. En política, menudeaban los escándalos y había personajes de novela. Se verá a los ministros cargando las mochilas escolares a la espalda, fabricadas por una empresa colombiana que con un irrisorio capital recibió la adjudicación de un contrato millonario. Se verá en el centro a la autora del negociado, respaldada por esta rotunda declaración presidencial: “A la ministra de educación no me la mueve ni un terremoto”. Se verá al mandatario vaciando una funda de leche por el embudo de la boca, aunque ese producto populista fue declarado no apto para el consumo humano. Se lo verá en una nación vecina, vestido de inca, los dedos untados de cuy y de mondongo, en una visita oficial memorable porque demostró que no tenía idea del país donde gobernaba. En fin, se le verá al Presidente fandanguero cantándole en

una farra a Lorena Bobbit. “Al conocerlo a usted, veo que el pueblo ecuatoriano ya es maduro, porque usted representa lo que realmente somos”, expresó con bastante razón la agradecida mujer, célebre por haberle cercenado el pene al marido.

Consulados y embajadas se distribuían entre la parentela. En las aduanas operaba una banda delincuencia. Se calculaba que la extorsión, el cohecho y el tráfico de influencias generaban hasta 500 millones de sucres diarios que iban a parar en cuentas personales. Guapas estudiantes y atractivos bachilleres manejaban los contratos petroleros, y las empleadas domésticas constaban con jugosos sueldos en el rol de pagos de la empresa estatal de petróleos. Cuando un hijo del mandatario cumplió los dieciocho años ya había festejado su primer millón de dólares. Una asociación delictiva negoció 24 mil millones de sucres en equipos y materiales que eran adquiridos por los centros educativos con falsos concursos de ofertas, y hubo legisladores gobiernistas que distribuían miles de millones de sucres entre fundaciones y supuestas partidas seccionales. Se denunció al gerente del Banco del Estado por cobrar presuntamente una comisión de 12 millones de dólares en la negociación de un crédito con un banco extranjero, y al gerente de la empresa de telecomunicaciones por firmar contratos por tantos millones de dólares que el propio Presidente los detuvo, ya asustado.

Porque había llegado el momento de que el pueblo reaccionara. Millones de personas marcharon enfurecidas por las calles y los campos del país. Siguiendo una tradición siempre renovada, los periodistas desfilaron amordazados. Llegó la multitud a la capital, venció las alambradas, los tanques, las ametralladoras, y puso en fuga a los ocupantes del palacio. Era la noche del 7 de febrero de 1997 —hace trece años—. Sólo entonces, el fugitivo cayó en la cuenta de que había sido elegido Presidente de la República y no bufón de ferias democráticas. Era tarde para ponerse a lagrimear.

Y no era decoroso huir sin un último toque. La banda logró sacar del Banco Central once mil millones de sucres y embutirlos en costales apilados. Cuando el ex jefe financiero del régimen fue aprehendido en la frontera, llevaba en los bolsillos tres millones y medio de dólares que por arte de magia se fueron reduciendo a poco más de tres mil. Otros personajes consiguieron escapar y hoy gozan de buena salud en el extranjero. Ojalá volvieran pronto, antes de que nos muramos, porque tienen todavía mucho que contar y mucho que cantar.

(Avance, No. 219, febrero de 2010, p. 9)

Más allá de la pasión política

Algunas opiniones vertidas sobre el otorgamiento del Nobel de Literatura han aprovechado la ocasión para resaltar la postura ideológica de Vargas Llosa, como si el galardón obedeciera a una militancia política y no a una indiscutible calidad literaria que honra a Hispanoamérica. En la suposición de que una determinada línea ideológica hubiera obrado sobre la decisión de la Academia sueca, la asignación ha sido a todas luces atinada y merecida.

Dejando a un lado esa incómoda atribución de paladín del convivir democrático, solo ha de interesar en adelante el valor del legado literario. Lo perdurable, lo único que a la postre cuenta, y por lo cual un autor nos cautiva, no proviene de la lealtad o de la deslealtad a una militancia política, sino del compromiso con su profesión de escritor, en un solitario batallar con el lenguaje. En la literatura, como en las demás artes, las obras se han burilado con la paciente fidelidad a la propia vocación. Esta es una buena lección que ofrece el laureado escritor a su público, sobre todo a los jóvenes.

Ya que mencionamos a los jóvenes, valga la oportunidad para traer a este propósito, en virtud de la aparente sencillez expositiva y la intención didáctica, su breve libro *Cartas a un joven novelista* (Ariel, 1997), que bien podría estimarse como un manual para el aspirante a narrador. Dueño ya de su oficio, pues a la sazón había publicado una docena de títulos, entre ellos sus obras más celebradas, el autor combina sin presunciones teóricas sus preferencias literarias —desde *Las Mil y una noches* hasta *Cien años de soledad*—, con una metódica reflexión sobre el arte de novelar. La claridad y la experiencia personal comunican a estas páginas un entusiasmo comparable al que animaba y a la vez sobrecogía en *Cartas a un joven poeta*, de Rilke.

Aconsejaba a un amigo el lírico alemán que se preguntara en la noche si podría vivir sin escribir y si estaría dispuesto a organizar su vida atendiendo a esa necesidad. El novelista peruano advierte a su lector de que si asume su afición por la literatura como un destino deberá también convertirse en su esclavo. Con el fervor que mostraba

Rilke al exhortar a su destinatario que, una vez descubierto el llamado a ser artista, aceptase ese destino y lo soportara con su carga y grandeza, sin preocuparse por la recompensa, Vargas Llosa insiste en que el escritor ha de sentir que la escritura significa para él la mejor manera posible de vivir, prescindiendo de las consecuencias sociales, políticas o económicas que pueden derivar de lo que escribe. Con el respaldo de su afortunada experiencia de creador, afirma que quien haga suya esa vocación hermosa y absorbente ha de saber que no escribe para vivir, sino vive para escribir. Y para aprender a escribir, insiste, es necesario aprender a leer.

Es otra lección sabia. Surge del repertorio de grandes maestros de la literatura universal de que se vale para condensar en doce lecciones los secretos que revelan el andamiaje en que se sustenta el narrador dentro de la novela y el modo en que se organiza el espacio novelesco, ámbito privilegiado donde es permitido jugar con la versatilidad del tiempo y establecer el plano cambiante de la realidad que corresponde a la ficción. Esa cosa misteriosa llamada talento, genio —dice— es fruto de una larga secuencia, de años de disciplina y perseverancia. Así han logrado dar con su estilo los grandes escritores; así cautivaron y nos cautivan; y así también el aspirante a novelista podrá aventurarse a descubrir de dónde han salido las historias que cuentan las novelas e irá haciendo suyos los variados procedimientos mediante los cuales se ha dado forma y se ha dotado de vida independiente a las ficciones, pues —aclara— los nuevos recursos no son sino novedosas experimentaciones con el acervo de posibilidades acumuladas en el arte de narrar desde los albores mismos de ese género.

La lectura de *Cartas a un joven novelista* constituye una oportuna invitación a emprender en un fecundo acercamiento a los orígenes de la magia persuasiva que recorre la obra entera del propio autor, para librarnos de caer en la pesadumbre de la izquierda o en el alborozo de la derecha al observar, con encontradas perspectivas, la concesión del Nobel de Literatura desde la estrechez de la pasión política, muy de moda en estos días.

(*Avance*, No. 228, noviembre 2010, p. 22)

Barbarie: la historia y la ficción

En *El corazón de las tinieblas*, Joseph Conrad describió en 1902 el poder misterioso con que la selva del Congo trastornó a quienes la profanaban atraídos por la fría blancura del marfil. En 1903, otro explorador, Roger Casement, informó sobre los horrores que allá cometían los negociantes del caucho. El servicio en el cuerpo consular británico le había permitido constatar la barbarie imperante en esa vasta región africana asignada por las naciones europeas a Leopoldo II de Bélgica para que la civilizara. La ambición desmedida del monarca había sometido a la esclavitud a los nativos, en condiciones que repugnaban aun a la probada sensibilidad inglesa. Una fotografía muestra a dos jóvenes congolese de aquella época con las manos amputadas, pena benigna si se considera la crueldad con que los civilizadores belgas practicaron uno de los mayores genocidios de la historia.

Años después, Sir Roger Casement, ennoblecido por la Corona, fue comisionado a la región del Putumayo para verificar las denuncias contra la firma inglesa Peruvian Amazon Company, manejada desde Londres por el peruano Julio C. Arana. El informe sobre la conducta criminal de los caucheros sacudió otra vez la conciencia de los pulcros londinenses que habrían preferido ignorar que ciertas fortunas inglesas estaban amasadas con sangre de los nativos amazónicos. Si no eran desorejados, castrados o degollados por no extraer una determinada porción de caucho, el hambre o la enfermedad se encargaban de liberarlos de ese infierno. En pocos años de explotación, entre 1893 y 1910 —fecha del informe—, quedaba apenas un cuarto de la población indígena que desde época inmemorial había andado libre por las selvas del Putumayo.

En vez de atraer al aborígen al mundo civilizado, el sistema colonialista despojaba de los valores morales al colonizador y lo convertía en demonio; el desprecio por la dignidad humana descendía hasta la abyección. El contacto con el horror prendió en Casement la idea de que la única opción de libertad era la rebelión. La rebelión armada. Desde el Congo y la Amazonía, la llama de este pensamiento voló a su

patria, Irlanda, colonia del país al que él representaba. Añoró el origen céltico, la historia y la leyenda, desde los tiempos del druidismo hasta la conformación espiritual de Irlanda, antes del sometimiento a la corona inglesa en el siglo XII.

Dominado por el sentimiento de rebeldía, renunció al servicio diplomático y se adhirió al movimiento nacionalista irlandés que luchaba por la independencia. Poco antes de que estallara la cruenta sublevación de 1916, y luego de un periplo por Estados Unidos y Alemania en demanda de apoyo militar, desembarcaba de un submarino alemán en la costa irlandesa cuando fue aprehendido por el servicio secreto inglés que le seguía los pasos. Condenado a muerte por traición a la patria, denegadas las solicitudes de indulto, Sir Roger Casement fue ahorcado tres meses después en los patios de Pentonville Prison. Tenía 52 años de edad.

Aquí termina la historia y la biografía. Y de aquí arranca *El sueño del celta*, de Mario Vargas Llosa. Tras las rejas de Pentonville, mientras aguarda el indulto o la ejecución, la mente del condenado arma y desarma en la oscuridad, como en una caja china, el pasado irlandés, los horrores de la selva y la secreta conexión de los hechos que trazaron su destino. A lo largo de 451 páginas, el lector se siente cautivado y prosigue sin respiro, de la primera a la última línea. El estado de encantamiento ni siquiera le permite definir la frontera movediza entre la historia y la ficción.

Superada la edad en que las personas son consideradas inútiles para la sociedad, Vargas Llosa, que anda por los 74 años, rinde una nueva lección de lozanía intelectual y de fidelidad a la vocación de escritor. Al virar la última página, tocado aún por el asombro, al lector solo le cabe una certidumbre: si el sueño del celta fue la independencia de Irlanda, el sueño del autor, como en una caja china, fue *El sueño del celta*, obra que debe leerse antes de que la magia literaria sea hurtada por el cine. El texto, además, ayuda a reconfirmar que la barbarie es inherente a la codicia de todo imperialismo.

(Avance, No. 229, diciembre 2010, p. 7)

El hombre del nuevo milenio

Abrigando mil ilusiones, hemos despedido a la década inicial del siglo XXI. El incesante llegar y despedir confiere certidumbre al individuo y significado a la presencia humana en el planeta, aunque la búsqueda de ese devenir no haya sido siempre venturosa.

En la historia de la especie, diez años equivalen a lo que demora un parpadeo; pero gracias a la experiencia acumulada en la memoria colectiva desde cuando el hombre grabó su sombra en las cavernas, tenemos la impresión de que se acorta la distancia entre los períodos que separan cada forma de comportamiento social. Sensación similar experimenta la vivencia individual conforme se aceleran los estados de conciencia que median entre la adolescencia y la vejez, etapas que difieren por la percepción interior de un tiempo que cobra velocidad ajena a la marcha convencional de calendarios y relojes.

Valdría la pena preguntar si no es aquella sensación de vertiginosidad, acompañada de malformaciones educativas, la que lleva hoy a perder de vista la íntima relación entre motivaciones y consecuencias en el quehacer individual e, igualmente, a desvanecer en la configuración de la imagen social el hilo de continuidad en que se operan las rupturas. Parece consecuencia natural de aquella sensación el que la pérdida de la relación entre causas y efectos acabe en el olvido, preanuncio de senilidad; y que la esfumación de la línea de continuidad en los procesos sociales lleve a la desmemoria, aunque en uno y otro caso se trate de mecanismos de defensa que dan tranquilidad a la conciencia.

Es lo que suele obviar en el discurso político quien cree zaherir a la oposición acusándola de tener la mente anclada en el siglo pasado. Y resulta contradictorio si lo hacen los émulos de una revolución heroica que al persistir durante cincuenta años sin despegar de la miseria ha dejado de ser revolución. Este contrasentido confirma que el hombre del siglo XXI aún no existe entre nosotros y que, en consecuencia, es imperioso formarlo. Las generaciones actuales, incluida la que ahora se halla en su momento culminante, en las instancias pasajeras del poder, fueron formadas en el marco de unos valores, principios, ambiciones y

estados de conocimiento predominantes en el siglo pasado. De modo que carece de fundamento decoroso el entusiasmo con que algunos políticos se miran en nuestros pobres países como seres intelectual y moralmente distintos al habitante del para ellos oscuro siglo XX.

Cuando advenga el hombre del nuevo milenio a su etapa de esplendor, probablemente nos juzgará por las imágenes que han grabado nuestra sombra en el mural de esta primera década: un mundo de diferencias abismales entre la opulencia y la miseria en la economía, en el nivel de conocimiento, en las aplicaciones del saber; pero también lo hará por los restos humeantes de los ejecutados en la hoguera debido a falaces interpretaciones de la justicia; por los troncos decapitados y los cuerpos colgados como reses en los pasos a desnivel por la rivalidad entre sicarios; por los miles de ciudadanos indefensos masacrados en aras de fanatismos ribeteados de ideales democráticos. El peligro radica en que estas imágenes del pasado inmediato, que nos trasladan a una edad anterior a las cavernas, terminen por contaminar el futuro de nuestros descendientes, si no media una profunda reflexión sobre el papel modelador de la inteligencia y de la sensibilidad que cumple la educación en la cultura.

Aunque los puntos de comparación sean debatibles, recordemos, a propósito de la educación, que aun el frenesí con que el espíritu renacentista se propuso despertar en el siglo XV de la larga modorra medieval, logró vencer la penumbra del pasado volviendo precisamente los ojos a otro pasado, aquel en donde la capacidad creadora liberaba al individuo y lo hacía dueño de su destino. Ojalá que este tipo de preocupación no haya estado ausente al momento de plantear una nueva reforma al sistema educativo vigente; una actualización de veras necesaria mientras nuestra especie no alcance, tal vez en otro milenio, un estadio de perfección evolutiva en el cual las percepciones interiores sean superadas por la serena armonía entre el desarrollo biológico del ser humano y su ilimitada capacidad intelectual.

(Avance, No. 230, enero, 2011, p. 7)

Un visitante inesperado

El tema “La libertad de expresión” será siempre actual en cualquier circunstancia de la historia. Respetuoso del lector, has investigado sobre el asunto a fin de precisar las ideas medulares. Las secundarias, que engalanan el texto y refuerzan el carácter persuasivo, sobrevendrán por añadidura. De modo que solo falta escribirlo para enviarlo a la redacción del periódico.

Con la mano en la mejilla, como han pasado a la posteridad graves pensadores, contemplas iluminado el cielo de la pantalla. En la mesa de trabajo están desplegados los aparejos: diccionario académico, otro de sinónimos; uno de dudas y un manual ortográfico. En el sitio reservado antiguamente al tintero, humea una taza de café tinto. Te ajustas los lentes, acomodas el asiento y tomas el cuaderno de anotaciones. No acabas de abrirlo, cuando timbran el citófono: “Maldición!” –piensas, levantándote. Te acercas al contestador y preguntas exasperado:

—¿Quién es?

—El jardinero, mi jefe.

—¡Un momento! –respondes malhumorado.

No puedes pedirle que venga otro día porque el jardinero es hombre ocupado y hay que respetar los turnos en el vecindario. Así que presionas el botón del sistema y el portón se entreabre con un fuerte golpe metálico.

—¡Buenos días, jefe!

—¡Buenos! –contestas.

Das media vuelta, sin aguardar a que el cortador, silbando como un jilguero, acabe de introducir los aparejos.

“Son todos iguales; el silbo les viene del trato con los pájaros” — reflexionas; pero te detienes en el umbral para observarlo. Antes de tirar del cable de la cortadora para darle arranque al motor, prende un cigarrillo ahuecando la mano. Con el tabaco en los labios y los brazos a la espalda, recorre el pequeño campo de operaciones. Adelantando el mentón, lanza grandes bocanadas y las volutas giran en el frío de

la mañana. Seguro de sí mismo, distribuye las herramientas: azadón, lampa, rastrillo. De un talego de yute saca las tijeras podadoras. Sensible al arranque del motor, la cortadora da un brinco en el aire; pero el muchacho ya se ha puesto detrás para apaciguarla.

“¿Por dónde andábamos?” —te preguntas al tomar asiento frente a la pantalla aún en blanco. El ambiente vibra con la estridencia del motor, y las variaciones de la frecuencia te distraen, te arremolinan las ideas; de tal suerte que necesitas tiempo para repensarlas antes de intentar el primer párrafo. Respiras profundamente, te pones manos a la obra y empiezas a teclear. Pero el tema se te enreda y te hace sentir en camisa de once varas. De todas maneras, borroneando con obstinación, andas por el final del segundo párrafo. pero te interrumpe el jardinero:

— Listo, jefe.

Consultas el reloj y compruebas que han pasado cerca de dos horas.

—¿Cuánto es? —preguntas, asomándote.

—Usted ya sabe, jefe. No se haga.

Claro que lo sabes. No significa gran cosa, pero triplica al valor que cobrarás por el artículo que enviarás hoy para el diario.

—Gracias —dice el jardinero y se guarda la paga, silbando; recoge los aparejos y se va con la música a otra parte.

Ahora, al percibir el fuerte olor a hierba recién cortada, una inesperada desazón te empieza a revolotear, como un pájaro, poniendo a prueba tu vocación de articulista. De vuelta al cuarto de estudio, te sorprende el advertir que involuntariamente has entrado silbando.

(*Avance*, No. 236, julio 2011, p.7)

Mundos imaginarios

Los niños corretean alegremente por la orilla. De pronto, como a dos tiros de flecha, observan con asombro una extraña embarcación, larga y angosta, mecida por la corriente plateada del río. Al mismo tiempo, miran que desciende de la montaña y toma por la ribera un reflejo intermitente que los paraliza.

Fascinados por las extrañas apariciones, los niños interrumpen el juego llenos de temor. Unos se escabullen temerosos entre las palmas espinadas; otros, los más intrépidos, incitados por la curiosidad, contienden por ganar un puesto de observación en lo alto de los árboles.

— ¡El emperador! —exclaman desde un árbol—. Pero enseguida entienden que no puede ser el emperador, porque no cruza por allí el camino real provisto de aposentos y de grandes depósitos llenos de vituallas.

Entre tanto, el entorno se agita y el trecho se torna polvoriento. Pequeños y grandes animales salen a los senderos, olfatean el aire y corren de regreso a las madrigueras. En un precipitado batir de alas, pájaros de mil colores huyen de la nube de polvo y se pierden al otro lado del río. Habiendo llegado el tiempo de la recolección, desde los campos cercanos se oyen las voces de los cosechadores. Inmóviles en sus escondites, los niños cuchichean. El que hace de líder (ciñe la cabeza una cinta de lana) supone que el emperador habrá ordenado acortar por las montañas el retorno a la capital del imperio. Pero es difícil explicarse la razón de tanto ruido metálico.

Los reflejos se aproximan, aún difusos, en acompasado movimiento. Los niños han oído hablar sobre la visita que antes de la guerra fraticida realizaban los emperadores a los pueblos diseminados por el vasto territorio. Cada aldea allanaba el camino para el cortejo real y competía tapizándolo de flores. A hombros de los príncipes se movían entre la multitud las andas de oro, delante de las cuales danzaban para el Hijo del Sol doncellas de belleza indescriptible. Sin importar la jerarquía, los súbditos se prosternaban con la vista dirigida al suelo hasta que desaparecieran los guerreros que cerraban el cortejo.

Fija la mirada en el camino, contenida la respiración, los niños aguardan en silencio; pero lo que escuchan a continuación no es el rumor que levantaba en su mente el séquito del emperador, sino el eco de mil golpes rítmicos con que apisonan la tierra innumerables pies metálicos. No hay vestales ni flores; solo el ruido estrepitoso producido por un enorme ser de antenas relucientes que se estira bajo la calcinante polvareda. Cuando pasa frente a ellos, ven desde los escondites que se trata de una columna integrada por seres extraños, custodiados por otros de naturaleza entre humana y animal. La columna imprime velocidad en la planicie, dejando una estela de presentimientos. Al cabo de poco tiempo, resuena el eco de sordos estampidos, de gritos de espanto y el angustioso crepitar de las chozas que se hacen humo, consumidas por el fuego. El incendio ha volatilizado las voces de los segadores; las llamas se propagan con el viento y prenden las copas de los árboles que arden como antorchas perfumadas.

Aterrorizados, los niños se lanzan a la corriente del río. La mayoría morirá; pero alguien logrará sobrevivir si alcanza a nadar hasta el otro lado del río, y podrá contar la extraña visión: los primeros extraterrestres llegados al imperio.

Como en toda conquista de nuevos mundos, esta ficción puede caber en la realidad que vivieron nuestros antepasados en los primeros años del siglo XVI, confirmando la certidumbre de que hay para cada época un tipo de visita extraterrestre. A donde ha ido el hombre con su petulancia de superioridad solo ha sembrado muerte. Cuando no haya en el planeta lugares que conquistar, llevará su terrible obsesión al espacio infinito.

Entonces, la realidad podrá caber plenamente en la ficción. Hasta tanto, se sabe que, desde hace 62 años, gira en un punto imaginario del cosmos un nuevo mundo aún aterrador, pero maravilloso, casi diríase real. Uno de sus antiguos habitantes es el señor Yll, quien ha vuelto a vivir su eternidad en el viejo palacio de cristal, junto a un mar fosilizado. El 5 de junio último, el señor Yll tocaba con las yemas de los dedos, como en un arpa irreal, las páginas del libro secreto del génesis, *Crónicas marcianas*, cuando oyó un ruido extraño en el porche.

—Es un pájaro nocturno —dijo, para tranquilizar a su mujer.

Pero la señora Ylla no se dejó convencer. Desde afuera, alguien vio una silueta de plata moviéndose resueltamente hacia el pórtico.

—¿Quién es? —preguntó con voz firme, entreabriendo con suma prudencia la puerta triangular, que giró sobre el gozne de cristal.

—Soy yo, Ray Bradbury.

(*Avance*, No. 248, julio 2012, p. 7)

El grado cero del tiempo

Motivo –según Wolfgang Kayser– es impulso para realizar una acción; una situación típica que se puede repetir, aunque en cada obra narrativa cambien los personajes, los lugares y las circunstancias. Esta posibilidad obedece a que el motivo representa una unidad de contenido humano universal. Figuradamente, una vivencia individual puede verse reflejada, por ejemplo, en la acción del presidiario que habiendo excavado bajo la celda se desliza por el túnel, levanta la rejilla y descubre que ha errado el punto de salida; o en la aventura del náufrago que habiendo lanzado un mensaje al mar dentro de una botella, lo recibe al cabo de muchos años devuelto por los vaivenes del oleaje; o en la aventura del hombre que, en el relato de Borges, sale guiado por un sueño a buscar fortuna lejos de su país; sufre desgracias sin cuento y está a punto de morir. No halla el tesoro, pero en aquel sufrimiento le es revelada una clave. Regresa a la patria, cava en el jardín de su casa y encuentra la fortuna debajo de una higuera.

Este tipo de unidades nos asaltan al leer *Un día de invierno en Nueva York*, pues alrededor de ellas se organizan los elementos narrativos, especialmente en el cuento que da título a la obra de Juan Cristóbal Jara, recién puesta en manos del lector. Sostenía Kayser que el motivo es la fuerza motriz del relato y nos recordaba de paso que el vocablo se relaciona con el verbo latino “movere”. Es una fuerza que faculta la construcción del relato y permite al escritor, conscientemente o no, atraer y organizar los elementos narrativos, los núcleos, las catálisis, los índices, de que tratan los especialistas. A la hora de las cuentas, sin embargo, solo la depuración del estilo y la perseverancia consiguen investir al lenguaje del poder suficiente para alcanzar la complicidad del lector.

El estilo permite que el relato de Jara se lea sin bostezo. La gracia, la ironía, el fino humor, proporcionan la fuerza necesaria para atraparle al lector. Además, si una vez devuelto a la rutina, siente el lector que los personajes y sus conflictos sobreviven, intranquilizan y desvelan, no cabe duda de que se trata de una propuesta narrativa

destinada a perdurar, con pequeños lunares atribuibles al proceso editorial. Pero quedaría incompleta esta nota sin una breve referencia al aprovechamiento de otros recursos importantes.

La secuencia narrativa se caracteriza por el manejo esmerado del lenguaje. La frase, impregnada de ritmo, es sustantiva, transparente; corta o desbordante en función de la expresividad. Esta labor de pulimento no salta a la vista del lector o, más bien, del espectador, cautivo en los continuos desplazamientos cinematográficos. Sabe el autor adjetivar, a veces de manera insólita, sin rehuir la fusión de diversas impresiones sensoriales. La enumeración recurrente ilumina los recodos circundantes y los estados de ánimo de los personajes desde perspectivas distintas, estéticas, sociales, psicológicas. La enumeración recobra el antiguo sabor bíblico cuando se detiene en la descripción del encanto femenino. El desvío en el último miembro de una serie evita abundar en lo implícito para sorprenderle al lector:

“...los médicos eran hijos de médicos (...); los intelectuales eran comunistas (...); los profesores eran dipsómanos y los mecánicos eran tres”.

Resulta interesante el tratamiento de la temporalidad, con predominio del presente en la descripción, y del pasado en la narración. El primero nos abandona sobre la barra del club “La Aguja de Cleopatra”, desde donde se impone el recordar, que es el vasto dominio del pasado.

Por fin, la aventura humana se resuelve en la búsqueda de “el grado cero del tiempo”, frase reiterada, sugestiva, aunque glacial, que parece referida al punto donde convergen y se bifurcan el tiempo y el espacio; es decir, retomando a Borges, el límite entre poesía y realidad. Nueva York no ha sido únicamente una muestra del caos organizado del mundo contemporáneo, sino también un lugar mágico de donde el autor—narrador ha vuelto a su patria con la clave del tesoro.

(Avance, No. 250, septiembre 2012, p. 7)

Museo del horror

Luego de posar para la foto del recuerdo frente a los sitios emblemáticos del poder universal, quien pasa por Washington no puede abandonar la ciudad sin entrar a la zona de los grandes museos que conserva en el centro de la capital federal el Instituto Smithsonian.

Dentro de grandes edificios de estilo neoclásico, se exhiben al público millones de piezas: vestigios minerales, muestras arqueológicas, restos de especies animales extinguidas hace millones de años, y una gama asombrosa de productos culturales desde la antigüedad remota hasta nuestros días. No cabe duda de que el examen prolijo, la captación sistemática de ese gran acervo que se halla a la disposición del conocimiento universal, demandará mucho tiempo, esfuerzo y perseverancia al estudioso, al profesional, al investigador de la cultura.

Al turista presuroso, en cambio, le ha de bastar un breve recorrido por las distintas salas espaciosas para salir del lugar con una idea más clara y compleja de la organización del mundo. Si abre bien los ojos, la rápida visión le ayudará a reconocer la pequeñez del individuo en la vastedad del universo; y a reconocer, al propio tiempo, la grandeza potencial de la especie a la cual se pertenece, a pesar de una apariencia desvalida. En un lapso muy corto, en lo que duraría un suspiro en la evolución de nuestro planeta, la mente humana ha logrado perfeccionar su morada avanzando desde los raspadores y las puntas de flecha hasta los viajes interplanetarios.

Sin embargo, este sentimiento de esplendor sobre el destino humano se ensombrece no bien el visitante traspone el umbral del Museo del Holocausto, creado en esa misma vecindad hace una treintena de años para recordar a las víctimas del programa de exterminio implantado por el régimen nazi en Alemania y en los territorios ocupados. Tampoco se siente aquí el pasar de las horas.

De entrada, el espectador se ve sumido en una suerte de inconsciencia ante el horror: la tortura, las prácticas de selección de las víctimas para el trabajo forzado, para la experimentación científica

en carne viva, para la cámara de gas. Aunque mucho de cuanto se expone en las salas ya lo ha leído el visitante, lo ha mirado en los testimonios fotográficos o lo ha visto cómodamente sentado frente a la pantalla, la impresión es inenarrable cuando se halla manos a boca con un rostro deformado por el espanto, con un traje a rayas de verdad, con un horno crematorio, con una montaña de zapatos de todo tamaño dejados obedientemente por las víctimas antes de entrar a la cámara de la muerte. Miles de rostros de toda edad miran desde las altas paredes como si preguntaran por su rastro, pues desaparecieron junto con sus pueblos por el delito de pertenecer a una determinada raza. Casi sin darse cuenta, el visitante se ve arrastrado al interior del gran Salón del Recuerdo, donde arde permanentemente una llama en memoria de millones de víctimas judías. A las puertas de salida, las gentes miran sin mirar, con ojos humedecidos de llanto.

El genocidio racial tiene una vieja historia. En uno de sus libros, Eduardo Galeano nos recuerda episodios bastante recientes. En la actual Zimbabwe, los colonizadores ingleses establecieron, a finales del siglo XIX, unas reservas para aislar a los nativos, salvajes de color, obligados a trabajar en condiciones miserables para la ambiciosa minoría blanca. Hasta 1980, el país llevaba el nombre de Rhodesia, en honor del gran colonizador, Cecil Rhodes, rey de los diamantes. Ya mejor organizados, funcionaron los campos de concentración en Namibia, a comienzos del siglo XX, a cargo de los representantes del colonialismo alemán. Allí se encerraba a los negros rebeldes para reducirlos al trabajo forzado o al laboratorio de experimentación científica. En esos laboratorios se entrenaron los maestros del doctor Mengele, recuerda Galeano.

El genocidio ha seguido practicándose después del holocausto contra otros pueblos, bajo otros nombres, hasta nuestros días. Las atrocidades y sus víctimas ya no caben en los museos de diseño convencional. ¿Por qué? Quizá porque buena parte de nuestro planeta se ha convertido en un gran museo del horror.

(Avance, No. 253, diciembre 2012, p. 7)

Vivar: claves de aproximación

En 1978, escribimos una nota en la solapa de *Variaciones*, poemario inaugural del estilo cultivado sin tregua por Alfredo Vivar (1932). Los años están por doblar la edad del presentador, pero han corrido lentos para Vivar en su determinación de sustraerse al orden lineal e imprimir en el poema un ritmo dictado por el tiempo interior. El procedimiento desborda toda contención en los dos recientes libros editados por la Universidad de Cuenca (Sonsinfin, opus 4, I y II, 2012).

Como si también la vida individual tuviera historia y prehistoria, la primera se ofrece sin reserva al examinador; la segunda, perdida en el abismo de cada ser, es insondable. Pero el poeta, libre de explorar en esa intimidad (Opus 4, I), alborota la superficie del lenguaje en pos de los vestigios diseminados en la subconsciencia: el paisaje natal, los rumores de la infancia; las sensaciones fugaces, entre ellas, una muy singular, la suave pelusa del monito –tierno brote de helecho— palpado entre la bruma de un amor lejano. Esos momentos de iniciación ritual de la conciencia toman por asalto la memoria del artista y facilitan al lector una clave de interpretación no solo literaria, sino, probablemente, psicológica y social. Mirado, pues, desde el insomnio, cada esplendor del día –del celeste al lila— fija un punto de reencuentro casi visual entre el poeta y su yo, pero un punto también de desencuentro conforme la memoria se va alejando de Eros para aproximarse a Tánatos.

Los textos desbordan la organización convencional; no hay otra marcación que no sea el oleaje del espacio en blanco en donde se desplazan los grandes bloques tipográficos a los que se acogen las palabras convocadas, aparentemente, al acaso, pero que una vez admitidas en el conjunto encuentran su lugar, más allá del texto, en forma de reflejo especular en el lector. Ni estrofas, ni versos de rigor, ni pautas de entonación; no hay más respiro ni clemencia para el requerimiento sensorial que el correr desenfrenado de un extraño son interior, un son sin fin, juego de palabras que igual puede interpretarse como un son sin esperanza o un son sin final.

Esta obstinación impone al receptor, como primer requisito, confiarse a la corriente impetuosa del lenguaje, dominando el impulso natural hacia el sentido, a fin de conseguir un acercamiento inicial, estético, a través de la intuición. El crítico que acecha en la mente de cada lector aflorará luego y rearmará el andamiaje verbal con la tenacidad con que, sin duda, fue desarticulado. En lo que a primera vista aparece como una práctica de automatismo en la escritura, el lector avisado observará una más antigua insatisfacción que ya en el siglo XVII llevó a la poesía a rebelarse contra el ordenamiento sintagmático; una perspectiva similar le permitirá atribuir a un horror al vacío la forma en que Vivar, cuyo primer oficio fue el de pintor, abigarra las imágenes, las comprime o las distorsiona para burlar el asedio de su propio espacio en blanco. La libertad con que fue fragmentada la unidad oracional le asistirá a quien decida entretenerse restableciendo el orden combinatorio de la frase, oficiando de corrector o devolviendo los fragmentos a una remota melodía originaria:

“Una palabra tú que produzca di un
sol radiante en su mirada Presente
ten esa luz no su disloque (...)” (*Pars prima*, 3)

Melodía originaria:

Di tú una palabra que produzca
un sol radiante en su mirada.
Ten presente esa luz no su disloque.

Finalmente, si concluida esta propuesta de lectura el perseverante lector busca una relación entre el texto y su contexto, podría considerar el estilo de Vivar como expresión individual del sentir colectivo en una época de frívolo esplendor, abrumada en la esfera íntima por un sentimiento de disgregación, cuyas piezas —como en el poema— entretejen la red a simple vista inaprensible de otro sentido aún en construcción.

(*Avance*, No. 255, febrero 2013, p. 7)

La originalidad, difícil aspiración

De vez en cuando, aquí y en otras partes del mundo conocido, se denuncia plagio en trabajos de investigación académica. Adquiere revuelo la sospecha si la persona involucrada posee figuración política, social. De hecho, abrumado por la incriminación, algún inculcado se ve en la necesidad de abandonar una actividad que hubiera podido fructificar. Para bien o para mal, entre nosotros, por falta de consistencia o por el vaivén del acontecer político, la acusación rara vez prospera, y resulta mejor que así sea, dada nuestra inveterada propensión al escándalo.

En el ámbito de la ciencia, la tarea es complicada para quien deba dirimir acerca de la propiedad intelectual. Los recursos informáticos han multiplicado de tal suerte las posibilidades de acceso al conocimiento que el investigador se ve asediado en forma simultánea por miles de documentaciones entre las cuales ha de orientar su preocupación intelectual hacia el planteamiento y desarrollo de un tema en un área específica del conocimiento. Es obvio que similar recorrido ha de emprender quien asuma la responsabilidad de establecer la originalidad de un trabajo investigativo.

Probablemente, no cabe trasladar al texto científico las razones que sobre tan delicado tema tendrían validez para el texto literario, debido sobre todo a la transparencia del primero y a la opacidad del segundo. En todo caso, resultará beneficiosa alguna breve reflexión colateral. En uno y otro texto, sin embargo, parodiando a Camus en el centenario de su nacimiento, convendría considerar si no será mejor estar por un momento de lado del esforzado trabajador intelectual y no del juzgador.

Todos somos plagiarios, afirmaba uno de los maestros en teoría literaria, Wolfgang Kayser, si se toman en cuenta los empréstitos de ideas provenientes no solo de las fuentes literarias, sino también de la crónica, la historia, los periódicos, la tradición oral, las vivencias personales. Y nos recuerda a este propósito que en los albores de la literatura se halló un texto, entre las ruinas de Babilonia, en donde alguien se lamentaba, hace varios miles de años, de que todos los temas poéticos estuvieran ya gastados.

Valga un par de ejemplificaciones más recientes. En el cuento “La pequeña Roque”, Guy de Maupassant describe con maestría el sentimiento de culpa que lleva al corpulento alcalde de Carvelin al suicidio. El tormento psicológico que asedia al asesino recuerda el estado de desesperación que vive el culpable en una de las cartas que dirige Séneca a Lucilo. Asimismo, en la afirmación de que el alcalde “consideraba la Religión como una sanción moral de la Ley, inventadas una y otra por los hombres para regular las relaciones sociales”, parecería rondar una idea desarrollada por Freud en *El porvenir de una ilusión*.

No ha de negarse, por supuesto, la probabilidad de que dos mentes alejadas en el tiempo y en el espacio lleguen a coincidir casi textualmente al pronunciarse sobre asuntos de naturaleza similar, como ocurre si se demora un momento en comparar este juicio de Agustín Cueva Dávila: “...libro admirable, pues no es fácil escribir, como él lo ha hecho, 115 páginas en las que no haya un atisbo siquiera de reflexión”, con este otro de Voltaire: “Gracias a Dios disponemos de cincuenta y una ediciones de este libro, en el cual no hay una página donde se halle un vestigio de sentido común”. Conociendo la seriedad de Cueva Dávila, no hay duda, se trata de una mera coincidencia que no menoscaba el rigor del ensayista ecuatoriano, puesto que de otro modo habría omitido aquella nota de pie de página en las reediciones de *Entre la ira y la esperanza*.

Hace pocos días, se denunció el plagio en un diseño gráfico. ¿Se hallará este campo ya libre de cuanto vemos que ha podido acontecer en el plano literario? Inmersa en una cultura, la vida individual ofrece poco lugar para la originalidad si se sabe que cada ser humano adviene a este mundo para ser modelado por patrones de índole social: los gustos, las modas, los gestos, las actitudes, las creencias e ilusiones. No hay novedad en agregar que no solo las representaciones sensoriales, sino también las palabras que las nombran, son de muy antigua propiedad comunitaria.

(Avance, No. 259, junio 2013, p. 17)

Perros en el vecindario

Diga lo que dijera don Juan Montalvo, a nadie incomodaba el que la vieja respondiera con melodioso "jau" a quien llamara a voces desde la talanquera. La casita humeaba algo borrosa entre la arboleda al final de un sendero defendido por una guarnición de espinos blancos. Escuchada a la distancia, aquella voz, presuntamente cañari, equivalía por el tono y las variaciones acentuales a preguntar quién era o a pedir que la aguardasen; que, por favor, ya iba.

A ti, sobreviviente de esos años, te resiente aquella censura autoritaria a esa forma de imitar la voz canina para dotarla de una noble intención comunicativa. Sabes que la intención diferencia al lenguaje humano del sonido, en este caso, perruno; pero no olvidas el placer que procuraba suponer que, bien enseñados por ella, aprendieron a decir correctamente "jau" los perros del vecindario.

La reminiscencia infantil te adormece con suavidad. No alcanzas a cabecear tres veces y caes ya vencido sobre el escritorio. Sueñas que estás de vuelta a la pasión de tu existencia, esta vez en un establecimiento anunciado por el rótulo "Instituto Canino Experimental N° 13", ubicado en la calle Valderrama, a tres cuadras del antiguo hotel "Vizcaya", administrado en los años noventa por una vieja dama española siempre enlutada. El instituto ocupa una casona de paredes altas, revestidas de ladrillos rojos. La entrada principal se halla celosamente custodiada por dos mastines de mármol recién escapados de las canteras lugareñas.

Con la respiración entrecortada, sueñas hallarte en el interior de esa mansión. Si te pudieran observar de cerca, adivinarían los rasgos placenteros de quien se mueve como pez en su elemento, rodeado de cachorros revoltosos del primero de escolaridad, a quienes has de iniciar en la sociedad canina, empezando por el arte de ladrar.

—Del buen ladrar depende —les aseguras— que acabéis como perros callejeros o como precursores de un notable pedigrí. Todos habéis de hacerlo de manera uniforme y persuasiva, sea cual fuere vuestro pelaje, raza o inclinación individual.

Atento te escucha el galgo corredor; no así el lebrel de hocico recio, que recibe una fuerte reprimenda. El gozque pequeño y ladrador ya lleva, en previsión, ceñida una mordaza, y al dogo de aspecto leporino le han colocado un hueso gordo en el hocico. Tímidamente se empujan el podenco silencioso y el perrillo de aguas, de oscuro pelaje esortijado. Una vez impuesto el orden, les vas identificando de uno en uno, tal como asoman en la primera plana del registro.

Si fuera posible infiltrarse en tu sueño, se notaría la amorosa prolijidad con que abres la boca, la ajustas con precisión a cada sonido vocálico, luego de vencer la aspereza gutural de la “j”, dejando que el aire se libere por la redonda plenitud de la “a” que antecede al largo debilitamiento de la “u” con un final velar casi inaudible. Se notaría igualmente con qué destreza los pequeños, ya disciplinados, practican la lección tras unos sonidos tan apetecibles como la abeja que juega sobre la ondulación del viento. Lo nuevo en la enseñanza de hoy —reflexionas— radica en graduarles la apertura *hocical* para cada posibilidad que media entre una explosión de contento y otra de enigmático gruñir.

Por supuesto, mucho más agradable te resulta enseñarles a caminar con naturalidad, como es debido, acoplando el movimiento de la cola al ritmo de los pasos, según vayan por la ciudad o deambulen por el campo, asentando primero la una pata, luego la otra y la otra y, por último, la otra.

—No todas a la vez —les adviertes—, puesto que no sois pájaros; tampoco os enredéis como los bípedos que tropiezan y caen porque ignoran lo cómodo y placentero que resulta andar como vosotros en cuatro.

Ibas la clase a concluir, cuando te sobresalta el timbre de la entrada, presionado con insistencia en medio de voces iracundas.

—¿Quién es? —estás por preguntar—; pero te desobedece la lengua, porque oyes, por fortuna, las voces del vecindario que gritan desde la calle, y te despiertan:

—¡Veciiiiinooo! ¡Por favor, saque al perro!

(Avance, No. 260, julio 2013, p. 7)

El miedo colectivo

El sol de la temporada reverbera. En el aire inclemente revolotean de mala gana las palomas. Por un ventanal del restaurante, se observan al otro lado de la calle las paredes recién enjalbegadas de un convento de religiosas en trance de extinción. De ordinario, es difícil sustraerse al estremecimiento que provoca la vista de los altos cristales oscuros y enrejados de un monasterio en abandono. Se sostiene que angustiarse diferencia al ser humano de los otros animales. Sin embargo, quien haya llegado a la edad amenazada por el cansancio de vivir, notará que carece de sentido pensar en la vida eterna, si tiene a la vista la alegría de unos niños que juegan en la vereda, el revoloteo de las palomas, el esmero con que la sombra impregna en la calzada la línea sinuosa del tejado.

Al pasar la vista por el interior del restaurante atestado, se ve un espacio libre, reservado, que aguarda a sus ocupantes con la mesa dispuesta. Como ocurre estos años en esos locales, sobre todo en aquellos de nombre extravagante —engañoso como títulos de periódico—, puede asegurarse que también aquí una buena parte de la concurrencia es extranjera. Al contrario de lo que parece, no son sus lenguas las que exigen una intensidad que resulta exagerada para el comensal nativo. Proceden de otras naciones, atraídos por los encantos de la urbe o la ventaja de los precios que se acomodan a sus pensiones de retiro. Por lo general, ellos pertenecen a la tercera edad, de tal modo que son las deficiencias auditivas las que les obligan a elevar la intensidad de la voz. De cualquier manera, en la mesa que han reservado nadie por lo visto escucha a nadie; todos hablan a la vez, o ríen con estrépito al mismo tiempo, golpeando la cabeza contra el respaldo de las sillas. Uno de ellos, sin embargo, se inclina pensativo, como si hubiera olvidado el motivo de la risa.

Mientras aguardas el pedido, te colocas los anteojos para revisar la edición dominguera del diario vespertino. Lo despliegas con parsimonia en toda su amplitud, dejando al descubierto unas muñecas de venas herrumbradas. Al comienzo, te entretienes en los grandes

títulos; pero te llama particularmente la atención una nota, en página interior, que informa sobre el centenario del nacimiento de Albert Camus, el próximo siete de noviembre. Acompañan a la información algunos datos: la colonia francesa de Argel, la orfandad, la pobreza, la pasión por el deporte; la militancia política, la vocación literaria, el premio Nobel de Literatura, 1957 y, por supuesto, la muerte, a los 47 años de edad, en el automóvil en que iba a París con su amigo Gallimard. Entre sus obras, la nota destaca *El extranjero* (1942) y *La peste* (1947).

Entonces, te deja de preocupar la demora mortificante del pedido. En tu imaginación reina ahora la figura inesperada de Camus, cuyas obras, precisamente las destacadas en el periódico, has leído, releído y no sabes si algún día las dejarás de leer. La última vez que reabriste *La peste*, te sorprendió esta irónica premonición puesta en boca de Cottard: "No habrá visto nunca morir a un canceroso de un accidente de automóvil", pues Camus no padeció de cáncer sino de tuberculosis.

Otros personajes te acuden a la mente, cada uno en un papel humano fundamental en la lucha contra la epidemia, sobre todo cuando la muerte, adueñada ya de Orán, siembra el miedo y luego la indiferencia. Recuerdas al abnegado doctor Rieux y su implacable rebeldía contra la idea de un Dios que permite morir de modo indiscriminado a inocentes y a culpables. Recuerdas al padre Paneloux, no menos abnegado, pero tan ciegamente sometido a la voluntad divina al punto de dejarse morir sin asistencia médica. Recuerdas al severo juez Othon, quien, habiendo cumplido el tiempo de cuarentena por la muerte de su tierno hijo, pide que en vez de retornar a los legajos de su oficio le permitan volver, ya curado, como ayudante voluntario al mismo campo de donde acababa de salir.

Otros sentimientos de terror universal nos amenazan —reflexionas—. Y crees que Camus puede ayudarnos a enfrentar el miedo colectivo, sin molestarle a Dios. A la pobre idea de un Dios a cuya imagen y semejanza están hechos los que creen — piensas casi en voz alta—. Inconscientemente, te has puesto a limpiar con prolijidad los cubiertos, tal como lo hacía, en otro restaurante, uno de los personajes de Camus.

(*Avance*, No. 261, agosto 2013, p. 7)

Una experiencia inhabitual

Cuatro operarios te han conducido desde el taller hasta un área contigua bañada apenas por la luz del sol. Sin consultarte, sin miramiento alguno, te dan doble mano de pintura, por dentro y por fuera. Terminada la mortificante operación, te ponen a la intemperie a fin de que te orees, y se marchan; pero reaparecen al atardecer. A juzgar por el ruido endiablado de las máquinas y el eco de voces lejanas, se trata de operarios que laboran dentro de una enorme fábrica. Uno de los hombres se adelanta y te examina con gesto brutal, autoritario, de arriba abajo, manualmente.

Después de la meticulosa humillación, te vuelven a levantar para llevarte en vilo y asentarte con cautela en un aposento interior. Forcejean luego para acomodarte de espaldas a la pared, y allí te dejan, en posición vertical, sin más consideraciones. Al salir, corren una portezuela a fin de asegurar la ventilación.

Golpeado por el leve soplo de aire, te haces cargo de tan insólita situación que, sin embargo, posee una larga tradición cultural a partir de las transformaciones ovidianas, después de las cuales ha habido otras fabulaciones sobre criaturas humanas que por arte de magia han variado de forma, a veces solo para complacer a una divinidad colérica. Aun así, tu caso, asimismo asombroso, es muy singular. Dudas entre considerarte prisionero de la imaginación o víctima de un error en la manipulación de una sustancia mágica, como ocurrió con un viajero convertido en asno, hace dos mil años. Así, transformado, anduvo Lucio por las campiñas de Tesalia hasta dar por casualidad con el bocado de rosas que lo devolvió a la condición humana; pero recuerdas que, no habiendo perdido las facultades anteriores al estado de borrico, Lucio pudo relatar su historia en *El asno de oro* de Plutarco.

No es el caso del infortunado viajante de comercio. Una mañana, para espanto de la familia, se despertó transformado en repugnante bicho de vientre abultado, inmundas excoriaciones a la espalda e innumerables patitas que batían inútilmente el aire. Tú siempre supiste que *La transformación* (relato más conocido como *La metamorfosis*),

aunque simboliza el desasosiego humano, expresa la extraña relación del escritor con la familia, ya que por la correspondencia epistolar se colige que Gregorio Samsa, el viajante convertido en escarabajo, era el propio Kafka.

Tampoco has sufrido la alucinante variación de la personalidad observable en pacientes entregados a la drogadicción o aquejados de insomnio. No hay razón, pues, para buscar similitudes con el estado deplorable de un tal Louis, quien —al modo de otros orates respetables— vivía a finales del siglo XIX convencido unas veces de ser perro, y otras, una locomotora de vapor, según cuenta Umberto Eco. Y si hay alguien dotado de suficiente imaginación para ir a otros mundos, no es tal tu aspiración, puesto que te encuentras inerte, inmovilizado aquí por no se sabe qué designio inapelable.

Por otra parte, las transmutaciones se han dado entre seres movientes. Lucio, un asno capaz de arriesgarse a burlar el cercado, se prodigaba un buen banquete en el huerto ajeno. Convertido en gusano (¿retroceso evolutivo?), Samsa paseaba su deformidad por el cielo raso. Y es probable que el tal Louis trepidara y silbara cuando creía ser una locomotora de vapor. A todas luces, cada una de estas suertes era soportable si la comparas con la tuya, infamemente convertido en armario.

Sin embargo, la desventaja te revela con cierta claridad que el maleficio consiste, en tu caso, en privarte de lucidez para reconocer en tu transmutación un gran prodigio. Y aunque en materia religiosa te has mostrado siempre escéptico, crees, ya tontamente esperanzado, que a un mueble le conviene, más que a nadie, la virtud de la resignación cristiana. Añoras, por supuesto, el noble destino original, ya que tú no guardarás (para ello servían antiguamente los armarios) las armas del guerrero, sino quién sabe cuántas baratijas inmundas, despreciables.

Algo oscila de súbito, cerca de ti, impelido por un golpe de viento repentino. Es el leve movimiento de una mecedora que balancea sobre los dos arcos su agraciada silueta de mimbre e inclina hacia ti los brazos extendidos, casi suplicantes. ¡Cómo no compartir la emoción de un mueble ilusionado! Pero no te es posible acercarte porque estás condenado a la inmovilidad. Por fortuna, al anochecer irrumpe en la escena una joven mujer, probablemente lavandera. Se te acerca muy confianzuda y hurga de arriba abajo en tus cajones. Cuando empieza a rebuscar prolijamente en la cavidad donde antes se te hospedaba el corazón, sientes que se te abren los ojos, sin enterarte de que despiertas a tiempo para evitar el infarto.

(Avance, No. 262, septiembre 2013, p. 21)

La llama que perdura

Andas por la edad ya poco susceptible a lo que pueda ocurrir en este mundo. Sin embargo, al observar la escena por el cubo de cristal, pierdes el aplomo y tardas en recuperarte de la impresión que has recibido en el Museo de Santa Elena. Para qué articular palabra —piensas— si lo que asoma a la vista pertenece a un orden anterior a la sintaxis; a un modo de percibir la naturaleza sin la engañosa mediación del lenguaje, lejos de la represión fundada en preceptos dictados por un ente imaginario. La súbita emoción te ha obligado a hacer guardia silenciosa al pie de la caja mortuoria, y a dejarte llevar por el acervo de reminiscencias culturales acumuladas en la avanzada edad.

Detenido al borde del sarcófago, empiezas recordando la revelación agustiniana según la cual, durante los primeros siglos de la era cristiana, se calculaba que el mundo había sido creado hacía para entonces seis mil años. Según ello, cuando el padre del linaje humano se propuso disipar la soledad edénica dando nombre a las bestias del campo y a las aves del cielo, una pareja humana ya reposaba en las entrañas de otro paraíso.

Tres mil años antes de nuestra era —sigues divagando—, horadaron el cielo las grandes pirámides construidas sobre el valle del antiguo Egipto. Las moles de piedra, labradas por miles de canteros, estaban destinadas a proteger los cuerpos de los faraones durante el viaje de las almas por los confines del más allá, y también a perpetuar su divinidad y la magnificencia de sus obras. Según ello, antes de que Imhotep, el famoso arquitecto, erigiera con tenacidad la pirámide de Sakkara para esconder en sus oscuras galerías la tumba de Zeser, un hombre y una mujer se desprendían de sus formas, a este lado del mundo, para convertirse en dos jeroglíficos de hueso, unidos por el trazo aún visible del frenesí amoroso: un fragmento de eternidad conservado bajo seis piedras menudas sin labrar.

Por el legendario tiempo en que Moisés dividió las aguas del Mar Rojo a fin de que el pueblo elegido apurara su marcha en pos de la tierra prometida, él y ella ya llevaban muchas lunas amorosamente

entrelazados. Cuando el dedo de Josué detuvo el avance del sol hasta ganar la batalla y aniquilar por completo al enemigo, ella y él ya dormían en un lugar muy distante de la furia bíblica. Los milenios continuaron prodigando lustre a los huesos, sin desfigurar las condiciones externas del reposo, pues prosiguieron ellos abrazados, indiferentes a su desintegración, ajenos a la ambiciosa sucesión de héroes y dioses. Hace apenas 520 años, el papa Alejandro VI fijó la línea divisoria del Nuevo Mundo y lo repartió como buen padre entre Castilla y Portugal; él y ella, no obstante, perduraban inseparables, dueños absolutos de un legado inmemorial.

Impasibles al lento transcurrir de los siglos —él de treinta años de edad y ella de veinte y cinco—, yacían más de cuarenta siglos al abrigo de seis piedras sin labrar, cuando don Francisco de Quevedo compuso el soneto *Amor constante más allá de la muerte*, cuyas estrofas vuelven a rondar muy oportunas en tu mente, emocionado espectador. Todos los elementos constitutivos del ser humano se disgregarán, serán ceniza —decía el poeta español—; y acertaba en la forma impecable de coronar el soneto con el verso labrado, asimismo, para la eternidad:

“polvo serán, mas polvo enamorado”.

Rendidos al llamado de la eternidad, descansan los amantes de Sumpa en Santa Elena, ligados por el lazo del amor: la llama que perdura. Al morir, la amada se ha inclinado ligeramente hacia el amante, mientras él se ha ceñido para siempre a su cintura. No has desacertado al creer que frente a ti aparecía una de las expresiones poéticas más conmovedoras que se hayan depositado bajo la superficie de la tierra antes de que se inventara la escritura; probablemente, antes de que las palabras fueran suplantando a la poesía.

(*Avance*, No. 263, octubre 2013, p. 7)

Un viejo reclamo epistolar

Duermes a saltos esta noche, quizás por los golpes crecientes de la sangre en las sienas. Han avanzado las horas, y ves que surge en la penumbra la figura encorvada del antiguo ujier, quien te alarga, con mano recelosa, una carta escrita con la tinta solo legible a la lumbre de los sueños.

—Léela, por favor —le pides, disimulando tu invalidez—. El ujier la retoma y empieza la lectura con voz nasal, entrecortada:

“En estos años, he sido yo la que temblaba al dibujar vuestra rúbrica en los roles de retiro; yo la que me apresuraba a llevaros el pañuelo a la boca cuando desgarrabais con la tos convulsiva de un rabino. La que soltaba la moneda en el platillo del mendigo, era yo; la que estrechaba la mano a un transeúnte, era yo; la que hurgaba en vuestras prendas por los centavos para el diario, era yo. Ibais a duras penas por la vereda, disimulando el tranco con forzada altivez, porque yo me aferraba a la curva del bastón para que no trastabillarais. La mengua creciente de vuestra visión me obligaba a sosteneros cuando vagabais por las habitaciones, presionada hasta el entumecimiento de mis dedos por el esfuerzo con que volvíais a examinar los objetos en su detalle mínimo, como si no los hubierais visto antes, quién sabe si asaltado por el rencor hacia las cosas que el tiempo iba tornando valiosamente antiguas, mientras vos únicamente envejecíais.

“Debo suponer que no habréis olvidado que fui de algún modo indispensable en el azaroso discurrir de vuestra existencia. Si necesario fue mi concurso en los graves asuntos oficiales, lo fue también en los menudos menesteres rutinarios. Sin mí (ahora ya poco sirvo para aliviaros en vuestra soledad), ¿quién os hubiera llevado el alimento a la boca?, ¿quién se hubiera adelantado con afecto a doblaros una página?, ¿quién mejor que yo en el arte de andar por los papeles empolvados sin levantar sospecha?, ¿quién os hubiera librado de un repentino picor en una audiencia? ¡Quién para golpearos el pecho cuando el remordimiento os atribulaba! ¡Con qué entereza apuntalaba en mi puño vuestro mentón, ¡oh, viejo ex magistrado!”

El ujier calla y respira con esfuerzo.

—Sigue leyendo —suplicas.

—Así lo haré —dice, tose y continúa:

“En todo fui vuestra mano derecha. Con secreto regocijo dibujé en el aire trazos convencionales ajenos a la función para la cual estuve diseñada. Investida por vos de repentina autoridad, podía detener un automóvil en marcha con solo extender mi palma desde lejos. En la redacción de un alegato, en la toma de una decisión embarazosa, yo aplicaba el pulgar contra el dedo medio para acompañaros en la captura de una idea. Si de pronto os sentíais arrebatado por alguna inspiración, iba yo y venía, cual araña en su telar, sobre la superficie del teclado.”

“Jamás me habréis notado escrupulosa ante la falta de medida que sin duda conllevaba el golpear teatralmente sobre un canto de la mesa en el juzgado; o el señalar con el índice, desde la altura del estrado, a un culpable (nunca apunté hacia vos). Con el pulgar dirigido a lo alto, tenía que compartir vuestro entusiasmo. Joven erais aún, cuando me forzasteis a elevar con vigor el dedo medio en el instante en que asomaba frente a vos el séquito oficial. Si bien desde el otro lado os respondieron levantando no uno sino dos dedos (el índice y el medio), tardé en entender por qué, terminado el jaleo, fuisteis vos el procesado. Luego intuí que a partir de entonces prosperasteis porque habríais aprendido que era mejor que me adelantara yo a saludar con la V de la victoria a las comitivas oficiales.”

“Fiel compañera os fui en el placer, en el dolor. Fueron las yemas de mis dedos las primeras en doblegar la voluntad de la mujer que amasteis y las primeras también en presionar sobre sus párpados, en el último instante, ¡hace ya tantos años! Pero, por amor de Dios, nada de cuanto he recordado os da derecho a decidir que sea también yo la que deba accionar esta noche el gatillo”.

Al llegar a este punto, calla el ujier y entorna los ojos, lleno de aflicción.

—¿Quién firma? —preguntas en tono imperativo, terminante.

—“Vuestra mano derecha” —lee silabeando y se desvanece en la penumbra.

Algo cae con estrépito al pie del velador, y entonces das un nuevo brinco en la cama, recordando.

(Avance, No. 264, noviembre 2013, p. 7)

Un libro innombrable

En lo más profundo del sueño, te parece oír la voz del señor Eric, quien te acompaña a recorrer el interior del enigmático museo:

—Época hubo en que un papa subía a los altares y otro ardía en el infierno de Dante. Estas galerías conservan esas sombras.

—Son reliquias de aquellos tiempos de abyección? —preguntas extrañado.

—Sí —responde—; aquí viviréis en presente el recuerdo de innumerables perversiones.

En este momento, observas un par de piezas metálicas.

—Son martillos —dice el señor Eric—. El uno partió el cráneo del papa Juan III, una noche de diciembre del año 882, en defensa del honor de una dama genovesa, a cuyo esposo había seducido el santo padre. El otro —prosigue— se empleó en mayo de 964, esta vez sobre el cráneo del papa Juan XI, quien se resistió a morir apuñalado, al ser sorprendido en el lecho con la esposa de un patricio romano.

Adelantando el paso, con la mirada atenta a cuanto aparece alrededor, te detienes ante una enorme bandeja plateada.

—Pertenece al tiempo del papa León X (1513—1521) —asegura el señor Eric—. Al final del banquete, a hombros de seis mancebos, iba sobre esta bandeja de plata una joven desnuda, untada de mantequilla. Era el postre destinado al cardenal que lograra atraparla.

—¿Y esta vajilla floreada?

—Descubriréis huellas de sangre en ella. Imaginad a los enemigos del papa Gregorio V convidados a un banquete en la pascua del año 996. De pronto, se interrumpe la fiesta. Entran los soldados del emperador Otón III, partidario de Gregorio y proceden a decapitar disciplinadamente a todos los convidados en el orden en que son nombrados.

En el ángulo opuesto, se ve un objeto que semeja un inodoro; es en verdad un inodoro.

—Una mañana de febrero de 1076 —relata acezante el señor Eric—, Godofredo III el Jorobado se sentó por última vez en esta letrina porque alguien, escondido debajo, le hundió con leve golpe la espada, golpe del que murió. Godofredo era esposo de la bella Matilda de Canossa, amante de Gregorio VII, el papa que reprimió con extremada crueldad a los clérigos casados.

—Si no veo mal, hay sobre estas tablas tres viejos zurrones.

—En estos se encerraba vivas, junto a un perro o un gato, a las muchachas que hubieran abortado —explica el señor Eric—. Bien cosido, cada bulto era arrojado a la corriente del Tíber. Conmovido ante tanta crueldad, el buen papa Martín V (1417—1431), aficionado a los cuentos eróticos, consideró que era suficiente castigo enterrarlas vivas.

Más adelante, atraen tu curiosidad unos objetos de aspecto mágico.

—Son juguetes sexuales —explica sobresaltado el señor Eric—. Pertenecieron al papa Inocencio III, quien se propuso, en 1209, eliminar a los herejes albigenses. Habréis oído hablar de su sentencia: “Matadlos a todos, que el Señor se ocupará después de ver cuáles son los suyos”.

En efecto, tú has leído la frase en otros registros de la crueldad humana (sí, en Vargas Llosa, en Umberto Eco). Entre aquellos juguetes, uno hay muy atemorizante por su forma y tamaño:

—Este, en rigor, no es un juguete —precisa el señor Eric—. A los sobrevivientes de la masacre se los sentaba en esta pieza de hierro, caldeada al rojo vivo, hasta que confesaran.

De un perchero cuelga el sombrero amarillo que en tiempo del papa Pablo IV (1555—1559) debían llevar los judíos cuando salían del gueto.

—Aquel mundo era un infierno —gritas, lleno de espanto.

—¡Apaciguaos, buen hombre!, pensad a este propósito en la bondad y mansedumbre de Celestino V —sugiere el señor Eric—. Asqueado como vos de la Roma inicua, llevó la corte a Nápoles, en 1294, decidido a una reforma que favoreciera a los pobres; pero de nada valió que armara su pobre choza en el interior del palacio; así que, recogiendo los anteriores andrajos de ermitaño, retornó a su cueva a lomo de un borrico.

Como tú —forastero visitante— estallas en maldiciones, el señor Eric se vuelve hacia ti y te ordena, indignado:

—¡Abandonad vuestro sueño! ¡Oh impostor! ¡Salid de las páginas de mi libro, para muchos, innombrable!

—¿Vuestro libro? ¿Quién sois? —preguntas, despertándote agitado.

Al abrir bien los ojos, prendes la luz, te inclinas hacia la mesa de noche y alcanzas a mirar, abierto en la página 232, el libro *Los papas y el sexo*, del escritor, catedrático e investigador Eric Frattini.

(*Avance*, No. 265, diciembre 2013, p. 7)

Peligro de las abstracciones

Relata Heródoto la venganza que se tomó la mujer de Jerjes, rey de Persia, cuando ordenó, cegada por los celos, que a la madre de la rival le cortaran los pechos, la nariz, las orejas, los labios, la lengua y que luego la enviaran de regreso a casa.

Ocurrió quinientos años antes de la era cristiana. Siglos después, la religión se institucionalizó alrededor de una gran ilusión y las ideologías se tornaron religiones. La sevicia contra el infiel o contra el rival rebasó entonces la crueldad provocada por los celos. A la hoguera siguieron los hornos crematorios y, en la actualidad, las masacres a control remoto. Son momentos episódicos de una ola de pavor que viene desde una lejana oscuridad.

En efecto, mucho antes de que en el siglo XIII se estableciera la Inquisición, se mutilaba, se cegaba, se castraba. Las condenas servían para que el poder se afanzara castigando al pecador y disuadiendo a los opositores. Las víctimas provenían en buena parte de los sectores sociales vulnerables, entre ellos, las mujeres, los judíos. Considerada como instrumento del demonio, la mujer era inculpada aun por los abusos que cometían contra ella los varones. ¿Cómo establecer la culpabilidad o la inocencia?

Viene a la mente el escritor Frattini cuando muestra al papa Esteban V lanzando al agua a las personas sospechosas, a finales del siglo IX. Si flotaban eran culpables y pasaban a la hoguera; si se ahogaban, eran inocentes y merecían un responso. Dos siglos antes, el papa Zacarías había condenado el bestialismo, es decir la relación carnal con animales, entre ellos los judíos. Ni los difuntos estaban libres de sospecha. Exhumado el cadáver del papa Formoso, lo acomodaron en el trono para que asistiera al proceso. Concluido el juicio, le cortaron los dedos con que había bendecido, y el cadáver putrefacto, atado a la cola de un caballo, fue arrastrado por las calles hasta el Tíber.

En los primeros siglos de nuestra era, se afincaron los principios de una nueva cultura sobre la base de una religión que imponía otras creencias y, por tanto, como ya se dijo, otras ilusiones. Una de

ellas, aspiraba a la perfección espiritual renunciando al mundo y reprimiendo el disfrute de los sentidos. Pero era un ideal diseñado para una sociedad dominada por varones. La mujer no contaba; al contrario, ese ideal representó para ella menosprecio y crueldad al ser mirada como fuente de pecado. Se quiso legislar contra el desenfreno, en especial el de los eclesiásticos, sin precaver las consecuencias que sufriría la mujer en francas o veladas discriminaciones que perduran en el inconsciente colectivo.

El temor infundado hacia la mujer devino en execración. A comienzos del siglo X, el monje benedictino Odón de Cluny (879—943) infamaba ante los hombres el cuerpo femenino con estas palabras citadas por Frattini: “La belleza solo está en la piel. Si los hombres vieran lo que hay debajo de la piel, como se dice que puede ver el lince de Beocia, se entristecerían de horror a la vista de las mujeres. Toda esa gracia consiste en mucosidades y sangre, en humores y en bilis...”. Aunque destinadas a predicar contra la depravación de su época, las palabras del santo francés consagran la discriminación, puesto que también la piel de los varones recubre la misma vil materia.

Aquella obcecación hizo creer que la perfección espiritual estaba reñida con la imagen corporal de la mujer. Había que desprenderse de ella como de un objeto desechable y tomar por el camino de la salvación, alumbrado por la fe. “Amabas más la salvación de tu alma que a mí. A tu alma, que antaño encontrara reposo en mí, era a quien querías salvar”, increpa con irónica finura Floria Emilia a su antiguo compañero en el lecho, Agustín, obispo titular de Hipona en el año 397, según novelaba Jostein Gaarder en su hermoso libro *Vita brevis*.

Se trata de una supuesta carta escrita por la amante abandonada, herida aún, cuyas confesiones íntimas responden con entrañable franqueza a las “Confesiones” del futuro santo. Afortunadamente, los tiempos han cambiado. La mujer se desempeña igual o mejor que el varón en todos los espacios de poder; sin embargo, no ha perdido vigencia la hondura reflexiva con que defiende su identidad, su libertad, la Floria Emilia de Gaarder, ni la forma en que rechaza el sometimiento del destino humano al peligro de las abstracciones.

(Avance, No. 268, marzo 2014, p. 7)

La ambición humana

Un cuerpo se bamboleaba entre la bruma, bajo el puente londinense de Blackfriars, una mañana de junio de 1982. Tres sicarios lo habían colgado por encargo de la mafia siciliana, pocos días antes de que cerrara el Banco Ambrosiano. El cuerpo pertenecía a Roberto Calvi, quien acababa de huir de Roma, procesado por complicidad en fraudes millonarios. Entre los móviles que apuraron la muerte del banquero estaría la cautelosa contribución del Vaticano al movimiento del joven dirigente sindical polaco Lech Walesa, según consigna en una cita el reciente libro de Frattini que ahora comentamos.

Amigo del difunto Calvi fue monseñor Paul Marcinkus, un corpulento obispo norteamericano muy eficiente en su desempeño como guardaespaldas del papa Paulo VI, pues había crecido en los barrios conflictivos de Al Capone. En 1971, fue destinado a presidir el poderoso Instituto para las Obras de Religión (IOR) de la Santa Sede, institución cuyas finanzas decayeron desde entonces de manera extraña. A finales de los años setenta, el problema se tornó inocultable, agravado por deudas astronómicas, créditos sin control, fraudes y manipulaciones contables.

En medio de esos avatares, murió Su Santidad, en 1978, y quedó en suspenso la intención de imponer orden en tan delicados asuntos mundanos. Le sucedió el venerable patriarca de Venecia, Albino Luciani. Bajo el nombre de Juan Pablo I, renunció a la tradicional parafernalia del pontificado, pues estaba comprometido con la Iglesia de los pobres, en la línea trazada por el Concilio Vaticano II. Enterado de los oscuros manejos de Marcinkus y de cuantos personajes lo amparaban, decidió intervenir en las instituciones que se habían apartado de la misión fundamental de la Iglesia, especialmente en el IOR. La noche del 28 de septiembre confió su determinación al secretario de Estado. A la mañana siguiente, 34 días después de haber sido elevado al trono de San Pedro, el cadáver del buen papa yacía sobre el lecho.

Entre otros amigos connotados de monseñor Marcinkus figuraba el banquero Michele Sindona, quien practicó durante algunos años el arte de lavar capitales de dudosa procedencia y con ello contribuyó a

levantar las cuentas vaticanas. Estableció con Marcinkus varias sociedades fantasmas a través de las cuales circularon por la banca extranjera sumas millonarias. Descubiertas las operaciones fraudulentas, la justicia estadounidense procesó a Sindona por decenas de cargos. Extraditado a Italia, fue condenado a 25 años de prisión, que no alcanzó a cumplirlos porque, en marzo de 1986, alguien puso cianuro en el café que le llevaban a la celda.

Las actividades de monseñor Marcinkus fueron profusamente investigadas en los tribunales italianos. Un año después de la muerte de Sindona, tenía orden de prisión; sin embargo, sus eminentes protectores consiguieron mantenerlo al frente del IOR hasta 1990, cuando presentó su dimisión al papa Juan Pablo II. Se sabe que luego desapareció de Roma, protegido por el Vaticano y por el gobierno del presidente Reagan. En febrero de 2006 el anciano obispo, responsable del manejo fraudulento de sumas incalculables de dinero, rindió sus cuentas a Dios en un hospital de Arizona. Al parecer, la muerte estuvo tan cargada de misterio como su vida. En sus años postreros, ejercía con humildad el sacerdocio en una iglesia de Chicago.

Desaparecidos los personajes principales de este relato sobre la increíble magnitud de la ambición humana, la gestión financiera pasó a otras manos, pero siempre rodeada de intrigas, sospechas y denuncias sobre corrupción y malos manejos bancarios. El 23 de mayo de 2012, el escándalo derribó los muros del silencio vaticano. Ese día, los gendarmes de la Ciudad Estado irrumpieron en la residencia de Paolo Gabriele, mayordomo del papa Benedicto XVI. El departamento estaba lleno de documentos confidenciales distribuidos alrededor de un moderno sistema a través del cual el hombre más cercano al pontífice se dedicaba a filtrarlos. Gabriele no es el único, pero sí uno de los principales filtradores de información (los *Vatileaks*) que fundamentan y dan título al volumen de Eric Frattini, *Los cuervos del Vaticano*. La historia prosigue hasta la elección de Francisco, el nuevo papa bueno, el papa venido del fin del mundo.

Al llegar a la última página, el lector deplorará que no se trate de una novela, sino de una rigurosa investigación periodística; una obra que, sin embargo, podría reafirmar en la fe al creyente verdadero.

(*Avance*, No. 275, octubre 2014, p. 7)

Sistematización de una locura

Nunca se sabrá si fue justo que una viga le aplastara al doctor Freisler en el sótano, bajo la lluvia de fuego lanzada por los bombarderos aliados. Un médico que se movía entre los escombros se negó a firmar el acta de defunción al reconocerlo como el juez que acababa de condenar a muerte a su hermano. Dos meses después declinó la guerra; pero el sucesor de Freisler siguió condenando a los supuestos traidores hasta el día mismo en que las bombas demolieron Berlín.

En medio de la afrentosa ocupación por las tropas victoriosas, muchos alemanes comprendieron en lo tarde que habían estado gobernados por una pandilla de locos que a la hora de la derrota escaparon por la puerta del suicidio. Si quien presidió durante muchos años el Tribunal Popular no hubiera muerto aquella mañana en el sótano, habría optado, de seguro, por la misma escapatoria, consciente de que la horca no hubiera bastado para expiar sus culpas por los crímenes cometidos al amparo de un sistema judicial que daba visos de legalidad a la barbarie.

Los principios jurídicos en que apoyaba sus fallos el Tribunal habían sido afinados y sistematizados con rigor a fin de adecuar la justicia al interés nacional. Por supuesto, el interés nacional era cuanto convenía a los objetivos del partido gobernante, cuyo juez supremo no era el Dios de los cristianos, sino una nueva deidad: el jefe de gobierno.

Enredada en engranajes demoníacos, la ley no perseguía dar amparo al individuo frente al poder, sino proteger a la comunidad frente a la acción individual. Y puesto que la comunidad era el partido, y que el partido venía a ser en buenas cuentas el Estado, quien dudara o hablara en contra de la revolución nacionalsocialista debía ser eliminado. Se relajaron de este modo los principios constitucionales junto con las garantías sobre los derechos del individuo dentro de la sociedad.

Al poder absoluto le repugnaba la división tradicional de poderes, un concepto caduco, inoperante en una revolución que supuestamente había armonizado los intereses del pueblo con los de la conducción política, un pacto imaginado para durar mil años. Se echaban por tierra garantías elementales. Abolido el efecto no retroactivo de las

leyes estaba permitido anular las sentencias benignas y proceder a la reapertura de casos que terminaban con el inculpado en el patíbulo. Muy pocos administradores de justicia se detuvieron a reflexionar sobre las nefastas consecuencias de este sometimiento al poder absoluto. A quienes no dimitieron o no fueron despedidos, les complacía extender el brazo al iniciar las audiencias, aclamando al dictador.

Las actuaciones del Tribunal Popular durante la presidencia del doctor Freisler (1942—1944), infundieron un sentimiento de terror. Después del atentado del 20 de julio, Freisler actuó como un Júpiter tonante investido de facultades omnímodas para humillar a los oficiales del más alto rango antes de mandarlos a colgar.

Pero no solo los inculpados de alta traición alimentaron el cadalso. Cualquier ciudadano podía tornarse sospechoso; lo único que hacía falta era un diligente delator. Esto le ocurrió a un minero apellidado Tembergen, de cincuenta y cinco años de edad. Una mañana de julio había tomado el tranvía para dirigirse al trabajo. Durante el viaje se le escapó un comentario que luego de las declaraciones de la compatriota V. se consideró desmoralizador contra las tropas. Deshonrado para siempre por traidor, fue condenado a muerte y ejecutado el 7 de enero de 1943. Igual suerte corrió el peluquero Firsching. Locuaz como todos los de su oficio, había proferido expresiones derrotistas delante de sus clientes, entre ellos dos cabos y un suboficial que luego testificaron en su contra. En fin, la señora Emma Hölterhoff, de cuarenta años, esposa de un conductor de grúas y madre de cuatro hijos, había expuesto en casa de unos amigos cierto criterio que desagradó a los anfitriones. A las 11h34 del 8 de diciembre de 1944 fue puesta en manos del verdugo, quien tardó ocho segundos en decapitarla, probando así la eficacia impecable del sistema judicial. Por este estilo, sumaron miles las víctimas del celo demencial con que Freisler y sus seguidores creían defender a la colectividad.

Nunca perderán actualidad libros como este del escritor Helmut Ortner, *El verdugo Roland Freisler: un asesino al servicio de Hitler*. Es una lectura recomendable para un tiempo en que vuelven a circular en la región las ofertas electorales, entre ellas, la pena de muerte, como si en otro rapto de locura ignoráramos que todo ser humano trae su propia condena desde el instante en que llega a este mundo.

(Avance, No. 294, mayo 2016, p. 7)

Una sociedad extraterrestre

Christopher Hitchens, periodista y pensador anglo—norteamericano formado en filosofía, política y economía por la Universidad de Oxford, anduvo por el mundo como enviado de prensa. Asombraba a los lectores con una serie de reportajes que revelaban la fisonomía oculta de varias naciones, así como la condición humana de sus líderes y de otros personajes acariciados por la fama. Posteriormente, un año antes de morir (2011) recogió aquellos trabajos en el volumen *Amor, Pobreza y Guerra*. Son páginas que no pierden actualidad por más vueltas que nuestra pequeña nave espacial haya dado alrededor del Sol. En uno de aquellos ensayos, “Viaje a un pequeño planeta”, contaba las impresiones de su paso por Corea del Norte, paraíso comunista que no parecía formar parte de nuestro mundo.

No se sabe si ya consta en el universo botánico una flor que lleve el nombre del joven Kim Jong—un, excéntrico líder absoluto, envidiado en secreto, aunque poco emulado por gobernantes del tercer mundo. Una denominación apropiada para aquella muestra de la flora norcoreana podría ser kimjongungia en armonía con la kimilsungia, hermosa orquídea llamada así en homenaje al fundador de la dinastía gobernante, Kim il sung; y también con otra flor, no menos primorosa, la kimjongilia, de la familia de las begonias, destinada a glorificar en vida al hoy difunto Kim Jon—il, en cuyo mandato murió de hambre más de un millón de norcoreanos entre 1996 y 1998, relataba Hitchens. El difunto hombre fuerte, hijo del fundador de la dinastía, fue padre de Kim Jong—un, heredero que en estos días ocupa las primeras páginas de la prensa por haber logrado sacudir al mundo con el movimiento de su pieza favorita en el tablero de ajedrez universal: la bomba atómica.

Debido al hermetismo de la sociedad norcoreana, sin otro medio de información que no provenga de fuentes oficiales, es difícil saber si el advenimiento de Kim Jong—un estuvo anunciado por fenómenos sobrenaturales como los que presagiaron el de su progenitor, Kim Jong—il, hace setenta y cuatro años ocho meses. Los arcoíris se disputaron el honor de rodear la cuna del recién nacido y un pajarillo arrancó a

piar con voz humana cánticos de bienaventuranza. ¿Fue ese portentoso pajarillo el que emigró, ahuyentado por el terror, y vino a cantar con voz humana las mismas loas en nuestro vecindario? Lo cierto es que cada ideología crea sus propios mitos antes de convertirse en religión.

Por supuesto, Hitchens no describía en sus reportajes todas las maravillas que le mostraban los adustos agentes del gobierno sino lo que él veía; no únicamente las grandes obras, las edificaciones suntuosas, las concentraciones multitudinarias que alejan de la realidad a los dictadores; también los campesinos famélicos que recogían uno por uno los granos sueltos para llevarlos a la olla. Y si entre los platos que ofrecía el arte gastronómico norcoreano elegía en un restaurante un sustancioso estofado de perro, sentía que se le iba el apetito porque hallaba en el potaje la razón por la cual no se veían perros deambulando en la ciudad.

Asimismo, nos dejó el relato de lo que vio en la Exposición de Amistad Internacional, en un monumental edificio de mármol en buena parte subterráneo, al norte de Pyonyang. Decenas de miles de obsequios entregados al abuelo y al padre del actual gobernante. Entre estos, una gama de artículos suntuarios procedentes de la mala conciencia capitalista: una caja de plata con el logo de la CNN, una versión en inglés de los ensayos de Kim il—sung con prólogo de un periodista del “New York Times”; una escultura blanca, regalo de Billy Graham, líder religioso norteamericano. Había en otra sección placas de aseguradoras británicas, equipos de televisión donados por Corea del Sur; logos de Samsung y Daewoo, una limusina enviada por el fundador de Hyundai. En otra sección se exponían las muestras de generosidad de parte de los líderes del mundo comunista de aquel tiempo: vagones ferroviarios de Stalin y de Mao.

En fin, llamaba particularmente la atención la cabeza disecada de un oso, regalo del autócrata rumano Nicolae Ceaucescu, de funesta recordación. Su muerte puso término a la dictadura perpetua que infamaba al país. Se cuenta que un día de diciembre de 1989, la multitud que había sido concentrada como de costumbre al pie del palacio para que aclamara al Presidente, estalló al grito de “¡Abajo el tirano!”, y la muchedumbre continuó gritando hasta que el perplejo dictador fue ejecutado junto a su odiada esposa.

(Avance, No. 299, octubre 2016, p. 7)

Manipulaciones del poder

Los bombardeos parecen inminentes. Por la radio se difunden los horrores cometidos por las tropas en los países ocupados. Los estratos altos de la sociedad británica se muestran nerviosos, pero la clase popular está presa del terror. Graficaba la situación el "Daily Telegraph" informando que las casas londinenses se hallaban desiertas y que casi toda la gente tenía que convivir con sus cocineros en los hoteles.

Con la autoridad de quien había luchado junto a las tropas republicanas en la guerra civil española, en defensa de la justicia social, Erik Blair comenta en su *Diario de guerra* que la expresión "toda la gente" se refería al uno por ciento de los londinenses, como si para el periódico el 99% de la población no existiera.

Páginas adelante, sostiene que a los clanes gobernantes y empresariales solo les preocupaba defender sus intereses financieros y todavía no acertaban a saber si el mal menor sería aliarse con la Alemania de Hitler o con la Rusia de Stalin. La Iglesia tampoco lo sabía, pero prefería estrechar relaciones diplomáticas con los países del Eje. En medio de la incertidumbre, variaban por igual, de la noche a la mañana, los odios y las simpatías en la militancia política de izquierda y de derecha.

Cuenta que bajo los bombardeos los trabajadores se hallaban más asustados que la gente de clase media. Llevado por su misión periodística, recorre los barrios y nota que los obreros ponían mayor atención a las transmisiones radiales si el discurso era popular. Eileen, su esposa, formula entonces una observación de incuestionable actualidad: a la gente con menos educación le llega el discurso en lenguaje solemne, que en realidad no entiende, pero le impresiona.

Blair cree que en el manejo de la situación, a comienzos de los años cuarenta, ocurría algo similar a lo que había observado en la guerra civil española, cuando la política inglesa no había previsto lo nefasto que resultaría para Inglaterra el permitir que Hitler y Mussolini impusieran a Franco en el poder. Ahora, España simulaba ser probritánica e importaba grandes cantidades de petróleo, pero pronto se la verá del lado alemán, afirma con el don profético que ya caracterizaba al escritor.

Los periódicos eran controlados por un gobierno que permanecía asimismo a la expectativa, renuente a autorizar la información sobre la gravedad de los acontecimientos. Nunca se informó, por ejemplo, que habiéndose decidido que el trabajo en los muelles no fuera suspendido hubiera o no bombardeos, los restos de los hombres que trabajaban en la bodega de un barco tuvieron que ser recogidos en baldes luego de un bombardeo, lo que provocó una huelga laboral que obligó a las autoridades a permitir que los obreros volvieran a acogerse a los refugios. Había que acostumbrarse a dormir con el estallido de las bombas y los disparos de las armas antiaéreas. Esos sonidos, anota con ironía, actúan como soporíferos siempre y cuando sean distantes.

Siente que uno de los aspectos horrorosos de la guerra es que la propaganda bélica, el grito, el odio y las mentiras provienen invariablemente de quienes no están peleando sino protegiendo sus intereses. Y observa que la prensa es independiente, pero con una libertad sujeta a una velada dependencia porque tiene que vivir de anuncios comerciales. En efecto, concede mayor espacio a las apuestas, a los remedios fraudulentos y a los cosméticos que a los problemas de la guerra.

Al cabo de setenta y tres años, las páginas del Diario se leen como si sobre ellas no hubiera caído el polvo del tiempo, quizás porque tampoco ha cambiado el ser humano y el estado de guerra prevalece a pesar de tanta palabrería pacifista, destinada a encubrir la hipocresía.

Lo que le duele a Blair en esos años (1941, 1942) es sacrificar su vocación a la premura que impone al periodista el conflicto bélico. Se ve obligado a escribir sus reseñas para la BBC directamente en la máquina, cosa que antes no hacía, pues redactaba por lo menos dos veces, y ciertos fragmentos hasta diez veces.

Una crítica acerba contra las manipulaciones del poder domina en el *Diario de guerra*. Es la postura intelectual que ha consagrado mundialmente al escritor, mejor conocido por su seudónimo de George Orwell, sobre todo en las dos grandes profecías noveladas *Rebelión en la granja* (en 1945) y, poco después, *1984* (en 1949), escritas cuando probablemente ya “florecían los azafranes y los alhelíos y era una maravilla poder salir a respirar y a ver que la Tierra seguía girando alrededor del Sol”.

(*Avance*, No. 303, febrero 2017, p. 7)

El fracaso de las revoluciones

Como suele ocurrir al cabo de cada proceso revolucionario, una vez obtenida la victoria había que reorganizar la vida comunitaria, a fin de plasmar los anhelos colectivos. ¿Por qué tenemos que vivir en tan miserables condiciones para que otros gocen y se beneficien de nuestro trabajo? ¿No resulta claro, camaradas, que todos nuestros males provienen de la tiranía? Eran las preguntas elementales en el discurso que había despertado en la población un sentimiento reprimido de rebeldía.

Las ideas habían encendido el fervor revolucionario; por un tiempo, la comunidad se abigarró alrededor de un objetivo único: conquistar la libertad. Caldeados los ánimos, un alzamiento general dio al traste con el orden impuesto y puso en fuga a la gavilla gobernante. Se eliminaron los protocolos, las costumbres, los símbolos del antiguo poder y resonaron los acordes marciales del nuevo orden, anunciando dentro y fuera de las fronteras el advenimiento de la felicidad.

Pero el ideólogo de la revolución había muerto. Una vez llorado y sepultado era menester que alguien se hiciera cargo de llevar adelante el proceso. Y no tardó en surgir la imagen carismática del valiente Snowball, héroe de la revuelta. Admitido su liderazgo, organizó un equipo de ayudantes con quienes se encargó de la asignación de las tareas y, lo más importante, de la distribución de las raciones. La situación empezó entonces a mejorar gracias a la buena organización del trabajo colectivo.

No obstante, también se tornó inocultable que la nueva dirigencia adoptaba el sistema de comunicación de los antiguos amos y que acaparaba el fruto del esfuerzo ajeno. Tampoco trabajaba, pues había asumido como única ocupación la de dirigir y supervisar el desempeño de los demás, habiendo llegado al extremo de maltratar cruelmente a quien desobedeciera. Expertos y voceros oficiales explicaban la nueva situación. No hay privilegios —insistían—, sino que el esfuerzo intelectual demandado por la función de planificar y controlar la vida social es superior al de cualquier otra tarea, salvo que queráis —amenazaban— regresar al sistema anterior que os esclavizaba, argumento frente al cual enmudecía cualquier opositor.

Todo iba bien hasta el momento en que apareció un poderoso rival opuesto al proyecto de construir un molino de viento. Napoleón —así se llamaba— irrumpió en la asamblea rodeado de su guardia pretoriana y obligó al sorprendido Snowball a desaparecer con el rabo entre piernas. Acto seguido, se hizo cargo del gobierno y anunció que en adelante aplicaría una férrea disciplina y que todo problema sería resuelto por un comité de expertos presidido por él.

Sin embargo, no tardó en difundirse el rumor de que el nuevo líder y sus secuaces adoptaban las maneras de los antiguos amos y entablaban estrechas relaciones con ellos, en tanto que sometían a la población a sacrificios extenuantes para alimentar la voracidad del grupo dirigente. Cuando arreciaron las críticas y se generalizó el descontento, sin que el discurso oficial lograra aplacar los ánimos, entró Napoleón en escena con su guardia pretoriana e hizo una carnicería entre los sospechosos.

Ejecutados los traidores, los sobrevivientes se habituaron a sobre llevar en silencio sus insatisfacciones, convencidos de que bajo el nuevo régimen trabajaban más, pero que la penuria era peor que la experimentada en tiempo de los primitivos amos. Nadie se opuso a que se reiniciaran los trabajos para construir el mismo molino de viento ideado por Snowball; nadie dudaba en público de cada informe oficial que ponderaba los beneficios logrados por el régimen, entre ellos, el crecimiento de la producción en un doscientos, en un trescientos y hasta en un quinientos por ciento, mientras la población languidecía. Tampoco importaba el que los gobernantes de turno volvieran a las costumbres y a los símbolos de aquellos a quienes la revolución había derrotado.

Talvez nadie ignore que Snowball y Napoleón fueron los cerdos que comandaron la revuelta contra el señor Jones en *Rebelión en la Granja* (1945), de George Orwell, novela aludida en nuestro comentario anterior. Se cree que el autor había reflejado en su obra la situación por la que atravesaba la Rusia de Stalin. Según parece, el don profético del escritor inglés anticipó el fracaso de todas las revoluciones que han estallado desde entonces y que han sumido a otras poblaciones en la penuria bajo la férrea disciplina impuesta por otros dictadores.

(Avance, No. 304, marzo 2017, p. 7)

Las revoluciones permanentes

Nos referimos el mes anterior al don de vaticinio que se revela en la obra narrativa de Orwell. Volvimos esa vez sobre las páginas de *Rebelión en la Granja*, que si bien puede leerse como la relación alegórica de cuanto observaba el autor detrás de las conmociones sociales de su tiempo, se anticipa al proceso de declinación que habrían de experimentar otras rebeliones que sucumbieron traicionadas asimismo por la desmedida ambición y el abuso del poder.

Orwell nos lleva de la mano a reflexionar sobre las consecuencias negativas que acarrea la confianza ciega depositada en los líderes mesiánicos. A la postre, ese apoyo incondicional hace que la renovación de los procesos acabe por convertirse en una renovación no de principios sino de liderazgos, con el agravamiento de la situación económica del sector poblacional en cuyo nombre alzaron bandera sus salvadores.

Una vez paralizada en el tiempo, aquella aspiración originaria acaba por esfumarse junto con el manido concepto de perpetuidad, puesto que si se pensó en una transformación que habría de eternizarse, se imaginó primero el liderazgo igualmente perdurable de un partido (talvez venga a este propósito el largo final de la revolución mexicana o el paso fugaz de Pol Pot en una nación donde fueron suficientes cuatro años de despotismo para que perecieran varios millones de personas a las cuales se había prometido liberar).

De modo que carece de sentido la retórica sobre la que se sustentan las pretensiones de una revolución permanente. Lo que en verdad suele perdurar mientras lo toleren las fuerzas sociales reprimidas y demore en sobrevenir otra rebelión, no son los principios que justificaron la necesidad de un cambio sino la vigencia de un esquema ideado para velar los intereses de quienes triunfaron a nombre de los desposeídos.

Es natural que, como en la de Orwell, todas las rebeliones hayan prosperado bajo la consigna de redimir a los sectores menos favorecidos. Pero cuando han conseguido triunfar, los líderes no han tardado en comprobar que si bien obtuvieron la victoria gracias al apoyo de aquella militancia empobrecida, de ella necesitarán después para perpetuarse

en el poder, convirtiendo la indigencia en garantía del oscuro juego político de todas las tendencias. No se debe olvidar que en el tercer mundo la pobreza es la que otorga los triunfos electorales. Conforme se abre y se cierra este fatídico proceso circular, en el que las grandes mayorías permanecen irredentas, las antiguas consignas experimentan cambios sustanciales. En el terreno de los hechos consumados, la represión sistemática habrá remplazado pronto a las propuestas libertarias.

En este pingüe negocio, lo que la voluntad de las mayorías empobrecidas cambia mediante el ejercicio aparentemente democrático de sus derechos, como el acto electoral, no serán las condiciones de la realidad sino los intereses políticos y económicos de turno, por lo general amparados, además, por las mismas fuerzas internas y externas contra las cuales se cree combatir. Ya nos había puesto en alerta sobre este juego demencial, a comienzos de los años sesenta, el político y pensador Frantz Fanon cuando analizaba los procesos de descolonización emprendidos por los pueblos oprimidos, cuya lucha hasta ahora poco fructuosa puede más temprano que tarde convertirse en un estallido universal de violencia que obligue a revisar nuestras bellas ficciones democráticas.

Pero si bien el texto de George Orwell se anticipó al devenir de los procesos revolucionarios, hubo autores hispanoamericanos que coincidieron con él, sin proponerse la adivinación del futuro, sino la búsqueda de las claves para la interpretación del pasado. Mediante esa indagación distinguieron con claridad los elementos configuradores del presente y también los saberes ancestrales que delinearon de trecho en trecho el porvenir. Entre aquellos textos fascinantes, se recomienda por sí solo uno de los relatos aurorales del realismo mágico, *El reino de este mundo*. Sin la intención de entrar en la novela histórica, Carpentier nos pone ante la paulatina desfiguración de la primera rebeldía triunfante en el vasto territorio americano, pero a la vez identifica para el lector las profundas raíces culturales que en los pueblos oprimidos sirvieron, por igual, para sacralizar la esclavitud y para fomentar, con mayor energía, la tan anhelada liberación, aunque Haití continúe hasta ahora pagando un alto precio por la osadía de haber desafiado al opresor.

(Avance, No. 305, abril 2017, p. 7)

Opción para el mañana

Comandados por un valiente gladiador, los esclavos sublevados mantuvieron dos años en jaque a las aguerridas tropas imperiales, probadas en mil combates y siempre victoriosas. Pero ahora, ante inesperados reveses militares, Roma se vio obligada a tomar en serio la rebelión, y encomendó a uno de sus mejores generales, Mario Licinio Craso, el sometimiento de los alzados. Luego de varias acciones encarnizadas, en las cuales el ejército de esclavos se mostró tan aguerrido y esforzado como los escuadrones de sus antiguos amos, las ocho legiones imperiales consiguieron arrollar a los seguidores de Espartaco, en el año 71 a. C.

Alcanzado el triunfo, sobrevino desde el atardecer la carnicería inenarrable. Tal como ha vuelto a ocurrir después, en diferentes lugares del planeta, los rebeldes pagaron con la vida el frustrado anhelo de ser libres. Miles de cadáveres cubrieron el inmenso campo; entre ellos, el del caudillo, quien dos años antes se había fugado de Capua para alzarse en armas contra la República romana desde las faldas del Vesubio. Así fue el final de la guerra civil o guerra de los gladiadores.

Pero mientras se libraban los combates, la fama de los esclavos era tanta que muchos soldados imperiales, huyendo de la furia demencial de Craso contra sus propios hombres, trataron de buscar salvación entre los sublevados. Vanos fueron los intentos porque Espartaco no admitía en sus filas a los desertores, porque la deslealtad era signo inequívoco de cobardía y nadie hubiera podido asegurar que el desertor no retornaría compungido al antiguo redil, si la fortuna le volvía a ser adversa. Bienvenida esta prevención, aplicable hoy para los militantes de partidos derrotados en la lucha electoral.

Al cabo de más de dos mil años, Roma se halló de nuevo en pie de guerra, aliada esta vez con Alemania. En Europa se había empezado a librar una contienda bélica que pronto se tornaría universal. Entre 1938 y 1939, Alemania había anexado Austria a su territorio; había invadido a Polonia y compartido el pastel con la Unión Soviética, lo que motivó que Francia e Inglaterra declararan la guerra a la dictadura

hitleriana. Con ayuda de Mussolini, el líder nazi acababa de instalarle a Franco en el gobierno de España, a pesar del apoyo a los republicanos brindado por la Unión Soviética. En abril de 1940, Hitler invadió Dinamarca, Noruega y, treinta días después, los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo. El diez de junio, Italia declaró la guerra a Francia y Gran Bretaña, y apenas transcurrirían cuatro días para que las tropas alemanas entraran triunfantes en París. Un año después de la fecha en que se pone punto final a este párrafo, doscientas divisiones alemanas preparaban la invasión a la Unión Soviética.

Ha sido indispensable volver a dibujar el escenario europeo para comprender el mensaje que porta una caricatura del artista David Low, publicada el 11 de julio de 1940. Es la versión gráfica más elocuente de lo que realmente ocurría en las altas esferas de las potencias europeas, mientras millones de jóvenes soldados de todos los bandos combatientes ofrendaban la vida, lejos del tablero de ajedrez en que jugaban a defender sus intereses los dirigentes políticos europeos.

"The Harmony Boys" (los chicos del coro) reza la divertida estampa. En ella, dos gigantes flanquean a un enano en traje militar de campaña (a ala izquierda del observador, Mussolini; al centro, Franco; a la derecha, Stalin). Cada integrante del trío sostiene una partitura diferente, pero los tres personajes cantan con similar unción, al unísono, con la vista fija en la batuta mágica del director de orquesta, Hitler, quien les fascina (igual que lo conseguía Nerón), con la estudiada contorsión de artista fracasado.

No se requerirá de mucha imaginación para calcar aquella escena sobre nuestra realidad política actual, tan fecunda en contorsionistas y cantantes; pero es el lector quien deberá identificar en nuestros días al director y a los cantantes, mientras millones de combatientes por la democracia aceptan, una y otra vez, el reto de votar en las urnas electorales, más por obligación que por esperanza. La esperanza debería ser la opción para el mañana.

(Avance, No. 315, febrero de 2018, p. 7)

El corredor número 13

Ha transcurrido casi medio siglo desde cuando ocurrió este episodio, que vale la pena recordar. Es probable que los miembros del jurado calificador debatan todavía sobre si el corredor número 13 merecía el primer premio.

Desde tiempos antiguos, la segunda semana de diciembre había sido fijada para honrar a santa Lucía, patrona del poblado, devoción implantada por unos misioneros que lo visitaron a comienzo del siglo XIX. Año tras año, los devotos acudían para tomar parte en las celebraciones. Venían desde diversas aldeas circundantes, identificables con facilidad por el ala del sombrero inclinada según la dirección en que soplara el viento en cada parcialidad.

Una tradición dejada por los frailes sicilianos contaba que santa Lucía de Siracusa había sufrido el martirio el 13 de diciembre de 304, durante la persecución desatada por Cayo Aurelio Valerio Diocleciano, poco antes de abdicar. Entre los portentos a ella atribuidos, había uno increíble —por eso era milagro—. Había acontecido que la santa continuó viendo a sus verdugos después de haberse arrancado los ojos para no verlos, lo cual motivó a que desde entonces se la venerara como patrona de los ciegos.

Tal fue la razón para que el 13 de diciembre venga a ser la fecha central de las solemnidades conmemorativas. Empezaban con la misa del mediodía, oficiada por tres graves representantes de la Curia. Concluida la ceremonia, echaban a volar alegres las campanas; arrancaba en variados arpegios la banda de música del pueblo y, mientras atronaban los cohetes y subían los globos, el gentío se acomodaba alrededor de la plaza que había sido embanderada para la ocasión. Se trataba de asistir a un evento singular, no menos importante: la carrera de obstáculos dedicada al día de la santa.

Los jóvenes se preparaban con mucha anticipación para la competencia, en la que podían intervenir los delegados de los poblados vecinos, a condición de que acataran las reglas del juego, entre ellas, la de presentarse al torneo con los ojos vendados y la de llevar el número

de identificación estampado a la espalda. Aquel viernes, 13 de diciembre de 1963, sesenta participantes ya esperaban afuera de la iglesia la señal de partida, cuando asomó, a punto de atrasarse, el último competidor. Hubo una sorda protesta; pero los jueces revisaron la oscura venda, elevaron la vista para consultar la hora en el reloj de la iglesia y decidieron que el corredor número 13 había llegado justo a tiempo. Sonó, pues, la señal de partida.

El juego consistía en burlar una serie de obstáculos distribuidos por la plaza antes de intentar la última prueba, la más penosa, la de avanzar por un sendero de tres metros de ancho que serpenteaba a lo largo de sesenta metros, bordeado de varillas apenas hincadas en el suelo para que al más leve roce saliera descalificado el infractor.

A poco de iniciada la contienda, las distancias se espaciaban; algunos muchachos ni siquiera lograron saltar sobre el primer obstáculo y ya, para sorpresa de todos, el corredor número 13 adelantaba inalcanzable, el músculo lustroso, flexible cual un mimbre. Los rivales corrían muy rezagados cuando él tomó resueltamente por la angosta ruta bordeada de varillas. Penetró en el laberinto igual que si estuviera de regreso a casa. Se concentró, extendió los brazos y —¡asombro colectivo!— traspasó la línea final como una flecha, mucho antes de lo imaginable.

¡Fraude! —estalló un grito que fue coreado enseguida por los espectadores.

Igualmente, protestaron indignados los jóvenes que alcanzaban la meta, pues no creían posible que alguien con los ojos bien vendados hubiera alcanzado el triunfo en tan corto tiempo.

¡Fraude! —el clamor era general.

Preocupados por la violenta reacción, los miembros del jurado se levantaron para acercarse al sospechoso vencedor. Examinaron prolijamente la venda, revisaron las ropas y comprobaron que no había indicio alguno de fraude. Cuando el presidente del jurado le arrancó la venda y la exhibió ante la concurrencia, el joven se tambaleó, de modo que fue necesario sostenerlo para que no se desplomara.

Solo entonces, las personas que lo rodeaban se dieron cuenta de que el corredor número 13 era ciego.

(Avance, No. 318, mayo 2018, p. 7)

Entre la afrenta y la valoración social

Circulaban los primeros números de AVANCE cuando desapareció un alto oficial de las Fuerzas Armadas. Al cabo de los días, el militar reapareció en un rincón de la selva dando pábulo al rumor de un ajuste de cuentas pasional. No había otra explicación para el hecho de que los captores lo hubiesen devuelto vivo sin ton ni son.

El episodio mueve ahora a recordar lo que hace siglos le sucedía al vencido opositor si se entregaba a condición de que le fuera respetada la vida. No bien descendía a las oscuras galerías, le arrancaba los ojos el verdugo bajo la justificación de que solo se le había prometido ante Dios conservar la vida. En el caso del alto oficial no se trataba de los ojos sino de la fantasía colectiva que la sección "Vida en broma" recogió en un juego de palabras: los malhechores confundieron orden de captura con orden de capadura.

La extirpación de los órganos genitales externos masculinos era antiguamente la peor afrenta a la que el vencedor podía someter a los vencidos porque conseguía vengarse sin decapitarlos, sino destruyéndolos como varones y como seres humanos. En el peor acto de barbarie que registra nuestra historia republicana, las turbas enloquecidas por un odio que iba más allá de la muerte enarbolaban los genitales del caudillo liberal antes de entregarlo a la hoguera.

Pero no siempre la emasculación fue un acto para denigrar. Culturas hubo que preferían emplear a los eunucos, en lugar de los esclavos, para el servicio de los príncipes o para atender a las mujeres del serrallo. Lo que era degradación suprema venía a representar un plus —así se dice ahora— que elevaba la prestancia y el valor de la mutilación en la oferta ocupacional. Esto acababa a veces en el absurdo de convertir la castración en un acto voluntario alentado por el deseo de mejorar la posición económica o social. Valía la pena, entonces, someter los atributos masculinos al tajo inenarrable del barbero —antecesor del cirujano— en procura de una ilusoria gratificación.

Consideraciones religiosas convirtieron la castración en un recurso punitivo o también la dignificaron como un acto de sublimación espiritual. Se cuenta que en los primeros siglos del cristianismo Orígenes se despojó de su virilidad para que nada en el mundo lo apartara del camino de Dios. En la lucha contra la concupiscencia clerical del siglo XI, se cuenta de Pedro Damián que ordenó la castración de sacerdotes casados. Hasta muy avanzado el siglo XIX, la Iglesia toleró igual procedimiento en los niños cantores a fin de que nunca perdieran su registro de voz angelical. (La voz angelical de las mujeres no podía resonar en el templo). En el siglo XVIII alcanzó celebridad como cantante de ópera el castrato italiano Carlo Broschi, "Farinelli", cuya vida de triunfo y desencanto fue recreada en el cine hace un par de décadas.

Ya que el mundo ha cambiado, el tema de la emasculación se presta apenas para una breve referencia cultural. Sin embargo, no resulta fácil definir si aquella práctica ha desaparecido o tan solo ha mutado. ¿No se manifiesta en la predisposición de la mente a someterse a la voluntad del caudillismo aparentemente libertario y democrático?

A muchos oficiantes de este nuevo tipo de amputación intelectual les hará mucho bien recordar lo que Heródoto contó, hace más de dos mil años, de Panonio de Quios, quien se enriquecía comprando jóvenes apuestos, castrándolos y vendiéndolos a buen precio en los mercados de Sardes. Una de sus víctimas, Hermotimo, llegó a ser un eunuco muy influyente en la corte del monarca persa Jerjes. Cierta vez, se encontró casualmente con Panonio en la playa. A Hermotimo le faltaron palabras para agradecerle por la alta posición que, gracias a él, le había deparado la fortuna, y le instó a que lo visitara.

Halagado por frases tan dulces, Panonio no demoró en hacerse presente con toda la familia en casa del anfitrión. Pero fue grande su sorpresa cuando en vez de palabras de bienvenida, Hermotimo lo repriminó por haberse enriquecido a costa del oficio más abominable del mundo:

— ¿Qué daño te hice yo para que me arruinaras la vida? —le preguntó—, y acto seguido ordenó que lo castraran.

(Avance, No. 320, julio 2018, p. 7)

Luchar contra la violencia

A finales del siglo XIX, Manuel González Prada, al referirse a la descomposición reinante en su país, apuntaba: “El Perú es un organismo enfermo: donde se aplica el dedo brota el pus”. Con ligeras variantes, dada la falta de originalidad, la frase suele aplicarse a menudo a la realidad ecuatoriana, sin beneficio de inventario. Mas, a esta altura de los tiempos, no es pus lo que brota, sino lágrimas y sangre.

La violencia contra la mujer parece provenir de un estado mental anclado en la etapa auroral del género humano, cuando la distinción sexual fue el principio ordenador de la estructura social. En *Los mitos de nuestro tiempo* (2013), Galimberti describe la forma en que se regulaba la conducta en los asentamientos primitivos.

Si el bosque constituía el espacio del varón cuya herramienta de trabajo era el arco de caza, el espacio de la mujer estaba en el campamento que ella recorría también con su instrumento: el cesto de la recolectora. Cuando el hombre retornaba agotado al espacio vital de la mujer en busca de reposo, ella seguía trabajando. (Más tarde, quien regrese no será el cazador sino el guerrero). Se trataba de papeles distintos, asignados por la sola diferenciación sexual; trocarlos implicaba una infracción degradadora. El varón que cambiara el arco por el cesto perdía la masculinidad; ya no cantarían sus hazañas, pues debía integrarse al coro de lamentaciones que entonaban las mujeres. Así, la sexualidad se había transferido del cuerpo al espacio y de este a los objetos. (En nuestra región, las damas de antaño llamaban “huallmico” al varón que entrara a la cocina o se ocupara en “quehaceres mujeri-les”, anotaba Alfonso Cordero Palacios).

A grandes rasgos, tal ha sido el modelo sobre el cual empezó a organizarse la sociedad, un esquema siempre actualizado por represiones de orden religioso, moral e ideológico que con el andar del tiempo generaron otras divisiones conflictivas: amos y esclavos, blancos y no blancos, practicantes de una religión y practicantes de otra, nativos y extraños. La historia está pautada por la tensión entre opresores y oprimidos. En cuanto a la mujer, el avance científico y tecnológico

ha contribuido, teóricamente, a liberarla de la que se consideraba su única función: la reproductiva, un avance decisivo en la lucha larga y sostenida por las organizaciones femeninas en pos de emancipación. El etólogo inglés Desmond Morris, que debe andar por los 91 años, ya expuso las variadas funciones que, aparte de la reproductiva, desempeña el sexo en la sociedad contemporánea (*El zoo humano*, 1969).

Liberada de temores y mitos ancestrales, ella debe disponer de su cuerpo a voluntad y ser capaz de trazar por propia cuenta el rumbo de su existencia; en teoría, repetimos, puede acceder a casi todos los escenarios levantados para que actuaran los varones, pues ya no es la diferencia sexual la que determina el reparto de los papeles; aunque haya para el efecto otras limitaciones; entre ellas, la biológica. Mujeres desempeñan todas las profesiones, incluida la militar y, de seguro, en uno de estos días entrarán al sacerdocio u obligarán a renovar el habla, el sistema de la lengua, el lenguaje. Mujeres hay que comparten el ejercicio del poder; mantienen posiciones de liderazgo en los espacios que definen el curso del acontecer.

Sin embargo, sería una victoria poco significativa si la mujer afincara su aspiración en la conquista de las posiciones y atributos de la masculinidad cuando ya es socialmente repudiable cualquier pretensión de los varones por volver a su antiguo estatus de señor del bosque. A él y a ella les amparan los mismos derechos por la simple razón de pertenecer al género humano. La condición sexual no instituye división sino complementariedad, autonomía solidaria para garantizar la supervivencia de la especie y para encauzar un destino común como habitantes pasajeros de un planeta que talvez nos sobreviva, ajeno a nuestras querellas y quebrantos.

Tal como sugería Alberto L. Merani en *La condición femenina*, (1970), es responsabilidad de hombres y mujeres armonizar su estructura biológica —fija, aunque manipulable— con la movilidad de las relaciones sociales que asigna nuevos roles compartidos conforme avanza la civilización. Buscar ese equilibrio mental será el mejor antídoto contra la violencia. ¿Cómo conseguirlo? Es la tarea pendiente que ha de asumir el Estado a través de su sistema educativo, porque el futuro no está en lo que se espera, a veces vanamente, sino en lo que se hace.

(*Avance*, No. 327, febrero 2019, p. 7)

Reflexiones sobre el poder

Alguien afirmó: “El Estado soy yo”.

La frase fue escuchada en el Parlamento francés hace 364 años. Se la atribuye al rey Luis XIV. Fue una categórica definición del absolutismo monárquico que permaneció vigente en Francia hasta finales del siglo XVIII. La autoridad suprema legislaba, dirigía la administración y resolvía sobre la suerte del prójimo. Sin procesos judiciales, los presuntos opositores se hacinaban en las prisiones. En contraste, la existencia palaciega transcurría en medio del boato, fiestas galantes, cortesanos y favoritas que disfrutaban de la vida a expensas del empobrecimiento de la sociedad. Se rendía culto al rey bajo la convicción, bendecida por la Iglesia, del origen divino del poder, y los cortesanos se disputaban el privilegio de atender al soberano, puesto que mientras más íntimo y servil era el oficio se ganaban influencias.

Es verdad que Luis XIV patrocinó el florecimiento de las letras y de las artes; construyó obras suntuarias, palacios, caminos, jardines; modernizó el ejército y la marina. París resplandecía. No sin razón se lo llama el Rey Sol. Sin embargo, tras setenta y más años de vida fastuosa y disoluta, el monarca dejó al morir (1715) un pueblo sumido en el desconcierto y la miseria. Si bien cuando pronunció tan arrogante admonición ante el Parlamento era apenas un adolescente de 17 años, la corta edad no es motivo suficiente para exculparlo.

Otro proclamó: “Después de mí, el diluvio”.

Fue Luis XV, bisnieto y sucesor de Luis XIV, quien pronunció esta frase terrible que definía su reinado, sin que le importara la suerte que, después de él, corriera la nación. Reinó con igual pompa y dispendio a lo largo de 51 años. Pero antes de su ascensión, hubo un período de regencia caracterizado por una economía deplorable; se afirma que el solo derroche palaciego había generado una deuda impagable de miles de millones de francos. A fin de paliar la crisis, la regencia ideó, entre otros arbitrios oprobiosos, un sistema bancario que terminó por emitir billetes sin respaldo. Muchas gentes se arruinaron, pero el

sistema fue eficaz para financiar el esplendor de la nobleza, en tanto la peste y la miseria cobraban miles de víctimas.

En este escenario entró en acción el nuevo rey en 1723. Consolidó el absolutismo, con el beneplácito de la Iglesia. Disposiciones opresivas e incremento de impuestos lograron, veinte años después, reflotar la economía. Pero ningún recurso bastaba para cubrir el dispendio imperial. Entregado a los placeres, puso en manos de sus amantes la conducción de los intereses nacionales. Al morir el rey (1774), se vio Francia otra vez al borde de la quiebra y el consiguiente repudio general.

Un tercero confesó: “Pueblo, muero inocente”.

Según su verdugo, fueron las últimas palabras escuchadas al ciudadano Luis (poco antes Luis XVI, nieto de Luis XV) la mañana del 21 de enero de 1793, cuando la cuchilla pendía sobre su cabeza. Tenía 39 años de edad. No le faltaba la razón en cuanto a la inocencia: su carácter pusilánime le había llevado a dejar en manos de María Antonieta los asuntos de economía y de gobierno. Entonces, era hora de expiar culpas propias y ajenas. Los ominosos efectos de este y de los anteriores reinados habían colmado la paciencia ciudadana. Oleadas de gentes se tomaron la Bastilla y el palacio de Versalles; los campesinos destruían iglesias, castillos y conventos. Esa mañana de enero, las turbas comprobaron que la sangre del ex monarca no era azul, sino tan roja como la de los condenados que lo habían precedido en el patíbulo, y saludaron alborozadas el advenimiento de la libertad y de los beneficios que prometía la República.

Un cuarto no podía quedarse atrás:

“Escúchenme bien, ah. El Presidente de la República es jefe de todo el Estado. Y el Estado es poder ejecutivo, poder legislativo, poder judicial” (evidentemente, se olvidó de la Santa Madre Iglesia).

¿Qué se ganó con la prepotencia nada constitucional ni republicana? Vendrán las respuestas con el viento de la historia. Mientras tanto, no se debe olvidar, recordando a los luises de Francia, que quien se declaró jefe absoluto de todo, tarde o temprano deberá asumir también la responsabilidad de todos y de todo.

(Avance, No. 330, mayo 2019, p. 7)

Problema global: la indigencia humana

Acaba de despedirse el año 2019 con lluvias de ceniza que ensombrecieron el paisaje andino. Durante un par de días, el horizonte amaneció cubierto de un velo que ocultaba el perfil de las montañas, pues el Sangay había despertado con furia largo tiempo reprimida. Respetuosos de las recomendaciones oficiales, muchos ciudadanos acudieron a las actividades cotidianas provistos de los elementos indispensables para proteger la vida y la salud. Por ventaja, estos fenómenos tienen causas conocidas, técnicamente evaluables que no requieren de la nube de analistas que se encargan de tergiversar la realidad. Suele ser suficiente seguir las instrucciones y adecuar la conducta a lo inesperado, salvo el caso de situaciones que alcanzan niveles de catástrofe y desbordan las normas legales que garantizan la convivencia.

Pero hace dos meses, el año ya había adelantado su clamorosa despedida con un fenómeno social que aún entenebrece la mente, privándola de la percepción cercana del antes y el después. La situación, esta vez humana, imprevisible, incontrolable, estuvo a punto de desconcertar lo poco que restaba de la presunta cohesión nacional. El movimiento de protesta, liderado en un comienzo por el sector indígena, fue cobrando, conforme pasaban los días, dimensiones de catástrofe. El estallido, que nos tomó desprevenidos, alteró la rutina en el hormiguero urbano. De la mañana a la tarde, una densa humareda oscurecía los barrios debido al fogoso enfrentamiento entre agentes del orden y manifestantes.

Pero no hay mal que por bien no venga. Fue una ocasión favorable para que la indiferencia ciudadana cayera en cuenta de que las provisiones para la subsistencia no provienen de supermercados ni de tecnologías agroindustriales, sino de la prodigalidad de la madre tierra y del esfuerzo de quienes la cuidan desde hace siglos y amorosamente la cultivan. Quizás por primera vez, en lo que va del siglo, se reconoció a regañadientes la razón de ser de los sectores campesinos, mal generalizados bajo la denominación de indígenas, cuyo reclamo ya no era

reprimible del modo cruento en que lo fue en las goteras de Cuenca hace cerca de cien años.

Generaciones atrás, cuando el ciclo vital de los seres humanos no estaba marcado ni asegurado por el precio del petróleo, sino por la lenta sucesión de la siembra y la cosecha, por el florecimiento de los huertos y la dorada maduración de los trigales, no se cansaban los poetas cuencanos de cantarle a la madre tierra con fervor romántico. Movidos por otros entusiasmos, escribieron luego poemas memorables que condenaban la explotación del indio o exaltaban la maravilla de los dones frugales, sin que todo ello haya aliviado la indigencia humana. Pero consecuentes con esa tradición, las últimas generaciones, que odian el imperialismo, pero se nutren de hot dogs, visten sus marcas y bailan a su ritmo, aún nos deben una oda a los petróleos, un epinicio en honor de los mártires de su revolución o, por lo menos, una elegía a las quiebras bancarias.

Los tiempos han cambiado, se replicará. Eran épocas en las cuales la sociedad estuvo organizada alrededor de la tenencia de la tierra. Sus propietarios controlaban la economía, presidían las procesiones religiosas y trazaban el rumbo que debían de seguir las expresiones culturales. Es cierto que mantenían bajo control a la masa campesina para conservarla a su servicio, y que la vigilancia se extendía a la población urbana. Tenían, pues, el tiempo y los recursos para cantarle a lo que era el sustento de su vida. Los reclamos persistentes, los movimientos libertarios y las condiciones del propio desarrollo dieron al traste con aquella organización perversa. Los espacios mudaron de dueños, pero ello no ha menguado la indigencia humana.

Apagados los fuegos, apaciguados los rencores, podemos observar ahora que las revueltas de octubre fueron una leve anticipación de futuras reacciones mundiales en contra de una crisis global cuya atención compete a la propia supervivencia de la especie, amenazada por su inimaginable capacidad de autodestrucción. La redistribución de la riqueza, el acceso universal a una educación capaz de transformar en emprendedores a los meros consumidores, podrían ser medidas suficientes para aplazar la llegada del apocalipsis. No por el realismo mágico; por Zygmunt Bauman sabemos que tres hombres ricos del mundo poseen en conjunto ingresos equivalentes a varias decenas de países pobres del planeta.

(*Avance*, No. 338, enero 2020, p.7)

Sueño que se hizo realidad

Había llegado a un triste final la guerra civil desatada en los vastos territorios del Virreinato del Perú. Sentenciado a muerte, el legendario sobreviviente Sebastián de Benalcázar quería ir a España en busca de clemencia. Empezó el viaje, pero falleció en abril de 1551, agobiado por el desencanto y la enfermedad.

Antes, en 1546, había sido degollado en los campos de Iñaquito Blasco Núñez de Vela, primer Virrey del Perú, por mano de un esclavo negro que no le dio tiempo a concluir el rezo del Miserere. Como había sido calvo, el moreno le practicó un agujero en la mejilla para tener por donde izarlo ante las tropas de Gonzalo Pizarro y llevarlo a la picota, en un punto señalado en la plaza pública por Pedro de Puellas, Gobernador de Quito. En mayo de 1547, Puellas fue descuartizado y colgada su cabeza en aquel mismo lugar.

En 1548, en otro mes de abril, le tocó al propio Pizarro el turno de ofrecer el cuello al tajo del verdugo. Abandonándolo en pleno campo de batalla, sus capitanes se habían pasado al bando del Pacificador Pedro de La Gasca, sacerdote enviado por la corona para imponer el orden en esta parte del imperio. En ese mismo mes de abril, fue degollado Francisco de Carvajal, el hombre de Pizarro más temido por la crueldad y la violencia. Así concluyó lo que pudo haber sido el primer intento de formar en América una nación independiente sobre un territorio que iba desde la actual Bolivia hasta el sur de Colombia. Los excesos del caudillismo malograron el proyecto.

Alcanzada la pacificación, La Gasca retornó a España y advino el momento de la reconciliación. La eficacia administrativa exigía fundar nuevas ciudades, aparte de las tres que por entonces existían en la región que hoy ocupa el Ecuador, según refiere Monseñor González Suárez. Pero era también la hora de volver a soñar, lo cual constituía la otra cara de la medalla colonial.

Un sueño parecería ser la descripción enviada al gobernador de Quito, Gil Ramírez Dávalos, por el Virrey Andrés Hurtado de Mendoza. En la Provincia de Tomebamba –le escribía— hay un lugar para una

fundación española donde los naturales gocen de buen tratamiento. Que visitara esa provincia —le instaba— y mirase aquel asiento, atendiendo a que tenga agua perpetua, monte para leña, posibilidad para hacer molinos y tender calzadas. Se llamará Cuenca y tendrá una traza similar a la de Lima y en el centro una plaza tan grande como la mitad de la que había en dicha ciudad. Habrá cuatro solares para la iglesia, el cementerio y una huerta para el cura; además, cuatro solares para casas y tiendas; dos para el monasterio de Santo Domingo, y otros dos para el hospital, y solares para los vecinos, incluidos los naturales, con calles derechas cuya anchura permitiera ir por ellas dos carretas, sin que la una se detuviera para dar paso a la otra. Además, se construirán puentes y habrá zonas para pastos, y cada vecino se obligará a plantar en su heredad quinientos árboles cada año, y se explotarán caleras para construir los edificios.

En el acta fundacional, Ramírez Dávalos declaró que había venido a esta provincia para cumplir el mandato del Virrey, y que consultados caciques y pobladores comarcanos resultaba que el mejor sitio para la fundación era el asiento llamado Paucarbamba, porque reunía las condiciones descritas por el Virrey. De esta suerte, el 12 de abril de 1557 el fundador marcó sobre el terreno la traza de una ciudad vislumbrada desde Lima por Hurtado de Mendoza.

Cabe señalar que fue Ramírez Dávalos el capitán mejor escogido para plasmar el sueño del Virrey, por su respeto a los naturales, a pesar de que cuando sofocaba la sublevación indígena de Jalisco, en 1541, recibió una pedrada que le voló la dentadura; y por la firmeza con que, en calidad de Corregidor del Cuzco, reprimió la rebelión de los encomenderos acaudillados en 1553 por Francisco Hernández Girón.

Así se convirtió un sueño en realidad. Así nació una ciudad que “parece a la vista ponderación del pincel apurado de la fantasía”, al decir de Merisalde y Santisteban, una ciudad digna de ser el asiento del paraíso terrenal, sostenía el padre Juan de Velasco, otro soñador.

(Avance, No. 345, abril de 2021, p. 7)

Entre la ilusión y el desencanto

No bien hubo cundido el rumor sobre el triunfo patriota en Pichincha, el capitán Mideros sintió que un corpulento moreno, del ejército español en desbandada, lo hería y, ya en el suelo, trataba de asfixiarlo. Tras una desesperada resistencia, el capitán perdió el conocimiento. Se despertó, bañado en sangre, cuando creyó escuchar, incrédulo, la voz suplicante de Aurora, la amada hasta entonces imposible:

—Vuelve, vuelve en ti, esposo mío.

Así culminó su vida de soldado el capitán Antonio Mideros, al servicio de la causa libertaria. Era aún muy tierno cuando vio a su padre, Francisco, batirse cual una fiera en la revolución quiteña del 10 de agosto de 1809. Un año después, el 2 de agosto, volvió a verlo entre los heroicos combatientes que asaltaron el Cuartel Real de Lima en pos de liberar a los próceres de la revolución, encerrados en oscuras celdas y cargados de grillos. Pero la última vez que lo abrazó fue cuando el cadáver fue identificado entre el hacinamiento de cuerpos informes, recogidos por los frailes agustinos y apilados en la nave central del templo de San Agustín. Mezclado entre los muertos, había sobrevivido Mariano Castillo, testigo del valor con que Francisco Mideros combatió hasta caer sin aliento. Castillo será en adelante maestro del huérfano y, poco después, animador infatigable y compañero de lucha del joven soldado, convertido en guía de las tropas revolucionarias en la niebla de los Andes.

La victoria ofrecía un brillante porvenir a la carrera militar del capitán, elogiado por Sucre ante los comandantes. ¿Por qué prefirió que un final romántico cambiara su destino? La respuesta avanza a lo largo de la novela *Relación de un Veterano de la Independencia*, de Carlos R. Tobar, publicada en 1891 (Círculo de Lectores, 1987), obra en la cual el autor confía a la memoria de Mideros la descripción del estado de la sociedad colonial quiteña en tiempos de la emancipación y le encarga la narración del proceso bélico y de los horrores de la guerra.

Ferviente militante de la revolución fue Mariano Castillo, intelectual que no dudó en lanzarse al campo de batalla para defender sus

ideales. Soñaba en una República conformada por hermanos —no por súbditos— gobernados por autoridades sabias y justas. Sin embargo, no dejaba de preocuparle el temor de que la emancipación abriera la grieta para sepultar a un dueño y de que luego saliera de allí mismo un nuevo amo, ante la indiferencia de la muchedumbre. Era evidente que la guerra se libraba entre hijos de españoles contra españoles; indios, negros y mestizos no contaban, pues eran reclutados como carne de cañón por ambos bandos. Basta recordar en este punto que al comienzo de la gesta heroica, en plena batalla, se disputaron el mando del ejército patriota los marqueses de Selva Alegre y los de Villa—Orellana.

No fue, pues, un final romántico el que cortó la carrera militar de Antonio Mideros, sino el desencanto. Alcanzada la independencia, se hacía realidad el recelo transmitido de maestro a discípulo: los países recién independizados se iban convirtiendo en botín de caudillos ambiciosos. Decepcionado, el propio Castillo se retiró a Piura y una mañana se disparó un tiro. Hacia el final de la novela, una reflexión, ya no del narrador, sino del autor, nos concierne, porque constituye una síntesis de nuestra triste historia patria, y porque sigue vigente a estas alturas del siglo XXI:

“...para ser algo en el Ecuador —donde los patanes califican el mérito de los hombres decorosos—, es necesario no ser nada”.

Indiscutible testimonio histórico, la obra de Tobar es una gran novela que cautiva por el esmero, elegancia y musicalidad del estilo; resulta hoy recomendable para otro tipo de aproximación por parte de los jóvenes: la lectura en voz alta. En los extensos e incesantes períodos enumerativos, la voz es obligada a respetar los grupos fónicos y a desplazarse por todo el campo de entonación de nuestro idioma, guiada por el esmero en el arte de puntuar. A menudo, la prosa se acerca por el ritmo a otra línea melódica, sobre todo a la cadencia del verso endecasílabo que se percibe al final de numerosos párrafos; verbigracia, en las páginas 238, 248, 256, 270, 275, 282.

(*Avance*, No. 349, marzo 2022, p. 7)

Un pasado anterior a otro pasado

¿Impone el relato del dolor humano universal un estilo narrativo también universal? El breve estupor nos asalta al concluir la lectura de *Paraíso*, de Abdulrazak Gurnah, Premio Nobel de Literatura 2021, en una versión traducida directamente del inglés al español.

Recordemos que ochenta años después de la revolución quiteña de 1809, Carlos R. Tobar publicó *Relación de un Veterano de la Independencia* (1891). Los acontecimientos habían quedado demasiado lejanos para que el autor, que había nacido en 1854, los contara. Se valió para ello de un narrador testigo, Antonio Mideros, quien desde la niñez participó en los hechos, hasta el triunfo de la gesta libertaria. De los recuerdos y de las conversaciones que escuchó o sostuvo en el ambiente social y en el campo de batalla, va brotando un relato vibrante, equilibrado, armonioso y dramático.

Asimismo, ochenta años habían transcurrido desde la penetración europea en territorios africanos, en vísperas de la primera guerra mundial, cuando Gurnah, nacido en 1948, publicó *Paraíso* (1994). Los acontecimientos quedaban distantes para que el autor los contara. Encargó, pues, la descripción del África salvaje, deslumbrante y tenebrosa, y la narración de los hechos a Yusuf, un muchacho que entre los 12 y los 18 años participó en las acciones que va relatando como narrador testigo, según las recuerda o a través de los diálogos que escuchó o que entabló, entre otros personajes, con Khalil. ¿Ha ganado el texto en vehemencia, musicalidad y dramatismo en su versión al español?

Por Khalil, se enteró Yusuf de que el tío Aziz no era tío, sino un comerciante próspero que exigía a sus acreedores la entrega de los hijos adolescentes como garantía de deudas impagables. Disponía, así, de operadores gratos para el manejo de los negocios. En largos viajes, impresionó a Yusuf el misterio que se ocultaba en el esplendor del ocaso, y en el silencio pavoroso de la noche, interrumpido por el eco de lamentos lejanos. Era el África sagrada, ya en extinción por el pillaje europeo: los belgas despiadados; los alemanes, sobre todo, masticadores de hierro. Esclavizaban a los nativos e imponían leyes

cuya máxima expresión era el patíbulo. Al final, cuando reclutaron a los habitantes de la zona donde Yusuf habitaba, se desvaneció la ilusión del paraíso, y también él se puso en la columna.

Hasta aquí el similar esquema narrativo: el encanto, en dos obras culturalmente tan distantes, proviene del estilo. Llama la atención en Gurnah, al tratarse de una versión del inglés, el esmero en el uso del lenguaje, tal vez porque, desde otra lengua se aprecia mejor, por ejemplo, la riqueza expresiva del sistema verbal de nuestro idioma en cuanto a la gradación temporal de las formas del pretérito, y en la precisión del condicional perfecto como futuro del pasado. Y no vacila en emplear un tiempo que hoy parecería andar en retirada: el pretérito anterior. Expresa una acción pasada inmediatamente anterior a otra pasada (lo llamó ante—pretérito don Andrés Bello), lo cual se percibirá mejor en este espiguelo que remite a los contextos de la novela:

“Cuando los hombres se hubieron sentado, Yusuf entró con un jarro de latón y un cuenco” (p.18). “—Es un ignorante —comentó Hamid más tarde, cuando el hombre se hubo marchado” (p. 94). “Cuando se hubo marchado, Kalasinga continuó con su oda a la lujuria” (p.108). “Cuando se hubo bañado, mudado de ropa y perfumado, resultaba difícil creer que llevaba meses en la carretera” (p. 115). “No te sientas mal —le dijo Hamid a Yusuf cuando el crescendo de su horror hubo alcanzado el punto máximo” (p.124). “Cuando el barquero se hubo marchado, Simba Mwene dijo: —Aquí hacen magia” (p. 178). “Una vez que se hubo lavado y hubo rezado sus plegarias, el mercader llamó a Yusuf” (p.191). “Nadie me dijo nada, yo no era más que un chiquillo, pero escuché cómo hablaban de él cuando se hubo marchado” (p. 248). “Cuando sólo se hubo alejado unos pasos, Amina retrocedió” (p. 267). “Cuando el muchacho se hubo sentado, ella le tomó la mano y se la puso en la herida”. (p.270). “— ¿Por qué fuiste a la casa tan a menudo? —preguntó el tío Aziz cuando Khalil se hubo ido a abrir la tienda” (p. 292).

(*Avance*, No. 350, junio de 2022, p. 10)

Imágenes del mundo

Es difícil aceptar el cambio que ha experimentado en los últimos tiempos la imagen exterior del planeta, sobre todo desde la pandemia. En las bancas escolares aprendimos que el planeta es redondo y achatado en los polos. Sin embargo, no era fácil, como ahora, precisar la ubicación de un punto recóndito, quizá escondido en los repliegues de la superficie terrestre, porque había que aproximarse al mapamundi, no siempre al alcance de la mano.

Ilustra aquella diferencia lo que se ha oído contar de Adolfo Hitler. Cuando le informaban que un país insignificante le había declarado la guerra, se levantaba del asiento y demoraba frente al mapa. Pero una vez que había logrado identificar el sitio ocupado por la nación que se había atrevido a desafiarlo, pedía un borrador y lo borraba. Tal vez por ello no tuvo a dónde ir cuando Berlín ardía en llamas y las explosiones hacían retemblar su madriguera.

Es la representación esférica la que ha venido a deformarse. Gracias a la aplicación que la tecnología pone al alcance de la mano, el mundo ya no parece redondo, no es la esfera azul y fulgurante que flota en el espacio infinito entre miles de estrellas, como la han captado las cámaras de los astronautas. Ahora se ha vuelto plano, rectangular; tiene la dimensión de un objeto que cabe holgadamente en la palma de la mano y también se lo puede guardar en el bolsillo. Es el celular.

La imaginación queda corta frente a los avances de la inteligencia artificial que todo lo vuelve simultáneo. Asombra la aplicación de los conocimientos matemáticos a la solución de problemas ordinarios del ciudadano común, perdido en la selva de asfalto de las grandes ciudades: taxi sin conductor, secretarias en traje de robot, labores domésticas encomendadas al cuidado de otro artilugio inteligente, pequeñas máquinas que vuelan sobre la ciudad para atender a domicilio. Se dice que pronto la robótica reemplazará a médicos y enfermeras en los hospitales, aunque no a los pacientes. La eficiencia del robot está garantizada: no necesita comer ni dormir, no exige alzas de sueldo, vacaciones y no está programado para negociar con el servicio hospitalario. Son

aparatos capaces de controlar el comportamiento de cada ciudadano, y han establecido con precisión el fin de una era y el comienzo de otra. A este paso, no demorará mucho para que disfrutemos de un poema enternecedor, trabajado a la perfección por un robot cargado de energía lacrimógena, o para que nos contagiemos del encanto de una melodía compuesta por un músico mecánico alimentado por una batería.

Aunque aparenten ser ficciones, a cada minuto que transcurre se tornan reales esas lucubraciones para un segmento muy reducido de la población global. Se podría soñar mucho más, porque ha llegado el momento en que todo lo imaginable es, más temprano que tarde, realizable. A través de la opacidad del siglo XIII es seguro que el franciscano Roger Bacon hace un guiño complaciente y mira al siglo XXI, gratificado en su visión profética.

Sin embargo, la mayoría de habitantes del planeta no puede ejercer la facultad de imaginar, porque tiene ocupada la mente en situaciones concretas, apremiantes: estancarse en el mínimo nivel de subsistencia al que nos ha conducido no al fracaso de la democracia, como suele afirmarse un poco a ciegas, pero sí a su desfiguración. Las que fracasan son las ideologías. Si alcanzaron el poder alentadas por la esperanza de los pobres, vuelven a buscar victorias electorales alentadas esta vez por la desesperanza de los pobres, a quienes juraron redimir. La utilización de la pobreza para fines mezquinos ha falseado la imagen del mundo y de la democracia, pero ha nutrido la ambición de los falsos profetas.

Es lo que limita, entre los desposeídos, la capacidad de asombrarse y mirar hacia el futuro; pues reduce la visión del mundo a la diminuta extensión de la pantalla. El objeto que fue creado para facilitar la comunicación, ha devenido en instrumento de incomunicación. La pantalla, una superficie mágica, parecería diseñada para acercar lo que acontece lejos, en el espacio y en el tiempo, y para alejar cuanto ocurre alrededor. Su eficacia es, por supuesto, cada vez más evidente.

(Avance, No. 355, abril, 2023, p. 7)

En los talleres de un antiguo oficio

Dicen que pronto habrá ordenadores, celulares, grabadoras portátiles. Mas, las radiodifusoras y los periódicos se disputan para ahora las primicias. Y alguien ha de improvisarse de cronista para cubrir las demandas. Aquello de cronista es irreverente apropiación del nombre merecido por los soldados eruditos en la generación de los conquistadores (primera mitad del siglo XVI). Sin soltar la espada, se improvisaron para escribir las primeras crónicas de cuanto creían ver y escuchar en un mundo para ellos casi irreal, maravilloso.

Lejanamente comparable es el papel que en estos años sesenta desempeña el cronista. Deambula por la ciudad en procura de noticias: mira, entrevista, oye, pregunta. La necesidad de apuntar todo, al andar, lo ha habilitado para escribir a ritmo presuroso, con indescifrables recursos taquigráficos. Sus cartillas de apuntes recogen una parte de lo real en el vivir comunitario.

No bien llegado a los talleres, percibe su otra realidad: el caer de llaves en las planchas metálicas, el ajustar de componedores frente a los chibaletes, el rumor acompasado de las prensas; el teclear sobre la linotipia por un operador expuesto al crisol de plomo derretido; el olor inconfundible a tinta de imprenta. Esto es solo un anticipo en la daguerrotipia que recobra forma en la memoria del sobreviviente.

Es solo un anticipo, porque llega fatigado Alberto Andrade Arízaga, poeta precursor, esmerado articulista que seduce al lector bajo el pseudónimo Brummel. No es anciano, pero lo aparenta. Se sienta con dificultad; lleva el sombrero a medio levantar, el brazo estirado en el respaldo de la silla, y el tabaco a punto de extinguirse entre los dedos ya tomados por la nicotina. Se incorpora, respira, se aleja a paso lento; es un enigma.

A media mañana, entra apresurado y sonriente, la cabeza coronada de ideas, el editorialista, Hugo Ordóñez Espinosa, quien apenas se da tiempo para llegar y despedirse agitando la mano. Y asoman por arte de magia las cuartillas manuscritas de Manuel María Muñoz Cueva,

con el pseudónimo Elder. Redonda la letra, impecable, remata en una firma autoritaria que ocupa media plana.

En el frescor del aire matinal, irrumpe el poeta Rigoberto Cordero y León. Camina presuroso, la mirada inquisitiva, a tono con su porte wagneriano, el sombrero en difícil equilibrio sobre la melena entrecana. Desdobla el artículo sobre el escritorio del Director y se esfuma. Al fondo, Saúl T. Mora pulsa sobre el teclado de la vieja Remington. Prepara el *Fresco de Piña* que hemos de saborear mañana. No bien llegado a la redacción, fray Gonzalo de Jesús Amoroso extrae de entre los pliegues del hábito dominicano la columna religiosa y sale, medio de espaldas, echando bendiciones.

Detrás de tan graves personajes, vuelve el recuerdo de la jerga tipográfica, cuyo doble sentido sonrojaría a un extemporáneo. Porque luego de parar el tipo, se ha de acomodar el chorizo, preparar la cama para proceder al tiraje y, acto seguido, al “retiraje”, en tanto el armador se acerca y pide que le capen al doctor fulano porque su escrito no cabe en la armazón de la rama.

Así, entretenido, era el viejo oficio en los talleres de bisemanario *El Tiempo*, frente a la iglesia de San Alfonso. Circuló después, desde 1971, como diario hasta los primeros años del presente siglo. Humberto Toral León, fundador y director, reposa en el verdadero descanso: el olvido.

(Coloquio, No. 70, octubre de 2023)



IV

Vislumbres de otoño



Has llegado a la edad de percibir la vida como el constante despertar del sueño de otro sueño, en un ciclo inexorable cuyo final empieza a ilusionarte, pues nadie que haya soñado de veras en la muerte ha vuelto a despertarse.

I

Con los bultos apilados a merced de la ventisca, esperas junto a la familia un vehículo que vaya en dirección al nuevo destino asignado a tu papá. Al mediodía, se escucha muy cercano un ruido trepidante, y tu papá se lanza a la vía con la palma resueltamente levantada:

—¡Alto!

Inclinada por el propio peso, la vieja volqueta hace alto, en medio de una sofocante humareda. Acomodándose el sombrero, él se acerca a la portezuela; se impulsa con el pie sobre el estribo y le hace conversación al duende aferrado al aro del volante. Convenido el precio, se suben las cargas y tú caes sobre un montón de arena. Pero te yergues enseguida agitando la mano como hacen al despedirse los viajeros, aunque nadie hay alrededor, salvo un poste del telégrafo.

Desde que arranca el motor, te sientes fascinado. El vehículo va devorando las curvas y dejando atrás los precipicios. El paisaje imprime una velocidad sorprendente; a un costado, desaparecen en fila desordenada las colinas; los grandes árboles avanzan sacudiendo los borrosos esqueletos en la polvareda. Pero pronto llega la fascinación a su final. El armatoste ruge antes de detenerse en un cruce de caminos el tiempo indispensable para bajar los fardos, asiéndolos de las piolas desapretadas por el traqueteo. El último en brincar sobre el lastre de puntas afiladas eres tú. Desilusionado, te frotas los párpados y miras cómo el carro se empequeñece a la distancia entre ostentosas espirales de humo negro. En el cruce, han aguardado los arrieros con las mulas que han fletado los padres de familia, y empieza sin demora la

penosa caminata que hoy te recuerda al andar de los gitanos. Las acémilas van adelante, despacio, cargadas de libros y equipajes.

—Allí nos esperan esta noche.

Es la voz bien entonada de tu padre al señalar un punto lejano, escondido en la niebla. Tú haces sombra con la mano para mirar hacia aquella dirección, sin alcanzar a ver sino un inmenso telón gris; pero tienes que creer porque en la infancia las certezas apuntan en dirección de su dedo.

Dominada la cuesta por un sendero pedregoso, asoma el caserío en el punto que él había señalado. Transcurridos más de setenta años, aún percibes, impregnado en el velo de la tarde, un olor que emana de una callejuela humedecida por la llovizna. En los días siguientes, se esparce un vaho que nubla el aire en las habitaciones y termina por reblandecer la médula en los huesos y desfigurar la forma acorazonada que tenía el corazón. La niebla habría congelado toda noción del tiempo si no hubiera sido por los repiques vespertinos en la torre inconclusa. Solo la noche venía puntualmente, entraba y se dormía.

Hundido en la completa opacidad, caminas hasta la pequeña plaza donde se ha congregado bulliciosa la juventud para el juego dominguero. La muchachada se disputa un balón que vuela de un lado a otro en la cancha entre densos vellones de neblina. A un extremo, los arrieros, sentados contra un muro a medio derruir, cabecean, vencidos por el tedio vespertino y la excitación de las bestias recién liberadas de la carga. Una de ellas gira la cabeza, relincha y observa a su dueño con ternura pensativa.

En medio de una intensa algarabía, los jugadores baten sin descanso la pelota hasta el atardecer. Terminado el juego, descuelgan las redes y pagan sin reticencia las apuestas. Santiguándose al pasar frente a la puerta de la iglesia, los arrieros han reanudado el viaje animando con grandes voces a las bestias.

Antes de que retornen los dueños, recoges unos sombreros olvidados a un costado de la cancha; los avientas al vacío, y bajas a la carrera para mirarlos descender a corta distancia con los cintillos sueltos y los bordes del remate vagamente iluminados, igual que una escuadra de platillos voladores. Cerca del anochecer, vuelves a casa, jubiloso. Después de referir y detallar tus experiencias, cuentas que has regresado muerto de cansancio.

—No pienses en la muerte, mi hijo —aconseja la voz firme de tu padre—, si quieres que ella tampoco piense en ti.

El eco de la voz se amplifica en el silencio de esta noche y te mue-

ve a reconocer que el sabio consejo de tu padre fue la norma inicial del largo viaje por la vida.

(Avance, No. 282, mayo de 2015, p.7)

II

La voz de tu padre ha despejado la bruma y la ansiedad, pero sin redimirte del pasado que ronda en el silencio de la noche.

En el ángulo que forman la pared y el cielo raso, van concentrándose los rasgos de alguien a quien demoras en identificar, después de tantos años. Pero de pronto te sorprendes porque es ella; sí, es ella. Viene a sabiendas de que la vejez es la edad que más necesita de la madre. Evocas su manera de bajar el postigo y correr la llave para comprobar si la puerta está bien emparejada. La ternura con que te enseñó a dar los primeros pasos, la pone ahora para ayudarte a dar los últimos. Su voz conserva la armonía, la cadencia cotidiana, la sosegada ambigüedad de cuando hablaba casi sin hablar:

—¿De dónde vienes, madre?

—De allá no más mi hijo.

—¿De dónde allá, mamá?

—De allá de donde vengo.

Este trato coloquial te lleva mentalmente a la cabecera de la cama. Como entonces, cuidas de no desarreglar la colcha de motas, tejida con paciencia infinita por su mano. Sensible a la compacta simetría del tejido, pones los dedos a correr por cada hilera de rombos que mantienen intacto el relieve, el detalle, la textura originaria. Sin duda, es la misma prenda que doblada sobre una cuerda sirve de fondo al retrato infantil en que te ves sonriente, peinado con esmero, la raya en la mitad, con la modesta petulancia de un sargento, y la mirada fija en alguna lejanía.

En un mueble contiguo, otra fotografía la capta sonriente, cerca de un arroyuelo, en un paisaje que ahora se te antoja soñado por Renoir. Arrugados en la esquina, raídos los bordes por la mordedura implacable de los hongos, los retratos ondulan en tu memoria cual barcos de papel que navegaran de regreso a la infancia.

—Extiende bien los brazos, hijo, que pareces muerto—, te reconviene, pues rendidos al cansancio, se niegan a templar la madeja para que ella ovillara.

—Si mamá —respondes—, pero continuas semidormido, flácidos los miembros, un mechón de cabello regado hasta las cejas.

—¿Decías algo, madre?

—No, no he dicho nada.

—Te oí que murmurabas.

—Debe de ser el eco de lo que dije enantes.

Apagada la conversación, demoras contemplándola en la actitud dubitativa con que ladea la cabeza, antes de asentir. Una cariátide, diríase, resignada a la intemperie. La fugaz aparición deja en duda si en verdad existió, tan cauta, afable, sigilosa; aunque abrigas la certeza de que continúa a tu lado, sin verte, porque los ojos profundos no le habían sido dispuestos para ver, sino para vigilar, como si ella no hubiera recibido otra misión que la de anticiparse al final de tu existencia. Ahora la miras, aun de perfil, llorar por ambos ojos, cual una dama de Picasso.

—¿De dónde vienes, madre? –insistes.

—Vengo de tus sueños –contesta, despejando la duda sobre su existencia, y desaparece con la levedad de un ángel que entreabriera la puerta sin tocarla.

(*Avance, No. 283, junio de 2015, p. 7*)

III

Con una fuerza extrañamente hipnótica, ella es suplantada por la imagen de la niña con quien salvas el pentagrama de alambres que cerca el pequeño huerto donde florecen los rosales. Vuelven a tañer las campanas sin cesar en la torre inconclusa hasta que los frailes agiten los sombreros al doblar la cuesta. Por obra de encantamiento, al contrario de lo que acontece en la vigilia, los jinetes se empequeñecen cuando se acercan a tu sueño, y se agigantan conforme más y más se alejan.

Apenas abrigados por tiras de periódicos rasgados al azar, los tablones dan forma de cuarto a una habitación. Serpentea en tu cerebro la espiral dibujada a pulso de carbón, tras el entarimado, por cuyas vueltas van y vienen los dedos de una anciana hasta dejarte bien dormido. Desde un vano practicado al disimulo, atisba muy seria y cejijunta la sierva de Dios Dorotea Chopitea, en una estampa distribuida a los fieles por unos misioneros esporádicos que salen bien afeitados de la casa parroquial y regresan a tu memoria, por la tarde, con la barba a la cintura.

Abres y cierras la ventana, de una sola hoja, corrida hacia el ba-

rranco al capricho del viento y orlada en la parte exterior por el encaje de los pájaros. Ahora sospechas que nunca hubo aquella habitación, sino únicamente la ventana por la cual veías blanquear las flores de un arbolillo, de cuya fragancia está impregnado el misterio de esta noche.

—No es un floripondio —se anticipa la anciana—. Es un árbol de fantasmas.

Pero aquel aroma embriagador te ha puesto delante, en la fracción de un segundo, el rostro de la muchacha que se inclina hacia el rosal en floración. Todo es irreal a esta altura de tu tiempo, porque desempeñas el papel de antagonista en tu propia ficción, donde ella arma y desarma los saltamontes para ajustarles el tranco a la altura de los tréboles; esparce aromas y colores sobre las plantas jardineras y relumbra en tu recuerdo con la gracia del dientecllo de hierba refugiado en una gota de lluvia. Sin embargo, no has vuelto a jugar con ella sino ahora, en su último sueño, aunque ha pervivido en tus insomnios, ligera y cadenciosa como un endecasílabo.

Y si en la temprana edad las musas te visitaron y se fueron, y si dejaste que transcurriera el tiempo aguardando a que regresen, no ha sido vana la espera, pues ellas retornan esta noche a la cámara oscura de tu mente para evocarla en esta daguerrotipia de rimas imperfectas:

Cual ciego que da formas al vacío,
en la ternura palpo del deseo
la huella que algún dios, cual otro ciego,
en la fruta dejó del paraíso.

Él onduló en la línea de tu cuerpo
el talle de la flor y su pistilo.
Él labró tu cintura para el vino
velando su ebriedad en tu diseño.

Cuando esmaltó de luces el abismo,
un azul le faltó para su cielo
y copió en tu mirada el infinito.

Den tus pupilas lumbre a los recuerdos
y aviven este fuego que ha esparcido
la ceniza de mi alma en tus cabellos.

(Avance, No. 290, enero de 2016, p.7)



Este libro se terminó de imprimir en junio de 2025
en el Print Lab de la Universidad del Azuay,
en Cuenca del Ecuador.

Este es un libro delicioso, interesante, para leerse en varias tardes y gozar de artículos llenos de fina ironía, algunos, de copiosa información, otros, y todos escritos con dominio y amor a la lengua.

A veces en forma de cuento, algunos cargados de fina ironía o de expansivo humor, otros más oscuros, inquietantes, otros en forma de diálogo entre el maestro y sus alumnos o del marido con la mujer, en todas esas distintas y divertidas formas, nos va enseñando el uso correcto de la lengua, la validez de las formas de expresión o corrigiendo los errores que cometen los políticos o los presentadores de noticiarios (que no noticieros, como nos explica puntualmente en uno de ellos).

Los personajes que desfilan son tanto figuras reales, históricas o contemporáneas, cuanto producto de la imaginación, pero todos se nos presentan vivos y palpitando en nuestra mente de lectores, con contornos precisos y vivaces, a pesar de, o tal vez precisamente por, la corta extensión de cada semblanza son como acuarelas, pintadas rápidamente, con un brochazo encima del otro, si es necesario, antes de que se seque la pintura, y en todo caso, translúcida y cercana, como es una acuarela.

Gonzalo Ortiz Crespo

(De la Academia Ecuatoriana de la Lengua)



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa
Editora

ISBN: 978-9942-670-93-9



9 789942 670939